

PQ
8498.17
A68
M86
1994
Main

AN GARCIA

UNIVERSITY OF ARIZONA



39001033430797

EL MUNDO DE MAQUIAVELO

Lejos, atrás, en la calle, a cincuenta metros, volvieron a gritar.

—¡Que salga Alan García con las manos en la nuca!

La voz del parlante fue impostada y gangosa. Pretendía mostrar decisión. Su eco electrónico le pareció un zumbido atronador. Sintió como si toda la calle estuviera llena de altavoces y de gente con la cara pintada de negro. Dejó de mirar la alambrada. “Con las manos en la nuca, como si fuera un condenado” —se dijo en silencio. También sonaron varios disparos. El pensó que respondían con tardanza los tiros que había hecho cinco minutos antes. Quizás porque un disparo se responde siempre con otro disparo. Es el requisito lingüístico del ruido, su método de comunicación. Y después de los balazos, otra vez el parlante.

—¡Que salga Alan García, carajo!





Digitized by the Internet Archive
in 2024

GARCÍA/EL MUNDO DE MAQUIAVELO

ALAN GARCÍA
EL MUNDO DE
MAQUIAVELO

ALAN GARCÍA

ALAN GARCIA

EL MUNDO DE
MAQUIAVELO

mosca azul editores

Primera edición, Lima 1994

© MOSCA AZUL
Camino Real 1286
Lima 27 Telf.: 226659

ADVERTENCIA PRELIMINAR

*A Carlos García, Ronceros padre y compañero
ocho años preso
seis años desterrado
cinco años clandestino.*

ADVERTENCIA PRELIMINAR

En julio pasado firmé con PLON, la casa editorial de París, un contrato para escribir unas *memoires* que deberán publicarse en 1995. Pero al iniciar la redacción encontré un gran obstáculo. Lo cercano de los hechos me impedía reducir los temas y experiencias a la frialdad de un análisis sociológico. Los personajes eran aún vívidos núcleos de emociones y de argumentos.

Por eso comencé a escribir pequeños diálogos y a novelar las circunstancias. Después, las *memoires sociologiques* fueron postergadas y crecieron los relatos. En diciembre algunos amigos colombianos los leyeron y me animaron a publicarlos. No tienen por cierto ninguna pretensión literaria. Son solamente una narración a la que se ha agregado algo de creación imaginada para cubrir los vacíos y constituir la novela.

El mundo de Maquiavelo evoca las intrigas, las pasiones y las manipulaciones que han dado a la política una imagen que tienen la vida y la obra del gran florentino. Valga esa advertencia para dejar a salvo la importancia teórica del creador de la ciencia política moderna.

En el relato, los personajes viven sus pasiones, sus creencias, sus apetitos. Pero son a la vez piezas de una realidad que en esos años sufrió profundos cambios: de la situación bipolar a la nueva hegemonía, de la fe racional a la creencia en las leyes naturales, de la planificación colectiva al imperio del neoliberalismo, de la fe en los parlamentos y los partidos al autoritarismo. A todo ello se agrega en el Perú la circunstancia accidental o providencial, según sus protagonistas, de una victoria electoral inesperada que abrió el camino al autoritarismo institucional y a la influencia de extraños personajes.

La acepción vulgar del maquiavelismo a la que el título alude, puede aplicarse ciertamente a todo sistema y régimen. Pero se expresa con descaro y prepotencia cuando el poder es ejercido dictatorialmente y obliga a los ciudadanos, por temor o por interés, a la aceptación de groseras manipulaciones y actos de fuerza. Ese es el tema central.

Hay algo que rescatar, sin embargo, en este mundo de pasiones desordenadas y de servilismos impredecibles. Es que en el vertigo de lo ocurrido, todos estaremos obligados a cambiar, y a revisar lo que antes pensábamos. Y eso también forma parte del mundo de Maquiavelo, pero esta vez, en su verdadera y científica acepción.

Bogotá, enero de 1994

CAPITULO PRIMERO

QUE SALGA ALAN GARCÍA, CARAJO

(5 de abril de 1992. 10:12pm)

I

UNA FIGURA alta y encorvada cruzó como una sombra la azotea. García, expresidente, corrió para saltar, y puso las dos pistolas en lo alto de la pared. Pero miró hacia abajo y en ese momento, la distancia al suelo de la casa vecina se convirtió en un abismo. Sintió otra vez lo mismo que en esa manifestación de Chiclayo, cuando la masa compacta le había parecido un solo cuerpo, con miles de bronquios silbando aire caliente. De pronto, las luces se apagaron y todo fue silencio, la muchedumbre muda. Entonces el gritó, ella rugió. Se hablaron como ciegos, llenos de miedo antiguo. Después regresaron las luces, pero ya ninguno supo a quien le correspondía hablar. La noche y el vacío confundieron los papeles.

Ahora, al lado del muro, tampoco supo García adonde saltar, si abajo hacia el suelo, si arriba hacia la noche. Los focos mortecinos de la calle, y el resplandor de Lima como un lejano incendio, volvían más negra la oscuridad inmediata.

Siempre pensó que el muro era pequeño, pero mirado en ese momento, desde el segundo piso, sus cuatro metros se volvían invencibles. Se detuvo. Empujado por el temor, un hombre huye y descubre en la carrera su animalidad fugitiva. Entonces ve las posibilidades que nunca vio, encuentra en el instinto los caminos que no imaginó, hasta que un temor más grande, de golpe, lo detiene y lo vuelve a la razón. Por eso se quedó allí García, suspendido en los recuerdos abstractos, que son el punto medio entre dos grandes temores. La

multitud, la fuga, el silencio, el vacío. Bloqueado en su carrera, continuó la huida dentro de sí mismo. Se distrajo un momento. En la pared del frente, los árboles de la calle balanceaban sus sombras complejas. Y atrás, cincuenta metros más lejos, las rígidas líneas de una alambrada le parecieron un pentagrama.

Estaba mirando esos alambres. Eran más altos que él, y no podía alcanzarlos ni poniéndose de puntillas. Acercó la mano y sintió en su piel, la filuda amenaza de una púa. Jaló el alambre y al soltarlo, oyó como zumbaba. Lo jaló con más fuerza, para seguir ese juego, y de pronto, sintió un dolor candente que lo inmovilizó. Un nudillo lo había golpeado en la cabeza. Miró el suelo arenoso, vio una bota gruesa, y más arriba, el rostro cobrizo de un soldado. Le decía algo, y un placer cruel le torcía la boca, pero él no lo entendía, qué cosas diría, qué idioma hablaría. No había soltado el alambre y sintió un nuevo golpe, agudo, seco, cercano a la oreja. Entonces, corrió hacia la tienda de lona. Buscaba a su mamá, lloraba, el pequeño Fujimori, encerrado con sus padres en la base aérea de Ancón, por japonés. Era la guerra, 1941, y tenía tres años. «Es que los japoneses quieren tomar el puerto de Talara—dijeron—, y también Panamá». Así comenzó el asalto. Corrían las turbas, quemando, saqueando y los japoneses apretaban los dientes, los puños, los ojos.

Desde su oficina veía otro alambrado, el de la Universidad Agraria. Ahora era rector, porque los dos aspirantes, uno a otro, se habían destruido, y él ocupó el sitio provisoriamente. Después, los enjuició, y ellos a él. Así pasaba el tiempo, pero esa mañana lo llamó Guillén, del canal del estado, con un mensaje del presidente. Que se hiciera cargo de un programa en la TV, para concertar opiniones. «Yo no se hablar»—dijo él. Y le respondieron: «limítese a decir, tiene la palabra el señor sutano, y tiene la palabra el señor mengano». Así comenzó, y dos años después anunció a sus más cercanos amigos que sería senador, senador agrario—precisó. Consultó una vez más a Isabel Vargas, la adivina de Chorrillos y a Pablo Vélez, que sabía de fuerzas espirituales. Le dijeron que ganaría.

Lejos, atrás, en la calle, a cincuenta metros, volvieron a gritar.
—¡Que salga Alan García con las manos en la nuca!

La voz del parlante fue impostada y gangosa. Pretendía mostrar decisión. Su eco electrónico le pareció un zumbido atronador. Sintió como si toda la calle estuviera llena de altavoces y de gente con la cara pintada de negro. Dejó de mirar la alambrada. «Con las manos en la nuca, como si fuera un condena-

do»—se dijo en silencio. También sonaron varios disparos. El pensó que respondían con tardanza los tiros que había hecho cinco minutos antes. Quizás porque un disparo se responde siempre con otro disparo. Es el requisito lingüístico del ruido, su método de comunicación. Y después de los balazos, otra vez el parlante.

—¡Que salga Alan García, carajo!

Seguía indeciso ante el salto inevitable, absorto en buscar un camino, cuando una voz susurró a sus espaldas.

—Yo lo acompaño presidente.

Recién se dio cuenta que un teniente de la escolta policial lo había seguido hasta el segundo piso:—

Era muy joven, tenía un fusil de asalto y un chaleco antibalas. Le dijo que no, que además, no sabía a donde huir. Su temor se volvió melancolía. «Los seres humanos siempre tienen un recurso para conmovirlo a uno, y en el más trágico instante»—pensó. Sentir que uno está solo, da pena, saber que hay otro capaz de acompañarlo, da más pena.

—Al fin y al cabo, para qué quiere morir, teniente. Váyase, váyase—le dijo—muchas gracias.

Por el espacio que separa las dos casas, miró hacia la calle y percibió la forma de una tanqueta. Era gorda, más ancha que alta. Con sus ruedas pequeñas y su ancho volumen, parecía un enorme batracio, un sapo de acero. Sabía que dentro de una tanqueta caben seis hombres. Seis soldados—calculó. Pensó en saltar, pronto.

Una hora antes, a las nueve y media, veía una película con Josefina, su hija. La muerte de Kennedy. Era el momento de la autopsia, cuando los médicos sacuden el cuerpo y el muerto se mueve tontamente, porque aún no tiene la seria rigidez del funeral. Pensó que esa noche soñaría con Kennedy. Cierta vez, en la sierra, había asistido a una autopsia colectiva. Eran doce soldados y sus cuerpos estaban desnudos. Colocados en fila, hubieran conservado algo vital. Pero yacían mezclados, uno sobre otro, atravesados. Sin la lógica del orden, parecían más muertos. Era un día de sol, de cielo azul y el raj raj rítmico del serrucho cortando los cráneos llenaba la quebrada. Después, vino el enfermero del pueblo, sonriente, con su mandil de hule ensangrentado. Le contó que él solo había hecho todo el trabajo, y le pidió un ascenso. Y allí, a cuatro mil metros de altura, García se acordó de Sinuhé el egipcio, de la novela de Mika Waltari. Y pensó que ese triste obrero de la muerte, se había aspirado, él solo, todos los vapores que salen de vientres y cráneos abiertos. No podía negarle el ascenso, se lo dio, de inmediato. Pero después, el ascendido fue

muerto por los terroristas, y nunca supo García, si alguien a su turno le hizo la autopsia. Ahora, la de Kennedy continuaba.

En ese instante sonó el timbre e interrumpió la película. Era Jorge del Castillo, diputado del APRA. García se extrañó: era domingo. En bata, bajó rezongando, pensando que a los muertos los cosen en la morgue con una aguja de arriero.

¿Quieres café?—le preguntó. Ah, no quieres, no te deja dormir. Esos son cuentos de vieja. Entonces Coca Cola, bueno. Y le contaba a Del Castillo cómo ese día, a las ocho de la mañana, le habían anunciado por teléfono, que un grupo del ejercito lo mataría a él. A él y a Mantilla. El que llamó les dijo que uno de los encargados enviaba el mensaje. Que había decidido no salir ese día, porque tras los muros de la casa, «¿ves que altos son?», y con una escolta policial, «si, de ocho hombres», estaría más seguro.

—Sólo llaman para asustar—le dijo Del Castillo. Como no han podido enjuiciarte, están rabiosos. Y añadió: debe ser La Muñeca.

De pronto sonó el timbre largamente. Eran las diez en punto. «¿Quién será a esta hora? Caramba, en esta casa nadie sale a abrir». Después golpearon la madera de la puerta con desesperación. Abrieron. Entró alarmado el capitán de la escolta policial.

—Hay cientos de soldados en camiones—dijo. Y les pareció más alto y más flaco que nunca. Están rodeando la manzana— informó solemne como un ave zancuda. Hemos visto tres tanquetas—terminó, la cara grave y serena con que se da el pésame.

Volvió a salir y a García se le heló el cuerpo. Pensó: «¿carajo, entonces era cierta la versión del atentado!». Confuso, buscó una explicación. Es un viejo hábito humano, dar un orden lógico a las cosas que no se controlan. Pero lo único claro que vino a su cabeza, es que, ¡imbécil!, no debió quedarse allí después de la advertencia. Y se dijo en un segundo, que en la historia y en la muerte, toda advertencia es inútil.

Esos troyanos oyeron que en el vientre del caballo, les llegaba la muerte—pensó. Julio César fue advertido de los idus de marzo y a Orestes Rodríguez le dijeron mil veces, que no fuera solo, que Sendero Luminoso lo mataría. ¿Fueron locos ellos, o lo fue la historia? Pero en el fondo, tampoco hubiera tenido Orestes un lugar más seguro al que ir. Y el pobre César, hubiera vivido oculto para siempre, porque en la vida, todos los días son los idus de marzo. Y al final, como los troyanos, más vale festejar una victoria que despreciar un trofeo. «Idiota como los otros—se decía. ¿Por qué no te fuiste, García?».

Un minuto después volvió a entrar el capitán.

—Están emplazando ametralladoras de trípode a cincuenta metros—informó. Y han llegado más camiones con tropa.

Se quedó allí, taciturno. Ya no podía traer peores noticias.

El capitán, Del Castillo y García, los tres, estaban de pie en el escritorio. «Hay que hacer algo, si, hay que.... pero, ¿quién?. Tú pues, es tu pellejo». Pensó que debían ganar tiempo.

—La mitad de sus hombres permanecerá al frente, en la azotea de la oficina—dijo. los otros tres vendrán a la casa.

Y mientras los tres entraban—pensó—¡que diablos podrían hacer con sus tres fusiles y algunas pistolas contra las tanquetas y el cuerpo de tropa!

Estaba lleno de estupor. Vivía el tema de otra época. Una irrupción del pasado, en blanco y negro. Como la noche de los aviones, cinco años antes. Había sido también en abril, cuando seis Mirage sobrevolaron con estruendo el Palacio de Gobierno. Fue en protesta por la creación del ministerio de defensa. Pero había ordenado apagar las luces de toda la ciudad, y la rebelión terminó volando a ciegas. Ahora, en cambio, los que estaban afuera habían apagado, ellos primero, las luces de la calle. Tenían la iniciativa.

—Esto no está sucediendo—pensó—yo ya no soy presidente.

Subió a trancos la escalera. Su hija seguía viendo la película. Tomó el teléfono para llamar a su secretaria, para informar a la prensa, pero el teléfono no contestó. Marcó otros números, atolondradamente. Nadie estaba esa noche. Nadie. Sólo encontró a Mantilla. Tenía que ser. Siempre Agustín Mantilla. Le dijo que ya iba, de inmediato. Recordó que Del Castillo seguía en el escritorio. Tomó de una repisa sus dos pistolas y bajó apresurado. Al verlo creyó que era necesario dramatizar la escena.

—Compañero—le habló—, que suerte tienes de morir junto a mí. Pero al momento, recordó lo que Dantón dijo al verdugo, que mostrara su cabeza porque valía la pena. Esa había sido una frase superior. Qué lástima—pensó—ya no habrá oportunidad de mejorar la mía.

El otro lo miró y no le respondió. Estaba midiéndolo, calculando lo que haría.

Apretar el mango de las pistolas, le había dado mas confianza. Por primera vez sintió cuanta fuerza comunican. Salió a la puerta principal: más allá del muro exterior le pareció oír rumores y movimientos. «Están preparándose para entrar, y calculan cuántos somos»—pensó. Era necesario alertar a los vecinos, disparando, ganar tiempo hasta que llegara la policía. Levantó las dos pistolas e hizo todos los disparos, dieciocho en total. Entre el muro y la puerta, el estruendo fue terrible. Los tres policías lo miraron.

—No dispare presidente, nos van a ametrallar—susurró el que estaba más cerca. Era un guardia bajito y con bigote ralo. Se sentía en el umbral de la muerte. Cuidar la casa de García había sido hasta ahora un trabajo sin peligro. ¿Por qué carajo, por qué, estaba de guardia esa noche? Recordó su bicicleta atada a un poste de la calle. «Ahora los soldados se la llevarán»—pensó. Tuvo la intuición de que García le pediría en cualquier momento su fusil AKM. Era un fusil soviético, de esos que les trajo Mantilla, de Corea. Tenía la cacerina fijada con una cinta adhesiva.

—Así sabrán que nos vamos a defender—dijo García. Pensó que una ráfaga de AKM, sería decisiva. El sabía por qué: una vez, hablaba en Villa el Salvador a los apristas; la casa tenía el techo de lata; y una lluvia de piedras cayó, «que cólera», en la mitad de un buen discurso. Salió con cinco, armados de pistolas, disparando, pero los otros volvieron con dos metralletas. El ruido sistemático e inteligente de sus ráfagas, se impuso al lenguaje primitivo y gutural de las pistolas. Huyeron por los arenales botando el hígado en la carrera y el susto. Ahora ese AKM del guardia era su salvación. Iba a pedirselo, pero vio el rostro lívido del otro, y entendió que no habría defensa. Le dejó su fusil. Y a otra cosa.

Adentro, Del Castillo había llamado a una cadena radial. Lo comunicaron con el director.

—Oye hermano—le dijo— están asaltando la casa. Es un grupo del ejército. Saca al aire la denuncia—le pidió—no me contestan las comisarías.

—En este momento no puedo—le respondió el otro.

—Tienes que hacerlo—insistió Del Castillo—nos van a matar. Es cuestión de minutos.

—No puedo—repitió el otro y colgó el teléfono. Pensó que no podía interrumpir el mensaje de Fujimori. Y que pasar una llamada así después del mensaje, se vería mal.

II

AFUERA, EN LA OSCURIDAD, el capitán Jiménez escuchó los balazos. No fue una ráfaga simétrica. Eran tiros de arma corta, hechos de manera irregular. «Es muy extraño que los de adentro comiencen los disparos»—pensó. Podía ser una señal. La tanqueta que estaba entre él y el muro de la casa, lo cubría de los tiros, pero como era de noche, y la calle estaba sin luz, retrocedió, apretándose contra la pared de la casa de en frente. Estaba vestido con los colores irregulares del uniforme de campaña, y tenía el rostro cubierto por un pasamontañas negro, de lana.

—¿Cuántos hay dentro?—le preguntó a un sargento que se asomó de la tanqueta.

—Según la información, hay cinco policías, mi capitán— respondió el sargento. Todavía no sabemos cuánta gente de la seguridad aprista.

—¡Carajo! ¿por qué me habrán metido en este operativo?—gruñó Jiménez. Seis años de casado, un hijo de cinco, y la promesa de ir al cine con su esposa esa noche. Habían vuelto de Ayacucho, después de varios años. Ahora ella estaba más tranquila, pero esa tarde al verlo salir, sin explicar a donde, lo había mirado de una extraña manera.

—Cúdate gordo, cúdate mucho—le dijo, cuando él cerró la puerta del automóvil.

Y un mal presentimiento lo acompañaba desde ese momento. Creció cuando el viejo Volkswagen se negó a encender. Tosió. Sólo al tercer intento y haciendo un largo pujo, el motor había arrancado. «Mala señal»—pensó él, que era supersticioso. Después, como todos los días, aceleró al voltear la esquina, pero no alcanzó la luz verde del semáforo en la avenida Grau de Barranco. «Mala suerte»—se dijo preocupado mientras esperaba, porque en los últimos meses siempre la había alcanzado. Una súbita inquietud le hizo preguntarse a dónde los llevarían. Pero sólo dos horas después les comunicaron cuál era el objetivo.

Una voz ronca explicó escuetamente al grupo de oficiales, que esa noche, el gobierno tomaría importantes medidas en beneficio del país, que era necesario impedir a cualquier precio la acción de los enemigos. Escuchó las instrucciones del General Pérez y reconoció en el grupo de oficiales al mayor Rivas. Salieron juntos, sin hablar, y en el patio del cuartel, en Chorrillos, vieron a la tropa que subía a los camiones. Entonces Jiménez se animó a preguntar.

—¿Tú crees que el chino tome el poder para largo?

Sabía que Rivas era oficial de confianza del jefe del ejército, también de Montesinos, el hombre con más fuerza después de Fujimori. «Si hay algo, Rivas debe saberlo»— había pensado Jiménez.

—Sería lo mejor para el Perú—respondió el otro, ocultando lo que ya conocía. Tú sabes que sin una autoridad fuerte no acabará la subversión. Hasta entonces, no llegarán los capitales ni la tranquilidad—añadió. Ahora, los partidos políticos son los únicos que se benefician del desorden. Ojalá el gobierno se haya decidido, de una vez por todas.

En el patio del cuartel, Jiménez pensó largamente sin responder. Era verdad. Después de diez años de democracia, se había demostrado que un país

pobre necesita orden, más que libertad, que los políticos sólo buscan figurar y llenarse los bolsillos, que dividen a los peruanos y han retrasado al Perú. Además su sueldo de capitán ya no alcanzaba para nada. «Rivas tiene razón—concluyó—ojalá hagan algo, ahora». Y Jiménez, sintió que su rol en todo eso era importante, porque esa noche, iba a detener a García, el hombre que había hundido al país con su palabrería, que, además, se había enriquecido ilícitamente. Cierto que era barranquino como él, egurino como él, coincidían en barrio y colegio, y que cuando dejó de pagar la deuda externa, él también creyó que era una medida patriótica. ¡Demagogia! Al final del gobierno, y en medio de la crisis, comprendió que había sido una cortina de humo para que el propio García se beneficiara. Ahora, la Corte Suprema, seguramente sobornada por él, había rechazado su enjuiciamiento. Los apristas volvían a presentarlo como candidato.

—Además—continuó Rivas después de un largo rato—, mientras no se cambie todo el poder judicial, los terroristas seguirán siendo dueños de la ley: ningún juez se atreverá a condenarlos.

«Tiene razón»—pensó Jiménez. «A los terroristas sólo puede ganarles el terror». Había dirigido patrullas, había comandado bases contrasubversivas en Huamanga, conocía el tema. Si alguien conocía el tema, ese era él. Demoraban mucho para soltar la lengua en los interrogatorios, pero después de confesar, los jueces los liberaban por miedo. Por eso desconfiaba de los civiles y de las leyes. Ellos, los civiles, hicieron que el Perú perdiera la guerra con Chile en 1879: Piérola, un civil, se hizo rico con el guano, condujo a la derrota y después se fue del país. Lo peor es que volvió para ser presidente. Así eran ellos. No había motivos para pensar que ahora fueran diferentes.

Jiménez tenía ideas claras, tenía convicciones, porque era un hombre probado en el deber y la acción. Por eso, al volver a Lima, participó en varios operativos especiales contra los terroristas. Fue Rivas el que le habló para integrarse al grupo. Era el «Comando Colina». Y las cosas comenzaban a cambiar. El nuevo gobierno usaba al ejército con más decisión, con más severidad, como siempre debió haber sido. Y estaba pensando eso, cuando le vino de nuevo a la memoria lo de Barrios Altos, donde mataron terroristas sin importancia y dos niños, todo por una mala información. El recuerdo de ese día, con su olor a fritura de pollo y el grito de uno de los chicos, volvió a su memoria. Durante varios días sintió una mezcla de repugnancia y tristeza. Esa vez se había preguntado hasta dónde llegaba su deber. Pero entonces habló con Rivas, y la firmeza del otro lo reconfortó.

–Fue un hecho penoso–le había respondido–pero algo inevitable en una guerra total.

Le dijo, además, que sobre sus sentimientos estaban la Razón de Estado y la urgencia del Perú. Los otros, los juristas, los periodistas, los políticos, podían hacer escándalo interesadamente, pero ellos, Rivas y Jiménez tenían compromisos sagrados y no podían flaquear.

–Es así –repitió Jiménez, mientras los soldados subían a los camiones. Fue un hecho terrible, de esos que impone esta guerra total. Cuando triunfemos–añadió–los que ahora nos jugamos por entero podremos decir lo que dimos por el Perú.

Se sintió mejor, y pensó que era curioso: el recuerdo de lo de Barrios Altos, le servía ahora para tener más decisión.

Porque el capitán Jiménez estaba orgulloso de pertenecer al ejército y de cumplir con su deber. Su padre era un viejo sólido, de mandíbula apretada y sin sonrisa. Era propietario, treinta y dos años ya, de un taller de bicicletas en el distrito de Barranco, y, con paciencia le había transmitido sus firmes convicciones. Dar a cada acción y a cada momento una finalidad concreta. Esta fue su principal enseñanza.

–Cada día tiene su propio afán–repetía infatigable, si el adolescente preguntaba por su futuro. Era su práctica interpretación de la biblia.

En 1948, cuando el viejo Jiménez cumplió quince años, había comenzado el gobierno dictatorial del general Odría. Duró ocho. De ese tiempo, su adolescencia, le habían quedado severas enseñanzas. «La vida es de los fuertes, de los activos, de quienes tienen decisión», decía a su hijo, enseñándole a nadar, a luchar, a usar la cabeza como un arma en la pelea. Así se haría hombre, sabría imponerse sobre los demás. Varias veces, en el mar de Barranco, lo había llevado nadando hasta el banco de arena, a trescientos metros de la playa. Lo dejaba allí solo. «A ver si era capaz de regresar sin miedo»–decía. Era hombre de pocas palabras, y aunque recibía mucha gente en su taller, hablaba con cada uno lo necesario. Y nada más.

Como su padre, Jiménez estudió en el colegio Jose María Eguren. Allí, vestido de uniforme comando color beige, igual al de un soldado, comenzó sin saberlo, su vida militar y su firme respeto por la jerarquía. En su casa, la autoridad del padre nunca fue discutida. Según la madre, él tenía a su cargo la formación del niño. A ella, dedicada a las dos hijas, le bastaba saber que el niño asistiera al colegio, y a veces, a la misa en San Francisco. Pero cuando Jiménez terminó la secundaria, ella, de carácter barranquino y apacible, quiso que fuera a la universidad. El padre se opuso enérgicamente. «Tú quieres tener un hijo

ocioso»—le dijo, alzando la voz. «En la universidad sólo hay política y huelgas». No, Jiménez tendría un oficio práctico, una profesión técnica que le permitiera, sin mucha demora, enfrentar la vida.

La madre, empecinada, habló en voz baja con Jiménez. «Tienes que ser algo mejor»—le dijo. Y pensó con rebeldía guardada veinticinco años: «quiere que mi hijo sea como él, un bicicletero». La transacción final, de acuerdo con el hijo, fue que seguiría la carrera militar. «Tendrá el futuro asegurado»—dijo realista el padre. «Será cachaco»—pensó resignada la madre.

Jiménez ingresó en la Escuela Militar de Chorrillos.

Cuatro años después, salió como alférez. El día de su graduación, volvió radiante, caminando por las calles de Barranco con sus padres, sus hermanas y su novia. Nunca como ese día le parecieron tan verdes los árboles de Barranco ni tan distinguidas sus casonas. Su uniforme negro, y las plumas del kepi, despertaban la envidia de todos, lo sentía, y apretaba fuertemente su sable de oficial. Fue en diciembre de 1985, y el propio Presidente Alan García, también exalumno del colegio José María Eguren se lo había entregado. Entonces era el Jefe del Estado, y no el delincuente que ahora él iba a detener.

Todo eso pensó Jiménez, mientras el convoy de camiones se dirigía hacia Chacarilla, a la casa de García. Estaba orgulloso de cumplir con el deber. A las diez en punto habían comenzado a tomar posiciones. Primero, en la esquina de la avenida Primavera a cien metros de la casa; después mas cerca, detrás de las tanquetas desplazadas hasta allí. El largo muro blanco en esquina, apenas destacaba en la oscuridad casi total de la calle. Seguramente era blindado. Según la información de Inteligencia, la casa tenía varios subterráneos y un túnel que la conectaba con la oficina de la calle de enfrente.

Jiménez vio a lo lejos dos o tres figuras que entraban y salían. «Se preparan»—pensó. Un auto permanecía estacionado afuera. La tropa se acercó con precaución. Según el informe de Inteligencia presentado horas antes por el general Pérez, podía esperarse una gran resistencia desde el interior. Unos minutos después, se escucharon las detonaciones.

—Mi mayor—le dijo a Rivas, porque en los operativos lo nombraba por su grado—, parece que van a resistir. Mejor comuniquémonos con el general.

Rivas se acercó a la tanqueta, y por el radio portátil transmitió la información. Jiménez escuchó la respuesta, dada a gritos.

—¡Procedan! ¡procedan!, ordenen que se retire la policía.

Rivas, tomó de un largo cordón el micrófono de la tanqueta y gritó:

—¡Que salga Alan García con las manos en la nuca!

El potente amplificador pareció iluminar la calle. Después, sólo silencio. Ya no hubo más disparos.

—¿Has escuchado el discurso en la televisión?—le pregunto en ese momento el banquero Ojo de Palta a La Muñeca. Estaba en su casa a diez kilómetros de allí. ¿Que te parece?

—Muy bueno, transmite mucha firmeza—dijo por el teléfono el otro. ¿Y que hay de «nuestro amigo»? ¿ya salieron por él?

—Ya deben tenerlo. Hablé hace un momento con Vargas, que es funcionario del grupo y vive al frente de la casa. Claro que el no sabe mas de lo que escucha por televisión, pero me contó que había una gran movilización de tropa alrededor, que estaban gritando por unos parlantes—informó. Cuando el japonés termine de hablar, vuelvo a llamar a Vargas y te cuento.

III

DETRÁS DEL MURO, García terminó de escuchar. El ruido del parlante le había parecido un cañonazo. Ya no tenía balas en las pistolas. Miró a los tres guardias y comprendió que solo estaba vestido con una bata. Pensó en lo ridículo que era enfrentar así la situación: balas, ropa, periodistas. Subió otra vez a trancos.

—¿Que pasa?—le preguntó Josefina.

—Nada—le dijo por costumbre. Dándose cuenta que la respuesta era absurda. Vienen por mí—explicó—. Llama a la señora Mirtha, llama a Mantilla, no salgas del cuarto.

Se vistió con lo primero que vio, camisa, pantalón y zapatos de hacer ejercicio. Bajó con el teléfono inalámbrico en la mano y una escopeta, porque en la prisa no había encontrado la caja de balas. Pero cuando estaba en la mitad del camino, entre la escalera y el escritorio, una luz fulgurante alumbró el pequeño patio interno. De alguna parte habían lanzado una bengala. Intentó cubrirse de la luz, se detuvo y, al mirar a la izquierda descubrió la azotea y detrás de ella la pared vecina. Era blanca. Con la luz de la bengala parecía de nieve. El instinto le dijo que esa era la única opción. Tal vez esa casa estuviera ocupada, pero era peor no intentar nada y quedarse allí sin balas. Resistir era inútil; entregarse era absurdo.

—¡Jorge!—gritó. Dame cinco minutos.

Cruzó la azotea a oscuras y se asomó al muro vecino. Era muy alto. Pensó en otros caminos. Imposible. Por dos lados la casa daba a la calle ocupada por

la tropa. Por el tercero una pared muy alta la separaba de la casa de un funcionario extranjero. Sólo quedaba esta opción. El problema era cómo saltar.

—Váyase rápido teniente: me acordaré siempre de usted—le dijo, agradeciendo su lealtad. Tome, esconda esto en alguna parte—y le entregó la escopeta.

Sujeto por las manos de lo alto de la pared, comenzó a descollarse. Calculaba cual sería el peso que debían resistir los tendones en la caída. Escuchó nuevos disparos. Y por los altoparlantes: ¡que salga Alan García, carajo! El grito fue como un empujón. Cayó. En el apuro se salió una pistola de su bolsillo e hizo un ruido seco al golpear el piso del vecino. Quedó en cuclillas, agazapado.

La casa parecía desierta. Cruzó el jardín. En un pequeño cobertizo con instrumentos, encontró una escalera. La puso contra la pared que separaba la casa siguiente y subió. Desde lo alto de la pared la levantó y esperó. Era la casa de un político conocido. Sentado a horcajadas sobre el muro, con su escalera, pensó que era un equilibrista. Otra vez silencio, por fortuna, no había perros. Apoyó la escalera en el suelo y bajó. Cruzó el jardín y repitió el procedimiento dos veces más. Llegó a una casa en construcción. Atrás, a sus espaldas, escuchó ráfagas de metrallata.

Estaba sudoroso y agitado. El miedo físico y el esfuerzo de la fuga se mezclaban al papel trágico del momento. El pulso cardíaco era veloz, arrítmico. Y no sabía qué hacer.

—Eso no importa ingeniero Fujimori, le dijo Isabel Vargas, la vidente. No importa, que los otros hagan. Usted sólo debe permanecer en silencio, negar lo que digan los otros y callar. Así ganará. ¿Ve usted estos oros?—le mostraba los naipes—son los del triunfo. Es como en la vez del rectorado. Ellos solos se eliminarán con su pelea. Aquí están las espadas, pero en el medio está el rey—y la Vargas recogió las cartas. El otro la miraba, inexpresivo, dudando, temeroso, y bajo la silla, juntaba las puntas de sus pies pequeños. Isabel le acababa de decir que además de senador, debería ser candidato a presidente.

—»Debo tranquilizarme«—estaba diciéndose García. «Es indispensable». Recordó que, ayer sábado, a los cuarenta y dos años, había atravesado nadando la bahía de Naplo, y que al final repitió el consejo de un viejo compañero: «hay que conservar el esqueleto». «Eso es—se dijo—respira despacio y profundo, conserva la calma y el esqueleto, acopia toda tu energía psíquica. Te han acusado de ladrón ante el mundo entero, te han enjuiciado, y han puesto el país en contra tuya. Pero para eso están los enemigos. Ese es su trabajo. Esto te pasa por meterte con ellos. Respira, respira, acopia fuerzas, mantente, si te deprimes estás perdido».

Pero aún no sabía qué hacer, cómo actuar.

—Limítese a sonreír ingeniero, no diga nada. Aquí están los oros del triunfo. El otro candidato se destruirá solo. Diga que no cerrará ninguna empresa pública y que él sí lo hará; que no despedirá ningún empleado y que él echará un millón; que no hará shock en la economía, pero que el hará uno terrible. No diga nada, la suerte es suya.

Habían pasado dos meses desde la elección y estaban en la segunda vuelta. Isabel Vargas había jugado ese día la baraja española. Buen augurio. Pero esa noche, la víspera de la polémica, el ingeniero estaba aterrado, perdido. Intentaba respirar hondamente. El otro era mejor, eso lo sabía. En qué mal momento, el aceptó debatir.

No pudo más. «Que llamen a Loayza, que venga con su amigo». Y había llegado con Cucharita, el general. Le habló, era la última esperanza, tenía que llevar el pedido a palacio. Se había metido en camisa de once varas.

—No ingeniero, dice el presidente que es absurdo eso de cortar la luz de Lima para que no haya debate. Si, ingeniero, se lo pedí dos veces y me respondió lo mismo.

Cucharita había vuelto pronto. «Mañana, para la polémica habrá luz». Y al oír eso, el ingeniero se asusta, suda. Y las frases que debe repetir, bailan en su memoria. «Usted ha dicho que los peruanos son monos; usted consumió droga; usted hará el shock inhumano, usted, usted». ¡Caramba! ¿para qué se metió en esto?

En la casa en construcción, en silencio y a oscuras, García va y viene en sus ideas: se deprime, se pregunta, ¿donde están las multitudes campesinas?, ¿las de la deuda externa y la nacionalización de la banca?. Sentado en el suelo, siente en la espalda el muro frío. Está contra la pared. Acaso hubiera sido mejor—se interroga—no confrontar a los grandes poderes ni desatar sus odios, acaso lo práctico sea plegarse a los más fuertes y triunfar con ellos. «¡Carajo! ¿Quién te mandó a dejar de pagar la deuda—se interpela—. ¿Quién te mandó a pelear con los banqueros?—se flagela. ¿Quién te mandó a crear en la gente, ilusiones de consumo sin medir las consecuencias? Aprista dramático, populista—García se increpa. Y, hablando la verdad, ¿cuánto había de gesto en lo que has hecho?»—se arrincona. Piensa que creyó en el pueblo pero se siente solo, que creyó en los discursos pero ya nadie lo escuchaba, que creyó en el déficit para crecer y creció la inflación. Piensa que ganaron los que no creen ni en la justicia, ni en el estado, que la ley de la vida es la fuerza, el éxito, el dinero, que lo demás es humo—repite—, palabreo. Te van a hacer la autopsia—se asusta—, y en los colegios públicos se va a enseñar que fuiste un ladrón—se deprime. Pero, tal

vez, alguien dirá las cosas buenas, la verdad—se consuela. «No hables por miedo»—se responde.— Si es mala la inflación, peor es dejar sin comida a la gente. Y lo que pasa, contigo o sin ti, hubiera ocurrido. Es el nuevo libreto del mundo—reflexiona— y te encontré en la mitad de su camino porque tu lo quisiste. Y entonces, si lo sabes—concluye—, déjate de quejas y pórtate como hombre: ¡no te hagas el mártir!

Súbitamente, un rumor musical comenzó cerca. Y, poco a poco, sobre el fondo de los gritos lejanos, se hizo más preciso. Escuchó la melodía. En la casa de atrás estaban escuchando Burbujas de Amor, de Juan Luis Guerra.

—No es posible que después de los disparos y con la tropa en la calle, alguien escuche esa música—pensó García. «tengo un corazón mutilado de impaciencia y de dolor...». La música conocida lo arrancó de la noche. Era insinuante, bamboleante, pegajosa. La había escuchado por primera vez en Ayacucho, en la última visita, y cuando quiso entender la letra, «tengo un corazón...», vino un coronel con una bandeja, salud, «mutilado...», señor presidente: tómese un Uchurajay, «de esperanza y de dolor....» No lo dejaba escuchar.

Si pues presidente, este trago es de tomate, «quisiera ser un pez...».

¿Era posible que lo estuvieran escuchando en la otra casa?, «Yo mismo—se convenció— lo estoy escuchando y repitiendo a pesar de todo. Repaso la letra. Claro, el temor es una emoción— se dice García— pero la estética es otra, las dos separan al ser humano de cualquier situación». Y piensa que de este lado está él, preso de su discurso, de la historia de su partido, del papel que desempeñó en ella; del otro, no sabe quien, tal vez un joven. Se lo imagina: un joven, una muchacha, o un empleado, eso, un empleado que mirará mañana con terror a su jefe, que odiará su salario, pero que ahora, ajeno a todo eso, sigue el sueño erótico de la melodía.

—«Quisiera ser un pez, para mojar mi nariz en tu pecera y hacer burbujas de amor por donde quiera».

Y se ríe porque creía estar viviendo la maldición de una ópera. El otro, sin embargo, le había puesto como fondo musical un merengue. Y mientras García confirmaba su destino en los hechos, el otro posee por ahora su baile, su sexo o tal vez su ebriedad. No lo sabe—piensa—, pero sea quien sea ha venido en su ayuda. Merengue o drama, o los dos a la vez. Todo esto será al final su destino. Se ríe. Recuerda a Rigoletto, el trágico bufón. «Animo— se alienta—, aún no te agarran».

Y esta certidumbre lo devuelve al tiempo de la infancia: su abuela tenía un mundo afectivo lleno de magia: encendía una vela al señor de Pampamarca, un

Cristo del Cuzco y, cuando vieja, tuvo una foto del Che Guevara sobre su armario. Guevara estaba muerto, con los ojos mirando fijamente. García sospechaba que la abuela se había hecho aprista por su vocación de sufrimiento. Su madre había ahondado su visión providencial. Porque todo lo que es bueno ha de ser incomprendido y soledoso. Lo otro, es la feria del triunfo y del placer, ruido sin alma. Pobre Grau: estaba solo en su barco, y su grandeza es que sabía perdida la batalla. La política es, a la vez, realización y frustración, éxito y sospecha, voluntad e inercia fatal. El hombre puede mucho y al mismo tiempo nada. su único derecho es no entender su propio destino, pero lo que vendrá, habrá de ser vivido en la palabra, en la oración. Ya dice el evangelio, que en el principio era el verbo.

«Pasar la noche entera mojado en ti...este corazón se desnuda de impaciencia ante tu voz...»

La compleja percusión parecía superar la diferencia entre ritmo y melodía, «...este corazón que madruga donde quiera».

En la noche, la forma oscura de unas nubes pasaba lenta por el cielo, ajena, espectadora. Era el universo que seguiría allí, después y a pesar de todo. García le entendió que la indiferencia, el amor o la música tienen ninguna o la misma convicción que el poder, la pasión y el orgullo. Entonces, el vecino cambió la música, subió el volumen, y una Lambada tapó lúbricamente la noche, alejando la política con la fuerza de la vida. «Maravillosa estética»—pensó. El corazón había vuelto a latir con normalidad. Estaba ya en camino de creer otra vez, de verdad, esta vez sin dudas y para siempre, en las cosas más bellas: en el pueblo, en la batalla, en el partido.

—«No puedes dar gusto a esos mierdas»—dijo ordenando sus pensamientos. Tu última victoria, es contra la depresión—se decía—. Además si te acaban, que lo hagan, pero no puedes eliminarte a ti mismo». Y pensó en su padre, que abandonó en 1931 sus estudios de derecho para afiliarse al APRA y entregar su destino al partido. Era silencioso, lo llamaban el Cartujo. Vivía con serena paciencia su papel de organizador. Estuvo ocho años en la cárcel. Ajeno a toda exaltación, ajeno al baile, al licor, al cigarrillo, a García le asombraba que, en los terremotos más fuertes, bajara del segundo piso, lentamente, diciendo: «ya pasó, ya pasó». Pensó que en esos momentos, él, su padre, habría conservado la calma, sin conceder temor al adversario. «Además, ya pasó, ya pasó»—se repitió.

«..Chorando se foi la que um dia so me fez chorar.....chorando estará al lembrar de um amor, que un dia no supo guardar..»

Pensó como los otros, que el fin último de toda persecución política es el suicidio material del perseguido. Primero su inhibición, su autoflagelación.

Después su eliminación radical. Lo sabía: una campaña sistemática busca el arrinconamiento psicológico del adversario. Se repite una acusación que debe estar acompañada por otras. Mas cargos en su contra. Así se le distrae. Se le turba. Ya no podrá enfrentar ni responder a las acusaciones, una a una. Después se estudian las salidas que pueda tener y se bloquean con nuevas acusaciones. Es una compleja ingeniería. Pero, en cada una de ellas, se construyen laberintos, enredos argumentales pues hay que confundir cualquier acción, obligar a hacer y rehacer otra vez los mismos caminos. En la cacería del tigre, los batidores marchan en círculos haciendo sonar sus tambores para desconcertar a la fiera, y provocar en ella estímulos múltiples y desordenados, que le quiten la astucia con la que podría huir. Aquí, repitiendo la idea central y los caminos bloqueados, se convence al público y, a la vez, se inquieta al perseguido. Así se desatan en él reacciones instintivas. Por último es preciso apartarlo de su hábitat, de la relación natural con su especie, aislarlo de su grupo, de su clase o su partido. Hay que someter al partido a estímulos similares, pero de menor intensidad, para que los miembros eviten toda relación con la fiera.

Arrinconado argumentalmente, sin salidas, encerrado en múltiples laberintos, desesperado, aislado, el acto material del suicidio es un efecto del asesinato moral, del linchamiento psicológico efectuado. Ciertamente—no deja de reflexionar García—, ha vivido toda esta historia, puede repetirla como una lección. La ve tan clara escuchando esa lambada.

La situación, sin embargo, era muy difícil.

—No es tan difícil como usted piensa, ingeniero—le había dicho ese hombre jovial y un poco calvo. Lo había traído cucharita, el general de Inteligencia, como solución al grave problema. El, Fujimori, había construido treinta y dos casas, treinta y dos, algunas sin papeles, varias sin licencia, todas evadiendo los impuestos. Ahora, ya en la segunda vuelta de las elecciones, cuando por fin lo tomaban en serio, los derechistas y los blanquitos estaban dispuestos a hacer un escándalo con ese tema, y con el juicio de la Universidad. Eso, comenzaba por enfurecerlo, pero, sin poder hacer nada, se deprimía. Le aconsejaban no contestar, ignorar el tema, no dar explicaciones. Miró al extraño con temor. No le gustaban los que prometen cosas de inmediato.

—No es tan difícil—repitió el otro, ante sus dudas. No dijo más, y abrió un gran paquete forrado en papel marrón. Aquí le mandan sus amigos del poder judicial—dijo. Y le entregó los expedientes judiciales, los originales, todo. Fujimori, antes inexpresivo, sonreía ahora como un niño. Sonreía por los expedientes, por ese doctor Montesinos. Nunca había conocido a nadie más

ejecutivo, mas rápido. Cucharita era lento, medroso; Loayza, hablador e imprudente.

Esa noche, le preguntó a Pedro Vélez, su confidente que podía leer en el fondo del café y en el alma de la gente. Le preguntó sobre el asunto. El le dijo que Montesinos traería buena suerte, que se vestía con un color cósmico. «El gris es el color de la fortuna»—precisó Vélez. No pudo en cambio hablar con Isabel Vargas. Era muy raro que ella no le hubiera anticipado este encuentro.

Durmió casi abrazado a los legajos, cosidos a mano por los escribanos. Contenían los informes de Contribuciones, las acusaciones fiscales. ¡Que serenidad le había traído ese doctor Montesinos!

Y Montesinos se fue a repasar lo estudiado. Lo había calculado, medido, observado, sopesado. Ese hombre era un oriental frío— pensó— dudoso, pero acomplejado y por lo tanto sugestionable y supersticioso. No tenía grupo alrededor. Era pues la ocasión. Porque, de hecho, iba a ser presidente. El Escritor se había eliminado él mismo diciendo locuras; los apristas habían dedicado su campaña a asustar a la gente con lo que haría la derecha en el gobierno. Su comercial, sobre el Shock de la derecha era muy bueno. allí, una especie de fantasma se engullía a los peruanos con un ruido espantoso. Era bueno, pero no le había dado ni un voto a los apristas, porque su gobierno estaba terminado, y la gente enfurecida. Y como la izquierda estaba acomplejada por los acontecimientos de la Unión Soviética, salió a la escena un tercero. Un desconocido como ese chinito acabó por ponerse en medio, sin darse cuenta el mismo. Y estaba solo e iba a ser presidente. Por primera vez en su vida, Montesinos sintió que llegaba con acierto a alguna parte. El, antes que nadie, había encontrado al japonés.

Oculto en la construcción, García recuerda su casa y toma el teléfono inalámbrico para llamar a Del Castillo.

—¿Dónde estás?

—Estoy lejos. ¿Qué hay de nuevo?

—Me han dado un minuto para abrir la puerta—informó Del Castillo. No uses el teléfono: te pueden ubicar.

—Espera un minuto —dijo García. Pero antes de abrir, grita que tú no eres Alan García. Chau, compañero— y cortó.

Comenzó a reconocer donde se hallaba. La casa estaba sin pintar. Escuchó un lejano crujido y algunos disparos.

—¡Retírense! ¡Retírense!

La voz le llegó como un rugido. En la calle, a oscuras, los soldados ordenaban a los vecinos cerrar sus ventanas. García llegó a rastras hasta el

borde de la azotea. Estaba a unos sesenta metros de la casa. Al frente, decenas de uniformados iban y venían. Dos tanquetas cerraban ese lado. Imposible seguir avanzando. Para continuar debería bajar y salir a la calle, en descubierto. Serían las diez y veinte.

Escuchó mas gritos.

IV

FRENTE A LA CASA, el mayor Rivas reiteró su orden a través del parlante. Jiménez estaba a su lado. Habían pasado tres minutos y no había respuesta. De pronto, alguien gritó, detrás del muro.

–Voy a abrir la puerta en un minuto. No disparen. Y en ese momento se encendieron las luces internas de la casa.

Rivas creyó reconocer la voz de García. Lo había visto en varias ocasiones. En la última, durante el desfile del 28 de Julio, día de la patria, había pasado marchando frente a la tribuna del Palacio de Gobierno. Pero ese día, sorpresivamente, la policía había desfilado, portando unas armas que jamás se le hubiera permitido. Eran bazucas y lanzacohetes. Los llevaban sobre el hombro y con alarde. En la tribuna de los generales, había cundido la alarma.

Entonces era cierto que Mantilla, el ministro del Interior, estaba armando a la policía para convertirla en un segundo ejército. De nada sirvió que esa tarde se supiera, que las armas eran del ejército y que habían sido prestadas a la policía por el comandante de la División Blindada, un irresponsable. Todos ya pensaban, Rivas también, que ese desfile había puesto en ridículo al ejército. Y no hay nada peor para el ejército, que ver a los políticos armando sus grupos militares. Eso, entre otras cosas, le costó la vida a Salvador Allende. Y los apristas, claro, no habían llevado a palacio sus grupos de defensa, porque la policía era su grupo armado.

Mantilla, era desde entonces el enemigo. Y si no era cierto lo de los bazucas, también era verdad. Mejor dicho, era cierto de todas maneras, porque Mantilla era capaz de cosas peores. A esa hora, su casa estaría rodeada, y se esperaba en ella una gran resistencia.

–¡Que salga primero la policía!–gritó Rivas, por el parlante–. Y, después, salga usted con las manos en la nuca–

La policía debía alejarse.

–¿Por qué? – preguntó en voz alta Jiménez. Y pensó: «no se puede tratar así a un hombre que ha sido presidente».

–Déjalo salir a él –añadió.

Rivas no contestó. Volvió a gritar. La puerta se abrió y tres figuras salieron. El mayor reconoció al jefe de la seguridad. Contra la oscuridad del muro, la luz de la tanqueta mostró a los tres policías armados con fusiles. Varios soldados los rodearon, los desarmaron, los llevaron al otro lado de la calle. Uno de ellos, el mas bajo, hablaba, gesticulaba, decía algo sobre una bicicleta.

–¡Salga! ¡salga! –gritó Rivas tomando posición frente a la puerta.

–Voy a salir, soy Jorge Del Castillo, soy el diputado Jorge del Castillo –gritó fuertemente. Y Rivas se dio cuenta en ese momento, que no era la voz de García. La puerta se abrió y salió el diputado. Fue puesto contra la pared. A empujones, lo obligaron a arrodillarse y, de inmediato lo encapucharon.

–¿Donde está García? –gritó Rivas.

–No está, hace una hora salió –respondió Del Castillo. Una patada en la espalda lo tendió en el piso.

Rivas se precipitó a la casa seguido por su grupo. No iba a consentir semejante burla. Atrás iba Jiménez asombrado de la forma en la que Rivas parecía conocer el interior. Tras el muro, encontraron la puerta de vidrio y el hall, a la derecha, el escritorio y la sala. Había miles de libros en los anaqueles. Miraron, sin encontrar a nadie. Rivas retrocedió corriendo, atravesó un co-rredor y se abalanzó hacia el segundo piso. Llegaron a lo que parecía ser el dormitorio principal. Allí, Jiménez reconoció a la hija mayor de García, de pie, al lado de la ventana. Rivas se acercó al vidrio. Vio, en la oscuridad, que aquel lugar sólo daba al patio interior. Verificó en el baño, buscó debajo de la cama, abrió los roperos del vestidor. Nada. Cada momento su excitación aumentaba. ¿Qué explicación podría dar al general Pérez que esperaba el resultado? Media hora antes les había informado que García estaba allí, y definitivamente, si habían encontrado a Del Castillo en la casa, García debía estar en alguna parte.

Bajó a saltos las escaleras, seguido por sus soldados. De nuevo en el corredor, abrieron las puertas de los dos dormitorios. En el primero, había dos niñas que se despertaron. En el segundo, un niño de unos cuatro años que siguió durmiendo. Revisaron las camas, los roperos, pero en las dos habitaciones no era posible que alguien pudiera esconderse.

Rivas salió otra vez al corredor. Se cruzó con Jiménez.

–Entonces está en el túnel –gritó, volviéndose hacia los otros–. ¡Rápido! busquen el túnel.

Lo escucharon. Nadie dudó. Era un hecho que el túnel existía. Un expresidente debía tenerlo.

Varios soldados más estaban entrando a la casa. Subían al segundo piso. Un estruendo de madera rota se escuchó en la calle. Una tanqueta había forzado la puerta de la oficina del frente para desalojar a los tres policías.

En la casa, un primer grupo de soldados comenó a golpear el césped del jardín con sus fusiles. «Si en alguna parte suena a hueco, allí está la entrada del túnel» –los habían instruido. Otros soldados recogieron las alfombras, cortaron el tapiz de los sillones, mientras el grupo encabezado por Rivas levantaba el parquet de los roperos. En alguno de ellos debería de estar la entrada al pasaje subterráneo. Durante quince minutos buscaron infructuosamente.

Rivas confuso, turbado, salió a la calle. En la puerta, por la radio de una tanqueta, informó al Cuartel General.

–¡Carajo! se van a joder si no lo encuentran –respondió la voz. Sigán buscando; tiene que estar allí.

Unos minutos después, por la misma frecuencia, se escuchó a otra tanqueta: informaba desde el barrio de Jesús María, a ocho kilómetros. Mantilla ya estaba detenido, no había opuesto resistencia.

–¡Carajo! todo el operativo al agua –gruñó Rivas.

Jiménez no entendió qué había querido decir Rivas, pero recordó que esa tarde el Volkswagen no había arrancado a la primera, y que no alcanzó a pasar el semáforo a tiempo. Malos augurios.

–Estoy seguro que está adentro –dijo Rivas. Hay que seguir buscando.

Entró otra vez en la casa, decidido ahora sí, a encontrar el pasaje subterráneo. Con un grupo de soldados, estudió el espacio existente debajo de la escalera que lleva al segundo piso. Debajo el primer tramo estaban instaladas dos termas eléctricas. Ordenó traer algunos instrumentos de los camiones. Debían desmontar las termas para saber si debajo estaba el pasaje. Un técnico salió a buscarlos.

Jiménez miraba pensativo. Por primera vez en la noche, se sintió separado de la inquietud de Rivas. Una hora antes, al escuchar los disparos, se había preparado para una acción violenta. Era su deber repelerla. Pero lo que siguió, fue enfriando sus ánimos. Encontrar esos niños, los hijos de García, lo había inquietado. Y él, pensaba en su propio hijo. Lo recordaba vestido con el disfraz de oficial que su esposa había cosido. Además no había habido resistencia y la patada en la espalda a Del Castillo le pareció un exceso.

Otra vez volvió a su memoria lo de Barrios altos. ¿Y si la información sobre el túnel de García, era tan inexacta como el dato sobre la calle Huanta? –pensó– se estaba cometiendo un nuevo error. Comenzó a recorrer la casa. Bajó al nivel del garage y se encontró allí con varios soldados. Según sus cálculos, el

huevo de la escalera que se estaba investigando, daba directamente sobre el techo del garage. Era imposible que de allí partiera un túnel. El esfuerzo de seguir buscando le pareció tonto. Cuando volvió para decírselo a Rivas, lo encontró tan dedicado al tema que también lo vio muy tonto, y no le dijo nada. Jiménez comenzó a pensar que el túnel no existía. Subió a la azotea, y encontró en ella, un mirador. Era una construcción cuadrada, elevada tres metros sobre el piso de la terraza, y tenía una puerta. Por un momento, Jiménez pensó que García estaba allí, escondido. ¿Qué hacer en ese caso? García, además, estaría armado. La presencia de tres soldados en la azotea lo tranquilizó.

—¿Qué hay allí? —preguntó.

—Nada, mi capitán, ya hemos inspeccionado —respondió el soldado—. Parece que es un mirador.

Jiménez abrió la puerta y subió en la oscuridad por una escalera de fierro. Arriba, sobre el piso de madera, había dos sillas, y vidrios alrededor del pequeño espacio. Era en efecto un mirador, como le había dicho el soldado. Ahora, Jiménez lo entendió: sólo tres metros por encima del techo del segundo piso y el panorama cambiaba. Las casas vecinas eran todas de dos plantas. Por eso, el mirador permitía ver hasta el Morro Solar de Chorrillos, a cinco kilómetros de distancia, con sus antenas iluminadas. Pudo también ver los cerros del cono sur, allí vivía más de un millón de provincianos. Al este, las lomas de las Casuarinas, con sus mansiones millonarias, y hacia el norte todos los cerros que rodean Lima. A través de la bruma, Jiménez creyó distinguir la cruz iluminada del cerro San Cristóbal que está detrás del Palacio de Gobierno. Miraba pensativo cuando de pronto, recordó que, según el informe escuchado cuatro horas antes, el mirador era una torreta fortificada y artillada, para la que se habían previsto las tanquetas y las ametralladoras de trípode que se instalaron al frente.

—¡Carajo; se dijo Jiménez— ¡qué idiotas son estos del servicio de inteligencia!

Y recordó de nuevo el falso informe de Barrios Altos. Golpeó con la mano las paredes de madera prensada y se rió. Hubieran ametrallado paneles. Después, volvió a mirar la ciudad. Vio la línea interminable de postes de luz que señalaban la Avenida Primavera, a cien metros de la casa.

En ese momento, el viejo Ferreyros, aprista desde los años cuarenta se dirigía hacia la Avenida.

PRIMAVERA, RECORRE Lima de Este a Oeste. Es una línea recta que parte del mar y llega hasta las primeras estribaciones de la cordillera. En su recorrido cambia dos veces de nombre: primero se llama Angamos, en recuerdo del combate naval en el que hace un siglo murió Grau; atraviesa Miraflores, un barrio de clase media de la Lima antigua; después cambia de nombre a Primavera, al cruzar la Vía Expresa, y atraviesa el populoso distrito de Surquillo, cuyo centro comercial desordenado y bullicioso es ella misma. Más adelante, llega a la Panamericana, que recorre Lima de sur a norte, y vuelve a cambiar de nombre porque ingresa en una zona de urbanización reciente, sede de la clase media surgida en los últimos veinte años, con el crecimiento del Estado. Desde entonces, se llama cuidadosamente Prolongación Primavera, porque la condición social que atraviesa es totalmente distinta. Allí conserva su pistas centrales, pero cuenta además con vías auxiliares. Es, como repiten los vecinos de esa zona, una de las mejores avenidas de Lima.

—¿Usted cree que se atreverán a hacerle algo al compañero Alan? —preguntó Ferreyros a su acompañante.

Una hora antes había escuchado el mensaje de Fujimori. Confuso y sin saber qué hacer, decidió hablar por teléfono con Mirtha, la secretaria de García. Con más de cincuenta años de militancia en el partido, la primera reacción de Ferreyros fue comunicarse con el Secretario General. Ella le informó que, en ese momento, el ejército estaba asaltando la casa de García. El viejo no lo podía creer.

—No, compañera, no puede ser —atinó a decir, antes de colgar.

Salió desesperado —no puede ser —caminó por las calles de la Victoria, su distrito. Pero no había nadie. Llegó a la casa de Sabino. El tenía carro y lo podría llevar o quizás supiera algo más. Subieron al Chevrolet y frente al Estadio Nacional, entraron en la vía expresa. Ferreyros pedía ir más rápido. El otro decía que iba lentamente para no despertar sospechas. Pero la vía estaba desierta.

Llegaron a Primavera.

—Esta gente es capaz de todo —respondió Sabino. Ud. sabe como odian a Alan desde 1987.

—Acelere, compañero —pidió Ferreyros. Tal vez podemos hacer algo. El otro apretó el acelerador para contentarlo y el carro saltó. Después, poco a poco, fue reduciendo la marcha de nuevo. Debía ser prudente.

Cuando llegaron a doscientos metros de la esquina en la que debe doblarse a la izquierda para llegar a la casa, encontraron que la vía contraria estaba ocupada por una fila de camiones del ejercito. Ferreyros tembló de indignación.

El carro fue desviado por un grupo de seis soldados hacia la pista auxiliar y llegó hasta una explanada frente al supermercado Galax. Allí se detuvieron. Sabino apagó las luces y el motor. Bajaron. A cincuenta metros había un pelotón de soldados.

Intentaron cruzar la avenida hacia la casa pero dos soldados avanzaron hacia ellos, apuntando con los fusiles. Les impidieron pasar. Ante la insistencia de ferreyros dijeron cumplir órdenes. Desde allí podían ver la casa rodeada de soldados y tanquetas. Un rato después se acercaron dos figuras: Ferreyros reconoció a Eyzaguirre y a Collao de Barranco.

—¿Qué saben? —les preguntó.

—Nada —respondieron los otros. Hemos ido a la parte de atrás y también está cercada a cien metros.

Ferreyros había cumplido 67 años. En 1945, cuando tenía veinte, se inscribió en el APRA, el partido revolucionario y antimperialista. Le atrajeron la mística religiosa de sus miembros, la leyenda de Haya de la Torre, el perseguido, y la promesa de la gran transformación. Leyó por primera vez «El Antimperialismo y el APRA», la biblia de los apristas, y desde entonces nunca abandonó esos temas esenciales: la alianza popular, el nacionalismo económico, la unidad continental, la justicia social. Comenzó a trabajar en el correo, y se integró en la agrupación de trabajadores apristas de su gremio. En todos los sectores económicos formaban agrupaciones porque así, se decía, preparaban el futuro gobierno del pueblo. Ferreyros tenía fe en la doctrina, en Haya de la Torre, en el pueblo aprista que hizo la revolución. En la ciudad de Trujillo, en 1932, el gobierno fusiló seis mil apristas en las ruinas preincaicas de Chan Chan. Al escuchar hablar del «Partido del Pueblo» o de «la causa de los pobres», el viejo sentía un entusiasmo trágico: se le salían las lagrimas al cantar la «marsellesa aprista», y juraba, con su letra, no desertar jamás. Era como si alguna fuerza misteriosa subiera de la tierra hacia sus miembros, llenando su boca de sabor salado. Entonces, confuso en esa estética, hubiera entregado la vida por la causa.

En ese tiempo, el APRA apoyaba al gobierno al que había dado sus votos para así salir de once años de clandestinidad. Fueron treinta y seis meses, y solo participaron tres ministros apristas. Ferreyros decía que, al final, el APRA había cargado con todas las culpas. En 1948 un golpe de estado puso fuera de

la ley al partido y Ferreyros perdió su trabajo en el correo, acusado de aprista. Desde entonces fue vendedor de libros: trajinaba las calles con sus enciclopedias a cuestras, vendía poco pero vivía. Además, su trabajo le permitió leer los libros, hojear los diccionarios, estudiar historia. Había leído varias veces El Quijote, la Historia del Perú, de Basadre, y, entre otros un texto sobre la Revolución Francesa, de Lamartine, que nunca le compraron y que tuvo que devolver, explicando confusamente por qué estaba usado.

–Si sabes mucho, enseña; si sabes poco, aprende –repetía. Era una norma de los apristas.

Estudió contabilidad en la academia Garbín, y formó poco a poco «su clientela», entre los comerciantes de repuestos y motores de la avenida Grau. Y por más de veinte años, mantuvo abierta una pequeña oficina. Una placa en la puerta decía: Contabilidad Ferreyros. La había puesto con orgullo. El gobierno dictatorial cedió el paso a un régimen conservador, elegido sin que los apristas pudieran presentar su candidato. Era un partido proscrito.

En 1962, cuando ganaron las elecciones, el proceso fue anulado. Después, en el 68, los militares de Velasco Alvarado levantaron las banderas del APRA: las nacionalizaciones, la reforma agraria, pero sin libertad. Cuando dejaron el poder en 1980, el país estaba endeudado y en crisis. Siguió un gobierno conservador que, con su fracaso, abrió las puertas del gobierno al APRA tras sesenta años de existencia.

En 1987, el nuevo ministro de agricultura lo llamó a colaborar: Ferreyros ingresó como asesor en la Empresa de Comercialización de Insumos, la importadora de granos y fertilizantes. Así, a los sesenta y dos años, cerró su oficina de la avenida Grau. No era el sueldo, muy pequeño, lo que le interesaba. Era el deseo de participar, de hacer algo en el gobierno de su partido. Ingresó con gran ímpetu, despertando los celos de todos. Un nuevo empleado, y de esa edad solo podía crear sospechas. Dijeron que era espía del ministro. Y él veía, y además imaginaba, coimas, demoras, sobornos. Se sentaba en la antesala del despacho y esperaba. Mientras el ministro pasaba apresurado le decía:

–Compañero, están robando –y el ministro al pasar, lo escuchaba como quien oye a un pariente loco. Cuando terminó el gobierno lo echaron sin darle explicaciones. Le dijeron que podía reclamar su puesto judicialmente, pero él respondió, resentido y orgulloso:

–Yo no ingresé por el puesto; si ya no está el partido, yo no me quedo con el chino, además tengo mi trabajo independiente.

Quiso reabrir la oficina, pero habían pasado cuatro años. Después comprendió que ya a nadie le convenía tener un contador aprista. Era el peor

momento. No se quejó. Y en dos años gastó sus ahorros, dejó la casa que alquilaba, y, con gran vergüenza, solo por un tiempo, aceptó vivir en un cuarto en la casa de su hermana. Pero cada vez que lo llamaban para comer, el salía a la calle.

–Tengo que ver a un cliente –decía. Voy al municipio a dejar unos papeles –mentía.

Pero nadie le creía en la casa. Prefería comer un sandwich y tomar un café con leche, solo, en la plaza Manco Cápac. Decía que un viejo no requiere comer como un joven; que, además, el ya no trabajaba; que sus padres le habían dado aceite de hígado de bacalao; que, a su edad, comer en la noche era malo, que el colesterol, etcétera. Pero comer en la mesa de su cuñado, lo hacía sentirse como un mantenido. Había colocado los dos mil dólares que le quedaron en una banca paralela, se llamaba CLAE y pagaba los mas altos intereses. Y los sesenta dólares que recibía mensualmente, le alcanzaban para su pobre y orgullosa independencia.

Cada noche iba al Sector Séptimo, el local del partido en el barrio de la Victoria. Y los lunes, si podía, al local central de Alfonso Ugarte. Allí estaban los dirigentes que lo saludaban por su nombre. Sentía así recompensada su larga militancia aprista. Conoció a García en 1978 y, desde entonces, apreciaba a ese joven dirigente, sin saber que llegaría a ser presidente. A veces se cruzaban.

–Compañero Ferreyros –bromeaba García–. Déjese de dividir al partido con sus intrigas.

–¿Cómo pues compañero?–se quejaba el viejo. Y García golpeándole el hombro se reía.

Una vez, en la avenida Tacna, estaba viendo pasar la escolta presidencial, embelesado. Era una larga cabalgata encabezada por una farándula que tocaba marchas militares. Atrás pasaba el automóvil del Presidente, y después mas caballos con húsares relucientes. A Ferreyros se le caían las lagrimas. Ojalá Haya de la Torre hubiera sido presidente –se decía–, pero los ricos no lo habían dejado. Sin embargo, allí estaba el compañero. De pronto la caravana se había detenido. El presidente salió del automóvil y le hizo señas. El miraba, sin querer comprender a quién se dirigía, pero después escuchó que lo llamaba por su nombre. La gente lo miraba. Se acercó. Una mezcla de orgullo y de vergüenza lo invadió. Se abrazó al compañero, conversaron. Después la música recomenzó y la caravana partió. El, no sabía qué hacer, la mirada de la gente lo turbaba, pero la niebla limeña se había vuelto luminosa. Caminó solo hasta el Campo de Marte, se sentó en una banca, lloró amargamente: viejo, canoso y

mal vestido. Lloró por él, por el APRA, por el pueblo, por los revolucionarios de Trujillo.

—El guardián de la casa de la esquina dice que ha habido muchos disparos, pero no sabe que ha pasado.

La voz del diputado Sáenz que llegaba, sacó de sus recuerdos a Ferreyros. Miró hacia la casa y al lado de las tanquetas vio el movimiento de los soldados. Más cerca de ellos, un fotógrafo pugnaba por acercarse. No lo dejaban. Fotografía de lejos y el flash de su cámara, hizo pensar a Ferreyros en los disparos.

—¡Ay compañero, qué desgraciados!— dijo, impotente. Después, los dos se quedaron esperando en silencio y sin saber qué hacer. A lo lejos se escuchaba el motor de los carros detenidos por la tranquera, desviados hacia la calle de la derecha. Mas cerca, se oía la voz seca y cortante de los militares, dando órdenes, comunicando, disponiendo. Y los dos seguían en silencio, golpeados, resentidos, pensando en quién tendría la culpa, sabiendo, cada uno, por su parte, que el otro no tenía razón.

—Es la derecha, que usa a los militares contra nosotros, como siempre —dijo Ferreyros después de un rato. Ellos sabían que en el 95 íbamos a ganar. Cuando perdieron las elecciones y ganó el chino, supieron que volveríamos.

—Sí, es cierto, pero es sólo una parte —dijo Sáenz.

El golpe y la noche lo habían puesto de mal humor. Cuando salió de su casa unos vecinos daban gritos de aprobación a Fujimori, y él no quería escuchar afirmaciones tan simples. Porque esto nacía en gran parte de los errores del gobierno aprista —continuó. Si se hubiera controlado mejor la economía —reflexionaba—, si no se hubiera creado innecesariamente una confrontación con los ricos, tal vez esto no estaría ocurriendo.

—¿Cómo es eso de «creado innecesariamente» —compañero?

A Ferreyros, le dolió escuchar eso. Por eso lo interrumpió. Miró a ese joven sin experiencia, para el que las cosas habían sido mas fáciles. El tenía cincuenta años de aprista, había dejado sus estudios por el partido, y después de todo lo vivido, dormía en un cuartito. El otro, con algo mas de treinta años, ya era un diputado. Pero pensó que eso terminaba esa noche y se sintió de alguna manera vengado. «No se olvide —dijo—, que Alan ayudó a los empresarios hundidos por el gobierno anterior. Los ricos no deberían quejarse: no cumplieron, no invirtieron, y todo el esfuerzo de no pagar la deuda externa y de aumentar el consumo de la gente, iba a terminar otra vez en Miami. Como siempre. Cuando Bustamante, nos traicionaron y nos echaron la culpa de todo. Generaban escasez porque se habían creado subsidios para los pobres».

–Pero en la nacionalización de la banca no se midieron bien las consecuencias –insistió Saénz, volviendo al tema. Hubiera sido mejor gravar las grandes ganancias, en vez de estatizar y generar la crisis.

Sáenz pensaba que el partido no tuvo un plan tributario. Cuando se redujeron los intereses y se aumentó el gasto público y los salarios; las ganancias crecieron, pero los ingresos fiscales no. Debieron haber aumentado los impuestos. Después fue tarde: el tiempo había pasado y la gente ya no tenía miedo al APRA. En ese momento fue absurda la propuesta de nacionalización.

–Eso se dice ahora, cuando se conoce el final –respondió Ferreyros y se acordó del mitin por lo de la banca, frente al palacio: allí él, apretado entre la masa, había visto a Sáenz en la tribuna. «Siempre es así –dijo–, cuando las cosas no resultan porque los adversarios son poderosos: ya nadie está de acuerdo. No, yo pienso que el verdadero error fue creer que la burguesía iba a seguir un modelo de desarrollo nacional».

–Bueno –y Sáenz no se dio por aludido–, pero una política pragmática debe anticiparse a eso –respondió. Pese a sus buenas intenciones, una medida no sirve si genera traumas tan grandes.

Sáenz pensó que el desorden económico del final del gobierno era imperdonable, y que lo de la banca había sido un recurso para envolver al partido y para cerrarle el paso al vicepresidente que quería ser candidato.

–Entonces, según usted, gobernar es hacer lo que no incomode a los poderosos –se defendió ferreyros. Según ese criterio, sólo queda convivir con la injusticia y someterse al más fuerte.

Ferreyros sospechaba que ese joven era de los que, desde el principio del gobierno, en vez de gobernar, solo pensaban quien sería el próximo para acomodarse en su mandato. Yo, compañero –siguió–, creo que en la vida cada uno tiene que cumplir con su papel. Lo justo, tiene que hacerse, porque es justo, aunque sea difícil, aunque no se alcance una victoria inmediata.

–Yo también creo que hay que hacer lo justo, pero dentro de lo posible –aclaró Saénz. Por más justos que fueran los subsidios y el nacionalismo económico, si el resto del mundo ya no creía en eso, esos temas nos conducían al fracaso. Aunque nos duela, esa es la realidad. Y nosotros en el gobierno no supimos tomar el pulso a esos cambios. Ya no era ni la época ni el ambiente para una nacionalización. Ahora hay otras ideas.

Habían comenzado a caminar, lentamente, pegados a la pared. Ferreyros se frotaba los brazos, sentía frío. «El viejo pontifica» –pensaba Saénz. Y las sombras proyectadas contra el muro, contrastaban la figura alta y delgada del

joven y la forma gruesa y encorvada del viejo. Sáenz había dicho que tal vez, hallarían una tienda o un café. Pero no encontraron nada. Caminaban, y sentían que caminar era irse, separarse, dejar de discutir. Entre apristas no debían discutir. Los lemas desfilaban por su memoria, especialmente por la del viejo: Fe, unión, disciplina y acción; unidos todo lo podemos, divididos nada somos. Pero no podían irse del frente de la casa. No podían entrar a buscar a García. Y como tampoco podían permanecer en silencio, discutían.

–Usted habla como si esas ideas fueran para siempre –dijo Ferreyros. Eso no es cierto. Mire cuánto desempleo hay en los estados Unidos y como están los pobres allí por culpa del neoliberalismo. Además, ellos predicán la famosa apertura, pero protegen muy bien sus industrias, y su agricultura, y tienen el mejor sistema de seguridad para los desempleados. Y vea como ha quedado aquí, la economía en los dos años del chino.

–Yo no defiendo al gobierno, ni al neoliberalismo –lo interrumpió Saéñz. Yo no creo en los excesos ni de uno ni otro lado. Sólo creo que es mejor vivir en una economía más realista, más estable.

–Será estable para los poderosos –dijo Ferreyros. Ellos siempre salen ganando. Resulta que si usted subsidia y protege, hay pobreza; y si no subsidia ni protege, hay más pobreza. Y entonces, ¿por qué resignarse a la ley del más fuerte, sin hacer nada?.

Estaban a trescientos metros de la casa. Un carro salió rápidamente de la calle. Era el automóvil de Rivas. Jiménez había quedado a cargo de la búsqueda, pero no buscó nada. Él sabía que García ya no estaba. A Rivas lo siguieron dos camiones, de los que estaban en la avenida. Iba acelerando. La secretaria de García debe saber su paradero –pensaba–, se lo diría a él. Y por la radio del carro escuchó: P3, P3, adelante Venezuela, ciento ocho absoluto. Es el carro del chino, supo Rivas, se está desplazando, ¿a donde irá?. Los otros seguían caminando. No encontraron nada abierto, ningún café. Volvieron hacia la casa, a discutir, impotentes. Pasaron frente a los largos muros de una mansión, les pareció inacabable. Por las persianas, alguien los miró. Era Zulueta, Angelmiro Zulueta, preocupado, preparando su fuga.

–Sí, como sea, pero la estabilidad es necesaria –dijo Saéñz. Quiso golpear al viejo, criticando. Es un hecho que el gobierno abusó de los déficits y de la emisión. Con una inflación de mil por ciento no hay estabilidad ni para los ricos ni para los pobres.

–Con la estabilidad de ahora, la gente sólo compra la mitad y hay más pobres –reaccionó el otro. Además, la culpa de la inflación la tienen todos los sectores y no sólo el gobierno. Acuérdesese que en los primeros años, la infla-

ción fue más baja que ahora y con sueldos mayores. Fue después de lo de la banca, que la economía degeneró.

—Precisamente eso es lo que dije hace un rato, que en la política una medida no debe causar traumas mayores que los que quiere solucionar. Sáenz, satisfecho, se dio cuenta que había traído al viejo de nuevo a su terreno. Eso se llama realismo —concluyó. Y a la realidad y al mercado no se les puede reemplazar con buenos deseos.

—Mire compañero, usted habla como si creyera en eso del libremercado —se enfureció Ferreyros. Y usted sabe bien que los ricos que son de carne y hueso. Se traen abajo al gobierno que no les conviene, y después dicen que se cayó porque iba contra las leyes naturales del mercado.

Rivas había llegado a la casa de Mirtha. Rodeó la casa. Entraron por el jardín y por las ventanas. Que le diga donde está, que es para protegerlo, que se evite problemas, porque esto va en serio, que no se comprometa. ¿Qué no quiere hablar?, entonces la arrestamos. La envió al Cuartel General en un auto. Cuando llegó, la encerraron en un cuarto del sótano, en el ala derecha. Arriba en el quinto piso, estaban Fujimori, Montesinos, Hermoza y los demás. Rivas volvió a Chacarilla. «¿No hay nada?» —preguntó. «Nada» —le dijeron. Masculló su eterno carajo. «¿Y a ti que te pasa Jiménez? Se te ve deprimido y cansado» —especuló. «Ya se cuál es la costilla que te tiene así, es la que trabaja en el banco. ¿Qué como lo sé?, porque nosotros lo sabemos todo. ¿Quieres un consejo?, no te embales ni te ilusiones, ella aspira a mucho más».

—Claro, pero así como los ricos crean situaciones y después las explican como producto del orden natural —respondió Sáenz—, nosotros también inventamos una historia heroica, un pueblo combatiente, y propusimos subsidios, obras y temas en los que ya nadie cree. Ahora, la gente es práctica —añadió convencido—, quiere menos estado, menos burocracia. La gente quiere menos corrupción en la cosa pública.

—Es cierto —dijo Ferreyros—. Si el partido hubiera cogido como tema la moralización, para dar un escarmiento a los gobiernos anteriores, a los que endeudaron el Perú, a los de los negociados, no nos hubieran hecho a nosotros lo que nos están haciendo.

—Eso es llorar sobre la leche derramada —sentenció Sáenz. En política, el último siempre paga el pato. En política, la historia se lee por el final. Si a usted le ponen la etiqueta de ratero, aunque los que le precedieron lo hubieran sido mucho más, usted será responsable por lo suyo y por lo de ellos.

—Sí, pero como la historia no se detiene, vendrá un tiempo en que se interpretará las cosas de manera distinta —se consoló Ferreyros.

Las dos de la mañana.

Dentro de la casa, Rivas se sienta en la cocina. A ver, ¿qué tiene para comer este caballo loco? –pregunta. Llama a un soldado– que le cocine, si, lo que encuentre, pero rápido –exige. ¡Cómo que frijoles cholo bruto! ¿Cuántas horas crees que vas a estar cocinando?. ¿Qué son de lata? Bueno, ¿Y esos huevos? También. Que llamen al capitán Jiménez –ordena. Tómate un trago –lo invita–, es pisco Biondi, del empresario aprista, y a pesar de eso es el mejor. ¿Qué no quieres pisco? ¿Entonces qué cosa te tomas?, Hay de todo. ¿Donde está el que quedó a cargo del teléfono? A ver soldado ¿Quién llamó? ¿Poca gente? ¿Nadie?. Qué tales pendejos, lo dejaron solo. Así son los políticos –concluye. A pesar de todo lo que han comido y se han beneficiado gracias a éste.

–Tal vez la gente cambie de opinión –dijo Sáenz–, pero ahora y sabe Dios por cuántos años, estamos jodidos. Y solos, otra vez solos. Eso es lo que más me amarga. Ahora ser aprista es como ser leproso. Y eso también afecta al partido. En las bases se encuentra muy pocos compañeros. Están impactados.

–No hay que tener miedo de la soledad compañero –dijo Ferreyros, todo esto pasará.

Era viejo y pensaba que la vida es siempre un ciclo, que a cada época racional le sigue otra irracional.

–Mire –añadió–, hace cuarenta años se tenía fe en la transformación social, se creía que la voluntad de las masas lo podía cambiar todo. Mucha ilusión. Y luego vinieron unas olas irracionales como las de ahora, en las que la gente pide por instinto y a gritos, autoridad, violencia. Eso no es nuevo. Así fue con los dictadores y los fascistas. Yo lo he visto. Pero después siempre vuelve la razón. Todo este fanatismo del mercado y de las leyes naturales pertenece a la época irracional en la que estamos entrando –continuó–, eso, en la política, trae las dictaduras. Y pensó que estar solo, siempre es algo pasajero.

Las tres de la mañana.

«Que traigan el paquete»–ordenó Rivas–. Claro, lo que hay que dejar. No nos vamos a ir con los crespos hechos –añadió. «A ver teniente, prepare el acta –Rivas comenzó a dictar–, si, en Lima, a los tantos de tantos, etcétera, por orden de, los aquí constituidos sutano, mengano, declaran haber encontrado las siguientes armas de guerra, prohibidas por la ley. Sí, en el escritorio dos, y en el dormitorio, una. Ponle dos, mejor, sí, de los AKM, de los de Corea. ¿Qué dice Jiménez?, ¿Qué nadie se lo va a tragar? Puede ser –aceptó Rivas–, pero nadie lo va a defender. Además –explicó–, esto se necesita para detenerlo, mientras se abre otra vez el juicio del enriquecimiento ilícito. ¿Y si además le

dejamos unas granadas? ¿Qué dice Jiménez?, ¿Que no?, bueno pues compadre –se impacienta Rivas–, te estás volviendo una monja, ¿Que hay niños aquí? pero si mañana nos las llevamos, después que tomen las fotos. Está bueno el plato soldado –se limpió la boca con la manga–. Ya sabes, para la próxima vez lo mismo: frijoles con huevo a las tres de la mañana, son muy buenos para el hígado, cojudo. ¿Y no hay algo dulce?

–Por lo pronto Alan es quien está solo, adentro, si es que todavía lo tienen allí –dijo Sáenz mirando la casa para cortar la conversación, porque el viejo ya estaba discursando. «Qué fanáticos son estos viejos –pensó, no se dan cuenta que el mundo no es un vaivén de lo mismo, sino que lo que vuelve, si de verdad vuelve, es totalmente distinto de lo que se fue. Seguramente vendrá otra cosa –se dijo–, pero sólo Dios sabe si volveremos nosotros».

Sáenz tenía 33 años. Fue su padre quien lo llevó por primera vez al partido. Había nacido en un pueblo de la costa, pero se educó en la capital. Siguió con entusiasmo el gobierno aprista, pero a medida que la situación se hacía más difícil, empezó a comprender que el partido y sus cuadros militantes estaban retrasados respecto al mundo. Es lógico —se decía—, tenemos más de sesenta años de existencia. Amigo de García, admiraba su oratoria, escuchaba críticamente sus discursos, y después, algo estético en las frases lo envolvía. Sabía ya que la hora de Alan había pasado, pero esa noche, había ido a enterarse de su suerte. «Pobre Alan –se dijo–, era su culpa, pero también culpa de los demás, y después de un balance, el partido tendría que cerrar ese capítulo».

Las cuatro de la mañana.

¿Que tú no quieres firmar el acta, Jiménez? Que tontería, a la hora de la verdad te chupas. No seas cojudo, esto es necesario. Muy bien, firma, así, tú eres de confianza. A ver soldado, pásame más de ese king kong, es el mejor dulce del Perú. Seguro que se lo traen los apristas de Trujillo, y también los merengues, son de La Castañeda. Cuando estaba en el Odonovan salía por las tardes a comer estos merengues. Son buenísimos. Tú sabes que en el ochentaicinco, yo estaba en ese cuartel, cuando llegó caballo loco a Trujillo. Sólo tenía tres días en la presidencia, y se fue de frente al Odonovan, este mierda, para lucirse delante de los apristas, entrando al cuartel que asaltaron en 1932. Estaba como jefe del regimiento el general Hermoza. Sí, el mismo que es Comandante General ahora. Los oficiales le dijimos en confianza que no debía permitirlo. Pero él se comió la mierda y salió a recibirlo a la puerta del cuartel, bien cuadrado. En la noche se mandó unos tragos, y en la borrachera decía que,

alguna vez, ya venía cubierto todo, que los tiempos pasen, y luego cómo las cosas se cumplen.

—La verdad es que que nadie sabía a defender la democracia —dijo Sierra después de un rato. Este golpe le han preparado muy bien. Han quemado durante dos años a toda la clase política. Por eso el japonés mataba todo el tiempo al parlamento, aunque le fuera tan obediente. Además golpeaba al poder judicial y a la policía, para preparar las cosas. Usaron el tema de Alan como una trampa, para que la clase política se ensuciará. Son los mismos partidos que por terminan con el AFSA y llegar a Alan, han cavado su propia sepultura. Nadie va a defenderlos ahora.

—No sea tan pesimista compañero —dijo Ferrerías y pensó que ahora los jóvenes son los más demócratas—. Ya creo que mañana la gente se va a movilizar contra el golpe militar, no solo por la democracia, sino porque es un golpe de la oligarquía.

Y dentro de la casa, ¿Canga? —exclamó Sierra—, y ahora quien le informará a Pérez que García se escapó? Por si acaso hay que darle otra banda a la casa —enserró a los soldados. Es imposible que se haya ido antes —pensó—. De repente se caesa y sabe de donde está. Al que se agarramos fue a Mamilla. Estaba bien cargado de armas. Ese se quedará adentro por mucho tiempo.

—¿Cuál es el pueblo actual como usted dice —respondió Sierra. Pero no le crea, porque nuestro pueblo es cada vez más informal. Cuando nació el partido, no había una cultura del desempleo ni la informalidad que existan ahora. Hoy —afirmó—, casi todo es sector informal. La gente no siente la falta de empleo porque nunca lo tuvo. Y como ella misma tiene que crear su trabajo —explicó—, no espera nada del gobierno. Pée poco y si le dan es peccadillo mejor. Así que pueden dar todos los golpes que quieran y no se molestan —concluyó—. Menos, si ven autobuses en la calle. Es la época de los informales.

—Claro, si hasta en el gobierno están —interrumpió Ferrerías.

—No es buena, tiene usted razón —confirmó Sierra—. Un japonés aunque sea ingenuo, es un informal, por intermediario, por llamativo, porque ellos siempre han estado a su cargo esos mitajes, las peluquerías, las lavanderías. El problema es que los informales no aceptan las normas y decenas sospechar que se utilizar hasta la construcción.

Ferrerías miró la avenida Primavera y vio a lo lejos un pequeño grupo que hablaba. Se alarga. Cuando quasi dejó aigo, Sierra parecía estar pensando en esa cosa.

—Voy a dar una vuelta —dijo el abogado.

Y Ferreyros vio cómo se alejaba, joven, ágil. Se quedó pensando que dentro del partido las cosas iban a ser muy difíciles. No era el momento de pensar en eso. Tuvo, eso sí, la sensación de no saber nada, ni del país ni del partido. Como si su vida y la historia que el había conocido fueran una casa vacía: sin dueño, sin muebles, oscura. Había sentido lo mismo en otras ocasiones, pero la ideología fue su luz, una referencia. Ahora, la luz era débil. ¡Qué tontería! —se respondió él mismo y siguió frotándose los brazos, porque en el apuro de la noche había salido en mangas de camisa. «Lo que pasa es que estoy cansado —se dijo—, porque soy más viejo».

—¿Lo agarraron? —preguntó por el teléfono La Muñeca. Había esperado dos horas la llamada de Ojo de Palta, y decidió al cabo de tanta espera llamar el mismo.

—No —dijo el otro—, parece que sigue escondido dentro de la casa.

VI

SINTIÓ A LO LEJOS el ta—ta—ta de un automóvil. Un aprista rondaba. Pensó que en la mañana, cuando los trabajadores volvieran a la casa en construcción, lo descubrirían. Debía buscar un mejor escondite. Subió a la azotea. Estaba llena de maderas, pero a un lado había una especie de cajón de ladrillo, un tanque de agua provisional. Aunque era muy pequeño, trató de acomodarse allí. Con bolsas de cemento vacías, y unos periódicos forró el piso, y la pared que le serviría de respaldar.

¿Qué hacer? Llamar por teléfono no le parecía sensato. Era previsible que los asaltantes tuvieran antenas de interceptación. Debía esperar. «Es mejor que duerma» —se dijo, pero un sudor pegajoso lo empapaba. Se dio cuenta que era temor. Para no perder la calma se propuso recordar el camino que lo había llevado hasta allí. ¿Cuántos pasos, cuántos saltos? Los polacos. Y la escalera apoyada en el muro. La radio transmitía. Los polacos. Entonces recordó a Haya de la Torre reconstruyendo su fuga. Sí, era la madrugada del 4 de marzo de 1939, llevaban seis años en la clandestinidad y en la base escuchaban en la radio de onda corta las noticias de la BBC de Londres. Las divisiones Panzer y ciento treinta mil soldados alemanes habían atravesado la frontera polaca. Conmovidos, escuchaban que algunos miles de soldados y ciudadanos polacos, armados con fusiles, intentaban detener el avance de las divisiones acorazadas. Contenían la respiración. Eran las cuatro de la mañana. Se abrió la puerta de la habitación y entro el dueño de la casa que los refugiaba. Quiso hablar en voz baja, pero gritó:

—¡Los soplones, los soplones! Era la policía política de la dictadura. Ya habían tomado posiciones frente a la casa. Tal vez en la parte trasera, la que daba al mar, ocurría lo mismo.

Se escucharon gritos y golpes en las puertas. Ni pensar en esconderse en el altillo. Debían abrirse paso. El, Haya, tomó sus pistolas. Jorge, su secretario, hizo lo mismo. Cruzaron el jardín, subieron al muro, escucharon disparos, ya los habían visto y estaban del otro lado. En la oscuridad, vio a los atacantes. Eran unos quince, entre el muro trasero y el comienzo del barranco que bajaba al mar. Por allí era el único escape posible. Recordó a los polacos. Gritó: «los polacos». Saco los brazos sobre el muro y disparó las dos pistolas. Vio caer algunos cuerpos, en la excitación se decía: «son los muertos, están heridos».

Se descolgó disparando. Avanzó sin dejar de hacer fuego. Mas cuerpos caían y él repetía en voz alta: «los polacos, los polacos». Era que ante esa carga inesperada, los soplones se echaban al suelo para evitar los disparos. Llegó a unos matorrales oscuros, corrió quinientos metros, otros disparos sonaban: era Jorge antes de caer herido. El, subió a un tranvía, amenazó a un chofer de taxi con sus pistolas sin balas, desapareció en otra de las bases. Los polacos.

—»No todo ha sido tan malo» —pensó García, aliviado. Se acordó de la deuda externa. Como decisión política —meditó—, había sido casi impecable. Expresó al Perú, lo integró en un momento decisivo. Además, para él, fue la confirmación de que con el APRA, comenzaba algo nuevo, providencial. Los industriales podrían tener más mercado, el pueblo, consumir, y él, ser como en los libros apristas, un líder antimperialista. Si los otros gobiernos de América Latina hubieran tomado ese camino, las cosas habrían cambiado. No quisieron. Tuvieron temor. Se quedó solo. «Mejor que mal acompañado» —pensó. En fin. Quiso dormir. Lo golpeaban las palabras, los polacos, la alambrada, Kennedy y las autopsias.

—Tal vez el golpe resulte positivo —concluía en ese momento, Angelmiro Zulueta. Estaba en su casa, a doscientos metros. Horas antes, a las diez de la noche, uno de sus guardianes le avisó la presencia de la tropa. Después, la llegada de las tanquetas por Primavera. «Vienen por mi» —pensó. ¿Por qué? —se preguntó, ¿Qué cosa les he hecho? Preparó la salida por la calle posterior. Tenía otra casa atrás. Tiempo atrás había previsto ese momento. Zulueta era el amo del Huallaga, el reino de la droga. Respetado, poderoso. Nunca se habían metido con él, y él nunca con nadie —pensaba. Era lo mejor. «Los políticos son buenos mientras más lejos están, solo así se puede trabajar» —ésta era su norma. Cuando raptaron a su hijo, hizo saber al gobierno que él solo se las arreglaría. Supo que uno de los raptadores era colombiano. El mismo día, en

avión privado, viajó con un grupo armado, secuestró a la madre del raptor, la colgó, y así colgada, la hizo hablar por teléfono a Lima. Soltaron a su hijo en veinticuatro horas. Así era de expeditivo, de eficiente. Por eso lo respetaban.

¿Por qué tenían que buscarlo ahora? Era por plata, o tal vez para apoyar a uno de esos colombianos que estaban llegando al Huallaga. Pero pasaron las horas y lo supo: venían por García. «Cosa de política –concluyó–, nada con él». Eran las doce de la noche y pensaba fumando largamente. Tal vez el golpe no era tan malo, el ejército ocupado en la política y la subversión, sacaría las manos del Huallaga. Un obstáculo menos que salvar. Además, el ejército con poder político, iba a controlar a la policía, la desarmaría. Menos problemas.

Suspiró aliviado. Era cuestión de tiempo –reflexionó como en otras ocasiones–. Con menos Estado y más libertad de comercio, alguna vez terminarían legalizando la cocaína. Y entonces, todo lo que ahora se decía de ella y de ellos, pasaría al olvido. El mundo iba hacia eso.

Prendió un cigarrillo. La política –pensó–, que cosa tan extraña, tan llena de traiciones. Para él, los políticos eran iguales a los adictos, con su furioso deseo de figuración y de importancia. ¿Y eso que con la televisión y las noticias trafican con las pasiones de los políticos y de la gente? –se dijo. ¿Qué cosa haría mas daño? ¿Cuál de las dos adicciones?. Se acordó de pronto de los capos colombianos. Estaban de lo más bien. Esos sí tenían plata de verdad. Llevaban la buena a los mejores mercados. Pero de repente enloquecieron. ¡Qué brutos! Se les había ocurrido ganar el poder, volverse políticos. Por eso se fregaron. El lo supo, porque a él también le hablaron del poeta que los había convencido para la aventura. Les había vendido ese proyecto, los convenció. Y lo hizo a cambio de nada. Seguía siendo un poeta pobre. Vivía en Cartagena. Según él, conquistarían el poder, harían la integración de América Latina. Cavaron su propia tumba porque se mezclaron con los políticos. O tal vez habían crecido mucho y creyeron que el mundo de la coca les quedaba chico. «¡Qué brutos! Con los políticos, de lejos –se repitió Zulueta–, es lo mejor. Cada uno en lo suyo».

Aspiró hondamente el humo. ¡Qué buen susto había tenido esa noche!

VII

AUN ESTABA OSCURO cuando despertó, sudoroso y sobresaltado. ¿Qué hacer? Llamar a la prensa no era posible. Si la tropa seguía allí, era porque algo más grave había ocurrido. Con la luz del día decidió seguir esperando. Sonaban motores en la calle. Llegaba más tropa. Arrastrándose por la escalera bajó al

segundo piso y tomó agua de un caño. Tenía un sabor duro, a cloro. ¿Y ahora, qué hacer?

El Perú se había despertado con el mismo gobierno pero con otro régimen. Y en el ómnibus atestado, que va de Villa El Salvador a Surquillo, la gente opinaba.

-Dice el chino que ya no va a haber parlamento.

-Está bien.

-Que los partidos políticos los van a cerrar.

-Mejor.

-¿Y usted lo escuchó?

-No, porque trabajo temprano y dormía.

-Ya, ¿alguien lo escuchó?

-No, pero en la radio lo explicaron esta mañana.

-Claro, en el Perú se necesita autoridad.

-Sí, para poner en su sitio a los rateros y a los ociosos.

-Y dicen que a Alan le han dado vuelta, o sea que está muerto.

-Está bien.

-¿Y a quién le quedarán los cincuenta millones?

-Nadie sabe para quién trabaja.

-Está bien pues.

CAPITULO SEGUNDO

HAY QUE MONTAR UN BUEN MUÑECO

(Febrero 1991)

I

EL MAURY, VIEJO hotel limeño, ya no tiene la exclusiva elegancia por la que hace cincuenta años fue un lugar de moda. A cien metros de la plaza de armas y del palacio de gobierno, ahora es parte del centro populoso, cobrizo y desprestigiado. Los hombres de negocios cuyas oficinas están cerca de esa zona, prefieren hacer el largo trayecto hacia los barrios menos cholos de Miraflores, o hasta los dos restaurantes de moda, a la orilla del mar. Allí se reúnen los empresarios, con la elegancia limeña y con los altos funcionarios del Estado. También con los aspirantes a mejores situaciones. Y allí se celebran negocios, se ganan licitaciones, se solucionan problemas legales.

Así era el Maury antes, pero ahora se llega a él atravesando calles atestadas de gente pobre, de vendedores ambulantes cuyos gritos alcanzan el bar, junto al sólido olor de los anticuchos que asan en la misma vereda. Hasta hace unos años, se hablaba de los cocteles del Maury, de su tacutacu, una tortilla de frijoles añejos con arroz. Después ni de eso: había pasado al olvido. Sin embargo, el hotel, situado a doscientos metros del congreso, comprado poco antes por un grupo financiero, estaba volviéndose el centro de importantes reuniones políticas. Ese día, solos en el bar, dos hombres de mediana estatura bebían Pisco Sour.

Ya estamos en febrero, y nada-, se quejó el más gordo, el banquero al que llaman La Muñeca. Este idiota de Olivera, en lugar de hundir a García, lo está

fortaleciendo con sus ataques. Tú sabes que para un político, es preferible ser insultado que ser olvidado.

La Muñeca, breve de estatura y redondo de cara, hinchaba las mejillas al hablar. Era hijo y nieto de mineros. Había incursionado violentamente con sus hermanos, en los negocios familiares. Pretendía darles—según su nuevo estilo— mayor agresividad. Y en pocos años, usando los créditos de su banco recientemente adquirido, compraron varias empresas y controlaban otras.

—Es que tu ahijado Olivera es un incapaz— respondió Ojo de Palta, limpiando de sus labios la espuma del pisco souer—. Si hasta ahora todo le ha sido fácil, es porque todos estábamos contra García. Pero García es un hueso duro de roer, y se necesita a alguien mucho más importante que Olivera para terminar con él.

Lo miró desdeñosamente, le habló claro. Porque para él y para su grupo financiero, La Muñeca y sus hermanos, eran unos aventureros. Personalmente, él desconfiaba de ellos y de su protegido, el diputado Olivera, con quien dos años antes, La Muñeca formó un nuevo partido político. Pensó que ya estaba dicho lo que debía decir, que había puesto las cartas sobre la mesa. Lo había hecho desde el comienzo. Después, miró hacia la calle por la que pasaba un ómnibus ruidoso y multicolor, con gente colgada de la puerta trasera.

Le decían Ojo de Palta por sus globos oculares anormalmente inflados, y porque al hablar perdía la mirada, torciendo el cuello en un extraño rictus que lo llevaba a mirar hacia el suelo.

Era hijo de inmigrantes italianos, venidos de la Liguria, viejos granjeros de Lima, enriquecidos por el crecimiento urbano. Hasta su juventud, en los años cincuenta, los italianos, pese a su riqueza eran socialmente, un grupo secundario ante la oligarquía. Pero el complejo racial de gran parte del país les había reservado un lugar distinto y superior. Para los grupos emergentes de la clase media, los apellidos europeos poseían un tinte de distinción. «Curioso país»— había pensado muchas veces el propio Ojo de Palta. «Obreros sin empleo allá, aristócratas aquí». Otros miembros de la familia de Liguria, habían partido hacia Nueva York: eran tenderos en Little Italy. «Esta rama de la familia escogió un barco mejor»—les decía él, bromeando.

Herederero del padre, protegido por sus viejas tías, manejó toda la fortuna familiar. Así llegó a ser conocido e importante. Además, se alió oportunamente con un grupo de agricultores de origen español, y, junto a ellos, y con audacia, tomó el control del banco mas grande del país. Fue un golpe de estado contra los accionistas italianos. Desde ese día, Ojo de Palta comprendió que el Perú

era, de verdad, el país de los hechos consumados. *Audacis fortuna juvat*, repetía el latinajo.

Su importancia y sus negocios crecieron. Con el banco en las manos, tenía toda la información, todos los medios de presión y el ministro que quisiera en el bolsillo. Cuando García propuso, en 1987, la nacionalización de la banca, ofreció ejercer sus viejas amistades en el partido del gobierno. Logró, según dijo, atrasar por varios meses la aprobación de la ley. En el momento culminante decidió atrincherarse en las oficinas del banco. Había jurado, con otros directores, resistir hasta el final.»;Carajo! De aquí no nos saca nadie»—dijeron, y así lo comunicaron. De pronto.

—Dicen por teléfono que es mejor que salgan, porque la Guardia Republicana está subiendo con ametralladoras al edificio de enfrente.

Nadie preguntó si la llamada era cierta. Siguió una confusión, un griterío.

—Llaman a la presidencia del senado—gritaban—, que avisen a palacio. Vamos a salir. Que nos den garantías.

Salieron jurando vengarse.

—Ya verán apristas de mierda.

Aquellos días transformaron su carácter, porque Ojo de Palta prefería la relación directa con el poder. Allí estaba el secreto de la verdadera ganancia. Lo había aprendido en la última etapa del gobierno de los militares, cuando retrocedían de todas las reformas y preparaban su salida en medio de la crisis. Su grupo había mantenido una discreta convivencia con el primer gobierno civil. Después ensayó con García esa relación, y la sintió brutalmente traicionada. Ahora, la buscaba con Fujimori, acompañándolo en sus viajes, despreciándolo intensamente, aunque pretendía ser su hombre de confianza.

Su grupo, se preciaba de ser el más moderno de los sectores empresariales. Predicaban la eficacia liberal, pero la presencia del estado en la economía, no era para ellos una amenaza. Al contrario, había sido en la etapa de los militares, cuando hicieron los mejores negocios y la toma del banco. Además —pensaban—, a la larga, el crédito externo para las grandes obras, el gasto, y el déficit, beneficiaban a los bancos.

Tampoco temían a las organizaciones populares, ni siquiera al comunismo, al que sabían minoritario. En cuanto al APRA, era cuestión de mantener con ella una buena amistad. «Los apristas ya saben que el verdadero poder está en el dinero y las armas» —decían. Ya estaban domesticados. Pero eran necesarios. Un partido grande y disciplinado controlaría a las masas y se controlaría él mismo.

—Los aprietas sirven para apoyar a un gobierno, pero no para gobernar —había dicho él en una sobremesa. «Porque la economía la manejarán los amigos expertos»—explicaba. Los aprietas pondrían los votos.

Fue distinto: los aprietas quisieron conducir la economía, y además, dirigir a los grupos financieros. Después vino al estatización de la banca.

Ojo de Palta vio con recelo cómo los partidos de derecha, traían a Vargas Llosa para liderar la oposición. Su grupo apostó por un golpe de estado. Pero solo consiguieron algunas promesas en la marina. Nadie, en cambio, se comprometió en el ejército. Entonces hablaron de un atentado, que no se concretó. Se limitaron a la denuncia, al ataque político, y a esperar. En ese momento, Ojo de Palta comenzó la operación que según él, lo llevaría a superar a todos los miembros del grupo. Inclusive —calculó—, a ese enreído de Dionisio, el accionista mayoritario del banco.

—García mantiene una tasa de cambio artificial —dijo. Es inevitable que el próximo gobierno comience con una gran devaluación. Con esa lógica pensó en lo que llamó «el negocio del siglo»: endeudarse ahora, todo lo que fuera posible, en moneda nacional. Después de la devaluación, las empresas exportadoras del grupo pagarían con soles devaluados, la mitad o la tercera parte de la deuda en dólares. Pero los socios minoritarios de sus empresas vacilaban ante la aventura. Y Ojo de Palta se esforzaba en razones y argumentos.

—No hay ningún riesgo —les decía. Pensaba y repetía que a través del banco, su banco, o a través de los bancos del Estado, podía obtener el equivalente de cien millones de dólares en moneda nacional, toda esa suma en forma de crédito. Y después del 90, la deuda que se pagaría, sería a lo sumo de treinta millones.

Lo miraban con duda, pero él se impuso, porque él tenía la relación con el banco, y a fin de cuentas, era el accionista mayoritario.

La operación se realizó. Después, todo era cuestión de esperar. Ocurrió lo contrario: el gobierno de Fujimori retrasó más la tasa de cambio. Además, Ojo de Palta había previsto que con la política antinflacionaria se reducirían los intereses, pero el nuevo gobierno dejó flotar las tasas y el interés aumentó. Por eso, las deudas que el grupo había tomado en moneda nacional, crecieron cuarenta por ciento en el primer año, y al convertirse en dólares, algo más, por el retraso cambiario. Ya eran monstruosamente superiores al valor de las empresas. Y la situación sería peor al año siguiente. Los accionistas minoritarios estaban desesperados.

—¡Qué horror! nos has hundido —le decían.

Y él quería tranquilizarlos argumentando que, ahora sí, la devaluación, era inevitable. Pero pasaban los meses y la deuda crecía.

Decidió esconderse por largos periodos: viajaba a Colorado donde tenía el chalet en una estación de esquí, para diferenciarse de esos peruanos nuevos ricos, que según él, atestaban Miami. Pero hasta las alturas nevadas de Colorado le llegó una mala noticia: un grupo de accionistas preparaba una denuncia penal para salvarse de los efectos de la quiebra. Confuso, miraba desde el balcón la colina nevada, y al lado, una residencia más grande, la propiedad de Dionisio. «Todo esto es obra de García»—pensaba. Seguramente había mantenido baja la tasa de cambio para destruirlo. Estaba al borde de la desesperación. De pronto, allí comprendió que sólo el gobierno podría salvarlo de la crisis. Debía obtener un crédito del Banco Interamericano para cubrir sus malas deudas. Por eso estaba condenado a acompañar a Fujimori. Por eso ahora estaba ante ese advenedizo, La Muñeca, en ese hotel viejo, propiedad del otro. Pero no tenía confianza ni en él ni en Olivera.

—En realidad —continuó—, la única virtud de Olivera consistió en casarse con la heredera del banco Wiesse, pero ni la suegra ni los hermanos lo soportan —añadió. ¿Sabes que nunca lo han invitado a nada, porque es de una familia de medio pelo?

Sorbió del vaso y se quejó de la bebida. Oye —dijo—, aquí ya no hacen el pisco sour como antes. Después continuó con el tema: dicen que con el cuento de atacar a García y con la curación de la esposa, ya les ha sacado doscientos mil dólares. Les había pedido un departamento en Ancón —siguió contando—, y sólo lo habían recompensado con una casita de playa, en Santa Rosa. Los amenaza con divorciarse, si no le dan más.

—Esos son chismes sin importancia, cojudeces —lo interrumpió La Muñeca.

Olió la desconfianza del otro, pero conocía también su situación financiera. Sin el apoyo del gobierno, no podría salvarse de la quiebra ni salvar sus empresas exportadoras. Si lo buscaba ahora, era por miedo —pensó. Se sintió superior y más seguro. «La verdad es que es el único que se manda con ganas contra García» —defendió a su diputado. Le dijo a Ojo de Palta, que se acordara de los otros, que quisieron un montón de plata para hacer lo mismo. «Olivera puede ser un idiota, si tú quieres: pero es el único decidido» —terminó La Muñeca contundente. Pensó que Ojo de Palta no tenía una alternativa: nunca daba la cara en política. El, en cambio, sí tenía un partido, actuaba.

—Pero hasta ahora sólo hace ruido —insistió Ojo de Palta. Hace dos años repite que García pagó por la casa doscientos mil dólares y no cien mil, como

dice en la escritura. Llamó al parlamento a los vendedores, los hizo jurar. Todo un show delante de la prensa, con biblia y crucifijo. Pero los tipos ratificaron el precio. Además, García se defiende diciendo que compró la casa antes de ser presidente. En eso no tiene pierde. Para colmo –añadió, con desánimo–, han ampliado la investigación a todos los bienes que García compró o vendió desde el setenta y siete y los compradores de las cinco casas le han dado la razón. Le están haciendo un tremendo favor.

–Ese loco es un gran vivo –dijo La Muñeca. Desde 1977 había preparado todas sus declaraciones anuales de ingreso y ahora las presenta como que en los trece años hubiera comprado y vendido uno tras otro todos los bienes. Puro montaje. Yo creo que hay que seguir persiguiéndolo, porque así, al menos, podremos abrirle un juicio por evasión tributaria.

–Esa sería un tremenda estupidez –saltó de su asiento Ojo de Palta–. Lo miró. «Con qué cojudos me estoy metiendo» –pensó. Creía que enjuiciar a un presidente por una evasión de diez mil dolares, en casas compradas antes de ser elegido era un tremendo papelón. Con eso lo único que ganaba era hacerlo de nuevo presidente. Lo que la gente quería era saber si el gobierno robó y no esas minucias. «Además el otro día –añadió–, Montesinos me dijo que por más que han dado vueltas, no le han podido armar un muñeco tributario. A fin de cuentas, el chino tiene miedo que le hagan lo mismo, con las treintaidós casas que tuvo, sin pagar nada de impuestos».

–¿No dicen que Montesinos ya hizo desaparecer los papeles que comprometen a Fujimori? –preguntó La Muñeca. Y el mismo se respondió: seguramente los tiene guardados, para chantajear al chino, cuando llegue el momento. Es cierto –se desanimó de pronto–, al paso que vamos García va a terminar ganando.

–Hay que cambiar de estrategia –se impacientó Ojo de Palta, torciendo rígido el cuello, los ojos perdidos hacia la calle–. Es absurdo que con todo lo que tiene en contra, no se pueda liquidar a García –añadió–. El tiempo pasa rápido, y los peruanos tienen mala memoria.

–Sí, hay que hacer algo, tiene que haber un modelo distinto. En estos primeros seis meses, no hemos avanzado nada. La voz de Fujimori, sonó inexpressiva en el despacho de Palacio. Era enero, y el modelo aplicado no daba los resultados ofrecidos. El ministro de economía salió. No quedaba más camino que aceptarle la renuncia. Fujimori pensaba con sus asesores que debía profundizar el modelo. ¿Hasta dónde podría soportar la gente? –se preguntaba mirando a Montesinos. Tal vez éste tuviera una alternativa.

Ojo de Palta comenzó su tercer Pisco Sour. Mucho limón, y no tiene suficiente amargo de angostura –dictaminó–. Pasó la lengua por el borde

azucarado de la copa, y el choque de sabores lo distrajo. No veía solución para el problema económico. No creía en la reinserción del país en el sistema financiero. No era un remedio para los años siguientes. El, como banquero, sabía que los bancos prestan cuando abunda el dinero, como en el 70. Ahora, necesitaban cobrar las deudas. Así, el país pagaría mucho y recibiría poco. ¡Mal negocio! –se dijo–. Tampoco la contracción económica era una salida: enfriaría la economía, quitaría rentas al estado, provocaría desempleo, aumentaría la cartera pesada de los bancos.

Siempre lo supo, aunque hubiera dado su apoyo públicamente: al final, el modelo económico no era su problema. El necesitaba, cuanto antes, el crédito del Banco Interamericano para cubrir las malas deudas. Además los bancos sabrían superar el asunto, con crisis o sin crisis. Pero un fracaso del gobierno, era un grave peligro político: resucitaría a García.

–Ahora resulta que si pasa un tiempo y las cosas económicas no salen bien –terminó Ojo de Palta –el beneficiado va a ser ese miserable. ¡Carajo! –se impacientó–, este país no tiene memoria, y estos cholos de mierda son capaces de votar otra vez por García.

–Claro que hay alternativas presidente –respondió Montesinos en el despacho de palacio–, pero no están en la economía. La salida es política. Rodríguez tiene razón cuando dice que este modelo económico no tiene medias tintas, que hay que llevarlo hasta el final. Y ya no se puede dar marcha atrás –añadió–, aquí, si uno vacila, pierde. Más que el costo social, lo importante es que la gente no vea retroceso. Ese es el mensaje político básico. Que vea decisión. Y si la dureza del programa trae dureza política, todo depende de como se ejerza. Hay que darle alimento político al pueblo, espectáculo. Ese es tu trabajo –terminó pedagógico. Dejar que los economistas hagan el suyo.

–Así es la política –filosofó en el Maury La Muñeca–. En la política, todo tiempo pasado fue mejor. Es verdad que con eso del precio de las casas lo están beneficiando. Pero podemos cambiar de juego, noquearlo –propuso su alternativa. Hay que meterle una buena enmierdada, de una vez por todas. La idea de Mike Ortiz no es mala: hay que presentar un informe con las cuentas corrientes de García. Es lo mejor que se puede hacer.

–Sí, en teoría es una buena idea, pero es muy peligrosa –dijo Ojo de Palta–, porque si se demuestra que el informe no es cierto, caballo loco saldrá ganando.

–No seas cojudo –respondió el otro–, si la enmierdada es universal, se va a demorar años en limpiarse. Además, en la política, ¿Cuál es el límite entre lo que es cierto y lo que no lo es? ¿Qué es la verdad? –se preguntó y continuó–

¿Qué es lo que no puede volverse verdad para la gente? Todo puede ser verdad, y por largo tiempo. Al final, a la gente no le interesará qué hizo García. Estará convencida de que aunque García no hizo lo que Olivera dice, podría haberlo hecho, porque es capaz de eso y de mucho más. Esto es lo importante en la política, y aunque parezca idiota –dijo burlón–, es lo democrático: aquí importa lo que dice o piensa la mayoría. ¿No?

–Sí, pero García no es mudo –dudó Ojo de Palta–. Se defiende bien y sabe llegar a la gente.

–Sabe hablar bien, que es muy diferente –rectificó La Muñeca–. Otra cosa es que pueda llegar a la gente. Y para eso los cañones son los medios de comunicación. ¿Cuántos tenemos nosotros, cuántos tiene García? Esa es la cuestión –dijo pragmático–. Las pruebas, las constancias, son cosa de abogados. La política no es el Palacio de Justicia, y aunque lo fuera –le recordó a Ojo de Palta–, tú sabes con qué música bailan los jueces. Además –terminó contento de su lógica–, ahora está de moda joder a los políticos y política equivale a suciedad. Mira lo que pasó en la elección presidencial: la gente votó contra los partidos.

–¡Estás loco! –dijo sonriendo Ojo de Palta–, lo que pasa es que a tu candidato le ganaba cualquiera: con sus errores hizo presidente al chino, y García también contribuyó. De verdad que nadie sabe para quién trabaja. ¿Y no me digas que también tú estás de independiente?

–¡Qué tontería! Estos, con el cuento de ser independientes, hacen más política que los otros. ¿Sabes por qué?. Porque un político de partido tiene que compartir la torta, o por lo menos está limitado por su organización. Estos, en cambio, se la llevan sola, tienen todo el poder, no responden ante nadie. Y eso es lo más político que existe, tener todo el poder. Así que eso de los independientes es un cuento que yo no me lo creo. ¡Caray! –exclamó contento de la lucidez de su discurso–, nunca he visto un tipo más astuto que este chino: dijo blanco hasta la elección, después hizo negro, y tiene la gran concha de decir que los políticos mienten.

–Pero hace lo que es necesario –habló gravemente Ojo de Palta–. Este país necesita autoridad, aunque venga de un chino –se puso humilde. Hay que poner a la indiada en su sitio –volvió a lo suyo. Desde antes de Velasco –recordó–, ya se había perdido el sentido de la autoridad. Y este pueblo –terminó–, lo único que necesita es palo, palo y más palo. Repitió como suya la frase de una escena que a él le habían contado: era de noche cuando Haya de la Torre, el jefe del Apra, se entrevistó con el exdictador Benavides. En la conversación, habló largamente de ideología, de filosofía. Y el otro, aburrido,

le había dicho al terminar: «señor Haya, sus ideas son muy buenas, pero lo que este pueblo necesita es palo, palo y más palo».

—Concretemos —interrumpió la muñeca que había escuchado antes la frase—. «Dice Mike que se podría armar un buen muñeco con alguna gente de Miami». Explicó que podría aparecer una empresa como si hubiera hecho una investigación y con ese documento Olivera armaría el burdel en el Congreso. «Mike ya estuvo con Olivera y con la Flores —añadió—. Markevicht se los llevó y ya se ha avanzado en la elaboración del documento».

—No me parece tan simple —volvió a dudar Ojo de Palta—. Decir que alguien tiene cuentas en un banco es fácil, pero todo se complica si no existen.

—No pues —argumentó La Muñeca—. Según Mike, la cosa se complicará mucho más para García, porque es él quien tiene el viento en contra.

La Muñeca debía explicar los planes. Ya veía a García acusado en el Parlamento. «Si se aprueba que se investiguen esas cuentas, sólo el poder judicial podría pedir los papeles, por lo del secreto bancario» —añadió satisfecho—. Tú sabes cuántos años puede durar un proceso judicial —explicó— podríamos llegar a las elecciones del 95 con García enjuiciado. Y lo importante es que en todo ese tiempo la gente estará contra él.

—Acuérdate del chiste —dijo para ser más convincente—. Un tipo cruzaba todos los días la frontera con una carretilla de arena. Los policías buscaron en la arena, uno, dos, tres días. Y nada. Se dieron por vencidos. «Ya pues viejo, dinos en donde pasas la droga y no te haremos nada». Y el tipo contestó: «no llevo droga, yo soy contrabandista de carretillas». ¿Buena no? Aquí es igual: lo importante es la carretilla, que la acusación judicial y lo que importa políticamente, ¿ves?».

Ojo de Palta no estaba convencido. Pensaba en los riesgos pero tenía que aceptar que, por el momento era lo más adecuado. Creía que García, no aguantaría anímicamente. Sabía o creía saber lo de sus depresiones. «A mi esposa —recordó—, la señora Echecopar le ha contado que cuando se enoja, pateo a la gente que está cerca y después se encierra horas de horas, deprimido». Por eso había que atacar con constancia y cansar al tipo, agitarle bien las aguas, incluso pensar que alguna gente de su partido podría aprovechar para quemarlo de una vez por todas. «Yo sé que ya están hartos» —dijo finalmente y comenzó el cuarto trago.

—Según Mike, para armar un buen muñeco y hacer un gran laberinto, hay que escoger bancos en quiebra o que estén en problemas —siguió trazando su estrategia La Muñeca—. Si tú dices que García tiene plata en un banco que ya dejó de existir o que está intervenido, ya veremos cómo se saca esa mierda de

encima. Necesitaría un tiempo enorme para probar lo contrario. El tiempo irá pasando y sus energías y amigos se irán agotando. Según Mike hay que meter en el tema, bancos norteamericanos, porque él sabe de las ganas que le tienen los gringos.

La Muñeca comenzó el tercer Pisco Sour. Estaba amarrando el trago. El otro tenía fama de buen bebedor, y él debía asistir después a una reunión.

—Los gringos estaban convencidos que García era comunista— precisó Ojo de Palta.

Y la precisión sirvió a La Muñeca para recordar que el embajador estaba dispuesto a ayudar. Había estado con Olivera y se había comprometido a hacer declaraciones acusatorias. Ya lo había hecho al declarar que el tesoro estaba investigando a García y a los cómplices que pudiera tener. «Dice que cuando se lo pidan —informó— volverá a declarar».

—Ese Quainton tiene buena voluntad, pero a veces la caga —se desalentó Ojo de Palta—. He leído que pidió al Departamento del Tesoro, una investigación sobre cualquier depósito o transferencia que García y su mujer hubieran hecho en los Estados Unidos. Pero, hasta ahora, no hay nada.

—Si García se pone como víctima, sacaré partido político de eso. Es urgente hacer lo que propone Mike. Pero ya, para no darle descanso.

—A veces creo que lo mejor sería un golpe de Estado —dijo Ojo de Palta, como si estuviera en el límite de la paciencia—. Terminar con todo esto de una vez, sin tanto trámite.

Había dicho lo mismo la vez de los almirantes, en la base de Ancón, cuando el chino ya estaba elegido y algunos hablaron de un golpe. Pero Caballo Loco los amenazó y le informó a Fujimori. «Oye, le habría dicho García al ministro de Defensa: dile a todos esos, que yo también voy a ir mañana a la base de Ancón, para ver quién se atreve a dar un golpe». No fue ninguno. Por eso los botaron a todos el primer día. «Ahora no hay hombres dispuestos —dijo Ojo de Palta—, el chino y Montesinos no se animan solos a cambiar las cosas».

—¡Estás loco! Ya nadie acepta un golpe ni dentro ni fuera del país. Además, estos japoneses se han dedicado a sacarle plata a todo el mundo. Están contentos. El hermano va y viene a Italia, y con lo de la Belco se han forrado. Un día de estos emborracho a Jaime, que es el abogado y me contará cuánto tuvieron que dar para que les pagaran la deuda después de siete años.

—¿Y a ti cuánto te han sacado para no intervenir el Banco? preguntó irónico la Muñeca. Se arrepintió de haberlo dicho. El tercer trago hacía ya sus efectos.

—No te pases de vivo —se defendió Ojo de Palta—. Con la recesión todos tenemos problemas. Pero en el viaje al Japón ya hablé con el chino y con Iglesias, quien va a prestar cien millones, para que los bancos puedan cubrir malas deudas. Es un buen soplo de oxígeno. Con la crisis ya no hay quién pague.

Ojo de Palta sabía mucho más del viaje al Asia. Antes de volar al Japón, había conversado largamente con Montesinos. Durante el vuelo de San Francisco a Tokio habló con el hermano de Fujimori y con el ministro Yoshiyama. Así, al volver del Japón tuvo clara toda la estrategia.

—No se puede hacer un gobierno sin apoyo internacional —le dijeron. En el Japón lo encontrarían, y para ello, la proveniencia racial de Fujimori y de algunos ministros, era un signo de identidad, que el partido Liberal Democrático del Japón valoraba enormemente.

Desde ese momento, estudió seriamente las reuniones con los funcionarios. En la audiencia del emperador, comprendió que Fujimori era un súbdito y no un presidente. «Siglos de verlo como hijo del cielo, no pueden olvidarse en unos años»—pensó. Se enteró que los padres de Fujimori nunca hablaron el español, y que la suegra, con la que vivía, sólo hablaba japonés. Por lo tanto ese era el idioma que se usaba en la casa. Y cuando le explicaron que en esa lengua no existe el plural, ni la diferencia entre el masculino y el femenino, comprendió que la extraña forma de hablar de Fujimori, no era un acento popular. Ese «todos lo peruano» que escuchaba era pensado y construido en japonés.

En la reunión de Yoshiyama con la Japan Petroleum Company, entendió que el encargado de las negociaciones con el Japón, sería ese ministro. El Perú debía por la construcción del oleoducto en el gobierno de Velasco, más de setecientos millones de dólares. Claro, hacerles una promesa de pago después de diez años de atraso, era un buen punto de partida. Pero reconocer dos mil millones de deuda, era un exceso. Y proponer el Perú como puente entre Japón y América latina, una candidez. Para eso, Colombia y Venezuela eran más atractivas. Eso le dijo una noche a uno de los empresarios peruanos, allá en el Japón. El otro le reprochó su incredulidad.

—Es que tú no conoces a los japoneses, ni entiendes su fidelidad a la raza. Además, ni Colombia ni Venezuela tienen un presidente japonés.

De pronto La Muñeca lo sacó de sus cavilaciones:

—¿Tú crees que los otros partidos acepten la propuesta de la acusación a García?

—Totalmente seguro —respondió Ojo de Palta, mientras las sedas japonesas y la música lánguida de los banquetes se perdían en su memoria—. Comenzan-

do por los dos jefes, que con tal de joder a García, votarían por cualquier cosa. Por cualquier cosa –subrayó. El otro día me encontré con el viejo y me dijo en broma, que García saldrá ganando. Piensa que hay que cambiar a Olivera, y encargar esto a alguien con más peso –contó. No va intervenir directamente, pero dejará hacer. Dirá que él no puede controlar la gente de su partido. Son de la generación de García y harían cualquier cosa por liquidarlo. En cuanto a los comunistas –siguió su recuento–, ellos siempre buscan a quién fregar. En la prensa, casi no tiene amigos. Y a todo esto –preguntó– ¿Quién firmará el informe, quién lo avalará?

–Markevicht ha recomendado a un hombre que él conoce –dijo La Muñeca. Es un cubano que vive en Miami y es encargado de la seguridad del estadio de Jai Alai. Por unos cuantos dolares es capaz de firmar lo que sea. Ya aceptó.

–Cuánto pide?

–Treinta mil dólares.

–¿No se estarán pasando de vivos Markevicht y Ortiz? –preguntó Ojo de Palta–. ¿Por qué no lo llamas tú directamente, y le ofreces veinte mil?

–Ya lo he querido hacer –dijo La Muñeca–, pero el teléfono que aparece en sus papeles no existe y, según Markevicht, la dirección que usa tampoco.

–Entonces ese es el hombre que necesitamos para joder a García –se entusiasmó Ojo de Palta. Dile a Olivera que cierre el acuerdo. Que lo haga él directamente, y así nosotros no aparecemos. ¿Y para cuándo tendrá montado el muñeco?–preguntó. Se acordó que en términos policiales, se llama «muñeco» a una acusación fabricada para amenazar o procesar a alguien. Una vez, uno de los accionistas italianos había exigido recobrar su asiento en el directorio del banco, después del golpe de mano en que lo perdió. Y el abogado con la ayuda de un coronel de la policía, le había montado un muñeco: como era extranjero, lograron que un detenido por tráfico de estupefacientes, lo mencionara. Con ese documento, iniciaron una investigación. El italiano abandonó precipitadamente el país. Fue un buen muñeco.

–Ya está listo –respondió La Muñeca–. Mike ya redactó el borrador y le hizo algunos añadidos para complicarlo más. Con toda la mierda que le va a caer, a ver si Caballo Loco puede limpiarse. Lo imaginó gráficamente: García sucio, embarrado, cubierto de excrementos: se limpiaba empujando la sustancia amarillenta de un lado al otro de su cara y de su ropa, desesperado.

Se río, llamó al mozo con una palmada. Eso si valía el último pisco sour. El siempre había sido así, juguetón, imaginativo.

–Tiene que ser apenas se abra el parlamento –dijo Ojo de Palta, serio, sin aceptar otro trago, porque ya había tomado mucho. Pensó que si se ponía al

voto la acusación como estaba en ese momento, mucha gente iba a querer abstenerse o votar a favor de García. Esto hay que reventarlo rápido –dijo y preguntó–, ¿Cómo se llama el hombre de Miami?.

–García, Ralf García. Aparece bajo el nombre de una empresa Lar o Larc, no sé.

–Qué gracioso, García, que tal coincidencia –Ojo de Palta se río–. Después vaciló nuevamente–, ¿y si no sale la cosa?

–Ya te he dicho que no te preocupes –lo reconfortó La Muñeca, no conoces de política: va a ser uno de los mayores escarmientos que se han dado.

–Ese es el término –aceptó el otro–. Un gran escarmiento. Para García será peor que el cólera.

En esos días había comenzado la epidemia. Un pescador del puerto de Chimbote sintió retortijones en el vientre cuando caminaba por las calles arenosas. Pensó que eran causados por la mezcla del cebiche con cerveza helada. Apretó el paso para llegar a su casa, pero aún estaba a dos kilómetros de ella. Se detuvo en un bar para pedir el baño. Luego siguió su camino. El sol de verano hacía reverberar la arena. Un poco más allá sintió de nuevo el dolor en el vientre. Sus intestinos vibraban como si estuvieran hirviendo. Entró al baño del Mercado Modelo. Defecó pacientemente. En el suelo vio un líquido verdoso. “Caramba, el pescado estaba podrido” –se dijo–. Tomó una coca cola. Era lo mejor para ese caso.

Siguió caminando. Habían pasado treinta minutos y llegaba a las afueras. Atravesó las marismas, en las que durante el gobierno militar se construyeron casas de interés social. Ahora sólo quedaba un lodazal. No habían calculado la intrusión del agua de mar. A la izquierda, lejos, pasaban los autos por la carretera panamericana. Se ocultó detrás de un muro para defecar nuevamente. De su vientre solo salió agua. Flácido, débil, se sentó. Ya se me pasará –decía. Bebió el resto de la botella. Pero sintió un sudor frío en todo el cuerpo y presa de náuseas vomitó líquido negruzco cayó en la arena: era la coca cola.

Intentó caminar pero sus piernas temblaban, desfallecientes. Unos minutos después comenzaron los calambres. Se inclinó. Se sentó otra vez. Así le dolía menos. Transcurrieron dos horas. Ahora excretaba sin esfuerzo un líquido blancuzco. Sudaba. Una hora más tarde su visión se nubló. Tomó el agua de una poza cercana. Era salobre, asquerosa y la arrojó de inmediato. A setenta metros la gente pasaba ignorante. Nadie lo vio.

Miró sus manos. La piel del dorso le pareció grande como un guante, como la chaqueta vieja que usaba. La había obtenido en el puerto, a través de un estibador. Era parte de la ropa usada que enviaban los Estados Unidos como

ayuda. La llamaban cachina, ropa de segunda. Ahora su piel le parecía cachina. Con las dos manos se tocó las mejillas. Estaban más delgadas. Después siguió defecando sin levantarse.

Tres horas más tarde lo encontraron. Aún vivía. Pero en el trayecto al hospital su corazón se detuvo. Cuando empezaban a hacerle la autopsia llegó un médico joven para tomar muestras de excremento.

—Creo que es cólera —dijo a los enfermeros extrañado.

Así comenzó la terrible peste. En las horas siguientes se presentaron otros casos. Lo comunicaron al Ministerio de Salud de Lima y el rumor llegó a los diarios. Era una noticia llamativa. “Cómo es posible en este tiempo, en el siglo veinte” —se preguntaban los limeños—. Sin embargo, no hubo temor: era una enfermedad exótica en un puerto alejado. “No hay peligro —dijeron—. Chimbote está a quinientos kilómetros de Lima”.

Pero la peste avanzaba, se extendía por los arenales como una mancha de aceite, hacia Casma, hacia Huacho, acercándose. Un ómnibus del Expreso Interamericano la llevó hasta la capital, cuando uno de sus pasajeros llegó para morir en el hospital Dos de Mayo. Entonces la epidemia alcanzó su paroxismo.

En la bahía sobre la cual se extiende la ciudad, se descargan todas las olas... Al sur, al gran colector de la Chira arroja al mar ocho metros cúbicos por segundo. Y el arrojado, empujado por la corriente ingresa en las playas de la Herradura, del Club Regatas, de Agua dulce, de Miraflores. Más adelante se une el segundo colector, que cae al mar desde un barranco de Maranga. Para consuelo de los vecinos solo arroja tres metros y medio por segundo. En las noches de Luna, el tubo vierte su carga y sobre el mar plateado, los botes de pescadores luchan por el mejor lugar. Porque allí pican las lisas de carne negra y sabor penetrante. También están los moluscos y choros más grandes del litoral. Y desde el malecón, a setenta metros de altura, los enamorados que llegan a la Pera del Amor, pueden ver los botes y su apacible labor.

Pero la corriente sigue avanzando hacia el norte. Pasa la garganta que forman la extremidad del puerto con las dos islas y se reúne con el tercer colector. Luego, la masa continúa su viaje licuándose en el mar, oxigenándose con el sol.

En la bahía de Lima, el cólera proliferó. Se retroalimentó.

—No se puede privar a los limeños de su cebichito— dijo el ministro Yamamoto, el médico de los hijos de Fujimori. Se refería al pescado crudo curtido con limón—. No sé debe caer en el alarmismo —añadió—. El mal ya está dominado.

Pero el cólera había saltado también a la cordillera. La televisión mostraba largas filas de campesinos con ponchos marrones y sombreros de paja, aguardando el reparto de las bolsas de suero. Muchos murieron esperando. Cientos más en las comunidades campesinas a las que no llegó el suero. Allí tampoco podrían hervir el agua. El precio del kerosene había subido tres mil quinientos por ciento: treintaicinco veces.

—Oye —dijo Ojo de Plata mirando la jarra que traía el mozo—, supongo que el agua está hervida. ¿no?

—Claro señor —respondió el interpelado mientras pensaba que el cólera era enfermedad de pobres, de cholos y que no se atrevería a tocar a unos señores tan ricos como esos.

—Mejor tráeme una botella de Agua San Luis —se rió el otro. Juan Seguro vivió muchos años.

Hasta el hotel llegaba el extremo olor del cólera. No eran los desagües ni la basura, tampoco la gasolina ni la harina de pescado de las fábricas del puerto. Era un olor dominante, mezcla de excremento y cloro. Y había nuevos personajes en las calles, las prostitutas del cólera surgieron como hongos porque en el Trocadero del Callao había corrido un rumor: el cólera se contagiaba a través del sexo. Era una versión confusa y tercermundista del sida. Como la asistencia disminuyó, ellas salieron a las calles, lívidas, asustadas. Y el precio de la carne humana bajó. Fue lo único: unos meses antes, en agosto, el shock económico había producido en un solo día, una inflación de 496 por ciento.

Paradojalmente, también bajó el precio del papel higiénico. Un aviso televisivo mostraba las distintas marcas en una competencia de carrera y denunciaba a los debiluchos que se rompían y se quedaban rezagados. Pero la demanda, a pesar de ello, se redujo. La peste no dejaba a sus víctimas el tiempo de usarlo. Y además, en los sectores sociales que atacó, el papel higiénico no se utilizaba.

Cuando la gente dejó de comer cebiche, de tomar agua, de bañarse en el mar, de acercarse a los coléricos, la peste comenzó a desaparecer. Pero habían pasado tres meses y miles de muertos. Se dijo que un barco extranjero había traído el virus. Nadie supo si de la China o de la India. Se dijo que un secreto experimento hecho por extranjeros lo había producido. Otros hablaron de una maniobra ecuatoriana.

Y un día, como ocurren las cosas en el Perú, la gente se despertó y el olor ya no fue tan persistente.

El cólera se había ido.

–Hemos derrotado a la epidemia– dijo el ministro Yamamoto. El del cebichito.

–No –dijo un escéptico–. Es que ya no se ve. También hay un cólera que ataca el alma.

Ojo de Palta se puso de pie. Era pequeño de estatura, pero el otro era aun mas bajo. Se sintió bien con la pequeña diferencia. La Muñeca lo acompañó hasta la puerta y antes de salir, le preguntó:

–¿Sabes cuándo es la reunión de la asociación de la banca con el ministro?. Se han quedado pendientes un montón de cosas.

–Nos van citar esta semana –dijo–. Tienen una visión clara: las tasas de interés van a continuar flotando por un tiempo. Esa es la decisión.

Ojo de Palta sabía que era la condición de los banqueros para mantener el apoyo al gobierno. Y él estaba en los dos lados de la mesa: veía crecer la deuda de sus empresas con las tasas de interés y, al mismo tiempo, era banquero. Si el crédito del Banco Interamericano llegaba a tiempo, solucionaría la contradicción. Hasta ese momento, el precio del dinero lo había fijado el Estado a través del Banco central. Así creía controlar el diferencial entre las tasas activas y pasivas, el beneficio de los bancos. Pero, para aumentar sus ganancias, cada banco cobraba por otros servicios. Habían proliferado los seguros, los trasportes, los depósitos de propiedad de los bancos. Ahora era una gran conquista, haber logrado que el gobierno renunciara a fijar el precio del dinero. Los bancos bajaron a ocho por ciento los intereses que pagaban a sus depositantes y subieron hasta cuarenta lo que cobraban a sus deudores. Con la política de austeridad y reducción de la liquidez, la moneda nacional escaseaba: podían cobrar lo que quisieran.

–Pero ése sólo es uno de los temas –objetó La Muñeca. Al banco del otro, le convenía por su tamaño lo de las tasas de interés. Estarían planeando hacer dumping, sacrificar por un tiempo sus ganancias, ganar posiciones en el mercado, y debilitar a los bancos más pequeños –La muñeca estaba seguro de eso. Además se arriesgaban a tener una cartera pesada de empresas insolventes, porque después, con su estructura, se las quedarían a precio de regalo. Sabía que su banco, no podía competir con los grandes.

Por eso insistió en otros temas:

–Todavía no hay nada sobre la liquidación de los bancos estatales, dijo.

Habían exigido al ministro, que todo el crédito del gobierno a la producción, se otorgara a través de los bancos privados. Unos ochocientos millones de dólares. ¡Cuánto poder les darían! Ahora, los bancos estatales de crédito para la agricultura, la minería, la construcción y la industria, manejaban la

masa monetaria generada en el Banco Central. Por orden del gobierno, fijaban los intereses y podían beneficiar a los sectores que el gobierno escogiera. Además, eran préstamos subsidiados por debajo del precio comercial del dinero. Así, los empresarios y agricultores estaban protegidos de la banca privada. Cuando un agricultor no podía pagar al Estado, podía esperar una refinanciación, o, tal vez, la condonación de la deuda. Entonces la propiedad no cambiaba de manos porque casi nadie quebraba.

La Muñeca, cuya familia hizo fortuna en las minas, había escuchado desde niño que los pequeños mineros vecinos no trabajaban ni dejaban trabajar. Protegidos por esos manejos políticos, no habían permitido que su gran negociación minera creciera; adquiriéndoles sus minas y denuncios.

—Sobre eso también hay una decisión política —le informó Ojo de Palta—. El banco minero y el banco industrial también serán liquidados. El gobierno cree —explicó— que la opinión pública ya está preparada por la campaña contra la burocracia y la inmoralidad.

El sabía que la familia de La Muñeca era el principal deudor del Banco Minero. Es la ola ideológica —sonrió—, o saben que en la liquidación del acreedor, es donde más ganan los deudores. En cuanto al Banco Industrial, el había visitado sus depósitos. Estaban llenos de maquinaria inútil. Calculaba que más de la mitad de la industria, con los precios inflados, fue financiada por ese banco. También su propia exportadora de tejidos.

Miró a La Muñeca. «Este también quiere los dólares» —pensó. Sin los bancos del Estado, todas las líneas de crédito externo tendrían que usarse a través de los bancos privados. Calculó que el país podría recibir unos setecientos millones en créditos para maquinaria, carreteras y pequeña industria. Todo eso sería manejado por los bancos privados que tuvieran la mejor relación con el gobierno. «Eso es lo que este quiere» —se dijo. Lo miró, gordito, aventurero. «No sabe que nosotros ya estamos mejor situados con Fujimori, con su hermano: Montesinos usa el carro blindado de Dionisio».

—Y yo creo —terminó en voz alta— que cuando el Minero y el Industrial desaparezcan, los bancos de Vivienda y el Agrario, no serán problema. «Aventurero y todo, este es bastante tonto —pensó satisfecho. Todavía cree que va a llegar mucha plata de afuera».

—Ojalá sea cierto —respondió la Muñeca. Pero esas cosas deben hacerse rápido. Si se ponen en discusión, será una historia de nunca acabar.

La Muñeca aprovechó el tema para exponer sus ideas. Desde que creó su partido con Olivera, gustaba de hablar filosóficamente. En política, lo que no se hace de una vez no se hace nunca; había que borrar de un plumazo toda esa

jerga populista sobre la propiedad estatal, los subsidios, el salario mínimo y la estabilidad laboral. Era el momento. Después el viento podría soplar hacia otro lado. Y la gente lo agradecería, así era y seguiría siendo la política. «Tu le puedes bajar su salario a un tipo –explicó–, le puedes quitar el empleo, pero si le das una buena expectativa dirá que es un mal necesario. Porque a cambio de quitarle el salario, le das autoridad, energía, y eso tiene valor para él –sentenció– aunque le duelan los palos. Ahora –terminó–, la gente esta dispuesta a mucho, porque sabe que, después de las estupideces de García sobre la deuda externa, si el Perú paga su deuda, los créditos y el crecimiento volverán otra vez.

–Pero qué pasa si no se cumple a tiempo con las esperanzas, preguntó Ojo de Palta, crítico. «Este cree que me está impresionando» –pensó.

–Es que las cosas son más complejas –respondió La Muñeca, mientras pensaba que el otro era un medroso–. Cuando la gente espera algo, puede contentarse con otra cosa que se parezca. Las expectativas puede cambiar de forma en el camino. Mira –le explicó didáctico–, la gente se consuela de sus problemas, cuando ve a los otros pasar las de Caín. Los informales pierden pero se alientan viendo sin trabajo al obrero, y éste se consuela pensando en los burócratas de los bancos estatales que serán liquidados, y todos se sienten mejor, cuando ven que se enjuicia a un político. Así es la cadena –concluyó–, lo importante es no estar solo en la desgracia, ni ser el último de la cola.

–Por eso también es importante lo de García –aprobó el otro.

–Claro –siguió La Muñeca–, pero si el chino tuviera pantalones, iría más allá. Yo, en su lugar, cerraría el parlamento, llevaría cincuenta a la guillotina y todo el país quedaría contento.

–Sí, puede ser –respondió Ojo de Palta con escasa convicción–, pero esas son palabras mayores. Con lo de García es suficiente, por ahora.

–Entonces hay que reventar rápido lo de Larc.

Salieron.

La muñeca subió al automóvil que lo aguardaba en la puerta. En realidad, había alargado la conversación para hacerse esperar en la otra reunión. Desde al año anterior sostenía un juicio con la última esposa de su padre. Por la herencia. Iba a reunirse con el abogado de ella y ya sabía que hablarían de sus honorarios. En unos minutos más, ganaría el juicio. Buen negocio. Pero era importante hacerlo esperar para que se diera cuenta que tenía poco interés en tratar con un prevaricador, un inmoral. Con el arreglo –pensaba–, el grupo dará la cuota inicial para comprar la embotelladora y la fábrica de chocolates.

Después, los dos negocios se pagarían solos. Tenían buena rentabilidad y un gran flujo de caja. Eso era importante para el banco.

Las cosas estaban saliendo a la perfección. Mike, desde Miami había manejado bien lo de la viuda y, seguramente manejaría mejor lo de García. Eso iba a ser sensacional. Caballo Loco es ansioso, hiperactivo, deprimido –pensó. Tal vez, cuando esto reviente –siguió–, cuando se vea acusado de ladrón, de tener cuentas corrientes, correrá, hablará, sentirá que lo miran con duda, que no le creen, quién sabe. La Muñeca imaginaba, mirando pasar las vidrieras. El motor vibraba. Ese zumbido arterial sentiría el otro, en su cabeza, en las paredes. Iría de aquí para allá, y solo, levantaría la pistola. Un disparo es breve, el asombro desorbita los ojos del suicida. Salta. El estallido lo aturde. Ya no hay lucidez. Se desploma. Así acabaría la historia de las masas que lo eligieron, y una lápida inmensa caería sobre el Apra. Hace cincuenta años –recordó– los apristas de mierda, con León de Vivero, quemaron la casa en la hacienda de la familia.

Cuando el carro volteó una esquina, pensó de súbito que desear todo eso no estaba bien: él era cristiano, iba a la misa de Santa María, y el cura lo conocía desde el colegio. «Pero es que el asunto de García, no es un problema de rencor personal –se absolvió él mismo–, el asunto de los bancos es sólo una parte». Y volvió a pensar que la política es el arte de ganar posiciones, convenciendo, mintiendo. El mentiroso es el otro, pertenecía, además, a un tiempo que ya había desaparecido. Liquidarlo políticamente, era un mandato moral y una necesidad. Alguien lo tiene que hacer –concluyó– de todas maneras.

La Muñeca siguió a su reunión.

II

–Así es mi capitán –dijo Medina–. La camioneta Mitsubishi ya llegó a la altura de la avenida Grau.

Era setiembre, meses antes de la conversación en el Maury. Jiménez estaba de pie en una esquina de la Plaza del Cercado. A tres pasos, el técnico Medina, miraba hacia otro lado, fingiendo distracción. Había recibido el informe sobre las unidades que iban a actuar en el operativo. Tenía una pequeño radio en el bolsillo y escuchaba los mensajes por el audífono.

–¡No seas bruto! rugió Jiménez. Contuvo el grito, pero la voz enronquecida ya había golpeado a Medina. ¿Cómo se te ocurre tratarme por mi grado? ¿Acaso quieres que comience a gritar tu nombre por todas partes? «Este cojudo

no tiene idea del trabajo que vamos a hacer» –pensó el capitán. Y renegó de estar trabajando al lado de alguien que lo conociera. «Es como si me quisieran fregar» –pensó.

Comprobó que en las dos casas de enfrente no había nadie y se sintió más seguro. Miró hacia otro costado de la plaza e hizo una seña con la cabeza: una camioneta oscura, con tres hombres a bordo. Arrancó y avanzó hasta ellos.

Se embarcaron. Mientras el vehículo rodaba, el capitán entregó a cada uno las armas que iba recogiendo del piso. Guardó para sí una metralleta.

Era domingo, las cuatro de la tarde y había muy poca gente en las calles. No encontraron casi a nadie en las calles del barrio popular que atravesaban. Barrios altos, llamado así por estar situado en una suave colina, encima de la ciudad.

La camioneta llegó a una larga explanada de forma oval. Tenía, en el centro, una fuente sin agua y, a los lados, dos cinemas con las rejas aún sin abrir. Era la plaza Italia y, por la vejez de la puertas y balcones, uno de los lugares más antiguos de la ciudad. Jiménez hizo una seña y el chofer acercó suavemente el vehículo hacia otra camioneta estacionada en la plaza. De la ventanilla, el mayor Rivas lo saludó levantando la ceja.

–Ya está la gente en su emplazamiento –dijo este último, mirando una de las esquinas, donde dos soldados de uniforme parecían montar guardia. Después, Rivas repasó mentalmente sus instrucciones. Dos días antes, el general Pérez, le había repetido por última vez la consigna. El memorizó minuciosamente el plan del operativo. En los días anteriores recorrió la zona, una y otra vez. Conocía la puerta de la casa adonde iban, el patio delantero. Había alcanzado a ver las puertas interiores.

–¡Carajo! –exclamó, como repetía siempre, maquinalmente, antes de cada operativo. «De todas maneras es fregado, pero alguien lo tiene que hacer» –se dijo–.

Sacó del cofre delantero un paquete envuelto en tela, lo abrió y alcanzó a cada uno de los otros, un objeto cilíndrico. El se quedó con uno y lo enroscó en el cañón de su metralleta. Estaba bien engrasado, y eso era lo importante. Una diferencia de un décimo de milímetro, podía ocasionar el recalentamiento del arma.

–¡Qué raro que nos den silenciadores! pensó uno de los otros en el asiento trasero. No son de uso ordinario.

A veinte metros de la plaza, en el jirón Huanta, no había nadie en la calle. En las viejas casonas, divididas en tugurios, vivían hacinadas decenas de familias. Una música vivaz, mezcla de huayno andino y de cumbia tropical. se

escuchaba en una de ellas. Allí, veinte o treinta vecinos del solar, conversaban pese al ruido. Estaban en una habitación del segundo piso, rodeados por un humo espeso, con olor a pollo. Dos niños corrían en el patio.

Era una pollada, una comida colectiva. Casi todos eran ayacuchanos. Algunos llegaron a la capital huyendo de la violencia. Otros eran militantes destacados por el partido a Lima. En ese momento, uno de los concurrentes, gordo y vestido con camisa blanca, miraba con inquietud a los demás. Conocía a varios: se habían identificado una hora antes, pero aún no había llegado el contacto que esperaban. El lo había buscado varios días. Subía a los microbuses urbanos de Lima y, haciéndose el dormido, seguía su recorrido hasta el final. Se bajaba a esperar media hora, una hora, hora y media. Y nada. Entonces recorría el trayecto en sentido inverso. En algún momento, alguien como él se bajaría a esperar. Tal vez, ya se habían cruzado varias veces, pero con paciencia, coincidirían.

Se encontraron al tercer día. Su contacto, era un cholo flaquísimo y cetrino, vestido con un polo de lana negra. Para identificarse, el le recitó los datos que años antes había consignado en su comunicación al partido.

Acordaron que el nuevo enlace debería encontrarlos en la base, en Barrios Altos. Por eso, el gordo estaba inquieto: cualquiera de esos a quienes no conocía, podía ser el enlace. Tal vez, uno de esos tres que conversaban, tomando la cerveza a pico, directamente de la botella. Y mientras el gordo pensaba, que todos podían ser, afuera, los de las camionetas, sabían que todos eran.

—Vamos —dijo Rivas al chofer. Rápidamente se calzó una máscara de lana sobre la cara y la cabeza. Su camioneta avanzó, ingresó al jirón Huanta. La siguió la camioneta de Jiménez y, sin que éste lo hubiera percibido, dos vehículos partieron desde el otro lado de la plaza. Se sumaron a la caravana. Llegaron hasta una casona, la de la música, y del primer vehículo bajaron cinco hombres. Después aceleró y se ubicó al final de la cuadra, bloqueando el paso. De los coches restantes bajaron todos los ocupantes. Dos sujetos vestidos como soldados, cerraron la entrada de la calle que da sobre la plaza. El grupo enmascarado se precipitó por la puerta. Entonces, un espeso olor a pollo les golpeo el rostro como una bofetada.

—¡Carajo! —dijo Rivas, sintiendo que su boca se llenaba de saliva—. Se acordó que no habían almorzado.

Los de adentro, percibieron la presencia de los asaltantes cuando ya estaban en los cuartos. Algunos intentaron bajar por la escalera. Dos encapuchados armados los obligaron a subir otra vez. Los militantes de Sendero

Luminoso ya tenían experiencia en estas situaciones. Durante el gobierno anterior, el gordo había sido detenido en un allanamiento similar. Y después fue liberado por falta de pruebas.

—Pero no llevaban pasamontañas como ahora —recordó, viendo que todos estaban encapuchados—. Intentó dominarse. «No hay que demostrar miedo» —se dijo. Miró las armas y reconoció los silenciadores. No quiso darse cuenta, pero tuvo miedo. Se exigió serenidad, de él dependían todos. Alzó la voz para preguntar:

—¿Qué orden judicial tienen? —pero no terminó. Sin ningún sonido una ráfaga le había destrozado la cabeza. El cuerpo saltó hacia atrás, y el gordo solo sintió sus esfínteres abrirse: adelante, atrás, por terror o porque en un segundo la bala en el cerebro, lo había descontrolado. En el fondo de sus recuerdos como un vértigo, emblemas, sello de oro, la cuarta espada, carajo, desde el campo a la ciudad. Cayó, empujando a uno de los vecinos.

—¡Mátenlos a todos carajo! son el comando de Sendero —mintió a gritos Martín disparando al bulto—. Los demás lo imitaron.

Fueron cientos de disparos sin sonido. Los cuerpos caían sin explicación, como en un ballet. Rivas cambió de cacerina dos veces, disparando por ráfagas. Jiménez estaba sorprendido de lo poco que gritaban los senderistas. Tal vez porque es lógico gritar o argumentar después de los disparos, pero cuando las balas no suenan, los que van a morir contribuyen con su silencio. En un fusilamiento, el ruido de los disparos da la realidad y explica la muerte. Es lo que se siente de la bala, su detonación. En una matanza con silenciadores, un grupo de gente grita, se contorsiona, riega, baña sangre. Pero sólo ella y los que disparan saben que está muriendo. Los terceros no lo sabrían. Allí, con la música a todo volumen, los agonizantes parecían borrachos. El olor a pollo grasiento y asado cubrió el vaho de la sangre. Los del fondo querían subirse a las paredes.

En una décima de segundo, Jiménez se acordó de su profesor Flores, el de primaria. Contaba que en la plaza de Cajamarca, cuando Pizarro atacó a los indios, ellos, con su empuje habían tumbado los muros hechos de enormes piedras. Pero no, aquí no pasó nada de eso. Después de un rato los del fondo eran un solo amasijo. Miró hacia abajo y vio que el vientre del gordo que quiso hablar, todavía temblaba.

—Mayor, mayor, hay dos niños —dijo un teniente acercándose a Rivas.

—Ya están muertos —respondió el otro, recordando vagamente que en el grupo fusilado había visto una cabeza infantil.

–No, mayor, son dos que hemos encontrado en el patio –insistió el teniente–. Se habían bajado corriendo cuando comenzó la cosa. ¿Qué hacemos?

–»¡No jodan! –pensó Rivas– creí que ya habíamos terminado. Tirarse a toda esta mierda en grupo y de frente se puede, pero tirarse dos petisos en frío, es bravo». Se acordó de la consigna de Pérez, el general. «Que no quede ni uno, que no quede ni uno, esto es más importante de lo que usted piensa». Claro, pero él no sabía que podía haber niños –se respondió en silencio Rivas. Miró hacia afuera, alcanzó a ver a un niño de unos siete años, sin zapatos. Se acordó de su infancia y de su madre. El chico estaba aterrorizado pero no gritaba.

–¡Tíreselo teniente! –ordenó–. No queda otra: la consigna del general es que no quede ninguno.

–Yo no puedo –gimió el teniente. En escasos minutos había tenido tiempo de sentir pena por los dos niños.

–¡Putá madre! ¿Y usted cree que a mi me gusta hacerlo? –gritó Rivas para darse ánimos–. Cuando uno se mete en esto, no puede estar preguntándose el por qué de cada cosa. Al final –pensó–, la responsabilidad es de Pérez y de Montesinos. Pero recordó que, en una ejecución, si el fusilado no cae con la primera descarga, es regla internacional que se le perdone la vida. Se dio cuenta que estaba argumentando y gritando como para ganar tiempo. Varios encapuchados estaban ya al tanto del problema. Calculó que el operativo tenía ya más de los tres minutos originalmente proyectados.

Apretó los dientes, apuntó y disparó una ráfaga. El cuerpo del niño se elevó en el aire y cayó como si fuera de algodón. El otro niño comenzó a gritar, pero Rivas le atragantó el grito con una nueva ráfaga. Cayó como si flotara –pensó Rivas. Además, seguramente los padres ya estaban muertos en el operativo y, ¿cómo hubiera sido la vida huérfana de esos pobres diablos?

Más allá, Jiménez pensaba. ¿Por qué no intervine? –se decía–¿Por qué no lo evité? Recordaba a su hijo vestido de soldadito, con su fusil de plástico en el hombro. Ya era tarde.

Salieron ordenada y rápidamente. Los hombres disfrazados de soldados que cerraban la esquina sólo habían tenido que desviar tres automóviles. Afuera, no había ningún curioso. Rivas pensó que los silenciadores eran una maravilla: no atraían la curiosidad de nadie.

Subieron en silencio a las camionetas y arrancaron: recorrieron la calle y, dos esquinas más adelante, según lo acordado se dispersaron. Rivas debía informar a las siete de la noche al general Pérez. Miró a sus hombres, ya sin pasamontañas y los encontró adustos. En otras ocasiones, en la sierra, después

de un trabajo duro, había entre todos los del equipo una gran animación: se comentaba y se opinaba. Ahora, por el contrario, guardaban silencio. «Debe ser por lo de los chicos» –pensó. Y entonces se le ocurrió.

–Esta gente no ha comido nada –le dijo al chofer. Vamos a la avenida Circunvalación para que se tomen un caldo de gallina.

Sabía que los de la Seguridad del Estado, después de trabajar toda la noche interrogando, iban en las madrugadas a reponerse en ese restaurante. «Restaurante, reponerse» –jugó sin saberlo asociando las palabras. El sitio estaba abierto la veinticuatro horas.

Entretanto, Pérez, en su oficina de la División de Fuerzas Especiales, aguardaba el informe. Dos noches antes, en el mismo sitio, había recibido la visita de Montesinos. Previamente, el otro le había advertido que de esa reunión no debía enterarse nadie. Sólo Hermoza lo sabría, pero ningún otro general, mucho menos los Comandantes de las Regiones.

–¡Qué raro que el asesor del presidente tenga tanto interés en la eliminación de un grupo senderista de última línea! —pensaba Pérez. Pero más sorprendido quedó cuando llegó acompañado por un hombre pequeño al que escuchaba con mucha atención. El hombrecito, que Montesinos llamaba respetuosamente Doctor, monopolizó la conversación y habló con detalle científico sobre las conductas sociales y el inconciente colectivo. Parecía ansioso por hacerse escuchar y por persuadir. Pérez pensó que decía cosas simples con términos raros. Dijo que en la confusión que vivía el Perú, era imprescindible afirmar la autoridad y, para ello debía someterse a la población a choques psicológicos: estos servirían de preparación y de exámen.

–Así es, señor Montesinos –explicaba el doctor—. Endureciendo el lenguaje, se prepara simbólicamente a la sociedad para la ruptura de unas reglas de juego que detesta, pero que todavía respeta profundamente.

Puso como ejemplo a Venezuela: allí la violencia podía encenderse masivamente por un alza de la gasolina, y morían ochocientos. Aquí es otra cosa –argumentaba–: la gente es más inerte, más espectadora. Pero no es pasiva –aclaró–, porque vive como propia la violencia de los otros. La asume simbólicamente, se gratifica con ella. Que no la ejerza material y colectivamente –explico–, no significa que sea ajena a la violencia. ¿Me entiende? –preguntaba—. Eso es lo simbólico –repetía. Y por eso la población es en alto grado manipulable. No requiere, para llegar a niveles de mayor violencia actuar físicamente. Allí residía la importancia del lenguaje y de los símbolos para estimularla. La gente salta más rápido de una situación racional a la demanda

del instinto y la violencia. Es así—terminó—. Aunque los otros no lo entendieran, dijo que esa era la semiología de la violencia colectiva.

—¿Sería así? Pérez lo pensó. No lo entendió bien, pero calló. Tal vez el otro tenía razón en lo de endurecer el lenguaje, porque eso levantaba la moral del ejército. Escuchó que la incorporación de la multitud a través de la opinión y del voto crea inestabilidad y ansiedad en la gente; que pobre o rico, el hombre masa siente los problemas como una odiosa necesidad de actuar; que sabe de antemano que podrá hacer muy poco o nada; que entonces su respuesta es repudiar los problemas y liberarse de la decisión; y que en esos momentos, los lenguajes radicalizados contaban mucho.

Eso es lo que escuchó.

—Mantener un alto nivel de agresividad conceptual permite manejar las situaciones —decía el doctor—. Creo que esto lo está cumpliendo muy bien el presidente.

Explicó que en la medida en que el gobierno se pusiera él mismo la etiqueta de la represión; la otra etiqueta, la del desorden económico, quedaría para el gobierno anterior. De esta forma, el tema sería distinto, y cualquier medida económica dura, sería cargada a los otros, a los antecesores.

Al comienzo de la conversación, Pérez había pensado que estaba frente a un fanfarrón. ¿Cómo podía alguien declarar, con tanta desenvoltura, que los libretos de ataque al Parlamento, al Poder Judicial, a la policía, los había elaborado él? ¿Qué el presidente solo los repetía en cada oportunidad? Pensó que el doctor estaba borracho, pero comprobó que era el único que no tomaba. Pérez creyó reconocer su acento arequipeño y lo confirmó, cuando al beber, bromeaba con Montesinos, «sírvase pues caball—llero, salud pues paisano» —se decían.

Y el doctor, ya identificado como arequipeño, seguía hablando del «efecto psicológico del operativo que ustedes han preparado».

Pérez pensó que cuando se refería a actuar y matar, el hombrecito usaba el ustedes. Guardaba sus distancias. Salvaba su responsabilidad.

—Porque —siguió el doctor—, este operativo shock debe mostrarnos el estado de la conciencia social. Será mucho más revelador que una encuesta. Y como va todo, será recibido con total indiferencia —vaticinó—. La gente comienza a darse cuenta que las cosas son así, que ciertas formalidades son irrisorias, que forman parte de la política tradicional.

Continuó sugiriendo que la operación debía ser sorpresiva pero cuidadosamente abierta. Que claro, que los vehículos serían vistos por algunos vecinos y podrían ser identificados. Así, cuando hablaran esos idiotas de los derechos

humanos y presentarán sus pruebas los tinterillos que nunca faltan, la gente concluiría que los únicos decididos a romper las reglas estaban en palacio. «Le garantizo –terminó– que hasta los comunistas van a estar de acuerdo: eso lo hemos medido en la última encuesta. Sin darse cuenta –explicó–, el Perú vive hace tiempo en un sistema diferente. Se trata de hacerlo evidente ante los ojos del país. La gente espera algo radicalmente distinto».

Cuando los otros se despidieron, Pérez se quedó pensando si todo lo dicho era una locura. De pronto, se estremeció porque se acababa de dar cuenta: ¡pero si el tal doctor era el psiquiatra!. ¡El que fue sentenciado veinte años antes por asesinato!

Había sido un confuso caso de homosexualidad y droga. Mató a un joven de apellido árabe. Y el proceso apasionó a Lima. Se dijo que el hombrecito podía hipnotizar a todo el jurado, también a los periodistas. Se dijo que no había psiquiatra capaz de analizarlo. Muchedumbres enormes pugnaban por ganar un sitio en la sala de audiencias. El público asistente le miraba los ojos. Muchos dijeron haber dormido cuando el inculpado hizo su propia defensa y se declaró loco. Pero los jueces, por precaución, usaron lentes oscuros y lo condenaron. El hombre había disfrutado en todo caso de su protagonismo. Le propusieron escribir en los periódicos, diagnosticar males desde la cárcel a través de la televisión. Fue la estrella del momento. Se llegó a decir que era asesor de los militares en asuntos psicosociales, pero nadie lo había creído. ¡Se dicen tantas cosas! Y ahora esa noche, todo resultaba cierto, ante él, ante el general Pérez.

Tomó su trago.

–¡Mierda! –dijo en voz alta–. ¡Qué huevos tiene este Montesinos, es capaz de aliarse con el diablo! Se quedó pensando. A él, en cambio, lo habían aliado con Dios. Un año antes, a iniciativa del Servicio de Inteligencia lo habían infiltrado en el Mahikari: un grupo místico de origen asiático para el que la imposición de las manos tenía virtudes purificadoras. Allí frecuentaba a toda la colonia japonesa. También asistía Santiago Fujimori, el hermano. Pérez iba al templo dos veces por semana y los domingos, en las grandes reuniones, a veces coincidía con él.

Se imponían las manos, se limpiaban, se rezaban. «Ochisu marí, ochisu marí», se repetían pasando cada uno las palmas de las manos cerca del cuerpo del otro. Esa relación creaba más confianza, permitía escuchar las cosas. Había reconocido alguna gente del Servicio de Inteligencia. Se miraban de reojo: «Ochisu marí, ochisu marí». Sintió en la palma de la mano, el frío del Wisky con hielo. Tomó un trago.

Y Montesinos, en el carro blindado de Dionisio, pensaba que había sido bueno llevar esa noche al doctor para que el general lo escuchara. Así estaría más comprometido. A Pérez no le había encontrado aún el punto débil. Era obediente, disciplinado. Tal vez querría irse después al extranjero, como agregado. En cuanto al presidente, ya lo tenía completamente rodeado. Dejó que el hijo de Vélez, en el Inabif, el instituto de asistencia infantil que les habían dado, se ensuciara robando en algunas compras. El, les mostró los papeles. Vélez lloró, proclamó su limpieza, juró su lealtad.

Lo de la bruja Isabel Vargas fue más fácil. Ella tenía antecedentes judiciales por tráfico de drogas, y en última instancia, era más amiga del dinero que de la verdad de sus cartas. No fue cara. Y el doctor, hombre brillante. Con tal de estar cerca de la decisiones, hacía o decía cualquier cosa. Como en su proceso.

Lo miró, sentado a su lado: bajito, pensativo. ¿Cómo habría hecho ese hombre tan pequeño para llevar al muerto envuelto en una alfombra hasta el sótano del edificio? ¿Y cómo para volverlo a subir, porque no entró en la maleta del carro? Era loco, pero brillante —reflexionó Montesinos—, sólo un orate como él, podía entender bien toda esta locura de sendero; de Guzmán, un asesino; de García, otro loco. En fin, de la política que es tan irracional. Eso es —pensó satisfecho—, la ambición de poder es un impulso irracional, la entrega fanática y el odio profundo son irracionales. También el sexo, la droga. Todos son parte del mismo lenguaje —concluyó—. Por eso el doctor es tan eficaz. Esa noche lo había deslumbrado con una cita de Wilde. Era verdad, para las clases inferiores el crimen cumplía el mismo papel que el arte para los ilustrados: era una fuente de inspiración estética.

Rivas llevó a sus hombres al caldo de gallina. Reportó el operativo directamente a Pérez y ocultó el incidente de los niños. Fue felicitado.

En los días siguientes, después de los primeros titulares, el tema fue tratado como un incidente menor por los medios de prensa. Un ministro, de acuerdo al libreto, lanzó la hipótesis: el mismo Sendero Luminoso, en un arreglo de cuentas, era autor del «asunto». La tesis fue recogida por los analistas y ampliamente explicada. Casi nadie señaló al gobierno. Como lo había anticipado el doctor, nadie quería pelearse con el régimen, y menos aún después de esa carnicería. Por el descaro y la decisión demostrados, todos intuyeron, esta vez, que las cosas iban en serio. Aún en los partidos opositores al régimen, hubo muchas dudas sobre si pedir explicaciones o callar. Los partidos de derecha guardaron silencio. Ya el doctor había dicho:

—Los ricos en esto no se meterán, porque los muertos son cholos —había pronosticado—.

Los partidos de izquierda, empeñados en reconstruir su imagen, mostraron serenidad. En algunos discursos, el tema se mencionó. Pero no hicieron nada más. Los apristas, ocupados en sus problemas internos, no querían perder su relación con el ejército y la policía. «El que sospeche otra cosa es cómplice del terrorismo» –denunciaron los parlamentarios del gobierno. Se nombró una comisión pero nadie quería reunirse.

Un periódico informó que una de las camionetas utilizadas pertenecía al palacio de gobierno: estaba asignada al hermano de Fujimori. Palacio respondió que el vehículo había sido robado una semana antes. Además en una comisaría cercana a la Plaza Italia, habían sido detenidos cuatro días antes de la matanza, dos miembros del Servicio de Inteligencia que vigilaban el inmueble del jirón Huanta. Se identificaron y fueron liberados. La constancia policial de su detención fue presentada en el parlamento. Pero la versión del arreglo de cuentas de sendero ganaba espacio. Y en la calle, la gente no daba importancia al tema. Pasarían dos años hasta que alguien volviera a hablar del asunto.

Pérez estaba impresionado.

–¡Qué hombre tan inteligente ese doctor! Será loco, pero sabe armar buenos muñecos.

En Jiménez quedó fija la mirada del niño que cayó como si fuera de algodón. Por primera vez, él veía morir una criatura fusilada. Esa noche se quedó en el cuartel. En el comedor, sentado al lado de otros oficiales, encontró que el estofado de carne que le sirvieron, era frío, seboso, casi repugnante.

No habló en todo el tiempo que permanecieron allí. Los demás reían de otras cosas. El, como pocas veces, se sentía ajeno a la situación y al grupo. Pensaba, una y otra vez, pretendiendo rechazar las imágenes que volvían insidiosas a su mente. Quiso recordar temas gratos, pero el propio recuerdo de Teresa se le escapaba como si rechazara estar al lado del asunto de la tarde.

Se impuso pensar en el deber, en los años transcurridos, en que era un hombre formado para las cosas más duras. Decisión –repetía–, eso es lo que hay que tener. Por eso se tuvo que ir San Martín del Perú. No se decidió a dar la batalla. Cuando estaba ya en Lima y Canterac bajó de la sierra con el ejército español. No quiso enfrentarlo, y el otro se paseó frente a la ciudad, se fue hasta el Callao, y salió por el norte. San Martín no tuvo decisión. Tuvo que dejarle el campo a Bolívar, que había declarado la guerra a muerte. Ese sí no creía en nadie. Tenía decisión. Una vez hizo cortar el cuello de ochocientos prisioneros. Y después de la victoria de Ayacucho, nadie se acordó de esos excesos. «Igual aquí –pensó–, cuando liquidemos a Abimael Guzmán, nadie se va a acordar de todo esto. Así son las guerras». Ya se me pasará –se dijo–, yo nunca le he

hecho daño a nadie, participo en una guerra, que es otra cosa. Ya se me pasará-repetía, pero las imágenes volvían. De pronto recordó a Vaporito, y un coro de voces lejanísimas comenzó en su recuerdo a repetirse como un eco.

—¡Vaporito! ¡vaporito!

El sabía a quién mencionaba el coro. En el colegio Eguren, la disciplina de las aulas la guardaban los auxiliares de educación. Eran maestros frustrados, hombres malgeniados, que, por un salario menor, aceptaban cumplir ese trabajo. De pronto llegó uno diferente e inesperado: tenía por lo menos setenta años. Todos pensaron que era increíble, que a alguien así, se le diera un trabajo de ese tipo.

Fue recibido con algarabía. Arrastraba los pies, su ropa era más vieja que él mismo, y como ya no tenía ni un pelo, su cabeza ajada y calva semejaba a la de un fantasma. Eso era, a Vaporito, el fantasma de las lavanderías Lavaclín. A coro le gritaron: Vaporito. Cada hora cuando un profesor terminaba su clase, Vaporito llegaba. Y el coro comenzaba, y él exigía silencio, y el grito crecía, y él pedía por favor, rogaba, que se callaran, que tenía que ganarse la vida, que le iban a hacer un daño. Pero el grito unánime continuaba, y todos corrían hacia afuera de la clase, escabulléndose de Vaporito que intentaba detenerlos.

Un día, cuando el griterío era mayúsculo, llegaron súbitamente al salón, el director y el jefe de normas. Este último era el más temido. Entonces, ante toda la clase, gritaron, increparon, lo insultaron a Vaporito. Después, se fueron con él. Los alumnos que salieron, volvieron a contar que habían despedido del trabajo a Vaporito, y que lo habían visto en el ángulo de la cafetería, llorando, solo. Y a las cinco de la tarde, antes de salir, supieron todos que vaporito, el viejo ultrajado, había sufrido un ataque cardíaco. Al día siguiente se enteraron que había muerto, que sólo quedaba su esposa y que, también ella, tenía setenta años.

Y eso conversó, primero seriamente, en el colegio. Después, en el grupo, alguien hizo una broma, y todos, por nervios terminaron el funeral pagano de Vaporito, riéndose del muerto a gritos. Y nunca hasta entonces se había sentido Jiménez tan ajeno, como de ese grupo que se rió del pobre muerto. Nunca se había olvidado de los pies de Vaporito, arrastrándose, cuando salía del salón por última vez. Se había sentido, eso, «una buena mierda».

Ahora, en el cuartel, mientras tomaba la comida fría, pensaba en Vaporito, al que no dejaron cumplir su deber, y en el mismo, Jiménez, que había cumplido ahora un deber que ya no sabía si era el suyo. Y al lado de los oficiales que contaban chistes, se sintió otra vez, ajeno, solo, y la mirada del niño condenado le recordó a Vaporito.

–Tonterías –pensó, rechazando la imagen–. ¿En qué pueden parecerse un viejo de setenta años y un niño de ocho? ¡A veinticinco años de distancia!

Después, siguió las noticias en los periódicos. Vio las fotos del entierro de los muertos. Los familiares pugnaban en la puerta de la morgue. Se enteró que allí no había ningún jefe senderista. Leyó que, según el gobierno, la matanza era obra de Sendero Luminoso. Lo que le molestaba era que se repitiera esa versión. Los periodistas sabían, seguramente, que no había sido así, pero lo repetían por miedo. No debían pelearse con el ejército. ¿Cómo podía la gente creer cosas así?

Cuatro días después, no pudo evitarlo: vestido de civil, manejó su automóvil hasta la avenida Grau. Lo estacionó frente a la facultad de medicina. Allí, tomó un taxi hasta la plaza Italia. Caminó distraídamente. No había ni periodistas, ni policía.

–¡Caray! –se dijo–. Parece que no hubiera pasado nada.

Pasó frente a la puerta de la casa. No vio a nadie. Volvió a pasar, como un simple curioso. Asomó la cabeza por el zaguán y no encontró nada. Un deseo súbito lo empujaba a dirigirse hacia la escalera a reconstruir lo ocurrido, a ver las manchas de sangre que todavía estarían allí. Pero era de noche y el patio interno estaba completamente a oscuras. Caminó cincuenta metros en la calle y entró a una tienda. Pidió una coca cola y la tomó de pie frente al mostrador. El dependiente era un hombre gordo. Entre el pantalón y la camiseta se veía una franja de vientre grasoso. Como para pasar el tiempo, Jiménez le dirigió la palabra.

–¿Por aquí es por donde mataron a los senderistas?

–Creo que sí –dijo el otro–. Pero si eran senderistas, están bien muertos. Se volteó a lavar unos vasos. Siguió hablando como si estuviera solo: que este gobierno sí tenía cojones, que aquí gana el que tiene más fuerza–. Cambió de tema: que la vida estaba muy cara, que el tremendo ajuste que hizo el gobierno anterior en la gasolina, que...

Jiménez pensó que el gordo no leía bien los periódicos. El ajuste había sido con el nuevo gobierno. En fin: pagó y se fue.

En los días siguientes, una extraña fascinación lo llevó otra vez al Jirón Huanta. Pasó varias veces en su automóvil mirando.

Nunca hubo nadie.

CAPITULO TERCERO

AHORA SI LO JODIMOS

Abril 1991

I

—ANARCOLEPSIA —pensó—, así se llaman las lagunas que tienen los oradores.

Unos segundos antes, había hecho una pausa en el discurso. Pero el movimiento de esos ujieres, empleados de la Cámara, lo distrajo. Pasaban por aquí y por allá, haciendo venias para saludar a todos, llevando tazas de café, recogién-dolas. Estaban vestidos de color marrón. Además, los reflectores del techo, parecían darle a él, sólomente a él.

Tres segundos. Miró hacia la presidencia: sentado sobre un túmulo de madera reluciente, el presidente tiene los ojos cerrados y con la mano derecha se jala los pelos de la barba. Está entre dos enormes retratos: los libertadores y, a su lado el relator, al que conoce bien porque, a fuerza de almorzar y comer con él, lo incluye como orador en cualquier momento.

—¡Que malo es el sistema de sonido aquí! —pensó. Le parecía estar escuchando aún el eco de su última frase, y ya habían pasado casi cuatro segundos de silencio. Hizo un primer esfuerzo por saber hacia dónde iba en el momento en que se detuvo. Pero el eco le impedía recordar bien las palabras.

Al frente, una fila de diputados, parecía hundida bajo los escaños. Sólo se veía una parte de sus rostros. Miraban con aburrimiento. Entre ellos, ese del Callao, medio sonriente. ¿Se burlaba? Seguramente era una mueca. El presidente había abierto los ojos. ¿Y si en ese momento golpeaba la mesa con su

martillo y le reclamaba continuar?. Cuatro segundos. Pasó otro ujier llevando café, a dos metros de él: ¡del orador!

—¿Y si los apristas se dan cuenta que me estoy demorando mucho?. Le pareció que un rumor creciente llenaba la sala. En cincuenta lugares a la vez, allí, frente a él, estaban comentando, unos y otros, su silencio.

Miró sus papeles. Todo lo escrito ya estaba dicho: lo de las casas, lo del cheque de ocho mil dolares por la conferencia en la FAO, lo de que el balcón de la casa tenía más metros de construcción que los declarados. Comenzó a sentir una extraña incomodidad física. Los pies apretados por los zapatos, como si llevara parado muchas horas. Y los brazos. Tuvo la súbita tentación de agarrar el micro puesto frente a él. Pero hacerlo, sería la señal de que el discurso recomenzaba, y él no sabía hacia dónde.

—¡Carajo! Los periodistas del segundo piso estaban conversando entre ellos. Los miró. Seguramente hablaban de él, se reían de él porque les había anunciado novedades para la fecha. Eso: el informe. Entonces se acordó: era el momento, porque el presidente había movido la mano hacia su timbre, porque el diputado del Callao estaba por convertir su mueca en una carcajada. ¡Rápido! ¡Rápido!

—Señor presidente —dijo, gritó casi Olivera con el tono dramático de quien llega al momento culminante—. Solicito que el relator lea el documento que presento a la mesa como prueba de la acusación.

Después esperó en silencio, aliviado. Vio que la mano del presidente terminaba su viaje levantando unos papeles de la mesa, y que el diputado del Callao cerraba la boca. Dio unos pasitos sobre el mismo sitio y cedió a la tentación de tocar el micro con las manos. Todos estaban mirando al relator, mientras desdoblaba el documento de dos páginas que le habían alcanzado momentos antes. Ahora comenzaría un capítulo distinto, con su propia dinámica. El hemisiciclo de la Cámara estaba casi lleno. Ese día debería votarse la acusación constitucional contra el expresidente, pero faltaba convicción. Por eso los asistentes, acogieron con displicencia el pedido de que se leyera un informe.

—Es otra vez lo mismo —dijo Del Castillo por teléfono al coordinador socialista.

Pero cuando el relator comenzó a leer con voz engolada y monocorde el papel presentado, una ola de atención cubrió la sala. La primera línea leída, el encabezamiento, era el sonoro nombre en inglés: LARC INVESTIGATIVE SERVICES, 1515 N:W: 7th Street, National Office Building, suite 310, Miami, Florida.

Los grupos que hablaban, callaron. El primer impacto había sido logrado. Era el mágico efecto que tiene en América Latina un documento escrito en inglés y enviado desde los Estados Unidos. Por ello, la fuerza de su valor

canónico invadió la sala, subordinando lo que viniera después. Había bastado incluir las palabras Institute, investigations, company, para que el título cobrara una fuerza que de ninguna manera se hubiera reservado a un latino. La fuerza de la verdad. Investigative, Office, building. Y la carta, fechada el 28 de febrero, anunciaba desde su primer párrafo algo sensacional.

—«Nuestra investigación ha sacado a luz los siguientes hechos». El relator leyó ante el total silencio de la sala de sesiones.

«Primero, recurriendo a varios informantes, pudimos averiguar que Alan Gabriel Ludwig García fue presentado al Bank of Commerce and Credit International (BCCI) por el general Noriega, el mismo que también lo presentó a su banquero personal, el señor Awan. García efectuó varios depósitos de seis cifras en dicha entidad. Nuestras fuentes también nos informaron que, antes que el general Noriega fuera arrestado por las autoridades de los Estados Unidos, el dinero fue transferido del BCCI a otros bancos de Bruselas, Bélgica, los Estados Unidos y España».

—Con razón, cuando los norteamericanos invadieron Panamá en 1989, el gobierno aprista protestó violentamente, retiró su embajador de Washington y puso la bandera de Panamá en Palacio —pensaron varios diputados al mismo tiempo—. Esa era la explicación. ¡Que vivo! —dijo otro diputado—, cuando vio que iban a botar a Noriega, el sacó la plata.

Del Castillo, encargado de la defensa, tenía preparado un discurso sobre todos los temas anteriores, sobre la inexistencia de otro precio en la compra de la casa antes de la presidencia. Tenía en una carpeta, las facturas sobre la construcción de la casa de playa de 150 metros. Había acumulado convicción para terminar ese día el tema, con una votación en la que pensaba tener mayoría. Escuchó el primer párrafo, tomó el teléfono interno, y llamó a un diputado del gobierno. Era un peluquero, también de origen japonés, al que creía hombre sin odios y de buenas intenciones.

—¿Que vaina es esta? —le preguntó.

—Debe ser otra pendejada de Olivera, para ganar tiempo —respondió el otro—. No te preocupes.

—«El BCCI demostró que entre 1986 y 1989 se habían efectuado varios depósitos por montos que llegaban a las seis cifras (aproximadamente cincuenta millones de dólares)».

—¡Carajo! suspiró el reportero del canal nueve. ¡Qué bárbaro!

—«Posteriormente se retransferieron estos fondos a Société Generale (SG) de Bruselas Bélgica, y, después fueron igualmente transferidos a otras instituciones bancarias o financieras, conforme se explica más adelante.»

Del Castillo, volteó hacia un diputado de su propio partido. El mismo, estaba sorprendido ante el golpe inesperado. Le preguntó que le parecía y el otro lo reconfortó. Que eran palabras, viejo, que todo iba bien, que preparara nomás su discurso. Del Castillo recordó que unos días antes, en un programa de televisión, preparando el ambiente, Olivera había entregado un sobre cerrado a un periodista.

—He recibido amenazas contra mi vida —había dicho ante el rostro de forzada gravedad del periodista—. Seguramente, van a intentar matarme para que no concluya la investigación. Si algo me pasa, le encargo hacer conocer esto al país. Y esa noche en el Maury, La Muñeca lo había felicitado: ¡que buena!, y la cara del periodista —le decía: «se quedó feliz porque le diste la primicia, y ahora se cree el notario de la sociedad, ante miles de testigos» ¡Que buena! —La Muñeca se reía—, que tono dramático tenías. Y frente a él, Olivera, con un vaso en la mano, pensaba que ese gordo adinerado estaba feliz porque no ponía la cara. En cambio a él, de verdad, los apristas sí podían matarlo.

El relator siguió impertérrito:

«A continuación, se indican las transferencias de los fondos depositados en el BCCI: a) transferencia de los depósitos de la cuenta especial 000144000 del BCCI, cuenta a nombre de María de García, a la SG de Bruselas. Monto transferido en enero de 1988: veinte millones. La cuenta de la SG se abrió a nombre de María N. Bodereau, sin embargo, no ha podido obtenerse el número de cuenta».

«¿Si esto es cierto, y si este loco ha hecho todo eso? —pensó Rosas, el diputado aprista. Se lo comentó a los diputados vecinos.

—De repente hay algo —le respondió uno de ellos asustado—, porque no es posible que un tema tan grave sea sostenido con tanta precisión, sin que haya una evidencia suficiente. Además —añadió abrumado—, ¡es la Investigative Company!

La voz del relator continuaba, aplastante:

«b) transferencia al Western Savings de Dallas. Monto transferido en Junio de 1988: dos millones. La cuenta en Western Savings fue abierta a nombre de M. Bodereau con el número 0003479804».

En el Maury, la Muñeca sonreía. El rompecabezas hecho con los apellidos de la mujer de García, era una iniciativa genial de él, no de Mike ni del cubano. ¡Cuánta razón había tenido! porque nadie lo iba a creer si las cuentas estaban directamente a nombre de García.

«c) transferencia al Bank of New England en la cuenta de Drexel Burham & Lambert numero 092074392, monto transferido el 16 de agosto de 1988:

diez millones, la transferencia se efectuó en dos partes de cinco millones de dolares cada una el mismo día».

Sensacional, se repetía la muñeca, el Western y el New England, eran bancos muy pequeños, son desconocidos y quebraron hace años.

El diputado Cabanillas tomó el teléfono: Alan, ¿estás escuchando?, ¿qué piensas? ¿qué hacemos? El otro contestó que no sabía nada, que iba a prender la radio.

—»d) transferencia de los fondos depositados en la SG, Bruselas al Sothebys London, monto transferido en diciembre de 1989, dos millones doscientos cincuenta mil, referencia Alejandro Bodereau, e) transferencia al banco de Santander en diciembre de 1989 por quinientos mil, cuenta abierta a nombre de Alejandro y María Nores».

El diputado de la sierra de Ayacucho susurró: ¡por fin lo pescaron!, además todo coincide, hasta los apellidos de su mujer, Nores, Bodereau.

En su casa García prendió la radio. Escuchó impactado. «No puede ser» —pensó. Sintió frío en el cuerpo, envejeció treinta años. ¿En qué mala hora se metió en este lío? Ante su mujer fingió calma absoluta. ¿Qué pasa? le preguntó ella. «Nada» —respondió. Tenía la tonta costumbre de no hablar de política en la casa. Comenzó a entender que la cosa era más seria de lo que antes creyó. Se había preparado para superar con facilidad el tema. Responder por el precio de la casa, calcular el precio de los ciento cincuenta metros, todo eso le parecía ridículo. En ese momento recordó que unos días antes, un amigo de la playa San Bartolo le había advertido que tuviera cuidado.

—En el club, un diputado anda diciendo que de todas maneras te van a fregar, que como sea encontrarán información para empapelarte.

Y García había respondido que eso era imposible: tendrían que inventarlo todo, de la A a la Z, y todo acabaría en una gran farsa. Pero había sentido que de esos diputados de cuarenta años, podía esperar lo peor. Cada uno albergó la ilusión de ser el llamado por el destino. Que lo fuera otro, al que conocieron como estudiante, tomando café con ellos, les parecía de una injusticia abominable. Un historiador amigo se lo había anticipado en 1985.

—Estás jodido —le había dicho—. Seguramente serás elegido, pero estás jodido. No se puede tener treinta y cinco años, ser alto, hablar bien, y además ser presidente.

Y al decirlo, llenaba de humo la habitación, porque fumaba nerviosamente su pipa, y le parecía una vieja pitonisa de chiste. «De todas maneras terminarás mal» —le repetía. En política, la juventud es sinónimo de suerte, de sensualidad, y eso no tiene perdón» —explicaba. «Desde la tribu, el poder se explica por los

maleficios del que lo tiene: por eso debe dar las muestras de su inocencia, ser tonto, dejar que le echen la culpas a otro. Pero ser humilde, ser inofensivo, no calza con la imagen de un presidente de 35 años».

Había sido una advertencia difusa, lejana e improbable. Ahora, sin embargo, lo vio más claro. En esa curva del camino se la iban a cobrar. Lo habían esperado, pero jamás pensó que lo harían con esas armas. Mantener la calma. Transmitir la calma. Llamó a Del Castillo, «que era otra barbaridad –le dijo–, que era un absurdo, que peor para ellos».

–A no ser que esta gente hubiera abierto una cuenta a mi nombre, con varios millones de dólares. Se rió–, si es así, los retiro mañana y me voy. Pero no, eran unos avaros, unos banqueros roñosos, que se morirían antes de poner veinte mil. Que dijera a todos que tuvieran confianza –pidió a Del Castillo–. Se rió otra vez, por compromiso, se sintió enterrado vivo bajo tinta y toneladas de papel. Cerró los ojos, como en el fondo del océano.

–«La transferencia de los fondos depositados en la SG al Bankers Trust New York se canceló; en consecuencia se efectuó la transferencia al Chase Manhattan Bank, en la cuenta de Caribank, monto transferido: seiscientos cincuenta mil».

Daniel López el taxista, escuchaba en ese momento la radio en su vehículo. ¡Qué tal pendejo! –dijo en voz alta. Se acordó que había votado por tercera vez y por García en 1985. En las dos anteriores ocasiones su voto había sido contra el APRA. Nunca le gustó ese partido que hacía alarde de ser muy organizado. Sus miembros se creían parte de un grupo distinto al de los demás peruanos. Tenían una forma de tratarse, se decían compañeros, aplaudían rítmicamente con tres palmadas, tenían sus propias fechas y fiestas, sus himnos. Además, según los periódicos que leyó en su infancia, habían hecho mucho daño al Perú. Cuando murió Haya de la Torre, en 1979, López sintió curiosidad. Estaba en el Parque Universitario, en las gradas del Ministerio de Educación, y vio venir a lo lejos el cajón, llevado en hombros por la multitud. En el primer momento, le pareció un espectáculo preparado con banderas y con música, pero luego, fue conmovido por el dolor solemne de la gente. Algo raro que lo hizo caminar casi dos kilómetros siguiendo el cortejo, hasta que el cuerpo inició su viaje hacia Trujillo. Ese día comenzó a cambiar. No obstante, en la elección siguiente tampoco votó por el APRA.

–¡Cincuenta millones de dolares, caray! –dijo en voz alta–. ¿Y eso cuánto es en intis? –preguntó a su cliente, mirándolo por el espejo retrovisor. Sólo veía el pelo canoso y, más abajo la forma de unos lentes.

–No sé –respondió el cliente–, pero deben ser varios miles de millones, con lo que sube y sube el dólar todos los días.

–¡Cincuenta millones! –repitió López–, y quiso recordar en qué momento se decidió a votar por García. Sólo lo había visto dos veces, la primera cuando era candidato. Todo su barrio hablaba entonces de él, llamándolo Alan, con familiaridad. Lo sorprendió su juventud y también la forma inmediata como se le acercó sonriente. Tenía una sonrisa de boca muy grande. Lo escuchó varias veces en el curso de la campaña. «Como es joven es impulsivo–había pensado López–, ya se asentará». Su esposa prefería al otro candidato, pero se extrañó ella misma, cuando guardó en su cartera un calendario con la foto de Alan. Lo trajo su hijo del colegio. «Es por el calendario» –explicó ella. Después, votaron por él.

El taxi dobló hacia la derecha, para tomar la Colmena. En el semáforo, una nube de vendedores ambulantes ofreció sus mercancías. En la vereda, vendedores de emoliente, el cocimiento que toman los noctámbulos. Al fondo el cine Metro. Allí había estado en una manifestación escuchando a Alan.

Entretanto, en la radio el relator seguía la lectura del informe.

–¡Qué barbaridad! –López siguió hablando como si estuviera solo: «pensar que había puesto todos esos millones a nombre de su esposa, como si no lo fueran a descubrir. Cuando hace dos años, querían enjuiciarlo por lo de su casa –recordaba–, yo creí que todo era una cuestión política, me pareció una tontería. Pero lo de ahora si es concluyente» –terminó–.

Siguió escuchando: «Radioprogramas directamente desde el congreso, con las gravísimas denuncias contra el expresidente Alan García» y la voz sin sabor del relator, «apertura de la cuenta especial 34600829 en el Centrust Miami a nombre de María Gabriela, monto depositado en el mes de enero de 1989: un millón. Usted (obviamente el autor del informe se dirigía a Olivera) asimismo, nos informó que existía la posibilidad de que Alan García hubiese comprado una propiedad en Indian Creek Isle, Miami».

–Mire – y López alzó de nuevo la voz: además tenía una casa en Miami, el sinvergüenza –se indignó–. Durante todo el gobierno se pasó hablando contra los peruanos ricos que viven en Miami. ¡Claro! Todos son iguales. Y éste, peor, porque era joven. El otro como era un viejito, dejaba robar a sus hijos y a sus parientes, pero éste llegó a los 35, y le gustan las mujeres, quería forrarse para siempre.

Se quedó en silencio, porque seis años después, con tardanza –pensó–, debía aceptar que había sido un cojudo al votar por García. Un cojudo porque cuando el otro dejó de pagar la deuda externa, el había creído que si se podía transformar el país.

—Una casa de once mil metros cuadrados en Miami, ¿y cuánto puede costar eso?

—No sé —dijo el pasajero, que comenzó a impacientarse. López no lo dejaba escuchar la radio.

El taxi siguió por la Colmena, dobló en la Plaza San Martín hacia la izquierda, y continuó por Carabaya. Cuando entraron a esa calle, el relator estaba terminando la lectura del informe.

«Se interrogó a la criada domestica de la casa ubicada en Indian Creek Isle. La mujer parecía ser de origen sudamericano y se mostró muy nerviosa a causa de nuestro interrogatorio. Dijo haber oído que el ex presidente de un país sudamericano había comprado una propiedad al frente o cerca de su casa. En un primer momento dijo que se trataba del expresidente del Perú. Mi informante señaló que él también había escuchado que el expresidente del Perú había adquirido una propiedad en ese lugar. Asimismo recordó que en una entrevista que le hicieron a Julio Iglesias, que también vive en esa isla, se mencionó que el ex presidente del Perú había adquirido una casa en la isla».

—En esa esquina, cruzando —dijo el cliente.

El taxi se detuvo en la puerta del Hotel Maury. El pasajero pagó con exactitud en monedas y bajó. Era un hombre octogenario, muy bien vestido. Por su mal humor, el chofer concluyó que sería alguien importante. Y lo era. Se apellidaba Ortiz, aunque gustaba de llamarse Ortiz de Zevallos. Había sido nombrado Fiscal de la Nación por el antecesor de García, en una época en la que se negociaba por lo alto la libertad de los narcotraficantes. Bajó pausadamente. Alguien, desde la puerta del hotel vino a ayudarlo. «Buenas tardes Doctor» —dijo. López partió. La radio pasaba ahora una tanda publicitaria.

En el Congreso, la sesión terminaba. Del Castillo argumentó que un papel no era una prueba, que ese nuevo tema no impedía votar lo anteriormente tratado. Pero a nadie le importaba lo anterior. La atención se había fijado en el nuevo informe. De esta manera, el propósito dilatorio se logró: tendrían acosado a García por varios meses más, y el país no dejaría de hablar del escándalo. Se admitió una prórroga, para tratar el tema. Una reunión de urgencia de los diputados apristas, decidió mantener la defensa. No obstante, el documento había logrado, también allí, su cometido.

—¿Y hasta cuando tendremos que seguir defendiendo a Alan?. Yo ya estoy cansado —dijo en voz baja el diputado Mariño—. Si quieren, que lo frieguen y así nos dejarán en paz, a nosotros y al partido.

—No seas idiota —contestó otro—. Fue con Alan que llegamos al poder, después de sesenta años. Y será con él que llegaremos de nuevo —añadió—. Por eso lo quieren liquidar, para liquidarnos a todos.

A las ocho de la noche, en el Maury, La Muñeca, Ojo de Palta, Olivera, el antiguo fiscal y dos diputados más celebraban el acontecimiento:

—A ver cómo se saca toda la mierda de encima —hablaba entusiasmado La Muñeca mirando a Ojo de Palta, que no respondió, pensativo—. Estos cojudos creyeron que podían votar esta tarde el tema para terminar con él. Se habían convencido a los coordinadores de Cambio Noventa, pero con la lectura del informe todo cambió. ¿No es cierto, Fernando?

—Claro —respondió Olivera—. Me encontré en la puerta de la cámara con un parlamentario aprista, ese que no puede ver ni en pintura a García. Saltaba en un pie, y me dijo: «de cualquier manera, ya lo agarraron, porque de ahora en adelante deberán repetir que sólo el poder judicial puede hacer las investigaciones, y así lo tendrán enganchado por los próximos diez años». Y ese sabe muy bien de qué habla porque es un buen abogado. ¿Y a ti que tal te pareció?

—¡Muy bueno como impacto! Pero, ¿tienes ya los datos sobre las cuentas de verdad? —preguntó Ojo de Palta—. No hay que dejar de buscar —añadió.

—Claro —explicó Olivera—. Para eso tenemos ya a la firma Kroll, que se toma más tiempo. ¿Pero estuvo bien o no?

—Buenísimo, buenísimo, ahora sí lo agarramos —estaba exultante—. Llamé al diario y pregunté por Manu: estaba borracho, como siempre, aunque esta vez de alegría —contó La Muñeca. «Le dije, esto tiene pepa: tienes que hacerlo mierda con el titular de primera. No me dio una respuesta clara. Creo que esperaba orden del dueño, porque tú sabes que el dueño dice ser todavía amigo de García».

—No seas cojudo —interrumpió Ojo de Palta—. Ya hablé con él. Claro, como es hombre de mundo, al tiro se dio cuenta de todo, aunque como es político me dijo que dejaría en libertad a Manu para tratar la noticia. Tú sabes, además, lo que a él le conviene. Te apuesto que su periódico tomará el tema en primera por varios días. Entre políticos no hay amistad.

—Entonces, ahora sí lo jodimos —terció el viejo fiscal.

Olivera sonrió, se despidió y salió. Lo embargaba una sensación de plenitud desconocida. Al salir esa tarde de la Cámara, felicitado por unos, envidiado por otros, acosado por la prensa, había sentido que su fuerza se multiplicada. Era el poder, su poder, y ahora se estaría hablando de él en todas partes. Y el cojudo de García, que se negó a saludarlo hace unos años, ya estaba acorralado. Como un gladiador triunfante, había salido a la puerta del parlamento, en el

atardecer, bajo los reflectores de la televisión. Casi podía ver a García, prisionero en una red, mirando herido a la gente, pidiéndole clemencia. Y la gente iba a bajar el dedo.

¿Qué dirían ahora los padres de su esposa? De ordinario, lo miraban con desprecio. Sintió un gran deseo de estar solo, de ir a Breña, donde él sabía. Allí viviría a fondo, esas nuevas sensaciones. Con plenitud. Pero no era posible hacerlo ahora: estaba acompañado, lo esperaban en otro lugar. Debían preparar la sesión del día siguiente. ¡Qué bien se hubiera sentido en Breña en este momento de triunfo! Ya iría en otro momento.

Al día siguiente la señora Echeopar llamó por teléfono a una amiga. Y la escogió bien, porque era una de esas que, en 1985, apoyaban con mayor entusiasmo a García. Tenía en la boca un sabor placentero y ácido. Iba a darle una mala noticia.

—¿Has visto el escándalo de las cuentas de Alan García?

—No —respondió la otra, mintiendo: ya había escuchado algo—. ¿Y cómo te has enterado?

—Por el periódico, pues hija —dijo severa—. Mira —le leyó por teléfono—. En la primera página dice: CINCUENTA MILLONES AMASO GARCIA. Allí está, pues, tu presidente. ¿qué me cuentas? Hasta mi sirvienta está escandalizada. La señora Echeopar recordó que los apistas se habían llevado a la chola, pagándole un sueldito, cuando crearon el PAIT, un trabajo temporal para los desocupados. ¡Qué difícil fue entonces, conseguir una sirvienta!

Ahora Silvia, estaba indignada con lo del informe. Pero no había que confiar mucho en esa gente. Pensó en la plaza del Cuzco, cuando fue el candidato. La señora Echeopar estuvo allí. ¡Qué bonito! La plaza repleta de indios, llenísima. Una chica de ojos color caramelo, linda, cantaba algo así como un rock. La gente estaba muy contenta. Toda la plaza cantaba. Pero después nadie votó por ellos, porque esa gente es muy traidora. «Indio, paloma y gato, no hay animal mas ingrato» —recordó. Se lo había enseñado su padre.

García meditaba: era posible dejar que la farsa cayera por si sola, pero eso sería confiar en el tiempo. Y el tiempo tenía dos lecturas —pensó. «Dentro de cincuenta años, cuando bajen las pasiones, se sabrá que el informe Larc fue una burda patraña. Pero en los próximos dos años el tiempo correrá en favor de mis adversarios». Escogió desmentir, rectificar, todos los días. «Te estás equivocando —le decían. Defiendes tu verdad con vehemencia, y añades mas pasión a la escena. Los estás estimulando y con el pretexto de responder, crearan mil

veces, olas y rumores». ¡Carajo! –se impacientaban porque el seguía argumentando–. «Has sido presidente y no sabes que al presentar pruebas y pedir al público su comprensión, lo invitas a negártela. Déjalos hablar. Tú quédate en silencio». Y él: «que fácil es para los espectadores hablar. ¿Y el partido, y el honor?». Y ellos: «que este no es un problema de honor, sino de paciencia, que además, en el Perú nadie cree en el honor».

Esto lo sabían bien sus enemigos.

–¿Y si se defiende? –preguntaba Ojo de Palta–. Es muy difícil creer que García se de por vencido. Después del impacto, saldrá a recorrer cada uno de esos bancos y a recoger declaraciones.

–Es que Mike ha hecho las cosas bien –explicaba La Muñeca. La mitad de esos bancos ya no existen: el Western fue intervenido en 1989 y sus documentos están almacenados en otro estado; el Savings también, y tú sabes que el BCCI era tan desordenado en Panamá que no existen ni funcionarios ni documentos. Para llegar al fondo se necesitaría gastar un montón de dólares. Pero todo puede ser negado y como dijo el señor fiscal aquí presente, basta con insistir que sólo el poder judicial puede pedir los papeles. Y para que el poder judicial intervenga, García tiene que estar enjuiciado. Y si nos toca un buen juez, dará orden de detención. Entonces, ¿quién va a querer darle la razón si ya está en la cárcel?. Al contrario pronosticaba–, como por la crisis económica la gente lo odia, está dispuesta a creer cualquier cosa. Van a sobrar nuevas acusaciones.

–Claro, pero tarde o temprano.....–recomenzó con sus temores Ojo de Palta.

–En el Perú, lo que es tarde es para siempre –sentenció la muñeca–. Mira como toda la prensa se le ha ido encima. Hasta sus amigos ignoran el tema y ya no lo defienden. ¡Partida de oportunistas después del provecho que han sacado!

La Muñeca contaba entusiasmado. Que dentro de la comisión de diputados, ese marica del Opus Dei, rezaba y lloraba diciendo que según su conciencia, García era inocente y que no iba a votar por la acusación. Que Richard tuvo que arrinconarlo y cuadrarlo a sopapos. Que también Molero, el de la comisión, salió con eso de que no encontraba pruebas. Pero que fue fácil de «convencer». Nada detenía esta reseña, porque La Muñeca tenía cuerda para rato, le había dado «la lora». «Los propios amigos de García lo han llamado para decirle que los disculpe». Tendrían que votar contra él, porque su futuro depende de eso –contó.

–Yo tengo la grabación de los teléfonos que me mandó Montesinos –informó–. Mi viejo –le dijo a Ojo de Palta–, hay que tomar la iniciativa y no abandonarla nunca. Cuando la gente te ve decidido a todo, se va sumando, porque nadie se enfrenta al que actúa. Además a la hora de votar, Chapulín

pasará lista para ver si alguien se atreve a estar ausente. Felizmente, no hay voto secreto, porque sino estos maricones se echarían. No se que tanto miedo le tienen a García. Con un poco mas de tiempo, el mismo se va a dar un tiro, o se lo darán sus compañeros.

Y el otro se quedaba pensando en eso de que en el Perú lo que es tarde es para siempre. Porque el crédito del Banco Interamericano no llegaba, y para él también, se estaba haciendo tarde. Desde que Dionisio había tomado contacto directo con Montesinos, empezó a darse cuenta que lo llamaban menos. Tenía motivos para estar preocupado. En el grupo, ya le habían comunicado que sería bueno separar algunos negocios. Tal vez se estaba haciendo tarde.

Un mes y medio después.

—Oye, Olivera, ¿y ahora que hacemos? —preguntó La Muñeca—. Del Castillo ha traído de Estados Unidos, Panamá y Nassau, las cartas certificadas de los bancos negando la existencia de las cuentas corrientes —informó con inquietud—. Y lo que es peor, los imbéciles de la revista «SI», se han ido a Miami a entrevistar a los dueños de la casa de Indian Creek. Resulta que es de una familia venezolana, los González Gorrondona, que viven allí hace diecisiete años. Mi hermano los conoce. ¡Que idiota ha sido ese Ralf García! debí escoger algo mejor, una casa con mas complicaciones legales.

—No hay problema —respondió Olivera. El Fiscal dice que hay que negar los papeles. Además con el escándalo armado, García ya no vale diez céntimos. Los titulares de medio mundo lo han presentado como un ladrón.

Mostró unos papeles. eran facsimiles con informaciones de la Nación de Buenos Aires, del Nacional de Caracas, de Bogotá, del Pais de Madrid, de Le Monde de París, de todas partes. ¿Quieren mas evidencias? —preguntó—. ¿Quien le va a creer ahora a García? «El Fiscal actual se muere de miedo de que el caso le llegue, porque aunque anda diciendo que el no encuentra nada, sabe que si no cuelga a García, nosotros lo colgamos a él».

—Pero García se ha ido hasta Bruselas, y ha traído una constancia del Societé Generale que niega lo dicho en la acusación —insistió Ojo de Palta.

Julio de 1991, las dos de la tarde: en el tren París Bruselas, los pasajeros sudan. Una pareja latinoamericana, argentina por el acento, comenta: ¡Como se parece ese hombre a Alan García!

—No —dice ella—, Alan García es mas joven.

García, en silencio, envejece veinte años. A las tres, según la cita concertada por teléfono, desde París, lo recibe la apoderada del banco, Madame Fransans. Pase usted —le dice.

Y García entra en una sala donde está todo el directorio de la Societe Generale. Había olvidado que allí es importante haber sido presidente. Lo saludan. Explica, muestra titulares, despliega documentos.

—Ce n'est pas possible! —dicen o exclaman uno a uno.

Le piden identificarse, a él, a su esposa. Miran con duda los pasaportes. La solución, ante la duda, es pedir que llamen a la embajada. Contesta el embajador. Desde ese momento se declara enfermo y debe partir al hospital. Llega su segundo y confirma ante los directores:

—Oui, ce monsieur ci—present est l'ancien président du Pérou.

No entienden el pedido. Al final, lo que siempre se pide es certificar que la cuenta existe, pero lo que él, el expresidente está pidiendo es una constancia de que no existe. «Es un contrasentido». Y otro argumenta la existencia del secreto bancario. El, García les precisa: no hay secreto que guardar porque no existe la tal cuenta.

Al final, acceden. No dejan sin embargo de seguir desconcertados. «Ces latinoamericains, qu'ils sont bizarres» —murmura uno cuando García sale.

Tren de regreso a París. Otro avión a Lima. Y la prueba conseguida en Bruselas llega a los periódicos. «Si, esa puede ser la central del Banco en Bruselas, pero el banco tiene muchas sucursales: faltan las de Paris, Strasburgo, Viena, etcétera, etcétera». Y el periodista de radio, le dice mientras piensa que preguntar: «pero usted gobernó tan mal que la gente quiere que lo freguemos, solo así hay mas rating». Y al terminar la emisión, García se defiende:

—¿Que tiene que ver la inflación de mi gobierno con que me inventen cuentas bancarias?

—Si, bueno, pero se está defendiendo bien —concluye el periodista que no cree sino en el rating: acusar da mas audiencia que defender al acusado. Esa es la norma. Que pena.

—No importa, peor para él si se defiende —respondía al tema La Muñeca en el Maury—. Mira lo que pasó cuando Del Castillo trajo los certificados negativos del Western Savings. Como la duda ya esta sembrada, bastó que la Flores viajara, para pedir de nuevo el mismo informe, pero dirigido a ella. En el Western le respondieron que necesitarían quince días. Así que volvió a Lima y dijo en la televisión que el papel de Del Castillo no valía, porque aun no habían corrido sus quince días. Y cuando pasó el plazo llegaron los papeles que decían que habían revisado todos los depósitos, las cuentas y los cheques y no habían hallado nada. Felizmente a Frank Ortiz, que es un gran pendejo, se le ocurrió algo genial. Así que mandamos un cable al banco preguntando, por qué no habían respondido nada de los Wireless account.

—¿Y qué es eso? —se extrañó Olivera—. ¿Qué términos tan raros tienen los banqueros!

—Es una transferencia inalámbrica, pues —respondió la muñeca, otro nombre para la misma cosa. ¿Ves?, la misma chola con otro calzón. Estuvo a punto de decirle, «no te hagas el sonso, Olivera, que tu sueño era terminar de banquero». Total —siguió contándole, después llegó una carta del Resolution Trust Corporation, que es el centro de supervisión, algo así como la superintendencia: allí constaba que no había la tal Wireless. Quisieron explotar la noticia, pero en la confusión ya nadie entendía» La única conclusión que la gente tiene es que García es un pericote y tiene que ser enjuiciado. ¿Es lo que importa, no?.

II

EN LA NOCHE, Portugal escuchó el timbre que lo llamaba al despacho. Estaba en los sótanos, en la cocina. Hacía treinta años que era mayordomo. Había visto pasar ocho gobiernos y había escuchado muchas cosas.

Subió. En la sala Grau, Montesinos, Hermoza y otros dos, esperaban a Fujimori. Hablaban con desenvoltura.

Portugal, consternado por la denuncia hecha esa tarde en el parlamento, quería escuchar, saber algo más. Por eso, se demoró cuanto pudo en servir el pedido. En la primera entrada, con el pretexto de no interrumpir la conversación, fue interrogando casi en secreto a cada uno de los reunidos. Así ganó algo de tiempo y alcanzó a oír:

—Total, el informe LARC ha caído como una bomba —dijo Montesinos concluyendo. Creo que esta vez, el doctor García tendrá problemas.

—Sí, es impactante —comentó otro de los reunidos—. Pero más allá de la noticia, en el fondo son los políticos tradicionales los que están en liquidación. Su voluntarismo, su afectividad. El populismo de García, consistió en ofrecer que con el no pago de la deuda y con sus propios recursos el país superaría los problemas. Eso, a pesar de los aplausos iniciales, tenía para la gente un sabor a imposible. Sembró la desconfianza. Lo que la gente necesita es una esperanza que venga de fuera y no de dentro. Con esa posibilidad, puede soportar mucho más tiempo cualquier privación o adversidad.

Montesinos cambió de pronto de tema y se dirigió a Hermoza.

—Y mi general —dijo—, ¿cómo va la cosa de la subversión?

Portugal salió, bajó a las cocinas en el sótano, transmitió los pedidos, y volvió apresuradamente, con unos manteles y algunos vasos. Comenzó a

ponerlos pausadamente sobre la mesa, ganando más tiempo. Ya Hermoza había dejado de hablar, y se trataba otro asunto.

—¿Cuánto cree usted que estarían dispuestos a entregar como contribución a este tema? —estaba preguntando Montesinos—. Portugal escuchó y estuvo seguro que el tema era el terrorismo.

Jaime nos ha comunicado —continuó el otro—, que el señor Greenberg de la AIG, estaría dispuesto a comprometer hasta cuatro millones, a cambio de una solución a su problema.

—Eso depende —respondió aquel a quien se había hecho la pregunta. Era enjuto, de nariz prominente, árabe en apariencia—. Depende de la decisión política que tenga el gobierno. Lamentablemente, aunque la voluntad existe, sabemos que los legalismos y las formalidades impiden una acción más eficaz.

—Eso tiene solución —precisó Montesinos—. El presidente se propone lograr un cambio radical de la legislación.

Había estado a punto de decir que un cambio mucho más profundo estaba en sus propósitos, pero le pareció imprudente adelantarlo a los reunidos. No le inspiraban confianza.

—Ese es, claro, un buen deseo —replicó el árabe—, pero hay que contar con la oposición de los partidos y hasta con un ambiente externo hostil.

Montesinos iba a responder que no era así o, por lo menos que no lo sería dentro de poco. Se contuvo. Y le satisfizo su prudencia.

Tenía cincuenta años, y poco que agradecer a su lengua, que lo había traicionado tantas veces, delatando su juego. Hijo de un escribano de la Corte Superior en Arequipa, había ingresado al ejército, donde llegó al grado de capitán. La suerte lo colocó cerca de un alto personaje, durante el gobierno militar. Entonces leyó, estudió, y administró diestramente su nivel de inteligencia, superior al promedio que lo rodeaba. Aprendió que la información es esencial, al menos para causar admiración o envidia en el auditorio.

Hablaba con solvencia de los autores de moda en materia sociológica y se dio cuenta que, a veces, bastaba haber leído las síntesis. En el Perú —decía—, con dos horas de lectura sobre un tema, uno se convierte en un experto. Entonces se volvió un experto en desarrollo social, en planificación, en política latinoamericana, en contrasubversión. Sus jefes lo escuchaban impresionados. «Cuánto sabe» —repetían. Al fin y al cabo, todo lo leído, servía bien en el arte de la conversación que él cultivaba con esmero.

Pero la lengua, el ansia de decirlo todo, lo traicionaron. Habló más de lo necesario con un militar norteamericano sobre las armas soviéticas que el Perú había comprado. Fue invitado al Departamento de Estado. Viajó a Washington

sin el permiso de sus superiores. Allí, adulado por la invitación, lo contó todo: cuantos tanques, cuantos aviones, cuantos cohetes Pechora.

Fue enjuiciado por traición. Se le acusó de haber recibido dinero. Los datos llegaron al ejército ecuatoriano. Peor. Entonces era un espía de Quito. Su foto estaba en la puerta de todos los cuarteles. Fue expulsado.

Solo y sin auditorio ideó planes para llegar al poder, manejando a los poderosos. Se ofreció al último presidente militar, pero aún estaba fresco el recuerdo de su traición. Se propuso al primer gobierno civil, a través de un senador serrano, sórdido y lleno de ambiciones. No lo aceptaron, tal vez porque en el gobierno había muchos arequipeños y él solo era el hijo de un escribano.

Se ofreció al gobierno de García. Como era joven y ambicioso, éste si lo recibiría. El plan consistía en explicarle que se tramaba un golpe de estado. Le daría nombres concretos y fechas. Entonces el Presidente le creería. El secreto de la influencia –pensaba–, es la información abundante.

Pero no lo recibieron. Insistió: llamó al juez Vega, su amigo. Y Vega cumplió: habló con García, pero éste no le dio importancia. Confiaba mas –según dijo– en sus mandos militares.

La providencia hizo que su íntimo amigo, cucharita, el general, fuera el hombre de confianza de Fujimori. Entonces, a través de él, llegó. Ya después –pensó–, pasaría sobre cucharita. Por el momento, defendió a Fujimori, sustrayendo los expedientes sobre sus fraudes tributarios. Ganó así su confianza y su temor.

Aplicó en el siguiente paso el plan que había diseñado durante quince años con tenacidad: le dio al nuevo presidente los nombres, datos y pruebas concluyentes: existía un comando aprista encargado de asesinarlo. Los conjurados bajo la dirección de García, lo envenenarían en palacio.

Habían dejado una red de cocineros, mayordomos, choferes, encargados de ejecutar el plan. El otro aceptó la supuesta verdad: despidió a cocineros y mozos, algunos con más de cuarenta años de servicios en palacio. Despidió después a los generales, jefes de la policía y del ejército; también a los almirantes que iban a dar un golpe contra él.

Montesinos, guardó para su servicio algunos, a los que debió limpiar judicialmente. «Eran sus perros» –decía. Por ejemplo, a ese general de la matanza de Cayara, que ya estaba con la soga al cuello, cuando él lo presentó a los vocales de la Corte Suprema que iban juzgarlo. Terminaron absolviéndolo. Ese se las debía todas.

Hasta ese momento, había subsistido defendiendo las causas que otros tenían vergüenza de defender. A veces directamente, a veces usando firmas

ajenas, pero siempre actuando con la energía que da conocer la debilidad de cada juez. Con su inspiración –afirmaban los abogados–, fue liberado, reapresado y luego prófugo, un narcotraficante colombiano, de nombre Evaristo. Fugó de una prisión selvática a bordo de un helicóptero. Volvió a su tierra y estuvo involucrado en el asesinato de un ministro de justicia. Habría sido uno de sus clientes.

Los casos de droga, daban lo suficiente. Después el poder daría más, porque más importante que el dinero, es hacerse obedecer por los otros. Ser reconocido por ellos. Y, en algún momento, todos esos expedientes de droga, tendrían que desaparecer del Palacio de Justicia. Ahora, era él quien tenía en sus manos la estrategia de los años siguientes, pero mejor era callar.

Montesinos, se mordió los labios para no responderle al otro que, a pesar de sus dudas, el país si tendría otros caminos.

Portugal volvió a salir. ¿Qué dicen? –le preguntaron en la cocina, inquietos–. Se están repartiendo la plata en cajones –informó él–. Cinco minutos después subió con el pedido. Ya estaba Fujimori en la mesa.

–Buenas noches Señor Presidente –musitó Portugal al entrar, y el otro no lo miró–. Entonces puso su gran bandeja en una mesa auxiliar. Comenzó lentamente a distribuir lo traído, fingiendo un gran cuidado.

–Para el señor Greenberg, más importante que Sendero Luminoso es el tema de García –dijo el árabe–. Sería posible controlar la subversión, pero subsistiría el populismo como alternativa.

–No lo creo –replicó otro de los asistentes–, porque el populismo tenía en la escena internacional un espacio que ya se cerró. Con la caída del muro de Berlín, ahora es otra cosa. En la medida en que se termine con Sendero, se acabará también con el populismo.

–El doctor Boloña dice que los dos, Abimael Guzmán y Alan García «tiene» las «misma inicial» y que eso hay que explotarlo más –dijo inexpresivo Fujimori en su curioso español–. Los otros festejaron el chiste. Portugal escuchó con indiferencia. Pensó que el japonés se creía gracioso, pero que a ellos, a los servidores de palacio los trataba mal. Cómo se notaba que lo educaron a golpes –pensaba.

Recordó a Tsuha, uno de sus compañeros en la escuela primaria. Un día fue a visitarlo a la pequeña granja en la que el niño vivía con su padre. Al lado de la puerta encontró a su amigo, encerrado dentro de una caja de malla metálica, como en una jaula. Mas allá, el padre, sin zapatos, de edad indefinible, cargaba bultos. Al verlo, gruñó algo en japonés, mostrando sus párpados sin mirada. Tsuha guardó un silencio total, inclinado hacia el suelo. Al día

siguiente le contó, avergonzado, que su padre lo castigaba así, encerrado sin agua ni comida, para darle carácter.

—La contribución de la que se trata es importante para levantar la moral de los que tienen que actuar —escuchó Portugal al salir. En la puerta se dio cuenta que no había preguntado a Fujimori si deseaba algo. Volvió, y el otro le hizo un gesto de fastidio con la mano, sin hablar: que se fuera.

Volvió a salir.

III

MIENTRAS SE REALIZABA la reunión en palacio, otra reunión iba a empezar esa noche en Lambayeque, capital de una provincia en el norte del Perú.

Mil años antes, Lambayeque había sido el centro de una de las más importantes culturas. En toda la costa cercana, huacas, adoratorios, sepulturas preincaicas, muestran aún, la importancia que entonces tuvo. Mas allá, en el pueblo de Túcume, la base de enormes pirámides indica la altura que esos monumentos debieron alcanzar. Allí, años antes, alentando temores supersticiosos, se había encontrado una tumba señorial intacta. Fue necesario descubrir varias capas de tejidos, metales y máscaras, para llegar a él. Y en consenso le llamaron el señor de Sipán. Siempre había sido Lambayeque un centro de invocación de fuerzas antiguas y poderes naturales.

Esa tarde, el alcalde del pueblo, junto a otros dirigentes apristas, había escuchado también, la transmisión radial de la sesión del congreso. Allí, a ochocientos kilómetros de Lima, cerca a los cultivos de arroz de dos estrechos valles y rodeados más allá por el desierto, habían sido conmovidos por la noticia. Se miraron, primero aplastados por el hecho, luego buscando unos y otros opinión. Por fin, habló Tello, el diputado, tajante:

—Todo eso es una mentira, un truco de la derecha para hundir al compañero Alan.

Y casi todos habían estado de acuerdo. Lo dijeron en voz alta. Mientras tanto, el alcalde pensaba, qué hacer. ¿estaban tan lejos de Lima! No podían llevar al compañero el apoyo que necesitaba en aquel trance. Y entonces habían concluido que ellos sí tenían un medio eficaz para apoyarlo.

Habían buscado al Niño.

Centro de las dudas y los temores, el Niño, que aprendió de su padre el conocimiento de las plantas; que sabía distinguir el flujo bueno de algunas yerbas cuando era invocado; que podía, como pocos, consultar la energía de los cerros, los apus, las lagunas. Y él había aceptado:

—Hay que limpiar al doctor García, porque lo están rezando.

Por eso caminaban los tres, el alcalde, el diputado, el militante. Iguales con sus pantalones oscuros y sus camisas blancas, se dirigían al norte por la carretera panamericana. Cuando los postes del alumbrado eléctrico de la ciudad quedaron atrás, ellos siguieron caminando. Un rato después les salió al encuentro el Niño. Estaba con su ayudante, el que prepararía la mesa, el que la levantaría.

Doblaron hacia la derecha y entraron en un patio cercado, aislado en medio del terreno seco. Sólo había una casucha de madera, y fuera de ella, un toldo de esteras que allí llaman ramada. Los tres esperaron en la penumbra, mientras Niño disponía la mesa. Puso en el suelo una alfombra, humedecida antes con agua bendita. Sobre ella, organizó cuidadoso, pequeñas imágenes religiosas, una de plomo representando al demonio con la forma de un fauno cornudo. Después, fue poniendo las caracolas que el mismo había recogido años antes, en las huacas. Pocos lo sabían, pero posiblemente los antiguos peruanos, los mochicas de la zona, usaron las caracolas como ahora se usan los dados, para consultar la suerte. Y en medio de todo lo dispuesto, yerbas y plantas de las lagunas de la cordillera. También botellitas con agua de las lagunas más altas; aquellas que guardan el espíritu de lo natural, su fuerza. La mejor era de las Huaringas, la Arrebiatada, la Precipitada. Están en Huancabamba, trescientos kilómetros más al norte, donde los brujos viven y meditan.

Después, ofreció a los tres una botella de líquido verdoso, invitándolos a tomar. El lo hizo primero. El alcalde miró a su vecino, dudoso. Después comprendió que no tenía salida. Bebió, e invitó a los otros. Era el San Pedro, planta de la vida, que con sus jugos, aleja las dudas, aparta los temores y trae el verdadero pensamiento: el que está detrás de todo lo que se piensa y se dice.

Unos momentos después, todos se sintieron reconfortados por un calor valeroso. Se supieron más dispuestos a cumplir su cometido. El Niño, se había puesto en cuclillas, miraba la mesa. Tomó las caracolas, escogiendo cuatro, y con decisión las lanzó sobre la alfombra. El alcalde miraba queriendo entender. Niño repitió la operación, tres, seis, diez veces, sin hablar. De pronto.

—Son poderosos —dijo. Le han hecho mucho daño. Y volvió a lanzar varias veces las caracolas.

La luna alumbraba la escena.

Se levantó. De una bolsa de tela, que hasta entonces no habían visto, sacó de pronto dos espadas que refulgieron en la noche. También un largo bastón, hecho de la caña que crece en los ríos del norte del Perú.

—¿Quién va a representar al doctor? —preguntó. Los otros, mirando las espadas se quedaron en silencio. Entonces Niño comprendió que el San Pedro que bebieron no era el mejor, ni era viejo. Que su color lo había engañado. O tal vez esa noche, la planta le negaba su ayuda.

—Tú —le dijo a su ayudante. El alcalde miró al designado. Su ropa era extremadamente humilde. Usaba unos anchos botines de plástico, sin medias. Quiso ponerse en su lugar, pero ya el ayudante estaba frente a la mesa. Niño tomó un sorbo de una pequeña botella y la esparció, soplándola sobre una de las espadas. Hizo lo mismo, soplando sobre el ayudante. Le pidió al alcalde repetir el procedimiento.

—Refrésquemelo, refrésquemelo —le dijo—, y comenzó a dar mandobles con la espada: primero despacio, después amenazante y violento. La espada zumbaba en los oídos de los otros. Tomó el bastón, y puso en la parte alta, una de las caracolas, la llenó del líquido de otra botella. Mientras se esparcía un olor de alcohol por la ramada, el ayudante, rociado, refrescado, aspiró el contenido. Primero por una fosa nasal, después por la otra. Niño, les pidió tomar el bastón y sostenerlo, mientras se procedía.

—Levántemelo, levántemelo —repitió.

El olor a alcohol parecía avivar el efecto del San Pedro. Comenzó entonces la ceremonia. Niño recitaba su letanía agitando unas calabazas con sonido rítmico. Las pepas de los mates secos, sonaban como suenan las serpientes en el desierto. Invocaba las fuerzas de los montes, de las corrientes, de las lagunas, porque todas expresan el poder de Dios. El espíritu omnipotente que también está en los hombres, pero que comparte allí con el demonio, el designio de los actos humanos. En cambio, en las aguas, en los montes está puro, está fuerte. No tiene contra ni duda. Tomó un látigo hecho de cuero, y golpeó la tierra con un chasquido de disparo. Se levantó polvo.

—Le respetarán, contra él no podrán, su odio no prevalecerá —gritó flagelando la tierra—. Al fondo de la noche, llamados por el restallido, unos perros comenzaron a aullar. Los tres visitantes temblaron. El continuaba latigueando, terminaba cada frase con un golpe de taco en la tierra, despertando, sacudiendo de su letargo a los espíritus. Después de un largo rato cesó de golpear, y se hizo un profundo silencio. Todos sintieron algo así como el murmullo de una paloma.

—Ya —dijo—. Ya terminamos. Tómense algo con nosotros —invitó. Bebieron pisco solemnemente. El pobre ayudante, tomó un sorbo y sintió fuego en la nariz quemada. Y el Niño les contó que al doctor García le habían hecho misa negra en Lima, que el informe leído en la tarde fue puesto también en una mesa

y muy preparado, que el chino sabía mucho de esto, que desde antes de ser presidente tenía los auxilios de una adivina de Chorrillos, que ahora se la había llevado al palacio de gobierno y que no daba ningún paso sin consultarle. Que muy poca gente, como él, podría romper las maldiciones, que uno de los pocos era don Ruper, Ruperto Mori, allá en Huacho, y que podrían encontrarlo en Lima, cada quince días.

También les dijo que a él, una vez, le habían pedido hacer lo mismo contra el doctor García, pero que se había negado porque él no hacía magia negra. Su abuelo, también había sido hechicero. Por él supo lo que hablaron contra ellos siglos antes. En los sermones, repetían a un cura español: Avendaño. Que la idolatría, que el sol se ve pequeño porque está lejos de nosotros, y el Niño: «que tontería, si el sol se ve enorme». Que es una cosa sin vida, pero que nunca reposa porque otro le ordena que marche; y el Niño: «entonces pues, si recibe órdenes será porque está vivo». Su abuelo decía que ahora todo estaba desierto: miren la tierra sin vida, porque destruyeron los mallquis que daban buena cosecha. Sí, el cuerpo de los notables. Y les contó que las pacarinas, o sea, el origen, las ocultaron en el fondo de las lagunas. Eso dijo el Niño: por eso su agua es poderosa. Que él no creía en esas cosas antiguas, pero que tal vez tenían algo de cierto.

El alcalde iba pensando que sí era cierto. El estaba convencido: la naturaleza tenía fuerzas propias, equilibrios. Era cuestión de invocarlas o dejarlas actuar. Había estudiado dos años de economía en la universidad de Chiclayo. Allí aprendió eso de las leyes naturales. ¿Acaso –reflexionaba–, esas fuerzas ocultas del mercado no eran algo así como los poderes que el Niño invocaba?.

Las tres de la mañana.

Caminaban de vuelta Niño y sus acompañantes. Atrás el ayudante llevando sobre el hombro sus espadas. A esa hora había terminado también la reunión en Palacio. Y en ese instante, solo, en la sala del segundo piso de su casa, García pensaba. Lo había llamado mucha gente. Solidaria, buena. Pero en el fondo de todas las voces, había escuchado el tono con el que el médico asegura que la cosa es simple, al enfermo que pronto morirá. Como en la vida de todos, y como todo en la vida, solo había dos caminos. O pelear o morir.

–Esperar –dijo Trotsky–. Así llamaban al mayor Dueñas. Sólo queda esperar –afirmó.

Estaba sentado en la base, a quinientos metros, muy cerca de García. En Chacarilla. Llevaba más de un año esperando, tranquilizando a sus hombres. Esa es toda la estrategia –decía–. En algún momento, el otro, Guzmán, debería descuidarse. Trotsky había escogido él mismo la casa. Dispuso los teléfonos

celulares. Manejaba desde allí los doce vehículos, los seis grupos. Cuarenta hombres juramentados en total. Todos a tiempo completo.

Dos años antes, había estado a punto de capturar a Guzmán. Cerca, en el barrio. Escogía buenas casas el cerdo ese —pensó Trotsky cuando entró al escondite de Guzmán—: Dos salas, cuatro dormitorios, jardín posterior. Pero fue tarde cuando llegaron. Guzmán había abandonado la casa veinticuatro horas antes. Estaban sus lentes, su bata, sus libros y también las medicinas que tomaba. No podía estar lejos —calculó—. Casi, casi, lo felicitó el ministro Mantilla. Pero no había sido. Que la próxima vez sería —lo consoló el ministro—.

Comenzó a tejer otra vez la red, desde el comienzo. Algo le decía, sin embargo, que el otro volvería por la zona. Golpeada su casa en ese barrio, nadie iba a pensarlo. Sólo Trotsky, empecinado. Llevaba un año esperando.

—Nada que hacer —dijo García a Del Castillo—. Hay que dar la pelea. Colgó el teléfono.

—¿Por dónde comenzamos? A ver, que alguien verifique en Miami la oficina del famoso informe —disponía—. Consíganme las direcciones y los teléfonos de todos esos bancos. Eso es,—se decía—, tengo que transmitir decisión, energía. Y al mismo tiempo: Dios mío, no quiero ni pensar en los titulares de mañana.

IV

UNOS DÍAS MAS TARDE, el capitán Jiménez recibió una nueva llamada en la casa de su suegro: debía comunicarse con el asistente del general Pérez.

Comprendió de inmediato que participaría en un nuevo operativo. Se propuso decir que no. Aún lo turbaba el episodio de Barrios Altos. Había sido un error y un exceso. Pero era necesario —se consolaba— actuar con dureza. Tampoco fue algo completamente negativo. Lo que pasa es —concluyó—, que ya había superado con creces, la cuota de acción que podía exigírsele a él. Allí estaban los civiles, indiferentes al tema. También los otros oficiales, jóvenes como él, a quienes no les pedían lo mismo.

Con esta decisión fue a la cita.

—Usted no tiene derecho a negarse,—le dijo enérgico el coronel asistente—. Usted está comprometido en lo más importante que hace el ejército por el Perú. Entiendo que puede estar impactado por las escenas que ha visto, pero eso no puede sustraerlo del deber.

Mientras decía esto, el coronel pensó que ese capitán ya estaba flojeando. Esta debería ser su última participación —concluyó. El mayor Rivas

debería estudiar mejor la condición psicológica de los hombres que usaba para actuar.

–Además –continuó el coronel–, haber participado en tantas acciones lo compromete con la institución. Mucho más por el tipo de operativos en los que usted solicitó participar.

De golpe, el coronel le recordó al capitán, lo que había sentido y querido cuando teniente unos años antes. Y Jiménez comprendió de súbito cuánto había envejecido. «No –continuó el coronel–, definitivamente no: usted ya no puede dar marcha atrás, o tendrá que pedir su baja –lo amenazó–. Es gravísimo pensar que la eliminación de terroristas, puede resultar un delito para los miembros del ejército».

El coronel cerró unos papeles sobre su escritorio, se apoyó en los brazos del asiento y dio por terminada la conversación.

–No se trata de eso, mi coronel –se animó a decir Jiménez. No se trata de eso –repitió pensando en su carrera.

Había hecho cuatro años de escuela militar y ocho años como oficial. Más de seis en la selva, en los puestos de frontera y en Ayacucho, en el cuartel Cabitos. Y ahora todo al agua. la imagen de su vida truncada se le apareció de golpe. Después de tanto tiempo, se sentiría desnudo sin el uniforme. ¿Y qué diría su padre? «No se trata de eso»–insistió–, aunque su sueldo de doscientos intis ya no le alcanzaba.

–Ya sé que usted no piensa así, Jiménez. Sólo lo mencioné, usted sabe, para dar fuerza a los argumentos –le dijo comprensivo el coronel, midiéndolo–. Te chupaste –pensó–, te gané la moral. Yo entiendo muy bien que en los últimos años ha trabajado duramente –continuó, le habló al corazón–, pero tenga en cuenta que su institución sabrá recompensarlo como se debe.

Jiménez pensó de inmediato en su salida al extranjero. Después de los primeros operativos, dos años antes, había preguntado que sería de él. Y Rivas, le había asegurado que podría salir al extranjero: por razones de seguridad y porque su servicio era relevante. Ocupar un puesto auxiliar en la Junta Interamericana de Defensa, en Washington, le daría la ocasión de viajar y de ahorrar algo. Normalmente, los auxiliares podían tener, entre el sueldo y la asignación para gastos, dos mil quinientos dolares por mes. Si se quedaba dos años, o tres, tal vez, podría ahorrar con mucho esfuerzo unos treinta mil dolares. Traería un automóvil al volver. A su compadre, el mayor Rodríguez, le habían dado en Lima casi tres veces el precio que pagó por el auto. Tuvo la inteligencia de traer uno preparado para fórmula de gran turismo. Lo mismo podría hacer él y las cosas cambiarían.

Jiménez estaba profundamente enamorado de Teresa y ya iban a cumplir un año. Era empleada en el banco de Crédito. Alta, cultivada, el tipo de mujer que Jiménez jamás soñó tener. Era, además, sobrina del jefe de estado mayor del ejército y fue en una reunión del centro social donde la conoció. Estaba allí, llamando la atención de todos. Cuando, de lejos, en el instante de un brindis, él le hizo una venia, ella había sonreído. Así comenzó todo.

Respetaba a su esposa. Apreciaba el sacrificio con el que ella lo había seguido seis años por las guarniciones de la selva. Jamás se había planteado abandonarla. «La quiero —pensaba— pero de otra manera». Entretanto, su doble vida había avanzado mucho y él visitaba la casa de Teresa, su novia, como los dos decían. Cada vez que el horario de ambos lo permitía, huían hacia un motel de la carretera central, el Cinco y Medio. Allí, Jiménez disfrutaba la serie interminable de orgasmos de ella, como una evidencia de su poder varonil, y la forma fina, exactamente fina, en la que su piel tan blanca, se hacía mucho más blanca.

—Yo no te exijo nada Jiménez, sólo que me quieras, —decía Teresa. Pero ten conciencia de que yo sacrifico mi juventud por un hombre casado.

El la escuchaba. Y crecía su satisfacción con la enorme plenitud de ver que a él, a un capitán, algo tan bello le fuera sacrificado.

—Toma, Jiménez, te va a quedar lindo —decía ella, y le entregaba pequeñas cosas como regalo. La última fue un jersey de color guinda, y Jiménez tuvo vergüenza porque a él no le alcanzaba el sueldo para nada. No podía corresponderle, y cada pequeña cosa lo iba involucrando más y más.

Parado ante el coronel, recorrió en segundos el curso de su vida. Acarició la posibilidad: auxiliar en la Junta Interamericana. Podría quizás llevar a Teresa con él. Los dos años. Su familia se quedaría en el Perú.

—Este operativo es sólo de rastillaje —añadió el coronel—. Se trataba de detectar y detener a algunos terroristas conocidos en la Cantuta; adelantarse a los atentados que, según inteligencia, estaba preparando el enemigo.

—Muy bien Jiménez, puede retirarse —terminó súbitamente el coronel. Pensaba que un superior, nunca debe justificar sus ordenes ante los subordinados. Vaya nomás —ordenó—.

Volvió a cerrar los papeles, se apoyó en los brazos del asiento.

Cuando Jiménez salió, el coronel escribió en una hoja de instrucciones para el jefe del operativo, que el capitán Jiménez sólo participaría en la primera parte de la acción. Así, secamente, sin ninguna explicación.

Tres horas después, a las seis de la tarde, Jiménez llegó al cuartel de Chorrillos. Antes, había buscado afanosamente a Teresa. Estaba ansioso por

comunicarle sus planes, darle alguna seguridad, una esperanza que la comprometiera más con él. Todo el tiempo de la búsqueda, imaginando sus orgasmos interminables. No la encontró. Tuvo que irse al cuartel. Estaba en el patio el capitán Parco, que le preguntó si conocía el objetivo de la acción. El dijo que no, y Parco pensó que le mentía, porque Jiménez era muy amigo del mayor. Veinte minutos después llegó Rivas, y los saludó cordialmente. Pero no cruzó otra palabra con ellos en toda la hora siguiente.

Los soldados en tanto, formaban ante los camiones. Jiménez comprendió entonces que algo estaba ocurriendo. Quizás Rivas ya sabía de sus observaciones al coronel. Tal vez el operativo era de extrema gravedad. Volvió a pensar que esa sería su última actuación con el grupo Colina.

El convoy partió por las calles de la ciudad a oscuras. Salieron de Barranco hacia el norte. Jiménez iba sentado al lado del chofer. Vio con preocupación que llegaban al semáforo de la avenida Veintiocho de Julio. Estaba en verde, se acercaban, debían pasar. Con los dos pies, empujaba el piso, como queriendo acelerar. Pero el chofer ¡cholo de mierda! no se daba cuenta de su ansiedad. Estaban a treinta metros. De pronto el semáforo, sin cambiar a amarillo, se puso rojo. ¡Carajo! Igual pasó el convoy. Nadie podía cruzarse con el ejército. ¡Mala suerte! Jiménez ya sabía que iba hacia algo malo: su humor cambió.

La caravana tomó la dirección del Oeste, hacia Chacarilla y luego, lentamente, inició el ascenso del cerro de la Molina. El motor de los camiones, alimentado a petróleo, bufaba en primera. Y en los cambios de marcha, cuando una curva permitía el descenso del declive, la caja parecía estallar.

—¡Qué bruto! —pensaba Jiménez—. Con razón estos cholos destrozan los motores. Tenía la íntima esperanza de que el motor se malograra y ellos no llegaran a donde estaban yendo. Presentía algo malo.

Después de bajar el cerro, doblaron a la izquierda para tomar la carretera central. Y en una marcha lenta y sonora de media hora por la pista oscura, llegaron a Chosica. Allí, entraron por un camino lateral a la derecha, y el convoy se detuvo. Los oficiales bajaron en un control militar. Hacía un año, la Universidad Pedagógica de la Cantuta, estaba intervenida militarmente. Tenía tres puestos de soldados en el interior.

Rivas —ducho, enérgico, rápido— tomó la dirección. Parecía tener un plan que seguir milimétricamente. Distribuyó a los oficiales, y con velocidad el convoy se acercó a los pabellones universitarios. Dentro, en las residencias y en el dormitorio estudiantil, el movimiento de tropas no causó mayor sorpresa. Estaban acostumbrados a la presencia de camiones y uniformes. El convoy se dirigió al dormitorio y, dividido en tres pelotones, bloqueó las puertas. El

tercer grupo, al mando de Rivas, fue desalojando el lugar. Esto tampoco despertó alarma. Ya se habían hecho varias requisas en los últimos meses. Por otra parte, los jefes de Sendero Luminoso que seis años atrás dirigían desde allí el sabotaje del servicio eléctrico de Lima, y otras acciones terroristas, ya no estaban. Los que aún permanecían, se sentían seguros: no estaban identificados.

Los llevaron a todos a un gran hall. Jiménez vio, desde la puerta, cómo Rivas leía, en voz alta, los nombres y apellidos de una lista. Los fueron separando, uno a uno, contra una pared. El operativo fue fulminante. Antes habían ido a buscar a un profesor a la vivienda magisterial. Después, el pequeño grupo de diez o doce sospechosos, fue encapuchado y subido en uno de los camiones. Todos con las manos esposadas. De inmediato el convoy inició su salida. Antes de subir al camión, Jiménez se cruzó con el capitán Parco que había bloqueado la otra puerta.

—¿Quiénes son? —le preguntó Parco.

—No sé —contestó Jiménez.

En la entrada, la caravana volvió a detenerse en el control. El mayor Rivas se aproximó, hizo una rápida seña y varios vehículos civiles se pusieron adelante. Después indicó a Jiménez y al chofer del otro camión que siguieran a los automóviles. En la más completa oscuridad los dos camiones iniciaron su trayecto por la carretera central.

A bordo, los detenidos pensaban que eran conducidos a la Dirección de Seguridad del Estado, en el centro de Lima. Jiménez, estaba inquieto por la hora: si llegaban pronto, tal vez podría encontrar a su novia. El ruido de la marcha lo distraía, lo adormecía. Con el calor del motor sonoro, lo inundaba la sensación del cuerpo de Teresa. Había olvidado sus malos presentimientos. Pasarían a algunas cuadras de la casa de ella, pero ¡caramba! ahora tenía que seguir hasta Lima. Sólo después podría cambiarse para ir a su encuentro.

Un brusco movimiento interrumpió sus pensamientos. El convoy doblaba hacia la derecha en el barrio de Santa Anita que bordea la carretera central. Jiménez comenzó a inquietarse. A él le habían asegurado que era un simple rastillaje. El no quería estar en otro operativo de eliminación. Tal vez no se tratara de eso —pensó—. Quizás los camiones tomarían la ruta de Campoy, para cruzar el río en otra parte y evitar el centro de la ciudad. En todo caso, si tenía otro destino, el no iba a participar.

Cuando el camión se detuviera, él bajaría para hablar con Rivas y se retiraría. El convoy dobló por algunas calles y se detuvo frente a un largo paredón en el que estaba escrito: ECASA. Jiménez comprendió que estaban

detrás de los almacenes de la empresa comercializadora de arroz. Por su parte los detenidos, encapuchados y atados creían haber llegado a la prefectura, en el centro de Lima. Ahora –pensaban–,podrían llamar a sus abogados, y tal vez a algún periodista. Por el momento, no podían hablar entre sí, encapuchados como estaban, pero lo harían en unos instantes más.

CAPITULO CUARTO

ANÍMATE YA PRESIDENTE

I

MIRÓ EL PERIÓDICO sobre el que estaba sentado: Alianza Lima jugaría el domingo. Sólo hasta allí pudo leer el titular en blanco y negro. Levantó el muslo y continuó: Alianza jugaría con Sporting Cristal. El papel no estaba amarillento. Luego, era un periódico reciente. Al lado, en otra hoja de menor tamaño, una mutual anunciaba las mejores tasas de interés para sus ahorristas. Había puesto en la noche otros periódicos sobre el piso de la caja de ladrillo. Buscó, los estudió. Alguien los traía todos los días. Pero no compraba el mismo diario. Tal vez eran varias las personas que los traían. «Seguramente son las ocho de la mañana» -se dijo-, sorprendido porque todavía no escuchaba ningún ruido. En unos minutos más, sin embargo, llegarían los trabajadores de la obra.

García calculó lo que debía decir cuando vinieran. ¿Cómo les presentaría su situación? Los obreros de la construcción recordaban gratamente su gobierno. Los salarios y la situación habían entonces mejorado para ellos. O, mejor dicho, deberían recordarlo. ¿O no lo recordarían? Bueno sería empezar a repasar lo que se hizo por el gremio.

-Lastima que aquí no esté Pedro -se dijo.

Recordó a Huilca, el secretario general de la construcción civil. Lo había conocido en 1985, y según los informes era extremista, negativo. Antes de entrar al salón en el que lo esperaba un grupo de dirigentes obreros, le preguntó a un edecán militar cuál era Huilca. Se lo indicaron. Era joven, incaico. Y

García ni lo miró ni le habló en toda la reunión. Al final, Huilca tomó la iniciativa, y sólo entonces supo como era. Eran amigos.

El último conflicto del gobierno con los empresarios, ocurrió al aprobarse que, en cada obra, se contratara una proporción mínima de obreros sindicalizados. Eran los meses finales de su mandato. El Parlamento estaba citado a legislatura extraordinaria para terminar la regionalización del país. Pero García podía incluir otro tema. Y miró el ángulo izquierdo de la mesa: había algo más de cien papeles, extendió la mano, sacó al azar, sin saber por qué, una hoja: era el proyecto de la bolsa del trabajo. Lo incluyó en la agenda del Congreso.

Sus compañeros del partido lo sostuvieron y aprobaron. Pero, en la tempestad política que siguió, García se preguntaba siempre, por qué lo había incluido. ¿Por qué ese papel y no otro? No lo sabía. Pero un día, dos años después del gobierno.

—Usted presidente, no conoce algunas cosas, pero sus enemigos si saben usarlas.

Huilca tanteaba las palabras como quien entra en un terreno pantanoso. No era algo primitivo. Tenía que decírselo. Antes no lo había hecho, porque le daba vergüenza. Pero ahora que lo perseguían tanto, era necesario: «Hay una persona que sabe invocar las fuerzas - García escuchaba- Ruperto Mori, Don Ruper. Viene los sábados a Lima. Sí, en San Juan de Lurigancho, en un pampón. Allí va gente de todo tipo, ricos, pobres. El prepara la mesa».

—En 1990, cuando habíamos perdido la esperanza -contaba Huilca -, la última opción era que usted la incluyera en la legislatura. Pusimos el papel debajo del agua de las Huaríngas. -Ya pues presidente no se ría-. Estuvo allí hasta las cinco de la mañana. Cuando vimos el diario El Peruano dos días después, apareció el decreto con lo de la bolsa del trabajo. Usted no cree nada, pero a usted lo rezan -le advertía-. No, en serio, debería ver a don Ruper para que lo limpie, y lo proteja -aconsejaba-. No -argumentaba-, no es contra la religión».

Huilca se despidió, y al salir se reunió con su hijo que lo esperaba: era igual a él, pero García le dijo que era mucho mejor. Y Huilca se ríe. «A usted le gusta mucho batir, siempre burlándose, aunque esté en el suelo. Por eso no se la perdonan». Partió riéndose buenamente y García, parado en la puerta, lo vio irse y pensó que era auténtico, cholo, grande, y con esas cosas de Don Ruper. ¿Y acaso Huilquita sabría que su padre lo quería tanto? Otro día estaban almorzando, y, al término, pasaron un plato con chocolates. Vio que Pedro se guardaba los suyos en el bolsillo, y como siempre a batirlo: «que le gustan

mucho, goloso, y qué el colesterol y los kilos». No -explicó Pedro-, que eran para el chico que se había quedado afuera. Y García le hubiera dado un empujón a todos los importantes que estaban con ellos, en la mesa. ¿Será posible, carajo, que a uno lo reduzcan a nada de un solo golpe? Y lo vio irse y no supo que era la última vez.

-Lo respetarán, lo temerán, no podrán hacerle daño.

El taco del Niño golpeaba la tierra. Seiscientos años antes había sido la misma y rojiza tierra. Porque a Túcume llegaron adobes hechos del barro de todas partes. Llegaron en canastas nudosas de los pajonales del Jequetepeque, o en sacos de lianas del ancho río que ahora llaman Marañón, o envueltos en tejidos de algodón.

Las pirámides iban creciendo. Ellos apisonaban la tierra a golpes de talón. Se ponía después otra fila de adobes. A veces con los signos del jaguar y con restos vegetales. También adobes calcáreos, adobes blancos de las playas del norte. Los traían tallanes, hombres tuertos, porque el viento del mar ciega con arena. Todos, semidesnudos para el trabajo, siglos atrás, habían golpeado esa tierra para dormir en ella su memoria, y ahora el Niño la golpeaba en el mismo sitio para despertarla.

El alcalde lo había levantado a las dos de la madrugada, porque en la radio Red escucharon que el ejército cercaba la casa de Alan. Un mes antes cuando el alcalde supo que la Corte Suprema lo había considerado inocente, terminó de convencerse. Era el poder del Niño. Ahora, como era algo muy grave, se fueron los dos solos, en su camioneta, hasta Túcume. En la noche, cruzaron con sigilo la sombra simétrica de las grandes pirámides de arcilla. Pasaron como fantasmas frente a la casa del gringo Heyerdhal: el mismo que en los años cincuenta, había impresionado al mundo navegando el océano en una balsa de totora y ahora repetía que tres mil años antes, todas las culturas se comunicaron por el mar.

El alcalde sólo había visto fotos de las pirámides de Egipto. ¿Serían así?. Caminaron por el inmenso patio que está en medio de todas los monumentos: reconstruye el orden de las constelaciones y la dirección de los continentes. Y allí, en el centro, Niño dispuso la mesa, solo. El alcalde temblaba porque a él le tocaría levantarlo, y aspirar esa cosa rara por la nariz. Habían terminado a las seis de la mañana. Volvieron corriendo, para que no los creyeran huaqueros, ladrones de restos. Podrían confundir las espadas con lampas de excavar, palanas. Se separaron, cerca al cuartel. Que no le iba a pasar nada -aseguraba Niño-, que a Alan no lo verían porque no tenían ojos de ver -pronosticaba-, ja ja ja -se reía, que los chinos no ven mucho pues.

-Ya pues, presidente, no se ría, repetía Huilca al despedirse, y García pensaba ¿por qué ese papel si había cientos de papeles? ¿Si él ya se había olvidado del tema? ¿Si varios senadores no querían apoyarlo? «Cuidado que comiences a tomar en serio esas vainas, García» -se amonestaba. Le parecía raro que siendo del Cuzco Huilca creyera en esas cosas, que son del norte. Tal vez porque los españoles habían quemado las momias de todos los incas y curacas. Pero no quemaron todas -recordó-. Las buscaba Polo de Ondegardo, pero dicen que escondieron la de Huayna Capac cuando el vicario del Cuzco ordenó que la quemaran. Huallpa Tito y Suma Yupanque se llamaban los que la ocultaron. Y Luis de Morales, el cura. Dicen que la momia que entregaron era de un curaca y no la del inca. Mallqui, así se llama, como las otras y está depositada sin que la tierra pese sobre ella. «¡Caray!» -dijo García en la azotea-, a esta altura no me vendría mal una ayuda. Pero de inmediato pensó que ya había rezado la noche anterior.

Lo recordó, mientras preparaba un breve discurso. Los políticos siempre pensamos en un discurso en momentos como este -se decía, haciendo cálculos-. Seguramente una parte de los obreros que llegara, lo delataría por enemistad política o para no comprometerse. Otros, conmovidos por sus palabras, lo ocultarían. «No me queda otra arma que mis palabras» -se repitió. Esperó un rato, tal vez una hora. Pero nadie vino.

Se asomó en el tanque de agua, y vio que la azotea estaba llena de instrumentos, restos del trabajo, bolsas de cemento vacías. En el pequeño muro que la rodeaba y le servía de parapeto, estaban apoyadas algunas vigas de madera. Se echó completamente en el suelo y quiso recordar como era la marcha rampante que hacían como castigo en el colegio secundario. Treinta años después era más complicada. Llegó sin embargo hasta los maderos. Por los resquicios pudo ver en dirección a su casa, y sobre la azotea, a varios soldados conversando. En el mirador de vidrio, tres más, con fusiles.

Se arrastró hacia la parte de la terraza que daba a la calle y miró. Quedó consternado. Frente a su casa situada en esquina, había dos tanquetas blindadas y a continuación, en fila, cuatro camiones de tropa del ejército, varios automóviles oscuros, y, casi frente a la casa que le servía de refugio, otras dos tanquetas. Sólo entonces cobró conciencia: si a plena luz del día podían movilizarse así, algo muy grave tenía que haber ocurrido. Era un golpe de Estado. Entonces Fujimori se había decidido al fin o, por el contrario, había sido sorprendido por el ejército.

Miró alrededor. Mientras se mantuviera agazapado no lo verían. ¡Golpe militar! La evidencia lo hundió en mil conjeturas y cavilaciones. ¿Qué podría

ocurrir con sus hijos? ¿podría su esposa entrar al país? ¿y los compañeros del partido. ¿Habrían sido también asaltadas sus cosas? ¿Estarían ellos presos?

Pensó en Mantilla, a quien anunció el asalto a la casa. Le había dicho que se dirigía hacia allá. Quizás su llamada hizo que saliera antes y se salvara. Pero también él tenía una escolta policial y ésta podía haber informado de su salida. O, tal vez, como tenía una relación familiar con los policías, ellos no informaron. ¿Qué pasaría?

-«¡Qué débiles hemos sido!» -se dijo-. «Demócratas idiotas» Gobernar por la fuerza, resultaba mas cómodo que respetar las leyes. En la democracia, se reconoce la personalidad de los demás, su existencia, y los demás, gratificados por esto, exigen, protestan, repudian. Una dictadura, en cambio, empieza por negar esa existencia. Los otros sólo existen, porque obedecen. Y, en ese caso, ¡qué paradoja! ¡qué bien cumplen ese papel!

Mientras más democrático es un gobierno, más exigencias hay. Mientras más represivo, menos protestas se dan: nadie se moviliza. En fin, ¿de qué le servía pensarlo ahora?

II

-Anímate ya, presidente, es la oportunidad: ahora o nunca -dijo expeditivo Montesinos-. Tienes que romper el ciclo de los gobiernos que suben, se desgastan y caen. Ahora es cuando hay que impedir que la oposición se reconstituya.

Estaba tenso, y pensaba que este diálogo ya lo habían sostenido antes, que el otro dudaba, que ese japonés de mierda se iba a dejar pisar por los partidos y que la víctima sería él. Cualquiera cosa podía pasar -pensó- si se creaba de nuevo el vacío, en el que ese había resultado presidente.

Lo miró, esperando.

El japonés no respondió. Educado con la rigidez de la minoría asiática inmigrante, prefería el silencio. Al fin y al cabo, en silencio había llegado a donde estaba. Como decía Isabel Vargas, debía dejar actuar al destino. Su herencia religiosa era providencialista y su breve biografía política, confirmaba todo eso. En verdad, había algo de mágico en su triunfo sobre el candidato de la derecha. Era la suerte. Y ante la suerte, las palabras de nada sirven. Además -pensó, los norteamericanos que mandan en el FMI no quieren golpes.

Siguió escuchando a Montesinos.

Que los partidos estaban hechos polvo -continuó el otro-. Los de la derecha, sin banderas, porque él aplicó mejor sus teorías económicas. Que,

claro, jamás las hubieran puesto en práctica porque son cobardes y tú tienes mejores relaciones con los gringos. Que el APRA está más jodida que nunca, con una gran crisis de dirección. Que con la acusación de García, estaba contra la pared, pero que con su absolución por la corte y su elección como secretario del APRA, ese cojudo podría ser candidato y quién sabe si de nuevo presidente. Que los comunistas ya no contaban. Que, hablando francamente, no tenemos una salida clara, la recesión es tremenda, el empleo cae, los salarios han bajado, y dentro de poco comenzará la protesta.

El japonés no respondió, pero pensó que en esas mismas circunstancias, lo habían elegido a él. Siguió escuchando a Montesinos, que acumulaba con desesperación argumentos.

Que estamos en la época en que los partidos tienen la culpa de todo. Que tu virtud consiste en no tener partido. Para Montesinos sí pasaba el tiempo y no ocurría algo de gran trascendencia, dentro de muy poco se volvería a depender de los grupos políticos. Este era el momento de denunciar ante el país el fracaso del sistema. Acusar a los partidos de obstruccionismo. Sinó se hacía, hasta la iglesia empezaría a atacar. «Tú sabes que para molestar, los curas sí tienen fuerza y prensa» -dijo convencido de que este argumento si sacaría al chino de su mutismo: no podía ver a los curas.

Tenía razón. El Japonés replicó.

Sí, pero ellos, los curas, también estaban fregados porque el hijo de Vargas Llosa puso en ridículo al arzobispo: dijo que el arzobispo había entrado a la casa de su padre, escondido en la maleta de un automóvil, para darle su apoyo -contó Fujimori y pensó: «Maldito cura, sacó la procesión a las calles para que los beatos votaran contra mí».

Y el otro, que claro, pero que la iglesia sigue siendo una fuerza, y que dentro de poco estará activamente en la oposición. Vamos a temas más positivos -pensó. Que desde el derrumbe de la Unión Soviética los sindicatos ya no existen. Que las masas son ajenas hace tiempo a todo: reciben los hechos consumados y su máxima reacción es negociar algo. Y si se les da un mínimo, tan contentas. Y lo más importante -anunció-, el ejército está dispuesto. Pero omitió decir lo que estaba pensando: «a Hermoza lo domino yo y Valdivia me debe lo del juicio de Cayara».

Y el japonés: que es un paso difícil, Y el otro: que es un paso decisivo. Y Fujimori: que me van a acusar de golpista, y Montesinos: que lo que la gente rechaza, no es que se salten las normas, sino que el poder se use sin decisión. Y Fujimori: que nos dirán ambiciosos. Y el otro: que en la política la moral es la ambición, que cualquier otra cosa es inmoral. Que los empresarios tienen su

moral que es ganar dinero, aunque para eso se destruya a los demás. Que desde el colegio nos enseñan a ser el mejor. Hay que ser ambicioso para ganar. Eso es lo que quiere la gente.

Fujimori se quedó en silencio. El Montesinos salió descontento. A pesar de su poder, descontento, porque todo parecía tan pasajero. Tiene miedo -pensó-. No la ve, acepta las razones, asiente, se sonríe, pero no hace nada.

Cruzó la sala de los edecanes, lo saludaron como si fuera un mariscal. Caminó por el largo pasadizo amarillo, seguido por dos ayudantes. Iba a subir a su automóvil, cuando vio a Santiago, el hermano de Fujimori, y allí mismo le surgió la idea: dos semanas después, a las siete de la noche, una llamada telefónica del Primer Ministro sorprendió a Fujimori en su despacho.

-¿Has visto lo que tu mujer ha declarado a la prensa? Ha dicho que dentro de palacio hay un fantasma que tiene todo el poder. Se refiere a tu hermano. Pero eso no es lo peor: dice que dentro de palacio hay una mafia que negocia las donaciones extranjeras. Sí, ¡qué escándalo! que venden la ropa en las boutiques de tu hermana.

Prendió la televisión en la salita de atrás: la vio, con sus lentes enormes, declarando: que en los próximos días haría revelaciones, y que el fantasma, y que los bultos de ropa. Después en el mismo noticiero, los políticos, esos buitres, bajaron sobre la carroña: que se formaría una comisión investigadora, que era muy grave, que el fiscal de la nación debería intervenir. Y luego el fiscal, «¡viejo maldito!» -gruñó Fujimori -:que a pedido de los parlamentarios se designaba a un fiscal para el tema. Y otros, que era la ocasión de citar a ese enigmático y desconocido Montesinos, para que el país supiera cuál era su verdadero poder.

Desde la salita, escuchó risotadas. Seguramente venían de las cocinas, abajo. Los mozos estarían riéndose de ellos. Y abajo, en efecto: «sí que es un callejón de chinos». Y Fujimori arriba: «que todos estos sirvientes son del comando Rodrigo Franco. Ya van a ver».

Una carta con fotos y pruebas había llegado a la residencia de palacio unos días antes. Temas íntimos, y las pruebas de cómo los hermanos apoyaban todo eso. Después algunas llamadas telefónicas, y el anuncio: en pocos días habría cambios, pero dentro de palacio. Y también amenazas en nombre de los fantasmas, los que tenían el verdadero poder. Ella, la Primera Dama pensaba en Santiago, dueño de medio palacio y de toda la cooperación extranjera. Pensaba en Pedro, encargado de orientar la ayuda a la Fundación Fujimori. En Rosa y en Juana, las hermanas, y en los cuñados, embajadores, todopoderosos, intocables. En cambio a ellos, a los Higuchi, que habían puesto el dinero, les

habían dado migajas. A su hermana, un puestito en una empresa sin importancia. Y para colmo le anunciaban que iban a sacarla en esos días. ¿Acaso su hermana tenía, como ellos, la cuenta en el Leumi Bank?. ¿Acaso su hermana tenía que ver con lo de las máquinas chinas?. «No saben con quién se han metido» -pensó. «Llámame a los periodistas -dijo a la secretaria, tengo que decirles algo».

Después de ver la televisión, Fujimori subió por la escalera de madera, la que lleva del despacho a los dormitorios. Atravesó corriendo el pequeño comedor, y entró como una tromba al dormitorio del ala derecha. Allí permaneció una hora. Salió. La puerta no volvió a abrirse en quince días. Sólo un dentista pudo entrar.

Durante todo ese tiempo, Portugal, el mozo, debió dejar la bandeja cuatro habitaciones más allá. Fujimori entretanto, había bajado de inmediato a conversar con Santiago, con Velez, con la Vargas. Era el veinticuatro de Marzo. Al día siguiente:

-Hay que tomar la decisión, rápido -le dijo a Montesinos-. Ahora era él quien estaba apurado, y el otro dudoso. «Llama a Hermoza para una reunión mañana en la mañana» -había decidido-. «Pasemos revista a los comandos de cada región, que nadie más debe saber» -ordenaba. «Reuniremos antes a los dueños de los medios» -le encargaba a Montesinos esta última misión.

-No es complicado, es como en el caso de Curzio Malaparte, en «La Técnica del Golpe de Estado». ¿Que quién es Malaparte?. Un escritor italiano, claro, por el apellido -respondió- Basta un pequeño grupo y la iniciativa.

-¿No crees que García hará algo? -dudó un instante Fujimori. A pesar de todo tiene capacidad de movilización. Aún en medio de su juicio, detenía las medidas económicas, como la de los nuevos impuestos. ¿Qué se hará con él?

No es difícil: lo apresamos y le reabrimos el proceso, -fue la solución de Montesinos-. La gente necesita esta evidencia para la moralización, para comprometerse. Con García hay que ser radical. Si es necesario nos tiramos a toda la corte suprema y al fiscal, que ha estado fregando con esto de las donaciones. Los acusamos de inmorales. La gente sospecha de todos los jueces. Tenemos dos de nuestra parte: Pantoja, que es íntimo de Santiago, y el otro, que es primo hermano del general Hermoza. Además, a García lo tomamos antes que estalle la cosa, porque no tiene ni la más remota idea de lo que va a pasar. Yo sé por qué te lo digo -recordó: había sido dos meses antes-.

Vestido impecablemente y con chaleco, Montesinos estaba sentado en la sala. Cruzaba las piernas con desenvoltura. Unos minutos después, entró García. Era la primera vez que Montesinos lo veía. Lo fue midiendo. Le

sorprendió su vestimenta informal, una casaca de gamuza amarillenta, pantalones que no hacían juego. Eso sí, gran sonrisa.

—Hola -saludo García -. Así que es usted el tenebroso Montesinos. Quería establecer una relación directa, desde el saludo. Le dio la mano, y con la otra le tocó el brazo. Montesinos se dio cuenta que García estaba calibrando si era un hombre nervioso y atlético o era de escritorio. Eran formas elementales de escrutar a un personaje. Luego miró rápidamente la disposición de los muebles de la sala. Un largo canapé y dos sillones. Buscaba un sitio desde donde dominar la situación. Le preguntó dónde estaba sentado. Montesinos eludió la respuesta.

—Por favor señor presidente -dijo en cambio- siéntese usted donde quiera.

Llamándolo presidente le tendió un puente para que García, más cómodo, escogiera el sitio sin mayor estudio. Se sentó de espaldas a la ventana. Viejo truco. Así quienes le hablaran, lo verían a contraluz, y perderían sus reflejos. También cruzaba la pierna pero se sujetaba la pantorrilla con las dos manos. Estaba nervioso. Sin embargo no dejaba de mirar a los ojos al conversar. Debía mantenerse la mirada. Era como un muchacho jugando a no pestañear.

Al hablar buscaba la aprobación del dueño de la casa. Este, un compadre de Montesinos, afectuoso y atemorizado, daba la razón, sonreía.

Hablaron de sociología para comenzar. Comían un cebiche hecho de erizos de Mollendo con limones de Olmos. García le contó sus estudios en Francia, él, sus lecturas en la oficina del primer ministro: Cardozo y Furtado, clásicos de los setenta, Fals Borda y la violencia en Colombia.

Después una malaya de carne fibrosa, arequipeña. Que ya estaba definido el plan contra la subversión. Sí, pero deberían hacer cambios en la política económica, porque hasta ahora sólo se beneficia el extranjero con el esfuerzo.

¿No se anima a un picante de camarones? No presidente, lo que pasa es que los espadas de honor no son los mejores comandantes y hay que hacer cambios para demostrar que el que manda es el gobierno civil. Coma con la mano, como en la tierra. Usted si sabe comer como arequipeño. Si pues doctor Montesinos, pero lo mismo le decía usted al escritor. Que gracioso, jamás he visto a ese señor.

Hay un suspiro a la limeña. Claro, a usted lo quiere destruir la derecha, la que se opuso al triunfo del presidente, pero el APRA sigue siendo fuerte. ¿Un año Najar para bajar los camarones? Tomaron el Nájjar dulzón. Y Montesinos: éste no tiene ni sospecha de lo que puede ocurrir y además no va a ganar en el próximo congreso del APRA. ¿Otro dulce? Y García: éste le tiene miedo al APRA, a pesar de nuestra situación, pero dentro de un tiempo por las presiones

de la marina, Fujimori lo va a sacar. Que dulcero es usted. Este ya sabe que lo he invitado para medirlo, para saber si se imagina algo. Comadre, otro suspiro. Este me ha llamado para calibrarme, porque van a necesitar el apoyo del APRA en el congreso, o porque van a liquidarnos. Nada como los dulces peruanos. Este se nos ha escapado en la Corte Suprema, porque el bobo de Pantoja no mueve a nadie. En eso, en los dulces, Trujillo le gana a Arequipa. Si me eligen en el próximo congreso, estos son capaces de matarme.

¿Un café? claro. Lástima que no hubo celeridad en lo de la banca, presidente. Sí, porque ahora se están adueñando del gobierno doctor. Yo sólo me ocupé de la cosa militar, pero quizás algo así podría estar pasando. ¿Otro café? ya no, ¿la taquicardia? cosa de viejas, también de viejos.

III

-¡Caray! -se dijo García en la azotea. ¡Que imbéciles hemos sido! Estos sí saben usar el poder sin palabreo -recordó un maestro de escuela: «la mejor pedagogía es un buen palo». Que imbéciles -repitió -, con palabras y discursos, cuando la cosa es mediante los hechos consumados. Estos sí saben aplicar a Maquiavelo: en el poder, es mejor ser temido, eliminar por completo la descendencia del anterior, hacer todo lo malo de una vez. Y si lo sabía, ¿por qué hizo lo contrario?

Se dio cuenta que estaba perdido en cavilaciones. Debían ser las nueve y media de la mañana. «Estoy frito -pensó-, porque en los primeros días de un golpe, la mayoría de los periódicos y los medios se alinean». Sólo quedaba la prensa extranjera. Y los diplomáticos. Tenía aún el teléfono celular y lo iba a usar, pero calculó otra vez que los soldados tendrían interceptores de radio en sus tanquetas y sabrían que estaba cerca. Era mejor ahorrar energía y esperar. Reflexionar.

-Una dictadura puede ser irracional, ilegal, pero políticamente eficaz: puede expresar al pueblo e integrarlo tan bien como lo hizo el tema de la deuda en su momento -reflexionó ciertamente-. Con el lenguaje de la fuerza, se agitan las pasiones y puede desplazarse la agresividad de la gente, por algún tiempo. Claro, por algún tiempo -matizó.

Los minutos pasaban. Ahora sentía calor. Volvió a arrastrarse hacia el otro lado de la azotea para mirar en dirección a su casa. Los soldados seguían sobre el techo. Dos casas más allá, en la misma dirección, vio que se abría la ventana del segundo piso. Un hombre se asomó. Parecía conversar desde allí con otra persona en la planta inferior. Posiblemente en el jardín trasero que había

atravesado con su escalera en la noche. Vio que señalaba hacia él. Se agachó bajo las maderas. Volvió a mirar y se dio cuenta que indicaba hacia la pared del jardín. Tal vez había dejado las huellas de sus zapatos en el muro y las estaban mirando. Pensó de súbito en la escalera. «Qué bruto he sido-se dijo-, me la traje conmigo y ahora el vecino del lado lo va a notar. Y podrá informar a la tropa de la calle».

Pasó media hora pensando. Si comprobaban que ese había sido su camino, podrían denunciarlo. aunque no, en esa situación era previsible que guardaran silencio. A nadie le gusta ser un soplón, y menos cuando está en juego la vida de una persona. No hablarían. ¿Y si hacía una seña? O tal vez, podría usar el teléfono y llamar al Nuncio, o a un embajador amigo, o a la prensa extranjera. Si lo hacía, era posible que los soldados llegaran a la azotea antes que cualquier otra ayuda..

Separó algo más los maderos. El hombre seguía asomado a la ventana. Volvía a mirar hacia la casa en donde él estaba. Casi sin pensarlo, asomó la mano entre los maderos y la movió. El hombre seguía mirando hacia la misma dirección. Repitió el procedimiento. En esta ocasión era imposible que no hubiera reparado en la mano. Asomó entonces la parte superior del rostro. Pero el hombre no dio muestras de haberlo reconocido. Pasó una eternidad y, de pronto hizo un movimiento de cabeza, algo así como un saludo. Se escondió de nuevo y pensó en la imprudencia de delatar su presencia. Tal vez, ¿pero cuánto tiempo podría quedarse allí, si la tropa no se iba?

Hermosa había llegado muy temprano a la reunión en Palacio. «El chino está furioso por el escándalo que ha hecho su mujer -pensó en el camino-, ahora si se ha decidido.» Ya estaba prevenido por Montesinos del objeto. «Así es, hermano, alguien tiene que hacer el trabajo -había respondido-, no hay otro camino, el Perú necesita orden, la gente lo pide a gritos, es nuestro deber».

—Si no lo hacemos -pensó-, pasaré como un general de cartón, igual a los otros. Además, este par de lobas: Montesinos y Witembury, se están quedando con todas las comisiones, la de los helicópteros de Nicaragua, la de los judíos, la de la tela para Indumil. Yo tengo la seguridad de que los jefes de región me apoyarán -calculó-, y conforme pase el tiempo dependerán más de mí. Se decidió: hasta ahora, todos los ascensos y decisiones las toman Montesinos y Fujimori. Después de esto, tendré más presencia. Ya mi mujer me tiene loco, con eso de que soy un títere del chino, y que lo andan diciendo las señoras».

El otro lo miraba. Claro, tienes razón general, -lo aprobaba-, es el momento -y se decía-:»carajo, no pienses sólo cumple». Se acordaba de kilo, el futbolista,

veinte años atrás: veloz, fuerte, llegaba al área, y desde la tribuna le gritaban: «no pienses, pateo, no pienses, pateo».

Se hicieron los planes. Todo en orden. De pronto, Fujimori:

-¿Y por cuánto tiempo?

-Que eso dependía, -respondió Montesinos, y explicó largamente-. Aquí se trata de hacer una apuesta: puede ser un año, pueden ser tres o veinte. ¡Quién sabe! Porque aquí puede pasar cualquier cosa. Con el cierre del parlamento y del poder judicial, tendremos para un largo rato. Entretanto, hay que ir generando noticias y tomando iniciativas. Como los políticos van a quedar arrinconados -razonó- toda propuesta, los tendrá a la defensiva, y la gente estará por un buen tiempo a favor. Entretanto, ¿quién te dice que agarramos a Guzmán y liquidamos a Sendero? Eso le daría oxígeno al proceso, para muy largo plazo. En esa hipótesis, la gente leerá la historia hacia atrás -afirmó-, lo que hagamos ahora estará justificado. Y si no lo agarramos, seguirán matando gente, y gran parte del Perú continuará exigiendo un gobierno fuerte. No tiene pierda -concluyó-. La alternativa, ya lo has visto -le dijo a Fujimori-, es lo que quieren hacer con las declaraciones de tu esposa.

Que no era una apuesta -pensaba Fujimori. Era una vez más, esa incomprendible voluntad de la que él era actor. «Anoche -recordó-, Isabel Vargas y Velez, me lo han repetido, y ellos nunca me han fallado».

Una hora después volvió a mirar. El hombre continuaba en la ventana. García asomó la cabeza para ser reconocido. La suerte estaba echada. El otro hizo una señal con las manos, y el respondió con una inclinación de cabeza. «¡Caray! -pensó-. Esto me pasa por no haber tenido relación con los vecinos». ¡Cuánto hubiera dado en ese momento por tener el número telefónico de esa casa! El único gesto que atinó a hacer fue el de pasar el índice por el cuello. Era señal de peligro muy grave o de situación dramática. El hombre asintió. García movió las dos manos separándolas para denotar resignación o pregunta, qué hacer. El hombre mostró la palma de la mano, que esperara. Después, volvió a mover la mano llamándolo. El gesto le devolvió la confianza.

Pero luego de unos momentos de satisfacción volvió a ver las cosas con pesimismo. Desde la azotea y el mirador de su casa, a sesenta metros, los soldados lo veían todo. Desplazarse hacia el vecino era imposible. Debería atravesar nuevamente la casa intermedia. Seguramente por ser el día del golpe y tan de mañana los dueños estarían allí. Lo mejor sería quedarse en el mismo sitio.

Ya el hombre de la ventana sabía de su escondite. Era un riesgo. Pero tarde o temprano llegarían los obreros, y en cualquier momento la tropa revisaría el lugar. Era inevitable que registraran, por lo menos, las casas de la manzana. Debía intentarlo. Estudió la situación. Si llegaba al sector de la azotea más próximo a la calle, quedaba a cubierto de los soldados apostados en el techo de su casa. Desde allí podría bajar, pero para hacerlo, necesitaba usar la escalera de la noche anterior. Calculó que subir al parapeto con ella, apoyarla en el techo de la casa contigua, y bajar, requería cuarenta segundos. Era exacto. Pero en todo ese tiempo, quedaría expuesto a la mirada de las otras casas, las del frente de la calle. O a la vista de cualquier soldado que se desplazara.

No había alternativa. Comenzó. Fueron menos de cuarenta segundos. De inmediato, colocó la escalera para bajar al jardín de la casa intermedia. Nadie lo vio. Repitió el procedimiento y, trasponiendo el otro muro bajó al jardín de la casa siguiente. Una puerta se abrió. Abandonó la escalera, entró rápidamente por la cocina a la sala de la casa. Se sintió a salvo.

Explicó su situación como pudo, la noche transcurrida. La familia le informó del golpe. A las diez de la noche, mientras asaltaban su casa, Fujimori, presidente constitucional, anunció por la televisión el cierre del parlamento, la sustitución del poder judicial por gente de confianza del gobierno. Escuchó lo que ya había pensado en la azotea. No sabía cómo agradecer que se le hubiera dejado entrar a esa casa. El jefe de la familia le dijo que era una emergencia, que no se preocupara, que ellos jamás serían delatores. «Es gente de gran calidad» -pensó.

Tomó café. Café amargo, abundante y sin azúcar. Se bañó. Le prestaron una camisa. En el apuro de la noche, la que tenía cuando huyó se había desgarrado. Tal vez, al saltar. Y no tenía conciencia de haber dormido. Le ofrecieron un cuarto para descansar. Pero cuando estaba a punto de echarse en la cama, el timbre sonó.

Escuchó el grito de la empleada. ¡Señora, señora, los soldados!

El corazón le dio un vuelco. ¡Que cojudo he sido! -pensó-. Yo solo me he entregado»

El dueño de la casa entró apresurado. Lo acompañaba su esposa. «Tiene que esconderse».

-¿Dónde? ¿Dónde? -Miró un ropero, Inútil, será en lo primero que busquen. «Si quieren yo me entrego para que no entren, o trato volver por los jardines a donde estaba».

El dueño bajó a recibir a los soldados. Y la esposa condujo a García hacia un baño. Apresuradamente movió debajo del lavatorio un mueble de madera

con cajones. Encajaba perfectamente. Pero al salir dejaba en un lado, bajo la plancha metálica del lavatorio, entre los cajones y la pared de la tina, un pequeño espacio. Tenía ochenta centímetros de alto por cincuenta de ancho. Era el único escondite.

¡Imposible entrar allí! Pero mientras lo pensaba, comenzó a intentarlo. Debía sentarse en postura fetal, hundir la cabeza entre las piernas evitando separar los brazos y, en esa posición correrse unos centímetros para ocupar el espacio vacío. Se apretó contra la pared. Antes de encajar el mueble de madera, la señora le dio una pequeña toalla mojada por si hacía mucho calor dentro. Lo encerró. Y solo en ese instante se dio cuenta de que siempre había sufrido de claustrofobia. Esto -se arrepintió-, era peor que cualquier cárcel, peor aún que la fuga de la noche. No había lugar por dónde entrara aire para respirar. Pasaron diez segundos. Ya se agotó el oxígeno -pensó. Sintió que el ritmo cardiaco se aceleraba. «García, García, no te dejes asustar». Sudaba copiosamente. No tenía forma de acercar a la cara la mano derecha con la toalla. Ni en la piscina, ni en el mar, había jamás alcanzado a bucear un minuto. Recordó eso. Ya era tarde. «No, esto no está ocurriendo» ni el golpe ni la fuga, nada de esto está ocurriendo». Toser se estaba haciendo inevitable. Logró poner la toalla sobre la nariz y la boca.

Pensó en Manuel Arévalo. Había sido obrero de la caña en las haciendas del norte y representante en la constituyente de 1931. Después fue secretario general del APRA. En época de la gran persecución, su escondite era una casa en la que, detrás el ropero, había construido un refugio. La policía empezó a registrar la casa y Arévalo estaba seguro allí, conteniendo la respiración. Creyó que se habían ido o, tal vez, la situación se le hizo insostenible: abrió una rendija para respirar y mirar. El ruido lo delató, fue detenido y al día siguiente, asesinado en un arenal, camino de Lima.

García leyó la historia de Arévalo a los doce años. Era un cholo peruano y tenía ojos verdes. Autodidacta, nunca había tenido estudios, pero leía a los clásicos. Era muy fuerte y, según los que lo mataron, se había desangrado como un toro.

La pequeña toalla húmeda que apretaba contra la cara estaba cada vez más pesada y caliente.

IV

A ESA MISMA HORA, las once de la mañana, los dirigentes de una base del partido conversaban en la calle, frente a la casa de Ferreyros. Aunque era abril,

el verano continuaba y el cielo estaba azul. Ferreyros había esperado en la avenida Primavera hasta las siete de la mañana. A esa hora, vestido apenas con su camisa blanca, con el rostro demacrado, en verdad desesperado, se había acercado hasta un grupo de soldados a preguntar. El teniente lo vio más viejo de lo que era, por la mala noche o, quizás, porque Sáenz tenía razón.

-¿Usted quién es? -le preguntó.

Ferreyros le había respondido que era hermano del padre de García, que era tío de Alan. Y el otro, al ver sus zapatos viejos, pensó que no era justo que habiendo robado tanto, García se olvidara así, de su familia. Se compadeció del viejo en vela toda la noche. Le dijo, en confidencia, que no lo habían encontrado, que podía estar en algún lugar de la casa que no ubicaban, pero que ya ubicarían. O que había alcanzado a irse, tal vez, antes que ellos llegaran.

-Ya pues tío -le dijo bromeando-. Dinos dónde esta caballo loco, para que todos podamos irnos a dormir.

Y Ferreyros había rejuvenecido veinte años en esos segundos. Ya el sabía que al compañero Alan no lo agarrarían tan fácilmente. sus contactos en el ejército le habían informado a tiempo. Estaría en alguna parte preparando algo. No era tan fácil atacar al aprismo. Para eso estaban las bases. Alan tenía dirigentes de primera como Mantilla y el partido tenía, además, su doctrina. Volvió donde lo esperaba Sabino, más allá de la avenida y le dio la noticia. Cumplió con llamar a la casa de Sáenz para avisarle, como habían convenido. Y se fue entusiasmado, tan entusiasmado que las cosas adquirieron el carácter de un triunfo. Iban en el carro y el recordaba.

-Parece que cuando elegimos a Alan como secretario, hubiéramos adivinado lo que iba a pasar -le dijo a Sabino.

Pensó en el congreso de Trujillo, dos meses antes, cuando el descontento de los delegados llegó a lo irracional. Habían silbado a dirigentes importantes. Ahora comprendió: todos intuían que algo terrible podía ocurrir. Estaban nerviosos - esa fue la razón. Por eso, cuando Alan, por estrategia, anunció que no quería ocupar ningún cargo, se lo exigieron. Nadie en el partido, ni siquiera el expresidente, podía hacer cálculos sobre su propio futuro. Y él había anunciado en una carta que, si lo elegían, la derecha sería capaz de algo terrible. Pero ninguno tomó en cuenta esa advertencia porque todos querían preparar desde ese momento una nueva victoria.

El carro llegó al sector séptimo. Encontraron a varios apristas. Ferreyros les relató la noche, con entusiasmo. Pero otro le dio una mala noticia.

-El compañero Mantilla está detenido en el cuartel de Chorrillos, acabo de escucharlo en la radio.

Se habían comunicado con los dirigentes de los otros comités limeños. Algunos parlamentarios y líderes del partido estaban detenidos también. No había, sin embargo, reacción ni rechazo en las calles.

-Es que la gente ya no quiere parlamento -dijo Galván, el secretario de propaganda-. Es un escándalo, sólo sirve para que los parlamentarios ganen sueldos y vendan influencias, Además solo se ha ocupado de calumniar al compañero García. Está bien que lo hayan cerrado.

-No pues compañero, esa es la justificación del chino -pensó en voz alta Ferreyros. «El problema de fondo es que éste es un golpe de la derecha -dijo-. Cuando el chino llegó no tenía programa económico. Lo llevaron a Estados Unidos y de allí vino con las recetas del fondo monetario. Y como nos han llevado a la recesión y al desempleo, ahora terminan a la bruta con el sistema. No hay que dejarse engañar. El parlamento estaba con el chino. Lo cierran para distraer».

-Peor entonces, porque nosotros elegimos al chino, pues.- contestó el otro.

-No había alternativa, al otro lado estaba la derecha - justificó Ferreyros-. El chino nos engañó, pero eso nadie podía saberlo.

Habló sin convicción, pensando en lo curiosa que era la política: por ir en contra de lo que parece una corriente general, se crea algo peor. ¿Será tal vez que lo que tiene que pasar, termina pasando de cualquier manera? No, solo era una coincidencia, la historia no se rige por esas fatalidades. Para él, el problema residía en la cantidad de enemigos que tenía el partido : por lo de la deuda, por lo de la banca. «Ud. sabe que cuando los ricos odian, nadie puede con ellos».

-¿Entonces para qué pelearon con ellos? -preguntó el otro-. Y añadió que no sólo era cuestión de los ricos, también los pobres estaban contra el partido. Los dos últimos habían sido terribles. No se trataba de echar la culpa de todo a los ricos. «En nuestro gobierno también hubo crisis, inflación. Otra cosa es que los enemigos se aprovecharan de eso».

-Se equivocó el gobierno -reconoció Ferreyros. Entró ofreciendo todo y dándole todo a la gente, pero solamente alcanzó para dos años. Y no se rectificó a tiempo. Cuando se quiso hacer, en el ochentaiocho, la gente, acostumbrada a recibir, sintió el golpe brutalmente. Hay que saber corregir, sin temor al ridículo -acabó, sintiendo que las palabras de Sáenz lo habían ablandado-. Pero -justificó-, por lo menos quisimos darle más a la gente.

-Sea como sea, la gente sólo se acuerda del final -sentenció el otro.

-Peor hubiera sido ganar con los votos de la gente y después hambrearla para los ricos y para la deuda. Por lo menos nosotros fuimos fieles a lo que debíamos ser.

–Pero no hubo convicción ni para la pelea -continuó el propagandista-. Si la nacionalización de la banca se hubiera hecho de un solo golpe, los ricos no hubieran reaccionado así, Vargas no hubiera venido. Tal vez el chino no hubiera existido -precisó-. Pero la hicieron larga y demostraron debilidad. Allí comienza todo.

–Hubiera, hubiese, esos son tiempos muertos -se burló Ferreyros-. Ojalá fuera tan fácil como usted dice.

–Como quiera, pero ahora estamos fregados, y cuando uno está así, sólo uno mismo tiene la culpa.

–Ya pasará, ya pasará -dijo Ferreyros-, y entonces verán todos los sobones de antes que son enemigos ahora. Mire quién acusa a Alan de inmoralidad: todos esos sinvergüenzas de los gobiernos anteriores. Ya todo el mundo se olvidó cómo se prestaron plata de España para comprar allá: mercados completos, cárceles hasta con las rejas. Se crearon allá empresas especiales, para ganarse esas coimas.

–Se olvidó todo el mundo porque el gobierno aprista no hizo nada para sancionar -dijo el propagandista.

–Por cojudos, por cojudos. ¡Que imbéciles hemos sido! Un régimen que comienza debe aprovechar su fuerza: eliminar a todos los adversarios para que por un tiempo muy largo, no levanten la cabeza. Así debió comenzar nuestro gobierno, con un enjuiciamiento público, con un gran escándalo -Ferreyros se perdía, imaginando-. Un primo hermano del anterior presidente, que era ministro -continuó-, compró a través de una empresa del estado, unos barcos que valían doce millones y pagó por ellos cuarenta. Devolvieron las fábricas de cemento que Velasco había nacionalizado, y se descubrió que el jefe del partido había cobrado varios millones de dólares.

–Ah, sí: uno de apellido árabe que renunció a ese partido mostró los recibos-acotó el otro-, pero no les hicieron nada. Nada -subrayó.

–Por cojudos. Como teníamos fama de búfalos, de agresivos, se quiso dar una imagen distinta. Y mire lo que hemos conseguido: lo que no hicimos por imbéciles, nos lo han hecho a nosotros.

–Es la ley de la política -dijo el propagandista-. Hazle al otro lo peor antes que te lo haga a ti. Pero ahora es tarde.

Recordó que unos meses antes del régimen aprista, el otro gobierno compró veintiséis aviones Mirage. Tan caros eran que ni Francia los tenía. Sí-dijo-, debieron enjuiciar a los que se repartieron la comisión de la cuota inicial que fue de doscientos millones de dólares. Hubieran hecho un buen circo. Pero se la dieron de caballeros, de bacanes -continuó-, y ahora están jodidos.

Ferreyros les contó lo del crucero de la marina, que se caía de viejo. Lo mandaron a Holanda para ponerle armas por ochenta millones de dólares. Viajó un día antes de llegar el APRA al gobierno.

-Peor, peor -dijo implacable el otro-. Ahora, ¿de qué les sirve todo eso? Ahora los ladrones son los apristas. Ya les pusieron la etiqueta.

Ferreyros recordó lo que le había dicho Sáenz: el último siempre paga el pato.

-Alan se equivocó -continuó el propagandista-. Creyó que aún se podía aglutinar a la gente con temas políticos. Pero eso ya interesa menos. Más sirven ahora las acusaciones, los juicios, los dramas. No se dio cuenta, porque de lo contrario lo habría hecho.

Ferreyros, nervioso, había entrado una y otra vez a la casa, mientras el diálogo transcurría entre la inculpación y las justificaciones. Escuchaba las noticias radiales, cambiaba las emisoras, como si una noticia salvadora fuera a aparecer de pronto. Estaba cada vez más taciturno porque no escuchaba ningún informe sobre protestas. Pensó -consolándose- que las radios estaban controladas. Pero aún en aquellas donde los periodistas protestaban habitualmente, no había ninguna noticia alentadora. Por el contrario: se anunciaba total tranquilidad. Después, propalaron que en una tumultuosa manifestación en la Plaza de armas, miles de ciudadanos habían dado su apoyo a Fujimori.

Antes de salir hacia el local central, Ferreyros miró a su hermana. Ella, nunca había comprendido la entrega del viejo al APRA. Tampoco sus ilusiones.

-¡Qué ingrato es el pueblo! dijo ella -compadeciendo al viejo.

-No, hermana -dijo él-, es que los poderosos lo manejan como quieren. Pero pensó que Sáenz había tenido razón: tal vez la clase política estaba muy desgastada y, de verdad, el pueblo era muy utilitario.

-«Pobre pueblo -se dijo Ferreyros rectificándose de inmediato-; qué más puede hacer, lo han explotado tanto! En cualquier nueva situación, tiene que agarrarse de algo, de la esperanza más pequeña».

Salió. La calle estaba llena de gente que comentaba los acontecimientos. La mayoría, a favor del golpe. Otros, indiferentes. Pero todos dedicados a lo suyo. Imaginó la opinión de González, el mozo del restaurante Miura en la plaza Manco Capac. Le diría que de ningún gobierno, ni del anterior ni de éste, podía esperar nada concreto. Apoyaría a éste porque recién comenzaba, porque ojalá lo hiciera mejor, y porque había que sancionar a todos los anteriores. ¿Para qué escuchar eso? No fue a tomar el café con leche. Caminó pensando, adelantándose a las opiniones que podría recibir de los demás. Cuando llegó a

la avenida Grau, a cinco cuadras, la pesadumbre lo obligó a ir más lentamente. Estaba desconcertado, era viejo.

Tal vez -pensaba-, un japonés que a él le resultaba exótico y un absurdo político, fuera más inteligible para toda esta nueva gente. Vendían en carretillas en la calle, o cumplían labores de corta duración; se hacinaban en pequeños talleres y, quizás, para ellos el japonés era más cercano que cualquier otra organización o sistema. Miraba el rostro cobrizo y achinado, los pómulos saltados, el pelo duro y negro. De pronto, se imaginó desconsolado: «todos se parecen, son del mismo tamaño que él». Escuchó hablar japonés en todas las esquinas. ¡No puede ser! -dijo. Volvió a mirar fijamente. Es una ilusión óptica -se dio cuenta-, estoy cansado.

Recordó. En la Contabilidad Ferreyros lo había comprobado: el comerciante fue paulatinamente desbordado por el ambulante. Al final, casi ninguno de sus clientes tenía libros de contabilidad. Conversaba con ellos para hacer proselitismo aprista. Algunas veces comían en el chifa de la esquina de Grau y Manco Capac. Era el lugar donde le hablaban francamente.

-No, doctor, -le decían-. Los políticos sólo trabajan para ellos. Lo que nuestro país necesita es autoridad.

-Sí, ¿pero con qué ideología? ¿Con qué ideas? -preguntaba él.

-Autoridad pues -le respondieron. ¿Acaso la autoridad no es una idea suficiente? Cualquier forma de gobierno puede ser buena, si se maneja con autoridad, con fuerza.

Pasó por la Plaza San Martín, donde debería estar el centro de la protesta. Nada sucedía allí. Iba pensando que en el Perú, cada uno baila con su pañuelo, que las organizaciones ya no sirven y las ideas organizadas tampoco. Tal vez ellos, los informales, tenían razón, la autoridad era el mejor programa, y lo más atractivo de la autoridad podía ser la crueldad. Tres mil años antes, los chavines encarnaron la autoridad sanguinaria, después los incas, luego los españoles, por último los oligarcas. Claro, y la gente ya estaba acostumbrada -pensó.

Caminaba y cuando llegó a la avenida Alfonso Ugarte, iba pensando, como nunca antes, en todo el tiempo que había perdido en la vida: toda una existencia malgastada. Vio a lo lejos los tanques verdes, estacionados frente a la casa del Pueblo. Se sentó en la reja del hospital Loayza porque ya estaba cansado. Entonces -seguía obsesionado-, habría sido necesario usar la fuerza en el gobierno: autoridad que no abusa, no es autoridad. Con razón a Velasco no le habían dicho nada y, antes que le cortaran la pierna, la gente decía estar de acuerdo. Al cabo de un rato, sintió en la nariz el escozor de los gases lacrimógenos. Calculó que, al otro lado del local, habría protestas.

-Otra vez los apristas estamos solos -dijo en voz alta y recordó la conversación con Sáenz.

-«No se engañe compañero Ferreyros» -le había dicho en la madrugada-. Estamos condenados a la soledad por un largo tiempo porque nos aliamos a los más débiles y porque no hay alianzas duraderas cuando llega un nuevo poder -explicaba largamente-. Comenzamos la regionalización pero no hay un sentimiento regional activo. La alianza con los comuneros y campesinos, es la relación con sectores sociales que son como mudos. Están ausentes de la escena y no cuentan ni para los ricos ni para los pobres. Trabajar por ellos, será muy justo, pero políticamente no es rentable. En cuanto a los sectores urbanos, son los más volubles, especialmente los informales que son la mayoría. Ellos son independientes y con ellos toda alianza sólo dura lo que dura la expectativa. Además, lo de la Unión Soviética ha matado las ilusiones sociales por un largo tiempo. Hasta en eso- terminó-, nos han fregado los comunistas.

Ferreyros escucho las sirenas ulular. Hubiera querido una radio portátil para poder seguir las noticias.

-Acuérdese -le había dicho el otro-, que la única alianza rentable es la que el chino ha establecido con los banqueros. El se dio cuenta que con los bancos, los ricos, los medios de comunicación y aplicando la política económica que los gringos quieren, estaría fuerte. Les entregará todo -vaticinó-. Ya les dio el manejo de las tasas de interés. Les está entregando los bancos del estado. Le quedan los bancos pequeños, las mutuales, la seguridad social, y naturalmente, la cabeza de García.

Un grupo numeroso de jóvenes pasó corriendo frente a él. La humareda se hizo más espesa. Los ojos le lagrimeaban. Sabía que a los sesentaiocho años no podría correr. A cien metros avanzaba un compacto pelotón de policía. Ferreyros caminó unos pasos, hasta la puerta de rejas del hospital. Le abrieron sin que el dijera nada, lo habían confundido con algún enfermo. Antes de entrar al edificio, en medio de los gases, vio a los policías con máscaras, disparando sus carabinas de perdigones. La puerta se cerró tras él. Debía cruzar todo el hospital, para salir por la puerta posterior.

Pasó por las salas de urología, largas, con sus filas de enfermos acostados. Lo miraban con sospecha. ¿Por qué ese viejo enfermo no tenía puesta su pijama? El iba pensando en las obras del gobierno aprista, las llevaba en un pequeño folleto guardado en la cartera, pero las sabía de memoria, como un escolar: que chavimochic, la irrigación de noventaiocho mil hectáreas; que la central de Carhuaquero y tantos megavatios; que la represa de Gallito Ciego.

Pasó por un corredor, y entró sin darse cuenta en la sala de los enfermos del tórax, y el túnel de Olmos -continuó-, tantas hectáreas; y el tren eléctrico, tantos pasajeros.

Tosieron con estruendo, y él reprimió un carajo.

-Para qué me sirve todo esto, si nadie me hace caso.

V

A LAS ONCE Y DIEZ minutos, la situación ya era desesperada en el cajón del lavadero. Había respirado por lo menos treinta veces el mismo aire, el así lo creía. Y con ello la temperatura subió. Escuchó pasos, contuvo la respiración. Varias personas habían entrado a la habitación contigua. Hablaban. Sintió que ingresaban al baño. Alguien corrió la cortina de la ducha: escuchó el sonido metálico de los anillos. Estaban a diez centímetros de él. Tenía deseos de aspirar profundamente, aunque fuere el mismo aire. No debía hacerlo. Por un resquicio milimétrico, distinguió una forma curva y voluminosa. Reconoció la punta de una bota de soldado. Hablaban. Oyó como se reían al salir.

Después de unos minutos, volvió a sentir pasos. Movieron la cajonería. Estuvo dispuesto a lo peor. Pero eran los dueños de la casa. Los soldados se habían ido. «Han registrado la casa vecina -le dijeron-, y están parados en la azotea donde estuviste anoche».

Le preguntaron si quería almorzar y, por primera vez en la vida, dijo que no, que no tenía hambre. Y de nuevo se quedó solo, preocupado y sin respuestas. Había pensado que la dictadura podía ser políticamente eficaz. Eso lo inquietaba.

-«Pero aún las medidas que mejor expresan e integran el sistema político tienen una vida limitada» -pensó luego-. La gente había asociado el no pago de la deuda externa con la posibilidad de un mayor consumo interno. Hubo más emisión, ya no se dio marcha atrás y la economía se descontroló. «También la dictadura servirá por un momento, es un buen recurso político, aunque la gente lo asociará al cambio total, y esto no es posible». Salvo que llegue mucho dinero -siguió discurriendo- o que terminen con el terrorismo. Mientras tanto, y aún después, lo que le interesará a la gente es un cambio total en sus bolsillos. «Definitivamente el actor político siempre se queda atado a sus propuestas».

Sintió un orden lógico en lo dicho. Ahora sí comería algo, pero no deseaba molestar en la casa. Mejor esperar hasta la noche.

-En la noche salgo de esta casa -pensaba en ese momento Zulueta. Tanta tropa en la calle lo ponía nervioso.

Recordó la noche en que asaltó el cuartel de Machi. Fue en el Huallaga. Había armado ciento veinte hombres con sus primos los Tiburcio. Pero el otro envió un grupo a matarlo. Intuitivo, Zulueta salió de la casa. Estaba escondido en la selva. Desde allí los vio llegar. Los liquidaron. Además, destruyeron el cuartel de Machi. Le mataron treinta hombres. Era fácil, los cuerpos se arrojaban al río.

Entonces comenzó a desconfiar de sus primos. Quieren quedarse con todo el Huallaga -le dijeron. Actuó rápidamente. Los llamó a reunirse en Infiernillo. Era el lugar más alejado. Los esperó sentado bajo el pórtico de madera. Miraba en la noche, la sombra de los cerros a lo lejos. Allí en esos cocales, había comenzado su vida. Sintió la lluvia caer a cántaros, la tierra húmeda con olor picante. Buena para la planta.

-Ya vienen -escuchó decir a Tacataca, el jefe de la guardia.

¡Pobres Tiburcio! Llegaban en tres camionetas con motor sonoro y llantas anchas. Bajaron sonrientes. Los mataron. A todos. «Incluso un oficial de policía» -le informó Tacataca. ¿Y qué hacía con ellos? «Peor para él» -dijo Zulueta. Se había convertido en dueño y amo de toda la zona.

Sin la coca el precio del dólar subirá -pensaba ahora. Todo el programa económico del gobierno se caería, no tendrían dólares para pagar la deuda. No les convenía sacudir las cosas. Se sintió más tranquilo. Ya mañana su abogado tomaría los contactos necesarios. Pero él por si acaso, iba a cambiar de casa esa noche.

VI

JIMÉNEZ HABÍA ALMORZADO suculentemente. Eran platos simples pero apetitosos: cebiche, patitas de cerdo, frijoles, y mucha cerveza para acompañarlos. Estaba reunido con un grupo de oficiales, todos vestidos de civil, todos jóvenes. En el Tobará, bar restaurante de los hombres. Una esquina brava, la de Panamericana y Primavera. El bar era famoso porque allí, treinta años atrás, habían degollado a un policía. Después, un campeón de box, balbuceante y sin neuronas había matado de un solo golpe a un matón. Ahora estaba en la cárcel. Pero era un lugar alegre, con radiola y mujeres al alcance. Tenía un letrero luminoso amarillento y el baño con el suelo siempre lleno de aserrín. Durante horas habían comentado sobre sus novias, sus jefes, sus destinos. Y ahora, después de comer, jugaban a los dados largamente, sin mucho compromiso ni dinero. Con tres pequeños vasos de cuero los lanzaban, una y otra vez. Se iban distribuyendo conforme a la suerte los fósforos. Representaban lo que habrían de pagar por el consumo.

Jiménez estaba radiante. Le quedaban apenas dos palos de fósforo. Los demás habían sido endosados felizmente a los otros. El pobre Parco, frente a él, acumulaba la derrota y el honor de pagar. Al lado de la mesa, las botellas vacías aumentaban en desorden. Definitivamente, el giro de los dados le anunciaba a Jiménez mejores tiempos. La fortuna y la charla apartaron de su memoria el último trabajo. Durante el almuerzo, lo habían turbado malos pensamientos. «Es que pese a todo, soy muy buena gente» -se decía Jiménez cuando el ruido de la calle, le recordaba un grito de dolor. «¡Carajo! hay que superar esto» -pensaba cuando en un tamal, maíz envuelto en hojas de plátano, vio como se empaqueta a los que van a ser colgados. Pero después, el entusiasmo de los comensales y la bebida, lo habían alegrado. «Es que ese flaco, -¿cómo se llama?- el capitán Ramos, era muy gracioso». ¡Qué capacidad tenía para imitar la voz, la caminada y el bufido del general Pérez!

-Cenas, ¡lechero! otra vez seis, estas de suerte hoy -dijo Parco- tomando uno de los dos fósforos de Jiménez.

-Suerte en el juego, suerte en el amor -respondió este alegremente, mirando sus dados mientras los otros celebraban.

-¡Salud por ese gusto!

Jugaron otra vez y Jiménez entregó el último fósforo. Era el invitado de la fortuna en esa mesa. No se dio cuenta pero, de pronto, el entusiasmo de Parco, había desaparecido. Su sonrisa era mecánica. «Nadie puede tener tanta suerte» -pensaba.

-Ya está, paguemos, pero comenzamos de nuevo -propuso para desquitarse-. Nos jugamos la cuenta de las cervezas de ahora en adelante.

-Mejor cambiemos a trago corto -dijo un mayor flaquísimo, con el bigote retorcido-. Tanta cerveza me está agujereando la vejiga.

Repartieron de nuevo los fósforos y el juego recomenzó con mayor solemnidad. Todos comprendieron que el honor de Parco estaba sobre la mesa. Jugaron.

-Otra vez Jiménez, ¡parece truco! -dijo el mayor.

Cenas, cenas, quinas, cenas. La velocidad de las jugadas había aumentado. Nadie interrumpía la carrera de los dados con las bromas de antes. Otra vez cenas, cenas. «¡Cómo hace éste para tener tanta suerte!» Un rato después los fósforos de Jiménez estaban de nuevo en posesión de los otros, especialmente de Parco. También pagaría esta vez la mayor parte de la cuenta.

-¿Y ésto qué se merece? -dijo Jiménez, alegre, obligando a tomar-. ¡Al seco! ¡Al seco! -exigió dirigiéndose a Parco: al fin y al cabo eres tú quien invita.

Jiménez y Parco, tomaron sin respirar toda la mezcla de aguardiente y de guinda. De pie. Los otros los imitaron. Pidieron otra ronda. Parco sentía una confusa necesidad de hablar, de contar.

-Suerte en el juego, suerte en el amor -dijo con sorna repitiendo al otro.

-Eso, eso -coreó alegre Jiménez- ¡Salud!

«No, no es así, por lo menos en algunos casos no era así» -pensó Parco. Otra rueda de chilcanos de guinda, devolvió la alegría a los demás. Esta vez, cada uno pagaría lo suyo, para que los afortunados también gastaran. «Todos tienen que mojarse»-decían. Al cabo de un rato, Jiménez tenía los ojos apuntando a la mesa, pero la mirada era global, imprecisa. La piel de las mejillas le parecía ajena. Sintió el estomago hinchado, llenando el esófago y la garganta de un sabor agrio. ¡Que incómodas son estas sillas! -se levantó.

-¿Ya te vas? -preguntó uno.

-No, hermano, voy al baño- respondió. Hay que «achicar la bomba» -precisó.

Cruzó el salón, y entró al sitio maloliente, oscuro. Sus pies resbalaban en el aserrín humedecido por los orines. Una ventana abierta lo golpeó con una ráfaga de aire frío. El pensó, confuso, dejando de sentir el amoníaco del ambiente, que eso le daría lucidez. Fue al contrario: el frío sacudió sus entrañas, y sintió que empujaba una ola indetenible de náusea. Un ácido sabor a cerveza le ocupó la boca. Alcanzó a agacharse y, a borbotones fue expulsando todo lo que lo incomodaba. Así, inclinado se apretó la frente, era una receta inmemorial. Después fue hasta el lavabo y se echó agua fría con las dos manos. Miraba en el espejo su rostro hinchado por el esfuerzo, los ojos lacrimosos. Decidió esperar unos momentos para no salir así.

-¿Que pasó viejo? -dijo Parco entrando en ese momento. Jiménez lo escuchó orinar en el reservado. Después salió y se quedó mirándolo fijamente.

-Oye hermano, ¿no te amargas conmigo si te digo una cosa? -le preguntó. Jiménez negó con la cabeza.

-Es mi deber de amigo decírtelo, debes saberlo. La flaca con la que tú sales, es la querida del gerente del banco. Lo sé por un amigo. No te amargues, pero es la verdad y a mí me jode que te engañe.

Parco, había recuperado el equilibrio perdido. Todas las cervezas bebidas y la derrota en el juego, estaban superadas. Se sintió vengado. Jiménez, en cambio, encajó el golpe en silencio, sin reaccionar.

Salieron juntos. Pero en cuanto estuvo sentado en la mesa, el sentido y la gravedad de lo sabido crecieron. Una confusa hinchazón se volvió a apoderar de Jiménez. ¿Y si agarraba a Parco por la camisa y le metía dos cabezazos? -

pensó borrosamente. Se dio cuenta que su propia camisa estaba empapada en sudor. ¡Cuál gerente! -pensaba mientras los otros bebían alegres. ¡Cuál gerente; ella trabaja con un director. ¿Y a qué hora? Pero era sábado y no podría ir, ni llamar al banco para comprobarlo. ¿Y acaso el otro, si de verdad existía, se entretenía también en lamerla o besarla como él? Pasaba el tiempo, los otros hablaban a gritos. Y él: «Jiménez, no debes demostrar nada, nadie se dará cuenta de nada. Jiménez, mejor no tomes más. Si voy ahora, sábado, seis de la tarde, de repente la encuentro con el otro. Para que me dejen ir, diré que me voy a la casa porque es santo de mi hijo». Se levantó, se despidió, se fue.

-¿Qué le pasó al flaco? -preguntó uno en cuanto Jiménez salió.

-Se ha puesto mal, porque su hembra le saca la vuelta -informó Parco.

-¡Putá que jodido! pobre flaco -dijeron los demás.

Jiménez se encontró en la calle. Tuvo que caminar varias cuadras hasta encontrar un taxi. Un carro viejo, sin las lunas posteriores. «Mejor para pasar la borrachera» -pensó. Pero todo el ruido de los vendedores ambulantes de Primavera lo golpeaba. Y, en medio del bullicio, Jiménez iba pensando. Pensaba en la Junta Interamericana de Defensa, en el viaje, en la chompa guinda, y en todos sus grititos en los momentos más ricos.

El carro lo dejó en la esquina de la casa de ella y, mientras caminaba, se iba repitiendo: suerte en el juego suerte en el amor. Pensó agazaparse detrás de una camioneta verde y esperar. Sorprenderlos juntos y matarlos, pero no tenía la pistola. Igual puedo sorprenderlos y gritar -pensó-. Pero eso no lo haría un caballero.

Tocó el timbre, por primera vez en la tarde de un sábado, que él siempre reservaba para su esposa. Entró a la sala y esperó. Mientras ella bajaba, deseó que no fuera cierto, que fuera solamente una maldad de Parco, que él, por gusto, hubiera pensado mal.

Ella bajó.

Le dijo que esa semana, justamente esa semana, se lo iba a contar, que no hubiera querido que él se enterara por otro. Le habló nerviosa, descubierta. Estaba recién duchada y Jiménez pensó que el otro estaba en el dormitorio de arriba, que ella se había bañado para quitarse el olor ajeno, como muchas otras veces. Tenía los pantalones azules, esos que dibujaban sus caderas y sus nalgas. ¡Cuánto le gustaba con esos pantalones!

Lloró cuando ella le explicó que, a los veintiocho años, no podía dejar de organizar su vida. No, no era el gerente, era uno de los asesores jurídicos del banco. Sólo se había acostado con el después de mucho tiempo, que siempre lo había querido a él, a Jiménez, y que siempre lo querría. Sin embargo, él tenía

su esposa, sus hijos, y ella, nada. Debía comprenderla. Que era sincera como siempre, que seguiría siendo su amiga. Y él: que la quería de verdad, que no deseaba nada malo para ella ni para el otro. Y lloraba y sentía vergüenza: un capitán del ejército peruano llorando -le decía, era inconcebible.

-Es que estoy borracho -se explicaba, y ella respondía:

-Tú sabes que no es por eso Jiménez.

Salió. Solo como nunca, con sus promesas rotas en el bolsillo. Nunca había sentido esa clase de soledad. Y pensaba que hubiera debido entregarse por completo a Teresa, dejar a su mujer a la que respetaba tanto, la pobre. Era de noche. Estaba solo y ni siquiera borracho. La ebriedad se había ido con la pena, se quedó en la casa de ella.

Llegó a la Vía Expresa. Abajo, como en un río, los autos pasaban. Se sentó en el muro a pensar. A lo lejos, el edificio del centro cívico y, tras el los cerros donde estaba la división blindada del Rímac. Otra vez se acordó de los detenidos de La Cantuta, de sus gritos, y de los niños de Barrios Altos. Pero pasaron rápido por su memoria, sin hacerle daño: su dolor era más fuerte que el remordimiento. Pensó en su vida militar, y en la formación de cada mañana en el puesto de frontera. Los mosquitos. Su mujer lavando la ropa con el agua de río que dos campas le llevaban. Pobre, ella había llevado sobre sí lo peor, con su embarazo en la selva, porque no quiso separarse de él.

Un poco más allá lo distrajo un enorme aviso luminoso. Na- tio- nal - contaba una y otra vez sus luces. National -mecánicamente- otra vez. National -contaba con los dedos-, cuantas veces lo estaba repitiendo. El llanto le había dado una extraña serenidad. La imagen de la esposa, caminando en la selva, no lo dejaba. Y su hijito vestido de soldado, que ya estaría dormido. Súbitamente, lo acometió el deseo de buscar a su mujer, de hablar, de cobijarse a su lado. Debía hablar con ella, contarle lo que le atormentaba, confesarle lo de la otra. Tal vez sin los detalles más escabrosos, pero contárselo. «Así ella entenderá que nunca la voy a dejar» -pensó. En cuanto a Teresa, él sabía que aunque se casara, iba a seguir siendo su amante. Ya verían en qué momento. Entre el esposo y la oficina, podrían escaparse otra vez al «Cinco y Medio» el motel. Con esa seguridad, él se sintió consolado.

CAPITULO QUINTO

NO LE DEJEN SALIDA

I

-¡QUE HORROR! Esto va a ser un escándalo -dijo Ojo de Palta. Miraba nerviosamente de un lado a otro. ¡Qué horror! -repetía- ¿y cuándo te has enterado?

-Anoche -dijo Olivera-. Anoche me llamó Mike de Miami y me contó que Ralph García, el de LARC, estaba nerviosísimo. Dos agentes del Departamento de Estado de la Florida habían ido a buscarlo. La cosa, según él, se complica porque la dirección en 1515 NW 7th street, que puso en los papeles como si fuera suya no existe. Eso, de acuerdo a las leyes americanas, podría significar una acción penal contra él.

-¡Qué barbaridad! Eso lo ha movido allá García. ¿No pudieron hacer nada para neutralizar a Del Castillo? -preguntó Ojo de Palta-. Su viaje a Estados Unidos fue público. Leí que salió hace quince días.

-Sí, eso se supo -respondió el otro-, pero tú sabes que actuar allá es más difícil. Además, Del Castillo no estuvo solamente en Miami. Se fue hasta Talahasee, la capital de Florida y habló con un tal Russi que es Secretario de Estado. No teníamos conocimiento de eso. Entonces, de cajón, por reglamento, la policía de la Florida comenzó una investigación y lo primero que encontraron es que la dirección no existe. Esto es lo que ha puesto muy nervioso a Ralf García. Lo ubicaron en su trabajo en el estadio de Jai Alai de Miami y resultó ser el jefe de seguridad.

-¡Qué bestia! ¿No podían haber contratado algo mejor? ¿Cómo se te ocurre que un vigilante del estadio de Jai Alai puede hacer algo serio! Sólo falta que sea negro. ¿Es negro?- preguntó.

-No felizmente es blanco, pero hay otro problema: es cubano.

-Peor, para los gringos eso es peor que negro. ¿Y ahora qué quiere?

-No sé, seguramente más plata -respondió Olivera. Ojalá no me pregunte cuánto le hemos dado -pensó.

-¿No le hemos dado ya cincuenta mil dolares? -preguntó Ojo de Palta-, y se dijo: «Estos muertos de hambre se han quedado con la plata».

-Sí, eso es lo que pidió, pero ha habido otros gastos, de manera que no le hemos completado el pago hasta este momento -dijo Olivera. Se utilizó una parte en el viaje de Lourdes. Como tú sabes era urgente para neutralizar lo del Western Savings. Y fue muy efectivo.

-¡Qué bruto eres! -dijo indignado Ojo de Palta-. Gente como esa necesita estar tranquila pues son capaces de cualquier cosa. Pensó en el viaje de la Flores. Debería habérselo pagado la dueña del Cinco y Medio a la que defendía legalmente. «Bueno, ¿y qué hacemos?»

-La Muñeca está hablando con Frank y con Markewitz por teléfono para ver cómo se arregla. Le van a ofrecer al de LARC, algo más de plata para que no se asuste. Para que enrede las cosas por unos meses más.

Un rato después, por la escalera del mezzanine regresó La Muñeca acompañado. El otro, era un hombre alto, muy delgado, de unos sesenta años, con cejas abundantes y una gran nariz torcida de inocultable origen árabe. Se acercaron a la mesa y saludaron brevemente.

-La cosa es peor -dijo La Muñeca agitando unos papeles. Miren los documentos que Frank nos acaba de pasar por fax.

Mostró el primero. Sobre él, un enorme sello circular, visible a pesar de la tinta borrosa del fax, decía GREAT SEAL OF THE STATE OF FLORIDA, División of licensing, Case number 9100785. Rafael Nicasio García, respondent, Departamente of State,petitioner.

-¿Qué ha pasado? -se sobresaltaron a la vez Olivera y Ojo de Palta.

-Casi nada -dijo el árabe: que han condenado al cojudo que ustedes contrataron en Miami, por presentar informaciones sin investigarlas ni verificarlas. ¡Carajo! han hecho que yo meta mi canal de televisión hasta las patas en este enredo. Me ha costado un ojo de la cara pagar a los animadores de los programas. Todos se aprovecharon para cobrar lo que quisieron porque sabían que esto era político.

Agitaba las manos huesudas. Desde otra mesa, comenzaron a mirarlos. «Y a ti, huevón -dijo dirigiéndose a Olivera, sin dar importancia a los que miraban-, a ti se te ocurrió que Cateriano en su programa de los domingos, hiciera un concurso para que la gente calculara cuánto cobraba de interés García por los cincuenta millones. Tanta broma, tanta cojudez y, al final ni siquiera cuidaron que las cosas salieran bien.

-No te ponga así, Salvador -gimió Olivera.

-¡Cómo que no me ponga así! -roncaba el Árabe. ¿Sabes el escándalo que se puede armar si García aprovecha esto? A esta hora, también él debe tener todos estos papeles.

-No lo creo -lo tranquilizó La Muñeca-, porque esta es una administrative Complaint entre el Departamento de Estado de la Florida y LARC. Por el momento, ni Del Castillo ni García deben tener los papeles. A ver -cogió las hojas-, vamos a ver. -Leyó-: On or about February 28, 1991 in Dade County, Florida, respondent conducted regulated activities in a negligent manner in that he provided information to his client and represented the information to be factual when he knew such information had not been verified. Respondent is in violation of 493.6118 de los estatutos de la florida -terminó en castellano La Muñeca.

-¿Y, entonces? -preguntó Olivera.

-Que lo condenan a una multa de mil dolares por presentar como un hecho una información que nunca fue verificada -dijo el de apariencia árabe.

-Mil dolares es poco -la voz de Olivera sonó a consuelo.

-No seas cojudo, eso es simbólico: el escándalo es que no era información cierta -se irritó de nuevo el árabe-. Además, ése sólo es el cargo cuatro; en los otros cargos, se le acusa de haber falseado la verdad ante la policía de Miami. Dice, during the period May 16, 1991 to June 21 1991 respondent committed misconduct in the practice of ...etc, etc, -abrevió el árabe-, by giving conflicting statements to a representative of the Department engaged in an official investigation. Esto es más grave para él, en el otro cargo, el segundo, también lo sancionan por negarse a cooperar.

-¿Y eso es oficial y definitivo? -preguntó Olivera.

-Sí, dice causa numero C91-00785, Department of state of florida. Seguramente tiene algún plazo para oponerse o para apelar. ¿Qué les ha dicho Frank?

-Dice que el hombre está muy nervioso.

-Que busque alguna salida -interrumpió Ojo de Palta-. Llámalo de nuevo y ofrécele lo que sea. Que le digan que si la hace larga y retiene el proceso con

una apelación lo podríamos bonificar. Ahora te toca poner de la tuya Salvador -pensó, yo ya puse bastante-.

-Le hablaron de eso. Pero él dice que si lo hace, y después se comprueba que fue para dilatar, se agravará su situación. Tampoco nos conviene que desaparezca o se vaya de Miami; eso sería mucho peor. De todas maneras, en este momento le voy a pegar un telefonazo a Mike para insistir -dijo La Muñeca. Se levantó y se perdió con pasos rápidos por la escalera, hacia el mezzanine.

Cuando se alejó, Olivera retomó la palabra.

-No es para ponerse tan nerviosos -dijo-. Este es sólo un incidente. Aún en el caso que el de LARC nos saliera torcido o se asustara, ya el escándalo está lanzado. García no tiene medios a través de los cuales hablar. La única revista que se ha puesto decididamente de su parte es «Caretas». Porque Zileri es medio loco y porque, según me han dicho García se lo ha comprado, con una buena subvención para el papel.

-Sólo así se explica que defienda a García -dijo el árabe-. Su público es de clase media y está enmierdado con el gobierno anterior. Pero eso hay que denunciarlo. Además tú -dirigiéndose a Ojo de Palta-, deberías decir a todos tus amigos que congelen cualquier publicidad para «Caretas». Parece que hoy todas las noticias son malas-se quejó.

-También hay algunas cosas buenas -dijo Olivera-. Me llamaron a la embajada norteamericana y me dieron el borrador de este papel que piensan publicar. Es la respuesta del gobierno norteamericano a mi solicitud y al pedido del Ministerio de Relaciones Exteriores sobre los movimientos y depósitos bancarios de García en los Estados Unidos. Es muy complicado jurídicamente, porque, según la ley no estarían autorizados a dar ninguna información. Pero ellos han encontrado la salida: se ha considerado que la comisión parlamentaria que yo presido tiene las mismas atribuciones que el poder judicial del Perú.

-A ver, dejame ver -dijo el árabe nerviosamente-. Dice: nota 663, la embajada, el gobierno, bla, bla. ¡Ah!, esto está bueno: la embajada tiene a bien informar al ministerio de relaciones exteriores que el gobierno de los Estados Unidos desea poder ayudar al gobierno del Perú en este asunto. Aquí en la página tres dice que las instituciones financieras en los Estados Unidos, están obligadas a divulgar cierta información relacionada con transacciones en moneda norteamericana, que excedan los diez mil dólares, al Departamento del Tesoro.

El árabe pasó la página. Si pues -siguió-, y aquí queda claro que la embajada ha convencido al Departamento del Tesoro que la comisión es un

paso para el enjuiciamiento. Han encontrado que -comenzó a leer el árabe-, el 9 de Febrero de 1987 la señora Pilar García ingresó a los Estados Unidos por Miami con diez mil dolares en efectivo, ¿a ver?, página cinco, página seis, aquí termina. ¡Pero esto es una cojudez! -levantó otra vez la voz. ¡Con esto santificas a García! Aquí aparece como si todo lo que se hubiera llevado, fueran diez mil dolares. ¿Dónde está tu buena noticia?.

-Bueno -se disculpó Olivera-, esto es lo que han encontrado. Yo también le hice notar eso a Quainton, el embajador. Me dijo que, por el momento no podía hacer otra cosa. Pero aceptó poner un párrafo que yo le presenté. Míralo en la página cuatro, que es muy importante. Dice que si el gobierno peruano proporcionara información adicional, la embajada se sentiría muy complacida de conducir una revisión más completa. Y mira esto -dijo dirigiéndose al árabe-: dice que tal información incluiría los alias utilizados, los nombres de los cómplices, de sus asociados y sus direcciones. Esto, dicho en un documento oficial de los Estados Unidos es muy grave para García. Así se abre un nuevo plazo. Cuando los apristas digan que, según el informe, García no tiene depósitos, les leemos este párrafo. Les diremos que los norteamericanos nos van a dar lo que falta de la información.

-No está mal -dijo el árabe-, pero la verdad es que no hay nada concluyente. Ahora claro, viéndolo periódicamente, lo importante es que exista un informe de los gringos que se refiere a García. Lo que diga, mil o diez mil, no interesa tanto.

-Yo ya hablé -acotó Olivera- con los canales y con Vargas, para que se levante en los noticieros el párrafo ese.

Pensó que ahora sí debería pedir una reunión con Fujimori. El tema se le escapaba de las manos. Debería buscar el contacto a través de Montesinos. «¿Qué noticias hay?»- preguntó a La Muñeca que volvía.

-Malas, porque a la hora en que fueron a hablar, ya el de LARC se había ido al departamento de policía de Miami. Parece que fue a primera hora, seguramente presionado por alguna gente de García, y se ha allanado a las sanciones. Ha aceptado que no investigó, y acepta una suspensión en su licencia. Esto está muy malo, muy malo.

-Oye -se inquietó Ojo de Palta-. Pero no nos irán a meter en ese lío.

-No creo. De ninguna manera -dijo La Muñeca-. Primero porque el sólo conoce a Frank y a Olivera, pero ni a mi ni a ti -señaló a Ojo de Palta-, y mucho menos a él -miró al árabe-. El único problema es que el memorándum inicial se lo dio Mike y que él fue nuestro abogado en otro caso. Pero Mike me asegura que cuando el de LARC diga que la información la recibió de otra gente, no

nos va a mencionar para nada. Dirá que se la dio otra empresa de investigaciones. Una tal «Mercantile», que además, tiene su oficina en la suite de un hotel de Miami. ¡Qué pendejos son estos cubanos!

—Ya -dijo Olivera-, de esa manera la responsabilidad corre hacia la otra empresa y eso puede hacerse un montón de veces hasta que García y Del Castillo se cansen. ¡Qué buena salida! Pero mientras decía esto, miraba nerviosamente a los otros. Sabía lo que ellos deberían estar pensando. Sentía que lo aceptaban al lado de ellos, por el tema de García; que después, en cuanto eso pasara, para bien o mal, volvería a la precaria situación de no ser considerado. Muchas veces, pensaba en la importancia de su papel, pero sentía de inmediato que no lo había servido con la entrega serena de quien cree en la moral, sino con la desesperación de quien no tiene otra cosa en la que apoyar su existencia.

Miró a Ojo de Palta y pensó: «sinvergüenza», miró al árabe y se dijo: «pirata». Si pudiera hacer contra ellos la denuncia que en ese momento imaginaba los convertiría en polvo. Montados en sus yates, pavoneándose en las reuniones. No soportaba que lo trataran como un subordinado. Un político es mucho más importante que esta gente -pensó-. Estos viven de corromper a medio mundo, desde la dictadura militar.

Olivera se despidió. Al salir, el aire frío le provocó una ligera sensación de malestar. ¡Qué raro! -se dijo-. Sólo había bebido dos pisco sours. La calle estaba desierta y caía una ligera llovizna. Entonces comprendió que no era mareo, sino que una sensación de angustia, de carestía lo iba envolviendo. La necesidad de pedir una audiencia a Fujimori lo había llenado de emociones confusas, desprecio, envidia. tanto el deseo de aliarse y apoyarse en él, como el de destruirlo. Su papel hubiera sido mucho más importante si hubiera tenido, desde el comienzo, el apoyo de Fujimori. Al final, él era más capaz que Montesinos y todos esos japoneses que lo rodeaban.

Una profunda inquietud seguía invadiéndolo. Tal vez temor, tal vez soledad. Pensó que nunca había dejado de estar solo. No, probablemente era hastío. Miró a sus acompañantes. Dos guardaespaldas vestidos del mismo color, con camisas de cuello endurecido por el almidón, corbatas delgadísimas. Los pagaba La Muñeca y debían informar de todos sus movimientos. A menudo le incomodaban, pero le daban una doble seguridad: Lo protegían de un eventual atentado de los apristas y le daban la certidumbre de sentirse importante.

—Pueden irse, nomás -les dijo al llegar al automóvil-. Mañana a las ocho en la casa. Los escoltas se despidieron con alegría. Entonces se sentó en el asiento trasero y el chofer percibió su incomodidad. No recibió la orden, pero supo hacia donde irían. Sin una palabra arrancó, manejando lentamente por el centro

de Lima, después hacia el sur. Llegó al barrio de Breña. El de atrás bajó en la puerta de un edificio, y subió rápidamente a un pequeño departamento. Lo acompañaba la misma sensación, imprecisa: en unos momentos más los límites de las cosas más claras fueron desapareciendo. Arriba, abajo, frío, caliente, fuerza, náusea. Se sintió físicamente invadido por la indefinición que desde siempre lo había atormentado. Abrió el cajón de la mesa de noche, y tomó un sobre de papel. Al abrirlo, la excitación aumentó. Aspiró con plenitud el polvo blanco, con fruición. Al fin y al cabo la soledad era sólo un instante de reflexión, y el temor algo muy fugaz. Pasaron por su mente, su suegra, pobre vieja, se quedaría sin que nadie le pague la deuda, y bastante he hecho yo -se dijo-, cargando con su hija; y el yate de Ojo de Palta que no era una gran cosa; y los gerentes del banco de la familia que lo miraban mal, aunque fuera gente sin importancia, que lo tendría que aceptar cuando llegara el momento.

Jaló de nuevo con energía, profundamente: una sensación de poder lo todo le fue devolviendo la serenidad, la coherencia consigo mismo. Otros jalaban en las reuniones, salían unos instantes al baño, luego volvían a seguir bebiendo, El, en cambio, lo hacía solo. De esta manera podía pensar todas estas cosas. Hacerlo solo, aliviaba su soledad. Ahora, el banco, el yate, la entrevista con Fujimori ya no parecían tan ajenos ni tan terribles. Al fin y al cabo, dentro de un tiempo, denunciando a Fujimori, tendría abiertos caminos mayores. En la reunión de esta noche -se dijo, La Muñeca y Ojo de Palta se pusieron nerviosos por gusto-: lo de Ralph García no tiene nada de grave. Nosotros tenemos la iniciativa y tenemos acorralado a Alan García -pensó-. Y se recostó en la cama, todopoderoso, adormilado, sonriente.

Dos semanas después, de nuevo en el Maury, los mismos personajes discutían alarmados. Uno de ellos tenía en las manos la revista «Caretas».

-Te dije que no se podía tener confianza en esa gente, hay que tenerlos muy marcados -dijo Ojo de Palta. ¿En qué momento dejaron que diera esta entrevista a Caretas? Aquí dice públicamente que en efecto, no investigó nada y por último, que no se le ha pagado sino cinco mil dólares. Se queja de ti - y señaló a Olivera.

-Todo eso es una mentira, si se le ha pagado lo convenido- dijo Olivera, enrojeciendo-. ¿Cuánto le habrá pagado Caretas, o cómo lo habrán presionado para que dé esas declaraciones? Hay que saberlo. Por fortuna «Caretas» no vende más de treinta mil ejemplares -dijo, pensando que debía reducir el impacto de la noticia.

-Sí, pero todos los diputados y senadores la leen, y eso es lo que interesa. Ahora va a haber un argumento más para los apriistas -dijo Ojo de Palta y miró

la foto: el cubano, gordo como un cerdo aparecía gesticulando. Y el titular: «No investigó nada».

—Yo no creo que haya ningún peligro en la votación de las cámaras sobre el enjuiciamiento de García -terció La Muñeca, y mucho menos en la opinión pública -sentenció.

Había leído temprano la entrevista y en el curso del día ordenó sus ideas. «Hay que ser prácticos» -dijo y retomó su discurso sobre los políticos-: en este tiempo, llevan las de perder; además, al pueblo le gusta hacer leña del árbol caído». «La gente se ha vuelto muy pragmática -explicó-, da su voto, e inmediatamente se siente olvidada. Por eso su mayor placer es que descuarticen a un político, y mucho más a un tipo joven e insolente como García. No, no -enfatózó-, el juicio y la prisión de García no los para nadie. Esta noticia de LARC o cualquier otra son sólo incidentes. Ya la cosa está decidida por el país. Y frente a eso no valen los recursos legales. Es como en el carnaval, y todo el mundo tiene ganas de jugar.

—Ojalá sea como tú dices -respondió el árabe-. Yo soy menos optimista, creo que García todavía podría voltear la cosa a su favor.

—No, hombre, de ninguna manera -continuó La Muñeca, al contrario, su error ha sido defenderse. Aquí, a la gente, cuando quiere joder a alguien, le enoja más que se defienda. Si García se hubiera largado, nos hubiera dejado con los crespos hechos, pero prefirió quedarse, según él, a dar la batalla. Y lo que la gente ha visto en este año, ha sido una sucesión permanente de dichos, de contradichos y de papeles. Se ha acostumbrado a que esto no acabe nunca. García tiene las de perder, porque para la gente, todo político es pendejo, y más uno que ganó y fue presidente. Y para la gente, ser pendejo es querer la plata. Mira tú: en todas las instituciones, la pelea es siempre por los fondos. Además la novedad es que por primera vez van a meter en la canasta a un presidente. Eso ya no lo para nadie. Te garantizo, te apuesto que, salvo los votos de los apristas, García no saca ni un voto más. Seguro que hay muchos parlamentarios que no creen nada, pero jamás se atreverán a ir contra la corriente. Se necesitaría ser un loco, o tener unos huevos de fierro para enfrentarse a eso.

—Sí, pero ¿qué pasa si nos sale un loco de esos? -dijo el árabe. Por lo pronto, un montón de diputados y senadores están pidiendo licencia para no estar presentes, y todavía no tenemos claro qué van a hacer los del partido de Fujimori.

—¡Caray! Por esto de CARETAS y LARC me estaba olvidando de contarles -interrumpió Olivera-. La otra vez me encontré con Montesinos, y me garantizó que en los próximos días, y de la manera más confidencial, tendríamos una reunión con Fujimori para tratar sobre este asunto.

-Seguro, porque al chino le conviene este lío y, como piensa en la reelección quiere tener libre el camino -dijo el árabe. A mí me desconcierta ese japonés -reflexionó en voz alta, a veces parece decidido a todo y enfrenta las cosas, pero otras veces se chupa. Si se pusiera los pantalones, creo que mucha gente lo apoyaría. Pero en lo de García es nuestro mejor aliado, porque él tiene muchos instrumentos. Fíjense que en la Superintendencia de Contribuciones, comenzó hace seis meses una investigación tributaria contra García. Por más que buscaron, no le encontraron nada. Con una orden del más alto nivel, le encontrarían cualquier cosa.

-Es que García es muy vivo. Y, además es abogado.

-Lo que sea -siguió el otro-. Pero al no encontrarle nada, esos imbéciles han hecho un informe, según el cual en los últimos seis años no tiene ninguna deuda tributaria. Además unos ingenieros de contribuciones, hicieron una tasación de las dos casas, dándole la razón a García. Como si todo estuviera de acuerdo con los ingresos declarados. Son una tal Panduro y otro de apellido Solórzano.

-¡Qué horror! -tercio La Muñeca-. Si eso se sabe, será terrible. Un informe de la Superintendencia de Contribuciones tiene valor legal. Con ese informe, aunque el parlamento mandara a García acusado de enriquecimiento, los jueces no tendrían otro camino que declarar su inocencia. Hay que retener esos papeles como sea. Entonces, la intervención de Fujimori es imprescindible. Tienes que hablar con el chino de inmediato.

-Sí, pensaba contactar para esta semana -dijo Olivera. El también nos necesita. Además, ahora es urgentísimo porque ha llegado una carta muy fregada, en favor de García. Es de las empresas constructoras de los aviones Mirage y del Ministerio de Defensa de Francia. Dicen que el Perú sólo compró doce de los veintiséis aviones que Belaúnde había pedido. Sobre los otros catorce, ya el Perú nada tenía que hacer, porque no podía vender lo que no era suyo. Si esas cartas aparecen, y se juntan con la sanción a Larc, con las declaraciones de Ralph García, y con el informe de Contribuciones, va a ser más que difícil que condenen a García.

-Sí y no -matizó La Muñeca defendiendo su teoría-. Primero, porque estoy seguro que si palacio lo manda, las cartas que han llegado pueden perderse, y el informe de contribuciones se detendrá. En segundo lugar, porque ya no hay nada que pueda cambiar las cosas. Lo de García, es una convicción nacional. Mantengo mi apuesta.

-¡Que vivo eres! Tú sabes que según las encuestas, más del sesenta por ciento de la población cree que García robó.

-Bueno, pues me dan la razón. Pero no se trata de quedarse a esperar. Hay que seguirlo arrinconando, que no reaccione. ¿Cómo está eso del BCCI? -La Muñeca se refería al soborno aceptado por dos funcionarios del Banco Central de Reserva durante el gobierno de García. En realidad, él se enteró de ese tema varios años antes, pero entonces el dato no tuvo utilidad. Comenzó a tenerla, cuando el propuso, meses antes, que los depósitos del informe Larc, se iniciaran en el BCCI. Ese banco, ya intervenido por el gobierno norteamericano, aseguraría el desorden necesario. Si las investigaciones de la fiscalía de Nueva York, señalaban lo del soborno, sería un escándalo adicional. ¿Ya ubicaron a Neyra? -preguntó.

-Estamos a la espera -respondió Olivera. Mike ha intentado comunicarse con él, y también con Figueroa. Inclusive, a través de sus parientes sin lograr nada por el momento, nada. Pero la idea es buenísima -dijo entusiasmado-. Si el fiscal acepta exonerar del juicio a esos dos, a cambio de que señalen al responsable principal, estoy seguro que ellos estarán de acuerdo en acusar a García.

-Mientras aparecen, podemos avanzar algo -se le ocurrió al árabe-. Si Mike, en Miami, llama a la fiscalía de Nueva York y anuncia la posibilidad de presentar a esos testigos, quedará la constancia. Después mandamos un par de periodistas a preguntar en la fiscalía. Ellos les confirmarían que, en efecto, están esperando unos testigos claves. Todo eso puede trascender en el diario y Manú lo pone en primera. Es suficiente, aunque no aparecieran los otros, coincidirá con la votación.

-Hay otras cosas -anunció Olivera, para el que la tarde dejaba de ser negativa-. Uno que fue edecán de García, dice que al volver del Movimiento no Alineado en 1986, García bajó en Luxor, en Egipto, con Delgado Parker y el canciller. Para ver a su amigo, ese árabe, Abderramán El Assir. ¡Qué nombre cojonudo! Dice que almorzaron en un barco en el Nilo.

-¿Y eso que tiene que ver? -preguntó el árabe, inquieto. A su apellido le habían quitado, años antes, unas cuantas sílabas.

-Cómo, ¿no te das cuenta?, ¿acaso alguien almuerza por gusto, con un árabe de ese nombre, en el Nilo?. ¿Y para qué fue hasta allí?. Es una telenovela. Eso vale más que cualquier cuenta corriente. Hasta que aparezcan las cartas de los franceses, esto va a ser la sensación. Luxor, Tuthankamon, tesoros. Habla con la gente de tu canal: que preparen algo cómico con García vestido de árabe. Eso le gusta a la gente, y vale más que diez expedientes.

A la misma hora, López, el taxista, preocupado siempre por su voto de 1985, decía a otro cliente, que la situación de García era insostenible, que se le

habían descubierto los números de cuentas corrientes en las que tiene millones de dolares, que se conocía su casa en Miami y que sabría Dios todo lo que tendría. Que cuándo se redujo la compra de los aviones Mirage de 26 a 12, García con su asesor Delgado y un árabe, habían vendido a Irak los 14 que no compraron. Lo que es asombroso -dijo, enfático-, es que en este país no haya cárcel para estos ladrones y si para la gente más humilde. ¿Cómo cree usted que terminará esto?

-No estoy tan seguro que al final pierda García -respondió el cliente-, porque de todo lo que dicen, hasta ahora no han presentado pruebas concretas. Tal vez lo acusen sus adversarios en el parlamento. Pero en el poder judicial, se necesitarán pruebas más contundentes. Y allí puede ganar.

-Ese sería un tremendo escándalo -replicó el taxista sin contemporizar. Porque entonces tendrían que meter en la cárcel a los jueces, y aprovechar para enjuiciar de una vez, a todos los apristas.

-¡Carajo! -pensó el pasajero. Si este sabe que soy aprista me mata-. Déjeme en la esquina de la avenida Abancay -pidió al taxista-. Mejor sería que no lo llevara hasta la puerta del parlamento, porque se daría cuenta que era diputado.

El taxi se detuvo, y él bajó apresuradamente. Caminó cien metros y entró avergonzado al Congreso. Era el diputado por el Callao, al que Olivera había visto haciendo muecas. En el hall principal, se encontró con Del Castillo.

-Oye hermano -el diputado lo tomó del brazo-. Estamos jodidos, todo el mundo quiere que encarcelen a Alan. No creo que nadie vote por nosotros el día que se vea la acusación.

-Yo no pierdo la esperanza -contestó Del Castillo-. He hablado con varias gentes de cambio 90 y muchos están por rechazar la acusación. Son concientes de que es una patraña.

-Dios te oiga -dijo el otro-, separándose.

Una semana después, a las nueve de la noche, cuando los periodistas que cubren las informaciones de Palacio, se habían retirado de la oficina de prensa que da a la puerta del correo, una camioneta Toyota entró por atrás: por la puerta de Desamparados. Se estacionó en el patio de garages. El pasajero descendió y acompañado por un edecán, subió las escaleras, atravesó el salón azul, y por la parte trasera, entró al despacho presidencial. Fujimori se levantó de la mesa, y avanzó para saludar.

-Mucho gusto de conocerlo, señor diputado Olivera.

Tendió la mano -y Olivera sintió que apretaba una mano encogida, agarrada-. «El doctor Montesinos me había hablado mucho de la necesidad de esta conversación -dijo-. Gracias por haber venido».

Hablaron durante hora y media. Después Olivera salió. En cuanto traspuso el umbral, acompañado del edecán, la puerta del despacho que da a la secretaría se abrió, y entraron por ella Montesinos y Santiago, el hermano de Fujimori.

-¿Qué tal? -preguntó Montesinos.

-Bien -respondió Fujimori-. Creo que podremos confiar por un tiempo en él.

Olivera salió de Palacio, atravesó en la camioneta la Plaza de armas. Dio varias vueltas por el centro de Lima, totalmente vacío. Fue hacia el sur, hizo rodeos para asegurarse de que no lo seguían, y volviendo sobre sus pasos llegó por la avenida Carabaya al hotel Maury. Allí lo esperaban La Muñeca, Ojo de Palta y el árabe.

-¿Qué dijo? -le preguntaron casi al unísono.

-Que va a dar su total apoyo -respondió Olivera, mientras seguía pensando en la mano agarrotada de Fujimori, y en la tensa expresión de su cara. Lo único que no parecía tenso -recordaba-, eran los pies inclinados hacia adentro, tal vez porque no alcanzaba al suelo. Pensándolo bien, eran muy pequeños.

-No se cómo podemos tener un presidente así -dijo-, pero en fin, lo importante es que ahora somos aliados.

Una semana después, el jefe de fiscalización de la Superintendencia de Contribuciones llegó a su despacho, y se encontró con que ya no era jefe. Su escritorio había sido abierto por orden superior. Su grupo de peritaje, integrado por la Panduro y por Solórzano había sido cesado por inconducta funcional. Entonces por primera vez, llamó al sindicato. El Secretario General, le aseguró que haría una publicación protestando. Y la hizo, en efecto, pero en papel periódico y en un mimeógrafo manual, para que fuera pegada en las paredes del ministerio. Nadie se enteró del asunto.

Fue nombrado, en el día, un funcionario del Banco de la Nación, a quien en el apuro, no se le hizo el correspondiente traslado. También contra él publicó una carta en mimeógrafo el sindicato, pero en términos prudentes, calculando que podría permanecer en el cargo. Se nombraron nuevos peritos, y mediante resolución, se declaró que por errores en el envío por correo de la resoluciones de Don Alan García y otra, dichos documentos quedaban sujetos a una revisión, antes de su expedición definitiva. Así, el informe final anterior ya no podría presentarse en el debate del parlamento. La conversación de palacio iba dando resultados.

En el Ministerio de Relaciones Exteriores, el embajador jefe de la oficina de asuntos parlamentarios, que había recibido una comunicación del gobierno francés y de las empresas constructoras de aviones mirage, Snegma, Thomson

y Dassault, convocó a dos empleados. Durante una hora, les informó que, a pedido de, que por necesidades de, que además para tener tiempo de verificar, y que en ultima instancia porque era mejor para los tres que así fuera, la carta de los franceses no debería llegar por el momento a su destino. Uno se atrevió a decir que ya se había enviado «eso» a la comisión Olivera. El jefe contestó que eso no era problema. El otro insistió en que había un cuaderno de entregas firmado. El jefe preguntó qué se podría hacer en ese caso. «Siempre hay algo que se puede hacer» -respondió sonriendo el empleado-.

La carta en francés del 12 de marzo, que demostraba lo absurdo de la suposición de venta de los aviones Mirage, se perdió en el escritorio de la dirección, y nunca llegó a su destino. Aparecería en algún momento cuando García ya estuviera acusado.

Y, en esos días, a todos los diarios llegaron dos telex de la agencia Efe, española. Ambos sobre el mismo tema. En uno, el fiscal Morguentau de Nueva York afirmaba que el presidente García no conoció del soborno a los dos funcionarios. En el otro, aparecía diciendo que si lo supo. Este fue el titular. Después, dos revistas y un canal de televisión lograron entrevistar directamente a Morguentau. Confirmó el primer telex. Pero el escándalo ya estaba hecho.

-¿Viste qué efectivo es Mike? -preguntaba La Muñeca. ¿Quién iba a decir que era íntimo del corresponsal de Efe en Nueva York? Es un abogadazo.

Dos semanas después, ganó su apuesta. La cámara de diputados por mayoría, votó la acusación constitucional. En los partidos de derecha, se pasó lista previa para impedir las deserciones y los viajes. Otros, justificaron su voto diciendo que al final, era a Alan García a quien mas convenía que este asunto lo viera el poder judicial. «Si no hay nada -dijeron, saldrá limpio».

En los treinta días siguientes, el trámite se aceleró para confirmar el voto en la cámara de senadores. Eran los mismos partidos, en idéntica proporción y actitud. Lo único distinto fue que García, como senador vitalicio, tendría la posibilidad de defenderse en persona. Compareció previamente ante una comisión, y en ella, expuso durante varias horas los mismos argumentos.

II

ERA EL DIECINUEVE de octubre, y la sesión comenzó con dos horas de atraso. Tres cadenas de televisión trasmitían el acto culminante. A las ocho de la noche, llegó García y ocupó su escaño, cuando una senadora de su partido comenzaba a intervenir. De acuerdo a lo previsto, le cedió su intervención. García tenía ordenados dos discursos; podía politizar el tema, en un discurso

breve, vinculando la acusación con las decisiones de su gobierno, y pedir a su partido que votara por enviar el tema a la corte suprema. Podía, también, hacer un análisis estrictamente jurídico de los argumentos y hechos invocados por la acusación. Eligió la segunda, porque a pesar de lo dramático de la primera, creyó que aparecería ante los apristas, como una evasión a los cargos concretos. Ganó el abogado, perdió el político.

—Ya se fregó -dijo Ojo de Palta por teléfono-, porque al entrar en el terreno jurídico y contestar uno a uno los cargos, lo único que hace es echarse más mierda encima. La gente ya no entiende de informes y descargos.

—Este se va a dedicar a tirarnos basura a todos -pensó, sentado en su curul, un ministro del régimen anterior al de García. Seguramente va a hablar de los mercados y de las cárceles españolas. O de los barcos Pachitea y Mantaro. ¿Y si invoca que el rey le dijo en Madrid que había en lo de las cárceles una tremenda coima? En ese caso habría que interrumpirlo. «Que lo haga el cuzqueño que está borracho» ¿y qué pasaría si menciona lo de la comisión de los Mirage. Eso que contó el general? Que los habían convencido a los de la junta técnica para que se decidieran por los Mirage y no por los Suthoi Soviéticos. Que la comisión se la iban a poner en Panamá, sí, sólo quinientos mil a cada uno. Pero que él sabía que el loco Verno se había quedado con más de un millón, y que lo otro era para el exministro con su hermano. ¡Cómo le había tirado la lengua a ese imbécil!

—Te felicito, eres el primer ministro al que nombra el presidente electo -le habían dicho. El otro sonreía, la nariz corva, el vaso de Wisky apretado. Lo vació de un sorbo: que muy agradecido, que cuanta emoción, que otro trago. Y ahora, en confianza. Que le dijera para contarle al presidente electo, como había sido eso de los Mirage. Y él: en confidencia, claro, que los habían «convencido» a los de la junta técnica, que se decidieran por los Mirage y no por los Sukhoi soviéticos. Que la comisión se la iban a poner en Panamá, sí sólo quinientos mil a cada uno. Pero que él sabía que el loco Verno se había quedado con más de un millón, y que lo otro era para el exministro con su hermano. Y el otro, tirándole la lengua, intrigante, tenía ya en el bolsillo el informe de extranjería con las salidas a Panamá, de él y de su novia, y las propiedades de ella. Había salido a hablar por teléfono.

Y un minuto después, desanimándose: «oye, ¿y por qué mejor no ponemos a alguien de ministro, hasta que tú termines tu alto cargo?» Y así se había quedado sin ministerio y un mes después del gobierno, le habían pedido su renuncia. Luego, ni a él ni a los otros, les habían llegado las cuotas restantes a Panamá porque todo se interrumpió. Y a la salida del consejo de ministros, en

el que se le pidió la renuncia, García encontró un edecán militar. «Se quedó usted sin comandante» -le anunció. Y el otro respondió sonriente: «así es el fútbol señor presidente».

García hablaba de las casas, de sus impuestos de los últimos trece años. mostraba los papeles. Pero eso no servía de nada. Clamaba: y si ya llegó la carta de Francia, por qué me acusan, y si ya el rufián de Miami dijo que no era cierto, de qué me acusan. Y si los vendedores de mi casa dicen que el precio fue el que fue, por qué me acusan. Y si nada de lo que han dicho de casas en Miami, en París, en Buenos Aires era cierto, por qué me acusan.

Mientras hablaba pensó que todo eso lo había repetido en sesentaidós programas y noticieros de televisión, que en año y medio había comparecido quince veces ante el parlamento. Los otros sabían de memoria todo eso. Se sintió hablando en japonés. Nadie lo entendía. Tal vez movía la boca sin emitir sonidos.

-Y si saca los papeles de la casa que le compré al narco por cuatrocientos mil dólares en La Molina, y pregunta por mis ingresos -se decía el diputado acusador. Y el otro en su casa pensaba en lo de las fabricas de cemento.

-Cómo hago para sacar a Delgado de este lío, sin decir que el delito no existe -pensaba el senador de la comisión investigadora de los Mirage. Hacía dibujos en un papel, aturrido por los altoparlantes. García nombró a Delgado, su asesor, su compadre, su compañero, como presidente de la comisión que viajó, negoció y firmó. El senador, tenía en su maletín copia de las cartas que se perdieron en el Ministerio, había estado en París. Además, en la guerra del golfo se supo que Irak nunca tuvo aviones Mirage. «Eso está claro» -pensó-. «Pero no puedo decir que no hubo delito, porque le doy la razón a García. Tampoco puedo decir que si lo hubo porque comprometo a Delgado, y él tiene un canal de televisión que puede ayudarme en la próxima elección. Sería un enemigo muy poderoso. Volteó hacia el del lado, un senador de la sierra, abogado. Le consultó. «No digas nada, García ya está condenado» -respondió el otro.

-Alan está jugando de nuevo a caballero -dijo aburrido un aprista-. Aquí se trata de sacar navaja, para morir matando.

La suerte estaba echada. Dos horas y media de alegato inútil, por gusto. A nadie le interesaba escuchar o entender. Concluyó su discurso. Salió inmediatamente, aburrido de sí mismo. ¿Y a qué hora se metió en esto? Que esta factura ya era muy grande -se decía-, por el dudoso honor recibido.

-Que se quede a escuchar -reclamaron algunos. El ya los había escuchado quince meses.

Salió. En la puerta, se encontró con el olor a incienso del Señor de los Milagros. La imagen había pasado unas horas antes, con cien mil fieles alrededor. Muy adelante de ella, los vendedores arrastrando sus carretillas. Después aquellos que esperaban ocupar un punto alto desde donde mirar la imagen. Y luego, un río de gente más apretado y lento conforme se acercaban las andas. Pielos oscuras, todos vestidos de morado, pasaban los nazarenos, las cantoras, las sahumadoras balanceando sus inciensarios. Luego la música rítmica y la imagen que se detiene cada veinte metros. Después más gente, y por fin, más vendedores.

Todo eso había pasado unas horas antes y García sintió el olor de la multitud y el incienso. Lo siguió unas cuadras, y a mil metros, desde una calle, lo vio de lejos. Pintado por un negro sobre un muro, pero de perfil esa noche, ajeno. «Señor de los milagros, a ti venimos en procesión», decía el coro, repitiéndose como un eco en la calle oscura. No habría milagros para el esa noche. «Tampoco hay milagros en la política» -pensó. Se fue a su casa.

Se fue pensando que todo esto comenzó con lo de la banca. A diferencia de la deuda externa, esa fue una decisión política mal calculada. ¡Qué terrible error es repetir un comportamiento parecido al que antes dio resultado! No expresó nada consensual. La integración del sistema político fue parcial y precaria. Quedó preso de mejorar los salarios y aumentar el gasto, para no perder el sustento popular que era su única defensa ante los banqueros. Y ya no fue posible dar marcha atrás en la emisión, ni aumentar los impuestos.

Como le habían sugerido, hubiera sido más fácil dar un golpe de estado antes de ese 28 de Julio de 1987. Antes de la nacionalización. Con las normas vigentes, pelearse con el dinero era una batalla perdida. Hubiera sido diferente cambiar el sistema: echar la culpa de todo al terrorismo y a los ricos que no querían reinvertir, quemar a alguna gente en auto de fe, como a él se lo estaban haciendo. Por lo menos ese fue el consejo que le mandó Montesinos. Y él: tontamente convencido, que ganaría la batalla en las calles, con inteligencia. ¡Qué tontería! porque la gente sólo está con quien gana, y sólo protesta ante quien le permite protestar.

Se fue rumiando todo eso, otra vez, hasta su casa.

-¿Cómo te fue? -le preguntó su esposa.

-Bien -respondió.

Hizo como que se iba a dormir. No podía, era muy temprano. A las once y media le pasaron una llamada. Era muy importante -le dijeron.

-Buenas noches doctor -la voz era inconfundible-. Le habla Susana.

No era una broma. Era la esposa de Fujimori. Contestó el saludo, a pesar de la sorpresa. Ella le explicó la relación de fuerzas al interior de Cambio Noventa. Y García no atinaba a decir nada. La intercepción telefónica estaba de moda. Le dijo que el senador Villanueva debería hablar con una senadora del gobierno. El respondió que lo haría y agradeció.

Treinta minutos después, la misma llamada y la misma estrategia. Entonces él pensó que podía ser el doble juego del ocupante de palacio. Quien llamaba podría estar en ese momento al lado de Fujimori. Cuando, veinte minutos más tarde, sonó de nuevo el teléfono, ya no respondió. «La cosas que tienen que pasar, que pasen pronto, sin más enredos» -pensó.

Así fue, los senadores confirmaron la acusación de la Cámara de Diputados. García estaba dormido. Ya lo sabía.

-Política, política -exclamó sin alterarse Trotsky-. Lo acusan porque le tienen miedo.

Eran las tres de la mañana cuando escuchó la noticia en la radio. Frente a él un técnico de comunicaciones, de guardia como él esa noche, se quedó en silencio. Estaban en la sala de la base, en Chacarilla. Dos grandes, viejos termos con café, algunas galletas Field. Era todo lo que tenían. Pero sus noticias si eran positivas. Trotsky podría jurarlo. Estaban ya sobre la pista de Guzmán.

Casi dos años de paciencia. Vendedores ambulantes, basureros, empleados de la empresa telefónica -todo eso habían sido. Más difícil, sin embargo, fue mantener el secreto. Pero ahora tenían vigiladas cuatro casas. En una de ellas, de todas maneras estaba el fulano. Trotsky había preparado una larga exposición. Y si los superiores no tenían el tiempo suficiente, también tenía un informe escrito. Croquis, planos, dispositivos. Mañana sería el informe al coronel. Y de inmediato golpearían las casas. Para eso necesitaba más hombres.

-Esperese unos días -respondió el coronel.

Una semanas más tarde, Trotsky insistió. Que el cumplía con comunicárselo, mi coronel -dijo-. Que a partir de ese momento ya no lo consideraba de su responsabilidad porque Guzmán podría abandonar los lugares señalados.

Y así insistió un largo tiempo, hasta que un día.

-Mire Dueñas, le voy a pedir un servicio, como amigo -el coronel se había puesto serio. Acompañeme a una reunión, en secreto.

Trotsky esperó varias semanas, siempre vigilante. Felizmente el objetivo, sí estaba allí, no se movió. Sólo después de mucho tiempo, le avisaron que se constituyera a la oficina del coronel, que fuera solo.

III

SENTADO EN LA VÍA expresa, Jiménez recordó que había dejado su automóvil frente al Tobara. Si los otros seguían allí, tendría que volver a tomar con ellos. Fue caminando para que la noche afirmara su serenidad. Sin embargo, conforme se acercaba al bar, la imagen de Parco, orinando y dispuesto a decirle las cosas más terribles, renacía. Quiso llegar pronto y no encontrar a nadie. Pero los otros ya no estaban. Se habían ido borrachísimos, cada uno por distinto lado.

Jiménez manejó con cuidado hasta su casa, mientras lo atormentaba de nuevo la imagen de la otra con su amante. Seguramente ese se acostaba con ella prometiéndole matrimonio. Después la dejaría, engañada, jodida, y se iría riendo a contar a sus amigos sobre la mujer de un capitancito que se levantó. Al pasar por Barranco, donde habían ido tantas veces a comer los dulces que a ella le gustaban, la ansiedad era ya odio, desesperación. Toda la serenidad del llanto había pasado. Ahora, en el deseo de hablar con su esposa no había calma. Era la necesidad confusa de destruirla, mezclada con la esperanza de aferrarse a ella. Porque todo el daño que no podía hacerle a la otra, si podría hacérselo a su esposa, y cuando ella sufriera, él podría consolarla. Porque una manera de encontrar consuelo -se decía-, es consolar a alguien, y una manera de aferrarse a alguien es destruirlo. Se sentiría segura de él -pensaba-, cuando le contara lo de la otra. Y al final, cuando llegó a Chorrillos, ni ésta, ni la de más allá, eran diferentes. Las dos lo ofendían, aquella con sus grititos y ésta con su bondad.

-¿Qué te pasó gordo? -lo saludó la esposa-. Estaba preocupada por ti.

Y el mirándola, pensó que era tan diferente, con su bata y sus pantuflas. El embarazo y el trabajo en la casa la habían dejado para siempre en la actitud de estar recién levantada, arrastrando los pies con un sonido, que a él le molestaba. ¡Era tan diferente del paso marcial de los cuarteles! Escuchar arrastrarse las suelas de las pantuflas, lo deprimía.

-Nada -respondió al saludo-. Nada -que nos entretuvimos un poco. Y allí se olvidó de todo cuanto tenía que hablar y confesar. Había venido ansioso a volcar sus penas con la pasión de un deseo disfrazado. Pero ahora comprendió que había confundido los lugares. Porque hacer una confesión, causar dolor y transferir una pena tenían otro destino. Su placer sería conmover lo distante, lo inalcanzable de una hembra ajena, por joven, por lustrosa, por puta. Y sacudirla con las confesiones más horribles, abatir en ella el orgullo, hacerla llorar. Luego consolarla para reconstruirla en su poder, en su independencia y sentir allí, sólo en ese momento, que toda esa fuerza le pertenecía. Porque después

recomenzarían, sus celos, su admiración por ese cuerpo joven. Tan abierto a todo lo posible, y tan ajeno que aunque estuviera a su lado nunca sería suyo.

En cambio, a esta buena mujer de en frente, que mérito tendría arrancarla ahora de su seguridad maternal, si a ella, mujer-madre la deseaban tan pocos hombres. Se calló. Se guardó todo. Entró en el dormitorio para ver a su hijo.

Comieron en silencio. La televisión estaba encendida. De vez en cuando se entreabría la puerta batiente de la cocina y un olor a fritura de ajos llegaba hasta él. Comía sin sentir claramente los sabores, pensando hondamente en lo vivido. Cuando niño, aprendió de memoria tantas poesías de Vallejo que su canto lo acompañaba, y se entretenía pensando sus problemas con los versos. Por eso recitaba para sí mientras comía su saltado de carne con papas y arroz: «que estará haciendo ahora mi andina y dulce Rita, de junco y capulí, en esta hora en que me ahoga Bizancio y que dormita la sangre como flojo cognac dentro de mi». Nada -se decía, al sabor de los ajos del arroz-. Nada -repetía-, solo estará comiendo en algún restaurante de Miraflores. Uno de esos a los que nunca fuimos, porque no me alcanzaba el dinero, y comerá triunfante, con el otro. Y después bailará en el club Mediterráneo y no se acordará de la escena de esta tarde. Y otra vez Vallejo, «empezando como charco de culpa en la mirada», bacanes, pitucos, y yo aquí, en esta casa de servicio que nunca será mía, como no lo será tampoco ella. Yo aquí, uniformado, comiendo arroz en el hule barato de la mesa que tampoco es mía. Bacanes, pitucos de mierda. Y nosotros que nos rompemos para terminar con los terroristas, y hacemos un trabajo que al final, más los beneficia a ellos.

-¿Qué pasa gordo, que estás tan calladito? -dijo ella. Y otra vez Vallejo, porque al hablarle ella lo palmeó, y él «volvió los ojos, pobre, porque por sobre su hombro lo llamaba una palmada» Nada -le dijo-, cuestiones de trabajo. Nada -pensó-, que me va a pasar, que me han dejado por uno con más plata. Y ella, tan buena, tan madre, sonrió, sin saber lo que él pensaba.

Comió su naranja, cortada en cuatro, y dejó, casi a propósito que las gotitas del jugo, descuidadamente le mancharan la camisa. Era todo el daño que podía hacerle abiertamente a ella, Y pensaba si las indias campas podrían traer de nuevo el agua de la selva para lavar la ropa. ¡La selva! cuando no conocía a la otra, ni la otra lo había hecho sentir como esa noche, tan usado, humillado, tan poca cosa, con un trabajo que nadie entendía ni agradecía, porque nadie debía saber.

-Vamos a dormir que debes estar cansado -dijo ella. Fueron al dormitorio. Pobre su mujer, pobre su colcha barata comprada en la tienda Tía. Echada ella con su camisón brillante; echado él, en calzoncillos, ¡qué poco tenían que

decirse en ese día de derrota! Y ella no sabía nada, pero lo acompañaba en silencio, en su retirada.

Conversaron cosas rutinarias. Ella le contó que la gente que había en el Bazar del ejército ese día, hablando de los sueldos congelados que ya no servían para nada, era la misma de siempre. El reconstruyó como pudo los cebiches, los frijoles, las cervezas, las bromas del mayor Menéndez, el flaco de bigotes retorcidos. Ella se reía, recomendando la pobre, que no volviera al Tobara, un lugar de muchos muertos. Y un rato después se durmió. Y al verla tan indefensa, tan poca cosa frente al odio despertado por la otra, la inquietud de él volvió. Pensó que habría sido mejor, hablarle, confesarle, pero ahora el sueño de ella había cerrado ese capítulo. ¡Qué tonto sería despertarla para decirle esas cosas!

Pero también le hubiera contado otras angustias anteriores. Ella no sabía nada de lo de Barrios Altos. Ella creía que en los operativos, patrullaba Lima en las tanquetas. Si él le contara lo del niño que cayó como si fuera de algodón, atravesado por las balas de la metralleta con silenciador. ¿Qué diría? ¿Y lo de los gordos que comían pollo, y quisieron correr hacia la pared del fondo como si hubiera una puerta?

Peor había sido lo de los estudiantes de la Cantuta. Eran las once de la noche, y Jiménez, lúcido, se acordó del asunto con todos los detalles. Habían llegado al lugar detrás de los almacenes de Ecasa. Rivas, que dirigía la operación, hizo que los soldados siguieran sentados en los camiones. De los automóviles que los habían guiado, bajaron varios hombres vestidos de civil. Comenzaron a sacar a los detenidos, de dos en dos, con la cabeza cubierta. Jiménez mantenía la calma, porque después se iría en el camión a Chorrillos. Pero cuando todos los sospechosos estuvieron dentro de la casa, Rivas ordenó que los camiones volvieran al cuartel, y le pidió a él, Jiménez, que se quedara.

-Tú te quedas, después yo te llevo en la camioneta -le dijo mientras pensaba, que ahora sí se iba a hacer hombre: el coronel asistente le había contado de sus temores.

Entraron a la casa juntos. Era una especie de quinta, con un pequeño jardín delantero, separado de la calle por una alta pared. Detrás de la pared -se sorprendió Jiménez-, había un garage en el que cabían con facilidad los cinco vehículos, y hubieran podido entrar los camiones. A la vez que crecía su inquietud, Jiménez sintió orgullo de conocer otra base de acción antisubversiva. La construcción era grande. Un hall conducía a la sala, luego a un salón. Tenía comedor y una habitación espaciosa seguramente construida para servir de escritorio. Al lado del comedor una puerta que debía llevar a la cocina. También una escalera hacia el segundo piso.

-Ponte cómodo -dijo Rivas, sentándose en una de las sillas frente al escritorio-. Jiménez comprendió que el otro conocía muy bien la base. Posiblemente era el de mayor jerarquía. En la otra sala y en el comedor, los civiles de los automóviles conversaban, con la actitud de estar en una oficina pública. «Son policías» -pensó Jiménez porque el ambiente le recordó una comisaría. En una mesa uno escribía lo que podía ser un cuaderno de partes. Fuera de la casa, alejados de la calle por el muro, unos cinco hombres vigilaban, armados de metralletas provistas de silenciador. Jiménez vio, en el jardín trasero, que allí también había centinelas. «Es una base en forma» -pensó con orgullo.

Al acercarse a los otros de la sala, Jiménez creyó reconocer vagamente a uno. Sí, podría ser un oficial subalterno con quien había trabajado cierta vez. A los demás no los conocía. «Debe ser la gente de Montesinos, de la que tanto se habla» -pensó. En ese momento, uno de ellos, se acercó a la escalera y desapareció debajo de ella. Jiménez comprendió que había un sótano y que en él estaban los detenidos.

-Ven -le dijo Rivas al cabo de un rato. Bajó con él y miró: Era una sala con varias puertas. Cada una daba a un consultorio. Así los llamaban. Se dio cuenta que el trabajo duraría varias horas. Además, en el sótano, los gruñidos retumbaban. Ya habían llenado con trapos la boca de cada detenido, y los estaban empaquetando, los envolvían para colgarlos. Vio que a uno de ellos, arrodillado, lo sujetaban dos efectivos, y el tercero le golpeaba las costillas con la culata.

-Es para ablandarlo, para que no oponga resistencia al levantarlo -le dijeron. Y el empaquetado bufaba, soplando.

Un rato después comenzó el trabajo en serio. Los operarios se alentaban. Tenían todo lo necesario: las vigas, las cuerdas, la tina, los alambres, el embudo. También una radio a todo volumen para llenar el ambiente: así los gritos no pondrían nerviosos a quienes trabajan. Estaban tocando el Compay Gato, una huaracha. Cada vez que se escuchaba algo inteligible, de los otros cuartitos salía un coro de gruñidos. Seguramente para evitar que quien confesaba, siguiera hablando. «Por decirme gato lo voy a matar, a mi compadrito lo voy a matar». Jiménez había asistido a ese trabajo varias veces, pero no estaba en ánimo de verlo nuevamente. Volvió a subir, fue al segundo piso, y encontró un sillón. Sentado, pensaba en lo suyo, en su viaje, en que ya estaba cansado de lo mismo y de tanto tiempo. En que le hacía falta algo de libertad, que ya la tendría dentro de poco. «Ay, ay lo mato, por qué, por qué, por qué» -la canción continuaba abajo, cada vez más lejana. El no supo cómo, pero se quedó dormido.

-¡Despiértate, bello durmiente! La voz de Rivas lo volvió a la realidad. Son las cinco de la mañana. ¡Qué bien lo has pasado!

Miró su reloj, era verdad. Qué cansado había estado. Se estiró, frotó su ropa arrugada, sus párpados. ¡Qué bueno sería un café a esta hora! -pensó. Fue a echarse agua a la cara y le preguntó al otro como había ido la cosa. «Bien, bien» -respondió. Volvieron al primer piso y entonces el vio las bolsas de polietileno.

-¡Carajo! Se los han tirado a todos -pensó crispado: ¡Para qué me quedé aquí! Una sensación de repugnancia comenzó a invadirlo. ¡Mientras él dormía! ¡Mientras él dormía. No dijo más.

Salieron. Los bultos de polietileno eran cargados en un camión. Recorrieron otra vez las calles, otra vez hacia el este, hacia los cerros, por otro camino. Llegaron a las pampas de Huachipa, entraron por la ruta de tierra. Allí, rociaron las bolsas con gasolina. Todo ardió. Jiménez se había quedado dentro del automóvil, pero a doscientos metros de distancia le parecía sentir el olor de la carne quemada. «¿Y si alguno estuviera vivo aun?» -pensó. Mejor no decir nada. «Dirían que me faltan huevos» -se dijo. «Debí decir que estaba enfermo» -acabó de culparse: ¡qué bruto he sido! Es la última vez -se repetía- es la última. «No, no quiero ir a tomar desayuno» -respondió a la invitación-. Prefería irse a su casa y pedía que lo dejaran en la esquina de Panamericana con Benavides. «Yo de allí me voy».

Mientras su esposa dormía, pacífica, buena; Jiménez daba curso libre a sus pensamientos. Llevaba ya varias noches haciéndolo. Aún antes de lo ocurrido esa tarde en el Tobará. Lo consolaba pensar que todo terminaría pronto: se iría. Sí -pensó-, pero para qué, si con lo de esta tarde irse ya no tenía sentido. Eran las dos de la mañana. Y recién había visto sobre la mesa de noche la comunicación de la Dirección de Personal. Tuvo un mal presentimiento. La leyó. Lo destinaban a la Tercera Región, al sur, como asistente de un coronel. «Es un error -pensó. Yo voy al extranjero». No, el memorándum estaba dirigido a él, bien claro, lo destinaban al sur. Lo de la agregaduría en la junta sería para alguien más envarado. «Sí, tú te quedas aquí, -se dio cuenta-, a trabajar como siempre, con tu sueldito y sin ella». ¡Desgraciados! ¡traferos! Ha sido el coronel asistente -se daba explicaciones-, ha sido Rivas.

Se levantó, caminó como un desesperado, repitiéndose que lo habían engañado. Se maldijo. Era muy tarde. Debería ir hasta un teléfono público para intentar hablar con ella. Ha sido Rivas. Pero iba a demorar mucho, mejor sería llamar desde el teléfono de su casa. La llamó, hablando en secreto. Que no

estaba -le respondieron-. Que había salido de viaje, que dentro de un mes -le dijeron.

¡Mentira, carajo, mentira! -se dijo. Ha sido Rivas. Todo el mundo me miente esta noche -estuvo a punto de gritar.

CAPITULO SEXTO

¿POR QUÉ NO HABRÁ VENIDO MÁS GENTE?

I

—HE PASADO por cuarta vez, y los soldados no han revisado el carro —le dijo entusiasta la joven de ojos negros. Hizo después un recuento de las otras salidas. En la primera, como a todos los vecinos de la manzana, la habían detenido en el retén de la avenida. Allí, junto a una de las tanquetas, mientras un soldado revisaba el asiento trasero, el conductor debía bajar del automóvil y abrir la maletera. A la joven le había sorprendido que al volver, detuvieran su automóvil nuevamente.

—Creo que estás en la casa, en el túnel que dicen que tiene, o que alguien puede venir a buscarte.

Igual procedimiento en la segunda salida. Pero, a la tercera, al detenerse el automóvil, el teniente al mando del pelotón había reparado en la juvenil belleza de la conductora. Se acercó, solícito.

—¿Cuántas veces me van a revisar? —se quejó ella, aprovechando la oportunidad.

—Disculpe señorita —contestó turbado el teniente—, pero son las disposiciones. Se acercó un poco más y quedó sorprendido al encontrar en el asiento trasero un niño en una pequeña silla portátil. No tenía más de un año.

—Ah, perdone otra vez —dijo—. No sabía. Ya, soldado —ordenó al de la tranquera. Deje pasar a la señora.

La joven contestó con una sonrisa y el automóvil arrancó. La siguiente salida, una hora más tarde, fue solamente para confirmar lo anterior. En esta

ocasión, bastó saludar con la mano. El teniente sonrió y ordenó levantar la tranquera.

Ya habían pasado dos días desde que encontró asilo en esa casa. Le asignaron uno de los cuartos principales, cerca del escondite del primer día. Desde la ventana, podía ver, día y noche, las evoluciones del personal de tropa formado en la calle. Vio como agentes del servicio de Inteligencia trasladaba en camiones todos sus archivos y sus libros con destino al Cuartel General del ejército. Escuchaba ansioso la radio y oía las comunicaciones triunfalistas del momento; también las salidas de Fujimori a la calle y el aplauso de la multitud. Estaba sorprendido de que, salvo dos medios, nadie hablara de su suerte. Ninguna filmación de la casa rodeada y ocupada por la tropa. «Así es» —pensó.

El primer día, con una filmadora doméstica, intentó una comunicación para hacerla llegar a los canales. Se animó a solicitarlo. El pequeño cassette salió rumbo a su destino, a través de varios conductos. Inútil. Nadie se animó a pasarlo. Debió ser enviado esa noche hasta Miami, donde se entregó a la agencia Eco, que lo difundió.

Supo, por la emisiones internacionales, que su esposa había regresado a Lima el lunes, que no la habían dejado entrar a la casa donde estaban sus hijos. Consideró entonces la decisión de salir y entregarse. La desechó: de nada hubiera servido. Además, confiaba en la madurez de Josefina para manejar la situación.

En la seguridad de la casa, sabía sin embargo que la situación no era sostenible. Imponer su presencia a la familia lo avergonzaba. Por eso, en la noche el martes, intentando restar dramatismo a la voz, le dijo al dueño de casa:

—Si mañana no se levanta el cerco militar, tengo dos opciones, o bien salgo por la puerta avisando previamente a algún diplomático; o intento volver con la escalera hasta mi casa. De una o de otra manera, voy a ser descubierto, pero no quiero comprometerlos. Y el dueño de la casa le replicó que podía quedarse quince días si quería, que el plan de volver a su casa era suicida. Había que esperar unos días más. Ya se levantaría el cerco.

Esa tarde llegó de visita una sobrina de la familia. Oculto tras una puerta corrediza, la vio. Intentaron esconderlo de ella, pero después le explicaron que su presencia era frecuente, que era de toda confianza. Ella supo de su decisión de abandonar la casa, e hizo un estudio del terreno. Entonces propuso hacer varias salidas hasta familiarizar a los soldados con su ir y venir. Sabía que un elemento esencial era su pequeño hijo.

II

EL ALA ESTE DEL PALACIO de gobierno, había sido ocupada por el Ministerio de Justicia, desde la construcción del edificio en 1939. Pero en el gobierno de García, se desplazó esa institución a otro inmueble en Lima. Desde entonces se habilitó el Despacho Este, llamado así, por la dirección hacia la que se orienta. Allí recibía ahora Santiago Fujimori, el todopoderoso encargado de la cooperación internacional. Y, ese día, estaba en la antesala, esperando, el vocal supremo Pantoja.

Con sesenta y ocho años de edad, acababa de ser nombrado en el gobierno de los Fujimori, a los que conocía hacía treinta años. Antes, había pretendido el nombramiento con desesperación, calculando que se acercaba a los setenta, la edad en que sería jubilado. En el régimen de Belaúnde no fue considerado ni en las ternas, porque un senador abogado manejaba todo aquello. Después, en el gobierno aprista, había exhumado su juventud afirmando ser de la vieja guardia del partido. Buscó infructuosamente algunos amigos que dieran fe de su militancia política, pero nadie lo recordó. Llamó a un juez joven y le suplicó. Y, al fin, había llegado al despacho presidencial.

—Señor presidente, esta es mi mejor carta de presentación — dijo después de saludar. Extendió un viejo carnet rojo, con su foto, su huella digital y con un sello de plástico que imitaba la firma de Haya de la Torre. Data de 1945. García miró largamente el carnet. «Ya he visto miles de estos» — pensó—. Fueron expedidos cuando el Apra en 1945, era casi el partido de gobierno y habían sido guardados durante cuarenta años, a la espera de una ocasión como esa. El sello que imitaba la firma de Haya estaba casi borrado. ¡Qué pobre hombre es éste que me trae el juez Vega! — se dijo—. ¡Qué vergüenza el estar mirando este carnet!

Pantoja, frente a él, sentado, pensaba que había sido providencial encontrar el documento en la casa de su madre. Allí había estado guardado, casi desde su expedición, pues, de inmediato, el gobierno se había vuelto antiaprista y él, afortunadamente había sido nombrado escribano. Nadie se enteró de su inscripción en el Apra. Podía haber sido además, contemporáneo del padre de García. «A ver, ¿cómo era? Sí, se llamaba García Ronceros». Tal vez una mención a él, como si entonces lo hubiera conocido, ayudaría. Iba a decirlo, pero antes de que hablara, García se le adelantó.

—Sí, doctor, aquí nuestro común amigo me informó de su justa aspiración —le había dicho—. Pero lamentablemente, ahora está en una terna en la que hay un magistrado con gran reputación de jurista, y sobre el cual los senadores,

tanto del partido del gobierno como de la oposición, tienen una especie de consenso. Este es el problema.

Pantoja, con su terno gris, había compungido la expresión, y llorado amargamente. Ninguna vergüenza tenía ya sentido. Había argumentado:

—Ese abogado no es aprista. Pero García no le respondió. Sólo le dijo que en la próxima terna, tendría especial interés en él. Se lo había dicho como si él fuera un tonto, muchacho de mierda, creyendo que podía engañarlo.

Vino el cambio del gobierno. Estaba mucho mejor, porque había ayudado a Montesinos a obtener los expedientes de Fujimori. Y en cuanta ocasión hubo, juró lealtad. El carnet rojo había vuelto a la casa de su madre, salvado del primer intento de romperlo: ¡nadie sabe qué puede pasar! Y de pronto había sido escogido para la Corte Suprema.

La puerta del Despacho Este se abrió y entró Pantoja. Caminó con timidez, para no ofender, como pidiendo perdón. Santiago Fujimori, el hermano del presidente, lo saludó secamente.

—¿Cómo está usted, doctor? No le dio la mano. Con un gesto lo invitó a sentarse. Hace un año hubiera sido al revés — pensó Pantoja. Porque hasta ese entonces, este Santiago era solamente un chinito con suerte. Pero ahora, a pesar de que él era ya un vocal supremo, el otro se crecía. Así es la vida.

—Bien, don Santiago —empezó—. Sin que se diera cuenta el gesto del otro le había impuesto usar el don. He venido, según conversamos, con dos de los vocales de la sala suprema que ve el caso del expresidente. Ellos no me han adelantado nada sobre su criterio, pero demostraron interés en concurrir a su invitación.

Los otros entraron. La escena fue muy breve. Sospechosos de ser apristas, los vocales debían saber que en el caso absurdo de fallar en favor de García, el partido del gobierno apoyaría la propuesta de renovación de toda la Corte Suprema, propuesta que presentaría el diputado Olivera. Claro que —fue al grano— si como la constitución y los hechos lo imponían, ellos enjuiciaban a García, podían contar con la seguridad de que sus derechos serían respetados. Santiago era un hombre de pocas palabras. Los otros escucharon, aseguraron que cumplirían con la ley, pero nada más. Pantoja sudaba, su ambición de ser presidente de la Corte Suprema estaba naufragando.

Cuando salieron les reprochó no haber dicho algo más concreto.

—Japonés de mierda, cree que nos va a asustar—le dijeron a Pantoja—. Si tú quieres, arreglate con ellos, pero no nos vuelvas a embarcar en esto. Pantoja, deseoso de agradar, ofreció a Santiago, volver con otros vocales más decididos. Pero sólo pudo comprometer a uno, aunque no era miembro de la sala que

vería el caso. Y lo llevó, «algo es algo». El vocal se llamaba Víctor Raúl. Antes de 1985 era solo Víctor, pero en el gobierno aprista usó su nombre completo. Estaba orgulloso de llamarse como Haya de la Torre. Ahora, lo había recortado otra vez.

Durante el régimen anterior dudaba entre obedecer al senador de oposición que representaba a su provincia, o a un senador del APRA. Al final, a los dos a la vez. ¡Cómo sufría Víctor Raúl! Llevó su familia entera a conocer a Alan García. Le recordó que lo había escuchado en la Plaza de Pueblo Libre diez años antes. Sonreía, sinceramente, lo quería de verdad, pero tenía mucho miedo, miedo de volver a ser poca cosa. Por lo menos, ahora era un supremo. Y después del gobierno, bebió cerveza, pisco, todo lo que fuera posible, con Montesinos, con Pantoja, para que no lo identificaran con el APRA. Por eso había aceptado ir al Despacho Este. Decían que podría haber un golpe y que iban a cambiar a la corte suprema. El tenía menos de sesenta años. De verdad sentía cariño por Alancito, pero que horrorosa le parecía la perspectiva de volver a ser un abogado sin clientela.

Llegó con Pantoja a la puerta del despacho. El guardia les dijo que lamentablemente don Santiago, estaba con el presidente en el otro lado de palacio. Que no volvería hasta la tarde. Por el momento Víctor no pudo decir lo que tenía que decir.

III

DESDE EL PISO DEL ASIENTO trasero veía pasar los árboles como a través de un espejo. El auto lo condujo a una dirección conocida. Allí, la conductora bajó e informó de su presencia a los habitantes de la casa. Sintió que se abría la puerta del garage y el auto entró.

Abrazó a sus compañeros y el coche partió sin que alcanzara a agradecer a la joven.

—Gracias a Dios —dijo el dueño de la casa. De inmediato añadió—, no puedes quedarte. Ayer en la tarde tres policías vestidos de civil, dejaron esta citación. Sacudió nerviosamente un papel en la mano. Le exigía presentarse con su arma para una verificación. «En cualquier momento vendrán a revisar la casa —dijo—, si es que no está ya bajo vigilancia».

Comprendió su imprudencia. En los últimos dos días había olvidado casi totalmente los nombres y posibilidades. «Es la tensión, tal vez la vejez que comienza» —pensó. Pero escogió esa dirección unos minutos antes de entrar al automóvil, olvidando que era la casa de alguien muy cercano.

–Salgamos de inmediato –dijo, ¿tu carro tiene lunas polarizadas?

–No –le respondieron.

–Entonces en la maletera, pero de inmediato.

El carro era mas pequeño y la maletera estrecha, pero el chofer inclinó hacia adelante el asiento trasero y dejó un resquicio a través del cual podía escucharlo.

–Y ahora, ¿adónde vamos? –preguntó García al chofer. Comprendió que había salido otra vez sin destino.

–No sé todavía. Sigue dando vueltas.

El carro partió hacia el oeste. Recorrió la extensa avenida Javier Prado. Después de veinte minutos continuó por La Marina, dobló a la derecha por Faucett, hacia el Norte. Pasó frente a la universidad, y luego por la avenida Venezuela se internó en la ciudad. En todo este tiempo pensaba con dificultad, a donde dirigirse. Ir a la casa de algún dirigente era absurdo. Estarían vigilados y algunos detenidos. Repasaba la lista de los apristas de mayor confianza, recordaba sus casas, imaginaba la seguridad que podría tener en cada una. Eran todas y ninguna. «Lo que necesito ahora, es un lugar seguro por tres o cuatro días para organizarme» –se dijo. Algo para recobrar la tranquilidad y recordar. Nada, sin embargo vino a su memoria.

El carro llegó a la avenida Abancay, pasó frente al parlamento y torció.

–Nos están desviando porque hay tanques y tropa en el congreso –le informó el chofer.

–¿Por qué no vas a la avenida Alfonso Ugarte? Recordó que estaban cerca del local central del partido.

El carro cruzó el río, pasó por la plaza San Lázaro en el popular distrito del Rímac, cruzó de nuevo el río e ingresó en la avenida Alfonso Ugarte. Se detuvo bruscamente.

–No dejan pasar, la Casa del Pueblo está rodeada de tanques– le dijo el otro, y la evidencia cercana lo anonadó-. «Nuestra casa, otra vez»–pensó.

Doblaron hacia Breña, un distrito populoso y simpatizante del Apra. Y otra vez la pregunta del chofer.

–¿Qué hacemos? ¿adónde vamos?

–Hacia La Victoria. Entra por la avenida Grau –le dijo-. Vamos a buscar la casa de Ferreyros.

Recordaba que era una casa pequeña, de dos pisos, en la avenida Iquitos. No ubicaron la casa. Fue preciso que el acompañante bajara en el local distrital del APRA, a preguntar por Ferreyros. Solo había dos personas, pero una le indicó con precisión el lugar donde vivía. Partieron. Unos minutos

después, el carro se detuvo y el otro bajó. Esperó, y escuchó que venían conversando.

–¿Pero dónde está? –preguntaba la voz cansada de Ferreyros.

–Venga nomás, compañero, con confianza: está en la maleta –respondía el otro.

La puerta delantera se abrió y los dos ocuparon los asientos. Entonces García saludó a Ferreyros.

–Hola, compañero. ¿Qué novedades? –preguntó aparentando tranquilidad. «Otra vez» –pensó. No comprendía por qué, en los momentos más difíciles, debía fingir serenidad y hasta ironía.

–Ay, compañero, compañero –la voz del viejo sonó temblorosa. ¿Qué le han hecho compañero?

García, desde atrás, miraba su nuca sacudirse. Se sacudían también sus canas. El viejo sollozaba. No miraba hacia atrás, seguramente avergonzado, y repetía: «compañero, compañero». Se limpió las lágrimas con sus manos secas. García sintió que la pena del viejo lo ganaba, que su decisión de no llorar nunca más era idiota. Estaban cerca a la vereda y el carro se iluminaba con el letrero cambiante y multicolor de un chifa. Ese fue su saludo. Cincuenta años de aprismo, humilde, militante. Ferreyros tenía la sinceridad fraterna del que no aspira a nada. No había adquirido nunca la doblez de quien se prepara sistemáticamente para el saber, el dinero, o el poder. García tuvo confusión y vergüenza ante la paradoja: tanto engominado, tanto diplomado, tanto promovido y ambicioso. Juntos no valían un jirón de esa alma grande y buena. Lo peor era no poder desandar el camino.

Le pidió refugio. Ferreyros avergonzado, dijo que hacía tiempo había dejado la casa. Ahora vivía en una habitación, donde su hermana. Podría, no obstante hablar con el esposo de ella y dejarle el cuarto por el tiempo que quisiera. Que podía contar con todo lo suyo. Le explicó que era un pequeño departamento, en un edificio. Eso volvió imposible aceptar la oferta. No era conveniente.

–Y, entonces, ¿adónde vamos? –insistió el chofer secamente. Estaban detenidos frente al estadio nacional.

–No sé, sigue hacia el sur –dijo García. Lo asaltó de pronto la inspiración–. Sigue, sigue –corrigió–. Mejor vamos hacia Magdalena, a la casa de Ricardo, el compañero que fue ministro. Está inscrito, pero no es un activista, para algunos sólo ha sido un colaborador. No es sospechoso de nada, su casa es segura, él me puede recibir, vamos. Indicó la dirección aproximada, y en quince minutos llegaron. El carro se detuvo en la acera de en frente. A unos cincuenta metros.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Son las siete y media.

—Mejor esperemos un rato hasta las nueve —dijo. Entretanto, Ferreyros le contaba. Había estado cerca a su casa. Se había enterado de su fuga en la madrugada. Llegó después hasta las cercanías del local del partido. Nada se sabía de Mantilla. Mintió, por la circunstancia. Dijo que los compañeros estaban indignados, que nadie aceptaba los pretextos del golpe, que todos esperaban una reacción constitucionalista. Pero al decirlo, tuvo vergüenza: «cómo puedo engañar a Alan» —pensó.

—Allí está Ricardo, interrumpió el chofer. Está entrando a la casa.

El chofer bajó. Lo esperaron quince minutos. De pronto se abrió la puerta.

—¡Hijos de puta! —dijo sentándose—. Perdón presidente —se disculpó—. Dicen que no pueden recibirte. Primero me escuchó la mujer, que no quería llamar al marido porque según ella, no había llegado. Me preguntó, la muy sinvergüenza, por qué teníamos que mezclarlos en estos peligros, que nunca antes viniste a su casa, que su marido ya no se mete en nada. Cuando él bajó, sin que ella lo llamara, me dijo casi lo mismo. Al final, que está buscando un puesto internacional y que esto lo pone en riesgo. Que tú lo vas a comprender, que hay compañeros mucho mejores y de más confianza, y que mejor nos vayamos porque la casa no es segura.

El chofer del carro se iba indignando. Estaba gritando: «casi le pego al sobón ese» —dijo—. Y recordó como temblaba. «Miserable —rugió golpeando el timón con las manos— Y usted que lo hizo ministro cuando el pobre diablo no era nada».

García no contestó el reproche. En la oscuridad de la maletera miraba por el resquicio el farol de la calle. ¿Qué cosa responder? Al fin y al cabo el que se mete en política no debe esperar nunca la gratitud de nadie.

El carro rodó nuevamente. Ferreyros guardaba silencio. El chofer no se animó a preguntarle nada. Entendió que García ya no tenía certeza alguna. Descendió el camino hacia el centro de Lima, pasó una vez más el río y recorrió la larga avenida Túpac Amaru. «Estamos en Comas» le avisó y siguió sin palabra. Pero cuando llegaron a la carretera al norte no pudo contenerse.

—Ese es el tipo de gente que se aprovechó del gobierno— dijo amargamente. Y tú tuviste confianza en ellos. Con razón nos acusan de tantas cosas.

—No —replicó Ferreyros, el compañero Alan, no podía conocer las intenciones de todos. Así como hay de esta clase también hay gente buena. Ud no puede generalizar por lo que acaba de pasar. De todo hay en la viña del señor.

García escuchó, y se sintió como un torero herido al que un peón quiere salvar, echándole la capa al toro. «Mejor no digas nada Ferreyros –pensó–. Tal vez el otro tiene razón».

El carro rodó en silencio largamente. Llegaron al puerto del Callao.

–Ya sé –dijo de pronto el piloto–. Vamos donde el flaco, el que trabajaba en la fábrica de químicos. Tú te acuerdas, él te conoció cuando eras chico, era de tu colegio.

–Pero yo no lo veo hace muchos años –dijo García–. Creo que cuando era presidente lo vi alguna vez, pero nada más. Y además, tu ya sabes, si el que fue ministro no me recibe, como me va a recibir alguien a quien no vi.

–Probar no cuesta nada.

El carro volteó ciento ochenta grados y enrumbó hacia el sur. Pasaban frente a las fortalezas del Real Felipe, en el puerto. Tampoco esta vez habló el chofer durante el trayecto. Iba rogando no haberse equivocado. Ferreyros entretanto, recordaba en voz alta. En 1948, cuando tenía 23 años, fue convocado al Callao como miembro de la juventud aprista para participar en la toma de ese cuartel. Recordó que en los puntos de concentración, las horas y consignas no se habían cumplido, que las ordenes iban y venían. Que ya estaban en la Mar Brava, cuando un compañero de confianza, de Ica, al que llamaban el Mariscal Torres, pasó en un automóvil dando la contraorden. Informó que los organizadores del movimiento habían sorprendido a la dirección del partido, para tomar, ellos, el poder. Entonces, la brigada de combate se había disuelto, pero algunos obstinados, siguieron hasta el cuartel. García le contó que en 1986, pudo producirse un autogolpe de estado, que el plan le había sido propuesto, pero que él, no podía traicionar el pasado democrático del Apra. Creyó que nunca más iba a existir una dictadura.

–A veces pienso que la fuerza es imprescindible, compañero – dijo Ferreyros. Mire usted como a Velasco no le decían nada: Le tenían terror. En cambio cuando ven un gobernante que respeta todas las libertades, allí si se crecen, los ricos y los pobres. ¿Acaso a Velasco se le hubieran levantado así los banqueros? ¿Acaso el escritor hubiera venido a protestar? No, ellos sólo hablan cuando los dejan. Y ese fue el error del partido: mucha democracia, cuando lo que la gente quiere es que se le impongan las cosas.

Según Ferreyros, los policías, aunque ganaban tres veces más, hicieron una huelga en 1987, porque para el pueblo, democracia es debilidad. Igual los maestros, y hasta los propios terroristas –dijo–, que se ponen más insolentes cuando hay libertad. Y lo peor es que al final, todos acaban reclamando que ya no haya democracia.

–¿Qué le pasa compañero; –interrumpió García. ¿Ahora resultaba –le dijo– que las cosas más rescatables, la libertad, la democracia, eran también errores para él? «No es así» –dijo. La democracia era una apuesta a largo plazo, no se podía perder la paciencia. Y Ferreyros, que era cierto–aceptó– que deberían esperar, que ya se reconocería, que todo pasaría. Estaba sorprendido de haberse escuchado hablando como Sáenz. Tuvo vergüenza.

El carro pasó raudo por la vía expresa y llegaron a Barranco. Dobló por varias calles, se detuvo. El piloto bajó sin decir palabra. Cinco minutos después regresó.

–Dice que es un honor para él y su familia. Que bajes, que va a abrir la puerta del garage. Se despidieron con un abrazo.

–Y flaco –dijo al entrar, ocultando la emoción como si regresara de un corto viaje–. Tanto tiempo sin vernos.

La casa era grande. Le asignaron de inmediato un cuarto en el segundo piso.

El flaco al que conoció muchos años antes, entusiasta del football, bailarín, y bromista, estaba transfigurado. Tenía blanco todo el pelo, y sin embargo las arrugas de su rostro, habían acentuado su aspecto recio. «a lo Charles Bronson» como antes bromeando le decía. Retirado del trabajo, reposado, casi filosófico, el flaco puso en el cuarto una bicicleta estática y le dijo:

–Tienes que hacer mucho ejercicio, para conservar el ánimo.

En los días siguientes, con dos teléfonos celulares y su agenda, se comunicó con su esposa y sus hijos. El flaco lo proveyó de ropa. era ligeramente mas bajo que él. Después comenzó a tomar contacto con los periódicos y noticieros. Llamó al mas cercano, al director de noticias de un canal amigo.

–Hola, soy Alan.

–¿Que tal, como estás? ¿desde que teléfono llamas? espérame un momento.

Sintió que los pasos se alejaban. Seguramente se iba a buscar una grabadora para registrar la entrevista. Pasaron cinco minutos. De pronto una voz femenina.

–¿Doctor García?, su amigo no va a tomar el teléfono de nuevo. No insista. Mejor llame a una agencia extranjera. Si quiere, le doy el número.

Pensó en el sujeto. En muchas ocasiones, ante multitudes inmensas, al terminar una frase y aprovechando los aplausos, volteaba y encontraba su rostro sonriente, asintiendo, exultante. Una ira apagada lo invadió. Los enemigos están hechos para destruir, para erosionar, para desesperar, ante ellos no se

siente furor: ellos están haciendo su trabajo, casi su deber. Es ante los traidores que el político está más cerca de la frustración o de la furia.

El único problema en la casa amiga era el servicio doméstico. A las empleadas les informaron que había llegado el hermano del señor y que era mejor no molestarlo. Y él, hacía mil hipótesis sobre lo que ellas estaban pensando de aquel extraño hermano: mezcla de autista y de enfermo infeccioso. Sólo el señor de la casa podía llevarle los alimentos y en ningún momento quería bajar. Era, en efecto un loco.

Las escuchaba desde la ventana que da al patio, conversar en las mañanas, mientras daban de comer a las gallinas. Discutían sobre la suerte del pavo. El nieto del flaco lo había ganado en una feria escolar. Había crecido, ya era tiempo de sacrificarlo. La conversación y la sentencia se repetían todos los días delante del pavo imperturbable. Al tercer día cometió el enorme error de ensuciar el jardín y su muerte fue decretada, sumariamente. Escuchó los aletazos y las contorsiones, los gritos de las empleadas durante la lucha, y después, silencio.

Medianoche. Uhhhhhhhhhhhh!, el estruendo de una sirena cercanísima lo despertó. Confuso y asustado solo atinó a vestirse. «Ahora si estoy frito» – pensaba. El estruendo era tremendo. Y no tenía escapatoria. A una cuadra estaba la embajada de un país amigo, pero era imposible llegar hasta ella. Ni siquiera podría salir del pequeño cuarto por la ventana. Tomó su revolver, era la única defensa, y pensó otra vez en ganar algo de tiempo, anunciando que se defendería. Estaba abriendo la ventana para disparar.

–¡Aguenta Alan, aguanta! cierra la ventana. El flaco apareció en la puerta. Me olvidé de decirte que hay un vecino loco que pone la alarma –explicó –,y suena todos los días a las cuatro de la mañana.

Las cuatro de la mañana. En la madrugada un profundo olor a mar invade todo el litoral de barranco. Era el mismo olor a verano de los sesenta, cuando bajaba caminando hacia el mar, con la toalla hecha un rollo bajo el brazo. La Bajada de los baños, bordeada de casas de madera del siglo pasado, tenía unos trescientos metros, rápidos de bajar con la alegría de la mañana y lentos como un vía crucis para regresar a las tres de la tarde.

–Hola tío Antonio –pasaba saludando a Camote, el negro que vivía en una choza de madera en la Bajada. Y con el descenso y la niebla crecía el olor a mar. Era como el del Callao, pero se parecía más al de Mollendo, el puerto del sur. Cuando García hablaba a las multitudes percibía sus olores, sus pasiones. Pero allá en Mollendo disfrutaba hablando, mientras un perfume salado, de musgo, de marea, llegaba hasta la tribuna, y cada frase era como una zambullida, y los aplausos como las olas enormes cuando revientan.

IV

–Presidente, yo creo que las cosas le han salido mejor que lo esperado –dijo Ojo de Palta en el salón Grau de Palacio, mientras pensaba cuanta suerte tenía ese chino–. Alrededor de una mesa estaban sentados los convocados de esa noche. Se les había informado con orden riguroso, sobre los pasos seguidos.

–Sí –dijo Fujimori–, pero ahora necesitamos un apoyo público de los empresarios. Usted sabe doctor, que eso cuenta para la imagen internacional, especialmente para la opinión norteamericana. Requerimos que los sectores responsables de la economía, apoyen al gobierno de emergencia.

–Así es, señor presidente –continuó Ojo de Palta–, usted puede contar con ese respaldo. Podemos hacer una declaración y publicarla en todos los medios.

–No sólo eso –interrumpió el árabe. En cuarentiocho horas podemos organizar una reunión de todo el mundo empresarial, para que usted asista en persona –prometió, pensando que Ojo de Palta no se comería solo la gloria–. Pensó que el otro estaba en quiebra y que el chino lo tenía colgado de una pita.

–Claro –se incorporó con tardanza el presidente de la unión de empresarios. «Claro» –repitió mientras se daba tiempo para decir algo y no se le ocurría nada. En efecto señor presidente, su presencia dará la confianza necesaria. Pensó que todos estaban allí por sus problemas. Ojo de Palta, por su crédito; el beduino, por la venta de su papelera.

–Esa es una buena idea –aceptó Fujimori–, porque las primeras declaraciones externas han sido de rechazo y es previsible que los créditos que estaban en marcha sean detenidos.

Al otro lado de la mesa, Montesinos, se asombró. «Como ha aprendido este chino –pensó. Sabe muy bien que a estos hay que hacerles sonar la alcancía»

–Eso es pasajero señor presidente –la voz de Ojo de Palta fue agónica–. «Lo importante es que el pueblo está con el cambio. Este país es de hechos consumados y ante la decisión, los demás retroceden. Yo creo que los Estados Unidos dirán algo, pero no harán nada. El presidente Bush está de salida, y ellos saben además, que usted ha detenido al peligro populista que representaba el Apra.

–Sobre ese tema he hablado hoy con el embajador Quainton –dijo el dirigente empresarial. Afirma que enviará buenos informes sobre las razones que han llevado al gobierno a tomar la decisión. Claro que por principio el Departamento de Estado será un poco duro. Pero allí hay gente que comprende bien al Perú. Está Einaudi, como usted sabe, en el que podemos tener absoluta

confianza. También me dijo –contó–, que un tema que acercaría mucho, es un arreglo rápido en lo de la Belco. Para ellos, la nacionalización de 1985 y el que aún no se les haya pagado es algo terrible. Ud sabe además que Queinton se ha jugado a fondo en el tema de García. Lo que ellos quieren es un buen escarmiento al populismo.

–¿Y quién me asegura que no querrán hacer un escarmiento a los que interrumpen la normalidad constitucional? La pregunta de Fujimori fue directa.

–No, señor presidente, de ninguna manera –respondió Ojo de Palta–. Su gobierno representa algo muy importante. Después de la desastrosa gestión de García y de su demagogia, ahora se gobierna con realismo. Y eso es, como ya dijo Camdessus del Fondo Monetario, es música celestial. La reinserción es muy importante para el Departamento de Estado. Pesa mucho más en la balanza, que cerrar un parlamento que no representaba a nadie y unos partidos políticos antihistóricos.

–Además el pueblo está con la decisión –añadió el beduino–. Se ha hecho bien neutralizando a García, a Mantilla y a los otros que podían agitar. Y toda la gente que los apristas habían organizado en clubes de mujeres y de informales no les ha respondido.

–Es que esa gente comprende ahora lo corrupta que era la política tradicional –interrumpió Fujimori. Además el orden público esta controlado por el ejército. A nosotros nos preocupan las reacciones en el extranjero. Yo he hablado esta mañana con el doctor Iglesias del banco Interamericano –informo– y me ha asegurado que habrá colaboración. Sin embargo, el mayor problema está en los organismos políticos, en la OEA. Allí los gobiernos pueden hacer un escándalo como el que hicieron en el caso de Haití.

–De ninguna manera señor presidente –insistió el beduino–. Haití no es un país, además es una tierra de negros. En ese caso la comunidad internacional puede darse el lujo de actuar, y como usted ve, sólo con palabras. Pero el tema del Perú es otra cosa. Ellos saben que aquí existe Sendero Luminoso y que usted es la alternativa al Apra.

–Pero allí está el gobierno de Venezuela que es tan amigo de García –insistió Fujimori–. Claro que Ecuador y Bolivia nos apoyarán. Ecuador, porque él ya había ido en visita oficial, a proponer el arreglo del problema –pensó. Y haber aceptado que existía un problema era suficiente. En cuanto a Bolivia: «tontos» –se rió, con llevar a Paz a mojarse los pies en Ilo, y decirle que tendrían salida por el Perú, harían lo que el quisiera. Eso se llama neutralizar a los vecinos –concluyó.

–Y Chile, por razones históricas no opinará –habló Ojo de Palta. A Collor no le interesa el resto, y si Venezuela toma una posición, Menem tomará la contraria. Usted sabe que allí existe un problema personal. En fin, los mexicanos no opinan nada a cambio que no se opine sobre ellos y así, todos los demás.

–Hemos hablado también con el señor Baena –informó Fujimori–. Y aunque ha sido muy cuidadoso, he percibido que él no será quien empuje u organice alguna acción contra el Perú.

–Claro, si usted me lo permite señor –opinó el beduino–, es que Baena, ya está cansado. El es ordinariamente un burócrata, no le gustan los problemas. Según se dice, ahora sólo piensa en la reelección. Se detuvo, sintió en el pie la patada de Ojo de Palta. Comprendió: Fujimori también. Lamentó la mención.

–Me ha dicho –siguió Fujimori, que si algunos gobiernos insisten, podría nombrarse una comisión, como para el caso de Haití. Pero presidida por una persona ecuaníme o tal vez por un canciller. Yo creo que, con toda prudencia, me estaba enviando un mensaje. Según nuestro Ministro de Relaciones Exteriores, hay dos cancilleres latinoamericanos que nos deben favores. En otras ocasiones los hemos apoyado para ocupar cargos internacionales. El canciller piensa que podría lograrse que el caso del Perú sea visto por alguno de ellos.

–Sí, seguramente el ministro podrá manejar eso –dijo el beduino–. «Pobre diablo, oportunista, –pensó refiriéndose al ministro: visitaba a García para hacer un negociado, comprando la deuda externa con unos mexicanos–. Lo importante –siguió el árabe–, es que usted tiene dos temas fundamentales con los que negociar. Primero, que la inflación ha bajado y, segundo, que tiene decisión política contra la subversión.

–Y tercero –interrumpió Ojo de Palta–, que no dejará levantarse al Apra. No hay que olvidar eso. Para Ojo de Palta, Sendero nunca había sido un peligro, porque confiaba en la fuerza del ejército y creía que la sociedad, con sus vicios, absorbería también al terrorismo. Por eso, nunca había pensado en irse del Perú. A los únicos a los que beneficiaba Sendero era a los quería destruir –había dicho–, «porque desacredita a la izquierda, la inhibe, y deja así el campo libre para el realismo ideológico».

–Sin embargo, también hay otros partidos que pueden agitar las cosas –siguió Fujimori. Permitanme recordar que ustedes tuvieron otro candidato en las elecciones.

Al otro lado de la mesa, Montesinos tuvo un sobresalto: es una estocada a fondo –pensó.

Abrumados, los otros recordaban.

A las siete de la noche, los avances noticieros lo anunciaron. El candidato abandonaba la campaña. Bloqueado por los partidos tradicionales –dijeron unos; incomprendido – opinaron otros; apático, deprimido –pensaron los demás. Faltaban dos meses para las elecciones. ¡Que horror! los abandonaba a ellos, que hacía tres años lo estaban acompañando, desde el mitin contra la nacionalización de la banca, en la plaza San Martín. «Libertad, libertad, caballo loco va a caer» –habían gritado allí. Y ahora, ¡en el umbral de la victoria! se iba. Entonces llegaron, coincidieron. Todos frente a su casa de Barranco, con sus mujeres, con sus hijas, con sus cintas blancas sobre la frente. Y toda la noche: «libertad, libertad». Y el otro, que no estaba, que se fue del país, que se fue a la playa. Igual fue lo de la segunda vuelta. También se quiso ir y dejar el país en manos de un macaco peluquero, títere de García. Y otra vez a gritar, todos hasta la madrugada: «libertad, libertad». Y cuando pudieron hablar con el, que no se fuera –le pidieron, que sin él nada podría hacerse ni tendría sentido–le juraron–, que podría contar con su decisión, con sus vidas.

–No señor, estábamos completamente equivocados –sonrió tímido, el beduino–. Ahora sabemos bien, que elegir a otro candidato hubiera sido un desastre para el Perú, un horror.

Veinte minutos después, la reunión terminó. Los tres invitados partieron. Se había señalado la fecha para la reunión pública y para la visita. Se habían acordado los términos de las declaraciones.

Cuando caminaban por el pasadizo amarillo, hacia los automóviles, Ojo de Palta preguntó:

–¿Por qué no aprovecharon para hablar de la privatización de la seguridad social?

Había llegado a Palacio con esa preocupación. Lo de las tasas de interés y la liquidación de los bancos estatales, aún no era suficiente. La crisis y la recesión eran tan graves, que la liquidez continuaba siendo el problema de los bancos. Si el gobierno no quería aumentar la emisión debía ayudarlos liquidando la seguridad social que en pensiones, y depósitos de salud, tenía enormes recursos inmovilizados. Allí estaba el dinero. Cuatrocientos millones de dólares. ¡Cuatrocientos! Todo eso debía pasar a los bancos a través de las empresas que ellos crearían, las aseguradoras de fondos de pensiones.

–Es que no era el momento, hubiera parecido que estábamos cobrando por adelantado lo de la reunión –dijo el beduino–. Además, el ministro de economía ya está dispuesto.

–Ese es el problema –contestó Ojo de Palta. El quiere organizarlo todo para él. Quiere hacer su propia empresa, madrugarnos. Está de acuerdo con los

chilenos. Han puesto al gato de despensero. Además, que conchudo es –se indignó. Primero hace toda la campaña con la plata del Estado, se identifica al tema, y luego se queda con la parte del león. No hay derecho –se quejó.

Los otros lo escucharon pensando que el verdadero problema era que el banco más grande quería quedarse con todo, si lo de la Seguridad Social se hacía de inmediato. Sabían que era mejor esperar un poco. Salieron discutiendo.

Fujimori y dos más habían quedado en la sala Grau.

–¿Qué te parecieron? –preguntó Fujimori volviéndose hacia el más cercano.

–Están que se cagan de miedo –respondió Montesinos. Creo que ellos también han entendido el mensaje. Ahora es cuando más se necesita mostrarse dispuesto a todo, no dudar, ni resignarse a ser algo pasajero.

Recordó las conversaciones con el psiquiatra. En una situación de incertidumbre, es mejor equivocarse a fondo, porque cualquier resultado negativo se interpreta positivamente por la gente. Y, sobre todo, nunca aparecer negociando, es síntoma de debilidad–le había dicho–, el que negocia se hunde. Ahora se necesita endurecer la cosa contra los partidos y las organizaciones –continuó–. Es la única manera de demostrar que ésto no es una cosa momentánea.

–Pero hasta el momento no ha habido ninguna demostración contraria –vaciló Fujimori.

–Mejor es curarse en salud –insistió Montesinos–. La actitud de las revistas y la del diario La República no es tolerable. Claro que tienen poca llegada y no reflejan la opinión pública, pero en la medida en que se les deje, irán socavando al régimen. Además –añadió–, en cualquier momento puede haber una movilización de las centrales sindicales. Huilca tiene todavía alguna capacidad de convocatoria –recordó–. Tal vez habría que encerrarlo. Pensó que sus relaciones con García eran bien conocidas desde el gobierno anterior. ¿Qué precio tendría? Según los empresarios de la construcción, no se le podía arreglar económicamente.

–Usted general no intervino para nada –dijo de pronto Fujimori–, dirigiéndose a Hermoza.

–A nosotros nos han enseñado a ver, oír y callar, señor presidente –contestó el general.

–¿Y qué se sabe de García? –preguntó Fujimori.

–Nada por el momento, señor presidente pero según el doctor Montesinos, hay que esperar –informó Hermoza–. Con su estilo demagógico, solito se va a entregar.

EL OLOR A MAR COMENZÓ a mostrarse diferente. Antes, la playa de barranco era un enorme pedregal. «Es una playa para hombres» –decían con orgullo los barranquinos y entraban decididos, pisando bajo el agua oscura las piedras de formas ovoidales. El pie encontraba su dureza o a veces resbalaba con repulsión en el musgo. También se podía hallar un erizo o sentir de pronto un movimiento vital bajo la planta. Entrar en ese mar era de machos. A veces, Camote sacaba las malaguas delante de los bañistas asombrados y las destrozaba con los dedos. Y todos se alegraban porque eran gelatinosas y agresivas.

Pero para construir una carretera, en los años setenta, se habían lanzado grandes espigones de piedra. La arena sustituyó pacientemente a la piedra y con el fin de la piedra, fue menos intenso el olor a musgo y a mar enfermo. Después de aspirarlo por un largo rato, García llegó a esa conclusión: que ahora, el mar de barranco olía menos a mar.

En los días siguientes, a través de la televisión, vio a su esposa y a sus cuatro hijos. Trataba de entregar un escrito de Habeas Corpus al Poder Judicial. Fue inútil. El palacio de Justicia estaba cerrado por veinte días, quince de los veinte vocales supremos habían sido cesados, y luego lo serían cientos de magistrados de niveles inferiores. Ella estuvo esperando seis horas delante del edificio. No le recibieron el documento. Fue igual al día siguiente. Al tercer día y por orden superior –explicó la policía–, el grupo formado por su esposa, Del Castillo y algunos apristas fue disuelto por la fuerza. García vio en el noticiero cómo a los pies de ella caía una bomba lacrimógena. Agentes del servicio de inteligencia los insultaban.

–No vuelvas más –le pidió por teléfono al cuarto día. Un esfuerzo como el tuyo no tiene sentido en una situación como ésta, ni ante una chusma de pasiones inferiores, ansiosa de carnaval. No vale la pena.

Pero en las madrugadas se hacía más profundo el olor a mar. Entonces, él abría la ventana, y lo imaginaba. Una noche, una semana, un mes, más tiempo. Pasaban las noches y el olor, y cada día aumentaba en él la certeza de que sólo el tiempo podría rectificar las cosas.

Un estruendo terrible alejó el olor súbitamente. ¿Lo había escuchado de verdad o era el rezago de un sueño? No, estaba bien despierto. Sintió el olor a pólvora, a humo, y los cerros del fondo devolviendo el sonido sordo, como si soltaran un largo aliento. Prendió la radio, a oscuras. Ya no había olor a mar. Ahora estaba lejos del mar, en otra casa. Desde un mes antes. Judith abrió la puerta, ¿qué pasó? Una bomba –le informó–, ha sido lejos.

La bomba había destrozado toda la parte frontal de un canal de televisión y gran parte de las instalaciones. Llegó el general Hermoza: «Que ha sido un tercer grupo terrorista. Ya no es sólo Sendero, ni los del Túpac Amaru, son otros».

—¿Quiénes? —le preguntaron.

—No sabemos con precisión, tal vez los apristas. —Esa tarde, Hermoza había recibido la consigna: aprovechar cualquier ocasión como esa para demostrar que los apristas tenían armas, que estaban organizados. Esa fue la consigna: confundir la opinión. Acusar a los apristas.

Pero él mismo no entendía como alguien podría creer en eso. Y mientras declaraba a los periodistas, recorriendo las cercanías del cráter de la explosión, pensaba: ¿cómo habría hecho Montesinos para saber que eso podía ocurrir? ¡y en uno de los canales de televisión! Y cuando llegó otro personaje y repitió la misma versión: ¡que eran los apristas!, Hermoza se sorprendió. ¿Cómo podía haber imaginado lo mismo?

—No se si lo haya hecho el gobierno —decía el coronel de la policía—. Pero como si lo hubiera hecho, porque le conviene mucho. Ahora los otros medios se van a sentir amenazados por el terrorismo. El gobierno les brindará protección y los tendrá en el bolsillo. Mucho más que antes. Y esa versión de Hermoza sobre el tercer grupo —se reía—, es sensacional. Es tan buena, que no debe ser de él. Seguramente es de Montesinos, o del psiquiatra. No, —respondía—, no estoy seguro que el gobierno haya sido. Pero estos son peor que Machiavello. Además para ellos sería facilísimo hacerlo. Un costal de Anfo y nada más. No, —seguía opinando— no se nada, pero otras veces han sido capaces de todo. ¿Te acuerdas de lo de Barrios Altos? Bueno, pues a mí, mi compadre me ha contado que dejaron las huellas digitales por todos lados, justamente para que los acusaran. Y la oposición al denunciarlos, les hacía propaganda sin saberlo, porque eso es lo que esperaba la gente.

—¡Carajo! Eso es manejar bien el poder —se asombró el interlocutor.

—Y eso es lo de menos —el asombro del otro estimuló al coronel—. Tú sabes que ellos saben donde está escondido Guzmán.

—No jodas.

—Por lo menos, el Mayor Dueñas. Si, ese que usa la barbita, al que le dicen Trotsky. Hace tiempo les comunicó que lo tenían ubicado. ¿Te acuerdas que antes que se fueran los apristas del gobierno encontraron una casa donde había estado Guzmán? Bueno, pues la ubicó Trotsky con su grupo. Luego, sigieron pasteando varias casas durante meses, y han determinado que está en una de las cuatro que ahora vigilan.

—¡No puede ser! ¿y por qué no lo agarran?

—Ahí está, pues, porque están esperando un momento en el que les convenga agarrarlo. ¿Eso es inteligente no?

—Me entiende bien —gritó Montesinos— ni un paso sin comunicarlo antes al servicio de Inteligencia. De repente por actuar con precipitación se pierde la oportunidad. La mano de Montesinos se agitó, contundente. Ante él, el general de policía y el mayor Dueñas. Que sí, que no se preocupe doctor. Y él; que ya estaban cansados de insubordinación, que ésta no es una carrera para ver quién se lleva el premio, ¿que dónde están esas cuatro casas? Y ellos: que no estaban bien ubicadas.

—De cualquier manera, ni un paso sin consulta —insistió—. Que desde mañana se integren a los grupos de vigilancia, gentes del servicio de Inteligencia para coordinar —ordenó—. Los otros salieron. Y en el carro: ya sabe mayor —dijo el general—, no me meta en problemas. Sí, tiene razón —continuó—, que sería bueno proceder de inmediato, pero esta gente es capaz de todo.

—¿Por qué, mi general? —preguntaba Trotsky, respetuosamente.

—¿No se da cuenta doctor Montesinos? —respondió el psiquiatra—. Si como usted dice, ya lo tienen ubicado, eso es suficiente. Se trata de evitar que se escape. Nada más. Mire usted —le explicó—, el efecto psicológico de la captura es tan grande, que hacerlo ahora, sería como quemar todas las armas del gobierno en fuegos artificiales. Una gran fiesta y nada más. No, la captura es decisiva, puede servir más adelante para reforzar los proyectos del gobierno. Ahora, con parlamento, con partidos, con policía indisciplinada, todos querían participar en el éxito. Pero cuando se produzca el cambio, allí sí, el impacto beneficiará solamente a los promotores de la nueva situación.

—¿Ya?, ¿lo agarramos? —preguntaba Montesinos impaciente—. Habían pasado tres meses. Los políticos han proclamado un presidente constitucional —decía alarmado—, tienen contactos en la OEA, los norteamericanos protestan. Ya es el momento —exigía—.

—Todavía no —decía el psiquiatra—. El golpe, la ruptura de todas las normas, el cambio, son hechos que por sí mismos, compensan todo eso. Crean su propia expectativa. Claro que el golpe tiene efectos negativos. Pero cerrar el parlamento, el poder judicial, y además anunciar sanciones, son impactos suficientes para la opinión pública, por ahora. El tema de Guzmán debe ser administrado con más inteligencia. ¿Y el ingeniero Fujimori sabe de esto?

—No lo sabe con precisión —respondió Montesinos—. Porque si lo supiera, como es una persona impaciente, iría de inmediato a capturarle, con la televisión.

—Hay que tener paciencia. La mejor arma del gobierno, no se debe gastar ahora —insistía el doctor—. Se usará más adelante, cuando se desgaste el nuevo gobierno, cuando se complique la situación económica. Entonces usted comprobará, que en la política, un impacto psicológico vale mil veces más que los problemas del salario o del empleo. Eso es justamente lo que los políticos no llegan a entender, y por eso están contra la pared.

—Hay que sacarle hoy mismo lo de la seguridad social, antes de que se asiente el nuevo régimen —decía Ojo de Palta al subir al automóvil—. Este es el momento, todavía está inseguro, después puede intentar negociarlo con otros. Le pueden meter en la cabeza que entregue la seguridad social como pago por la deuda externa. Lo pueden convencer que así quedará bien con la banca extranjera y el Fondo Monetario.

—Es que los jefes recién nombrados son siempre muy exigentes, explicaba su abogado a Zulueta. Tal vez han recibido una consigna, por eso están molestando. Pero como usted sabe, todos dependen de nuestro amigo. Voy a pedir una audiencia y ya verá usted cómo se arreglan las cosas. No se preocupe. Además, entre los vocales que han sido designados para la corte suprema, están dos viejos conocidos suyos. Ya tendremos tiempo de verlos.

—¡El general Hermoza denunció la existencia de un tercer grupo terrorista! repetía el locutor radial. En la tarde, el amigo lo había llamado. «Tienes que levantar el tema por ese lado, por allí está la pepa»—le había dicho.

—Mire doctor Montesinos —explicaba el psiquiatra—. Yo he analizado a fondo la personalidad de Guzmán, sus características físicas. Es un pícnico, se derrumba fácilmente. Como todo pícnico tiene tendencia a la ciclotimia y a la psicosis maniacodepresiva. Y se podrá sacar de él lo que se quiera. Con una dieta muy baja en potasio, un largo periodo de diasepán, y luego litio, puede servir al gobierno para lo que sea. Una vez que lo agarren, déjenmelo a mí.

—¿Qué ha sido eso, gordo? ¿dónde estás? —la mujer de Jiménez, prendió la luz. El estaba en la sala, haciendo un croquis, dibujando un mapa. Eran las tres de la mañana.

—Nada, nada, debe haber sido una bomba muy lejos, duérmete, —dijo él y siguió preparando sus papeles.

VI

SALIÓ DE LA CASA con su hijo. El día anterior había marchado por las calles, con miles de obreros de la construcción y de otros sindicatos. Se movilizaron después de diez meses. Y fue un éxito. Ahora, los extremistas, los terroristas, y

los que se opusieron a que fuera secretario General, verían que él si era capaz de organizar la protesta. Sólo tenía que levantar la bandera: la estabilidad laboral desaparecida de un plumazo, el salario mínimo congelado quince meses, el desempleo creciendo. En cuanto a la construcción, la parálisis era total.

Caminó unos pasos y se acercó al automóvil. Cuando estaba abriendo la puerta, de alguna parte, cuatro encapuchados corrieron hacia él. El comprendió. Olas instintivas de miedo, de indignación, de pregunta, lo envolvieron. Tuvo tiempo de pensar. ¡Cuánto le habían advertido que sería blanco fácil para los terroristas y que últimamente nadie lo protegía! ¿Por qué pues, no estaban los compañeros a su lado? Además, le habían pedido que se cuidara del gobierno, y cuando el dijo: nunca se atreverán, sería un escándalo; una dictadura se atreve a todo –le respondieron–. Ahora, los encapuchados se acercan lentamente como si estuvieran debajo del agua, y él recuerda que Montesinos lo invitó hace un mes a una reunión, y que él no fue. Tal vez debió ir –pensó: ya era tarde. Pasó por su memoria el tipo que le había traído el mensaje. Y los enmascarados están a unos ocho metros de él. La puerta del carro sigue abierta.

El Cuzco tiene una plaza muy bella. Se sube por la calle de Choquechaca que es empedrada, y por ella se llega a las alturas de Sacsayhuamán. Desde allí se ve la plaza. Cuando en el cerro vecino hay nubes negras, es porque va a llover. «Cenja oscuro, aguacero seguro»: dicen los cuzqueños. Pero en ese momento él estaba viendo el Cuzco con el cielo limpio, con nubes gordísimas y blancas pasando a lo lejos, hacia el Salcantay. Lo veía como la primera vez que llegó desde su pueblo. Se entretuvo mirando un ómnibus que bajaba por la calle Sapi. Pensó que bajo esa calle pasa el río que después se une con el Huatanay, que luego van juntos por la Calle del Sol que el también estaba mirando. Cerca de allí, hacia lo que fue la casa de Pachacútec, él tomaba sopa de cordero en Champanchalloy. Y entonces un olor a choclo, del maíz grande del Urubamba lo distrajo. Y detrás de él, sin voltear, vio al fondo el valle sagrado de donde también vendría el queso. Lo estaba mirando cuando sintió en su espalda el peso antiguo del primer saco de cemento que había cargado. Y se acordó de cómo apretaba el puño para cantar la Internacional cuando se inscribió en el partido. «Arriba los pobres del mundo, de pie los esclavos sin pan». Cerro el puño sin saberlo y solo entonces se dio cuenta que no era el cuzco lo que miraba, que Lima tenía la niebla de siempre, que el peso sobre la espalda era un dolor agudo y que por eso había apretado la mano. El primero de los encapuchados se había acercado más a él.

—¿Por qué estarán encapuchados? —preguntó para sí. En su pueblo, en los carnavales y en las fiestas, la gente usaba máscaras para bailar. Cuando era niño esas máscaras lo asustaban. Después, silbaba los huaynos «balicha, balicha» y ya las mascararas no le daban miedo. Bailar un huayno: se cruzan los codos con la pareja y con pasos rítmicos se gira. Quiso dar un paso, pero el grupo de danzantes le impidió girar, y es que no tenía hacia donde escapar, porque los encapuchados siguieron acercándose. Y él miró de nuevo al cielo, porque estaba volviéndose al Cuzco, a la plaza. Allí, al fondo, en la esquina de Santa Catalina, el vapor de los tamales de maíz. «Pero la señora de los tamales debe estar muerta hace mucho tiempo —pensó. Veía de lejos a su hijo, y cuando pensó en llevarlo hacia la calle de los doce ángulos, comprendió que era él, quien estaba muriéndose, y como siempre fue bueno, estuvo feliz de que esta vez su hijo se quedara, y que no lo acompañara.

—A este, lo han matado los del gobierno —dijo el sargento de policía que llegó primero. Porque los de Sendero no usan mascararas ni fusiles con silenciador y, además, también hubieran matado a su hijo. El sargento conocía a Huilca, cholo como él. Lo había visto cuando en 1987 los policías hicieron una huelga, y fueron a pedir el apoyo de las federaciones obreras. «Han sido los del gobierno» —repetió.

—No, ha sido sendero —le respondió otro policía un mes después, cuando el gobierno anunció que ya había detenido a los asesinos.

La esposa de Huilca y los otros testigos dijeron que esos no habían sido. Sin embargo la versión oficial tuvo más fuerza. Al final, Huilca era cholo, sindicalista, laberintoso. Y aunque el gobierno hubiera sido, directa o indirectamente, ¿acaso un escándalo le iba a devolver la vida? Mejor no hablar más del tema: fue Sendero.

—No, no es cierto —negó el sargento que había pasado de la duda a la certeza—. Ahora es facil montar un muñeco así. Ahora hay jueces sin rostro, los abogados son militares nombrados por los mismos jueces sin rostro. Tampoco los testigos tienen rostro. Las pruebas son secretas. El juicio dura diez días. Yo puedo acusar a cualquiera, de cualquier cosa, y sólo podrá hablar dentro de veinte años cuando termine su prisión, o nunca si lo condenan a cadena perpétua. En este caso, nunca se sabrá la verdad. «Eso es lo que han hecho» —repetía convencido—. «Que tal casualidad que al día siguiente de la primera manifestación obrera, Huilca sea asesinado». «No —concluía—, lo que pasa es que así aterrorizan a todos los que quisieran hablar».

Y lo habían logrado. Huilca fue enterrado. Sólo algunos cientos acompañaron su cajón al cementerio. Y todos iban preguntándose en el camino: ¿por qué no habrá venido más gente?

En esos días, subió la gasolina. Y en un sindicato se lanzó una propuesta de huelga: que deberían quemar llantas en las calles. Y en la mesa, el secretario general, en voz baja: «están cojudos, quieren que me maten».

Y alzando la voz explicaba: «compañeros, que sería infantil lanzar una huelga sin prepararla bien, que en los días siguientes tomaría contacto con otros sindicatos, que ya vería el gobierno». Se fue a su casa creyendo ganada la jornada. Al día siguiente supo que lo habían despedido, que ya no tenía trabajo. Cobró su liquidación, partió en silencio hacia Huacho a la casa de su hermano. Debía descansar. Y en el viaje iba diciendo.

—No quiero acabar como Huilca.

Ese día, el gobierno condecoró a Camdessus, el Director del Fondo Monetario. Fue una brillante ceremonia. El estuvo a la altura de las circunstancias: repitió que la política del gobierno peruano era música celestial para ellos. Asistieron todos: y en la primera fila, Ojo de Palta, La Muñeca, el árabe. Montesinos escuchaba desde una habitación cercana. También estuvo la señora Echeopar: «Qué cara de inteligente tiene, qué guapo es» —decía todo el tiempo.

Y en el ómnibus atestado que va de Villa el Salvador a Surquillo la gente opinaba:

—En el exterior si se aprecia al gobierno. Con el apoyo del Fondo Monetario ahora sí van a venir los dólares. ¿No ven?

—Eso han dicho en la radio.

—Lo que pasa es que a los gringos hay que tratarlos bien. Y no como hizo García, peleándose con ellos. Si se mantiene el diálogo, los créditos vienen.

—Habrás que esperar.

—Dice el gobierno que ahora se necesita más sacrificio. Por eso subió la gasolina y por el momento no hay trabajo. Pero vale la pena por el futuro.

—Ojalá.

VII

LA AVENIDA ABANCAY estaba esa tarde más congestionada que nunca. Las aceras ocupadas por los vendedores ambulantes: era imposible caminar por ellas. Carpas y toldos protegían las mercancías. Los peatones transitaban por el primer carril de la pista. El segundo estaba ocupado por una fila interminable y lenta de autobuses. Sólo quedaba el último para los vehículos particulares y los taxis.

—El motor está recalentando —pensó López—. Golpeó con la mano el indicador de temperatura pero la aguja no se movió. Marcaba obstinadamente el cero. Adelante, sin embargo, una pequeña nube de vapor salía del capó. El viejo Ford Victoria del 58, no soportaba el tránsito de la avenida.

—Veinte minutos para avanzar trescientos metros —dijo en voz alta a su pasajero—. Lo miró por el espejo. El otro, indiferente, no se dio por aludido. Era problema del taxista. «En qué mala hora acepté esta carrera» —pensó López.

Cien metros más allá, la nube de vapor creció. No le quedaba más camino que apagar el motor. El cliente insatisfecho y ofendido bajó y sin decir palabra se perdió entre la gente. «Desgraciado». —gruño López—. Abrió el capó con precaución. Le pareció que el motor estaba rojo, incandescente. Ilusiones —se dijo—. Ya le había ocurrido varias veces. Con un trapo que buscó debajo de su asiento, sacó la tapa del radiador. Salió un geiser de vapor hirviente. Era cuestión de esperar. Cuando el motor se enfriara, echaría más agua en el radiador y partiría. Dejó abierta la tapa del motor con la ayuda de una madera. Se sentó dentro del carro y prendió la radio. Escuchaba el pujo de los motores, los cambios de marcha, las bocinas y de vez en cuando, maldiciones, groserías. Eran dirigidas a él, su carro bloqueaba un carril de la avenida. Cerró su ventanilla para no oír. Así podría escuchar mejor la radio.

—Se confirma que la desaparición de los estudiantes de la Cantuta fue obra de Sendero Luminoso —anunció el locutor en los titulares—. Después siguieron las declaraciones del ministro, del director, de los investigadores. «En un ajuste de cuentas el comando senderista de la región Centro atacó al grupo político del Socorro Popular conformado por estudiantes de la Universidad Pedagógica de la Cantuta» —informaban—. «Nada se sabe de los diez secuestrados, se presume que habrían sido ejecutados sumariamente» —ampliaban la información. Luego, los comentarios: «Sendero Luminoso atraviesa una profunda crisis» —todos coincidieron. Con la excepción de un exdiputado: «ha sido el gobierno»—dijo.

—Que tontería —comentó López en voz baja. Habitualmente hablaba solo, se acompañaba. «Y si hubieran sido los del gobierno —continuó— ¡qué importa! Al final, lo que interesa es ganar la guerra como sea».

Luego de una hora, comprobó que el motor se había enfriado. De una cafetería trajo una jarra con agua. Sólo eso le dieron y para ello, debió consumir previamente una coca cola. Llenó la jarra dos veces. «Listo» —pensó. Eran las siete y media y la congestión era menor en la avenida. Arrancó. En un grifo frente a la Plaza de Toros de Acho, llenó el radiador, midió el aceite. Al

salir de la estación, un hombre joven hizo una señal con la mano, solicitando sus servicios. Detuvo el automóvil. El otro le preguntó:

—¿Cuánto es hasta el cine Túpac Amaru en Comas? López le dijo una cifra. El joven aceptó el precio. Subió.

Era un pasajero extraño. Camisa blanca y piel cetrina. En ningún momento buscó la mirada de López a través del espejo retrovisor. Tampoco contestó ninguno de los comentarios habituales del taxista. Ni cuando cruzaron detrás del palacio de gobierno, ni cuando en la carretera al norte, pasaron frente a la Universidad de Ingeniería y el coche fue desviado por unos soldados a la pista lateral.

—Deben haber intervenido la universidad— dijo López—. Es un operativo antiterrorista. El otro no le contestó.

Recorrían la avenida Túpac Amaru. A los dos lados se extiende el populoso distrito de Comas. A la derecha a distancias variables, los cerros. Y en ellos miles, cientos de miles de viviendas. Allí se habían producido las primeras invasiones provincianas en los años cincuenta. El hermano de López, que fue uno de los últimos en llegar, tenía dos lotes en el kilómetro catorce. Todo esto iba pensando López, incómodo por el silencio del otro, cuando llegaron frente al cine Túpac Amaru.

—¿Por dónde? —preguntó.

—Siga de frente —respondió el pasajero—. Un poco más allá.

López miró la pista. La luz de los postes era débil, amarillenta. De súbito, una potente luz lo cegó. De un automóvil que pasaba por el carril izquierdo los apuntaban con un reflector.

—¡Doble hacia la derecha! ¡Rápido! —rompió su silencio el otro. ¡Rápido! —insistió—. ¡Es un asalto!

López obedeció. La voz imperativa del pasajero lo había dominado. Dobló apresuradamente y el carro dio un brusco salto. Se había subido en la vereda. Lo que siguió fue fulminante. Otro automóvil: ¡circulaba en dirección prohibida! lo bloqueó por delante. Continuaban iluminándolos desde el costado. López escuchó que un tercer vehículo llegaba por atrás.

—¡Un asalto! —pensaba—. ¡Un asalto!. Vio que el pasajero intentaba bajar. Unas sombras, surgidas él no sabía de dónde, le cerraron el paso. ‘Mejor es que no me mueva» —se dijo López. Los de afuera abrieron violentamente la puerta. Una mano lo agarró de los cabellos y lo empujó contra el volante. Sintió el golpe en la frente. Lo sacudieron, golpeándolo otra vez. Varias manos lo extrajeron del vehículo. Cayó sentado en la pista con una pierna todavía dentro del carro. No atinaba a hablar: era imposible. De pronto algo le cubrió la

cabeza. Le habían puesto una capucha. Todo se volvió negro. Le sujetaban brutalmente los brazos hacia atrás. «Se me rompen los hombros» –quería gritar–. Sintió que le amarraban la capucha en el cuello. Después le pusieron una segunda capucha. «No podré respirar» –iba a decir–. Pero ya estaban arrastrándolo, de los brazos, de la camisa, también del cinturón. La pierna que había quedado dentro del carro cayó pesadamente. Era como un vértigo. Mientras lo arrastraban, por instinto, quería caminar, apoyaba los talones, pero estaba casi echado. Perdió un zapato. Lo esposaron. En unos segundos le amarraron los pies. Iba a gritar algo, pero una soga puesta por sobre la capucha le tapó la boca.

Lo levantaron entre varios. No sabía nada. Sintió que lo lanzaban. Se estrelló dolorosamente contra el fondo de una maletera. Cayó sobre cosas irregulares, instrumentos. «No puedo respirar» –se desesperaba. El carro partió. Habían sido cuarenta segundos. Nada más. Se golpeó violentamente porque el vehículo giró a toda velocidad. «Rápido, rápido» –escuchó que decían adelante. Pasó media hora. La marcha era vertiginosa, violenta. López iba calculando que volvían hacia el centro de la ciudad. Se pasaban todos los semáforos. Las ruedas chirriaban. «Debe ser un carro nuevo» –pensó, escuchando el sonido del motor–. Recién entonces recordó al pasajero: «¿Por qué habría reaccionado así?»

El vehículo se detuvo. Sintió que otros automóviles frenaban detrás. Lo sacaron. Encapuchado y mudo logró ponerse de pie. Le quitaron la soga de las piernas. Lo empujaron y caminó torpemente. Subió y bajo escaleras. Los que lo conducían iban también en silencio. En la confusión que vivía, López olvidó el rapto, no sabía quiénes eran ni a dónde lo llevaban. Era por el momento un cuerpo preocupado en no caerse, en no golpearse, en calcular los escalones. De pronto lo dejaron. Con las manos esposadas por atrás no podía quitarse lo que le cubría la cabeza. Pero una primera evidencia lo satisfizo: a pesar de la doble capucha no se había ahogado. Retrocedió, sintió el muro con las manos. Se deslizó despacio. Se sentó. «¿Y mi carro?» –volvió a pensar.

Dos horas después, lo llevaron esposado y encapuchado hasta algún lugar. Estaba de pie frente a alguien. Le quitaron la soga que servía de mordaza.

–Nombre y apellido –dijeron sin tono de pregunta.

–Daniel López –atinó a contestar.

–Dirección –ordenaron. La dio. Iba a comenzar a preguntar, a exigir. Pero la voz violenta lo amedrentaba. Se dio cuenta: era una comisaría. Habló preguntando por qué, pidiendo que avisaran a su familia. Dio el teléfono de su hermano. Nadie le respondía. Le habían sacado las esposas y le estaban

tomando las huellas digitales. No oponía resistencia, no subía el tono de la voz. La violencia del rapto aún lo anonadaba. Nunca le había ocurrido algo así. Pero era un error. Después se solucionaría.

Volvió a ser esposado. Lo llevaron. Y en el mismo cuarto – calculó– estuvo seis horas, tal vez ocho. Tenía sed, sudaba, contenía su deseo de orinar, De nuevo lo sacaron. Esta vez sí hablaban los otros, rudamente, lisuras, groserías. Por primera vez lo escuchó: «Ahora si te jodiste, terrorista de mierda, te vamos a matar».

–¡Que! –exclamó– ¡Cómo que terrorista! Es un error –hablaba– es un error. Le sacaron violentamente las dos capuchas y la soga del cuello. Caminando, lo golpeaban en las costillas, en el vientre. Lo arrastraban entre dos. ¡Todo era tan rápido! Se abrió una puerta: siguieron avanzando con el. Miro a la derecha, muchas cámaras fotográficas, lo cegaban, lo asustaban. Y al pasar, un hombre alto hablaba frente a una pizarra. Seguían avanzando. Se dio cuenta que no se iban a detener. Sintió que lo fotografiaban al paso. Quiso hablar, advertir, pero ya estaban saliendo por la otra puerta. Solo había pasado un momento. En cuanto traspuso el umbral lo golpearon. Esta vez violentamente. «Vas a ver terrorista de mierda» –le dijeron–. Lo llevaron a su celda, sin capucha. Ya estaba identificado.

Así comenzó la historia del terrorista López. Su familia lo supo a través de los periódicos: era miembro principal del Comando de la Zona Centro de Lima. Había participado en el operativo de eliminación en la Cantuta: él lo había planificado. En su casa habían encontrado el croquis, dibujado y escrito por él. «Pero si nadie ha venido –dijo su esposa–. No importaba: la prueba grafotécnica había sido positiva: era su letra. Ya había confesado. Ya había firmado y puesto sus huellas digitales. Ni siquiera lo habían colgado para obligarlo a firmar. Ese era un método antiguo. Habían firmado por él, sin conocer su firma.

En los días siguientes empezó el proceso. Como no pidió un abogado –así constó en el expediente–, le fue asignado uno de oficio. Era un capitán que le dijo: «más te conviene confesar, no me hagas problemas». Lo sentaron ante tres personas a las que no podía ver. A la primera pregunta respondió contando que el era el taxista López, que no conocía al pasajero que llevaba, que llamaran a la prensa. La audiencia se suspendió por la violencia que demostró el interrogado. –así constó en el expediente–. En su ausencia continuaron las sesiones y fue rápidamente condenado. Se enteró de la sentencia una tarde, porque en la habitación del lado, unos policías dejaron la radio a todo volumen.

—»El jefe del comando centrosur de Sendero, Daniel López, alias «camarada Raúl» fue sentenciado esta mañana a cadena perpetua por el tribunal»— anunciaba la voz del locutor. Ese al que López tanto había escuchado —, «Cumplirá su condena en la prisión modelo de Puno».

López rompió a llorar. Se sentía tan poca cosa, tan indefenso. Del taxista comunicativo y analítico sólo quedaba un cuerpo sollozante y angustiado. Pensaba en los cuatro mil metros de altitud de Puno, y en su corazón, que no podría resistirlos.

EPÍLOGO

A LAS SEIS DE LA TARDE no había ya ningún cliente. El viejo Jiménez sólo pensaba trabajar un año más. En realidad, cada diciembre de los últimos diez años se había prometido lo mismo. Pero dejar de trabajar -se decía- era morir antes de tiempo. Además, ¿a quién iba a dejar el taller? Ni el hijo militar ni las hijas mujeres tendrían interés en él. «Este es un negocio que debe ser conducido personalmente -hablaba consigo-. «A decir verdad, ya no es muy bueno» -precisaba-. «No, nunca fue bueno» -concluía.

Estaba cerrando la puerta cuando llegó el capitán Jiménez.

-Que raro -pensó el padre-. El nunca viene al taller, va siempre a la casa. Tiempo atrás lo había comprendido: a un oficial, futuro Comandante General, no le conviene tener un padre ciclero. Lo aceptó sin resentimiento: así eran las cosas, y así lo había educado. Debía tener una meta. Lo saludó con afecto. ¡Qué milagro!

-No papá, hace tiempo quería conversar contigo -dijo el capitán. Se ríe. Por si acaso -le anticipó-, no he venido para pedirte plata. Dio varios rodeos, sobre su vocación, sobre los años en la selva y en Ayacucho. Después abordó el tema. Le contó, que su vida militar lo había llevado a vivir experiencias muy graves.

-Cada uno en lo suyo tiene problemas -acotó el padre-. Quería darle coraje, a su manera. Y Jiménez sintió que para su padre, como siempre, las cosas eran muy simples. Por eso hablaban tan poco. El viejo, tan categórico, creyendo adelantarse a todo.

-Es que a veces uno está obligado a actuar en temas en los que no quisiera -continuó-. Acciones que afectan los sentimientos y la moral, cosas que no

debería hacer ni por disciplina. Y estaba a punto de decir que lo habían usado, que ya no quería matar, que había actuado en Barrios Altos, que sabía la verdad sobre la Cantuta.

El padre ordenaba llantas en un anaquel y la pila de neumáticos lo ocultaba de su hijo. Presintió hacia donde iba, lo intuyó borrosamente. Se representó imágenes de muertes y gritos sin sonido. Pero la carrera de su hijo era más importante que sus dudas. Hizo como si no entendiera.

-En la vida hay que cumplir el deber -lo interrumpió-. Especialmente en el ejército. Además, la responsabilidad y el remordimiento son de quien da las órdenes. Si todos cuestionaran las cosas no habría ejército -sentenció.

Jiménez comprendió que el viaje hasta Barranco había sido inútil. Hizo como si aceptara la opinión del padre. No dijo nada más: hablaron de cualquier cosa. Salió, con su paquete de confesiones sin abrir, ni ante su esposa, ni ante su padre, ni ante la otra que se fue sin saberlo. Caminó por la avenida Grau. Como estaba sin uniforme, llegó frente al parque municipal y entró a un bar. Tomó lentamente una cerveza, y en el mármol redondo de la mesa, dibujaba con el dedo, figuras circulares, formas redondas. Esas que ahora encerraban su vida. Definitivamente, -pensaba-, él tenía que hablar. Volvió a su casa, a buscar el teléfono de un coronel amigo al que llamaba «padrino». Fue hasta su departamento, el otro lo esperaba. Y a él, si le dijo, durante dos horas, con detalles, todo. Terminó: quería su consejo, saber qué hacer. Y ante su asombro:

-Mira Jiménez, nunca repitas a ninguna persona lo que me has dicho. La voz del padrino fue grave, fingió serenidad, pero Jiménez supo que estaba asustado. Por favor -le pidió- no le digas a nadie que me has visto ni que me has contado todo eso. Yo creo que si pensabas así, no debiste participar. Pero prefiero no dar mi opinión y hacer como que no te he escuchado.

Jiménez salió y se sintió totalmente solo. No lo mandarían a Washington, no viajaría con ella, y al final, lo habían usado para entregar todo a una pandilla de rufianes. Claro -pensó-, Fujimori les da el control económico, y ellos le permiten tener el poder. Los demás somos títeres. Caminó por la avenida del Reducto hacia Barranco. Pasó la quebrada de Armendáriz donde acaba Miraflores y se acordó que allí, cuarenta años antes, el «Monstruo» había violado y ahorcado a un niño. «Jamás bajes a la playa por esa quebrada» -repetía su madre. Y aún ahora, capitán y viejo, tuvo un sobresalto cuando la cruzó. Después caminó por La Laguna, donde al comenzar el siglo, estuvo el gran restaurante del jardín zoológico. Allí Onofroff, el hipnotista ruso que en esos años maravilló a Lima, pagó con pedazos de papel, y los cajeros le dieron el cambio. Eso contaban los viejos de Barranco.

El había conocido el zoológico. De niño pasaba largo tiempo ante las serpientes. Se movían adormiladas y compartían la jaula con cientos de pajaritos: su comida. Las boas los miraban fijamente y ellos se dejaban comer. ¡Cuánto había sufrido por su suerte! Y sin embargo, fascinado, nunca se iba. Ahora ya no había ningún animal, ni jaula, ni zoológico. «La crisis se los llevó» -se dio cuenta. «Pobres pajaritos, pobres serpientes, pobres cóndores prisioneros, pobres monos haciendo piruetas» -recordó-. Pensó que él mismo se iría como ellos. Que solo se sentía.

Vio los ficus de la avenida San Martín y se detuvo en el restaurante «Tauca». Le preguntaron si quería almorzar. Dijo que sí maquinalmente y pidió un menú barato. Lo miró, y se dio cuenta que no comería. Dejó todo y pagó. Al salir, no sabía si volver hacia el norte o continuar. Súbitamente quiso encender un cigarrillo. «¡Qué raro! -se dijo extrañado-. Hace ocho años que no fumo». Pero sentía como si en esa mañana hubiera fumado. «Es el cuerpo que pide compañía» -pensó.

Se detuvo en un kiosko de periódicos. Preguntó si tenían cigarrillos. Le dijeron que no. Distraído miró la vitrina y en ella todos los diarios. Un titular atrajo su atención. En la carátula de una revista se anunciaba: «La verdad sobre los desaparecidos de la Cantuta». ¿Cuál verdad? -pensó asombrado-. Si nadie sabe nada. Compró la revista. Por ella se enteró que el asunto de la Cantuta había sido un arreglo de cuentas de Sendero, que el jefe del grupo de aniquilamiento ya estaba identificado. Entonces se dio cuenta de lo que debía hacer. Todo el país ignoraba lo que él sabía, y allí estaba lo peor: nadie había querido escucharlo. Rompió la página con la dirección y el número de teléfono de la revista. Un poco más lejos, dejó el resto sobre el muro de un jardín. No tenía monedas para usar un teléfono público. «No importa» -pensó- se lo prestarían en la farmacia del frente. Cubriéndose la boca pidió hablar con el jefe de redacción. Mientras lo llamaban, él pensaba si debía colgar el teléfono. El otro se demoraba, y él estaba dividido entre los sonidos lejanos del auricular y los ruidos de la calle de la farmacia. Era como un mareo. Quería colgar. Iba a colgar, pero en ese momento contestó una voz de hombre. Ya era tarde.

Explicó todo brevemente. Claro -le decían-, es muy importante. Que donde se verían -le preguntaba el otro-, por cierto que en secreto. Dijo maquinalmente que podrían reunirse en el Tobara. Sí -precisó- ese que está en la esquina de Panamericana y Primavera. Se describió bajito, diferente de lo que era, con bigote y muy moreno. Luego se fue a su casa a pie, yendo y viniendo sobre lo que había hablado. Pero al día siguiente no fue a la cita. Fue peor, la reunión frustrada era un conflicto más. Tres días después llamó de nuevo. Se

reunió en el Callao con un periodista, y contó todo lo que el coronel no había querido escuchar y relató con detalles minuciosos el desorden de los cuerpos, lo del niño fusilado, la quemazón de los muertos.

Cuando terminó, salió con una sensación de alivio.

-Soy un informante -se dijo-. Pero ningún remordimiento atroz lo sacudió.

-He traicionado a mi institución -se insistió-. Pero ningún dolor lo desgarró. Por el contrario, al decir eso, su propia voz le pareció ajena. Entonces dijo:

-Cumplí con mi deber. Ellos usan al ejército para el trabajo sucio. - También ahora su voz sonó lejana.

II

ERA UN AUTOMÓVIL VIEJO con guardafangos anchos. Los faros como bombas relucientes. Viejo, pero del último modelo. ¡Qué raro! Se había detenido en la puerta de la gran casona sobre la avenida arbolada. Bajó una mujer con un gran ramo de flores. Después otra. Las acompañaba un hombre de mediana estatura. Era grueso, con sombrero, los pantalones muy anchos, la chaqueta ceñida. ¡Ropa antigua y sin embargo elegante! -volvió a imaginar-. Empujaron la reja delantera. Poca gente en la calle, dos o tres curiosos miraron a la rubia de las flores. ¡Qué bonita! ya pasaron el jardín, estaban en la puerta de la casa. Un minuto después, la rubia y su compañera volvieron al automóvil. El hombre se quedó adentro. Y en la casa: ¿quién es? ¡Dios mío! es Haya de la Torre. Que no estaba el embajador, que esperara. Y estuvo dos horas sentado en el mismo sitio: la silla eléctrica - allí la bautizó.

Se abrió la puerta. ¿Ya hiciste tu ejercicio? -preguntó Judith. Aquí están los periódicos -le dijo. Reclinado en el sillón, se dio cuenta que había estado imaginando: pensando en el jefe, en una salida a su propia situación. Cuarenta días antes había llegado a esta casa. También en la maletera de un carro. Era una familia de viejos apristas. Ella fue senadora. Y el padre de ella, dirigente histórico del Apra, autodidacta, periodista a los veinte años, prisionero, novelista. Siempre de izquierda.

En los cuarenta días, García escribió artículos para los periódicos, envió grabaciones a las radios, dio una conferencia de prensa. Buscándolo, asaltaron la casa de dos de sus amigos, invadieron las oficinas de Galsky, el industrial. Sin aviso, salió una noche a una reunión aprista, en una Base del El Salvador. Y a las dos horas, cuando ya se había retirado, ocho encapuchados tomaron la base y detuvieron a los dirigentes. Al flaco Fredy que le había dado el discurso de bienvenida.

—«¡Que se deje de tonterías!» -le dijeron. «¡Que se cuide!» -fue el encargo de la Comisión del Partido-. «Que iban a preparar su asilo». Y todos esos días el pensaba: «falta algo -y al final concluía -falta tiempo: Los políticos son impacientes, volitivos, triunfan si se adecúan al tiempo, cuando llegan en el momento preciso. De lo contrario -se decía: ¡puede tan poco su decisión!» «Es de perogrullo -repetía - pero el tiempo puede mucho más que los hombres». Encerrado allí serviría un momento a su partido, aglutinando a sus miembros. Luego la imagen del bloqueo y la impotencia, ganaría terreno, contagiaría a la doctrina, a la organización. Entonces ya no serviría. «Sí -concluyó -la etapa del clandestino era sólo un momento: Hay que dejar pasar el tiempo, que el modelo se agote, que la gente se convenza por sí sola»

—¿Y mientras tanto?

III

—Señor ministro: tiene una llamada telefónica del embajador de Colombia. Dice que es urgente -anunció la secretaria.

El ministro levantó el auricular. Creyó que se hablaría de la situación del Perú en el Pacto Andino. Le dijeron otra cosa. Respondió con monosílabos, ofreció llamar después de unos minutos. Comuníqueme con Palacio de Gobierno, -pidió a su secretaria. Fujimori estaba en el cuartel general, en Monterrico. Llamó allá y explicó.

—Se ha metido en la embajada de Colombia, y le han concedido asilo. Me ha llamado el embajador para pedirme el salvoconducto.

—Convoca al consejo para esta noche -le respondió Fujimori, pensando en cómo ganar tiempo. No era posible que García se les escabullera así. Su enjuiciamiento era necesario para justificar lo ocurrido. Salió hacia Palacio de Gobierno y desde el automóvil llamó a Montesinos.

—Tu me dijiste que García no iba a pedir asilo -le reclamó - tú estabas convencido. El otro recordó que, dos meses antes, en el almuerzo, García le había dicho que no se asilaría si la corte suprema lo enjuiciaba. Pero eso fue antes -pensó-, con las leyes de antes y la democracia de antes. La nueva situación le había dado una opción de escape. Fue al grano:

—No queda más que darle el salvoconducto.

—No -dijo el otro-. Así todo quedará a medias. No -le repitió desde Palacio dos horas después. Había consultado al psiquiatra. Se adelantó a Montesinos. Dice el doctor -le informó-, que a pesar de todo su relación emocional con el país, aunque negativa, es muy fuerte; que tiene un capital básico en el APRA;

que puede multiplicarlo. Sugiere que lo agarremos de todas maneras -repitió textualmente-, para demolerlo hasta los cimientos.

-Depende -dijo el otro-, yo no creo que en la nueva dinámica tenga mucho espacio, y menos desde afuera.

-Pero estará allí, esperando el momento favorable -insistió Fujimori-. El otro le explicó que era peor para el gobierno un problema internacional: «Había que dar el salvoconducto y de inmediato». Luego, una llamada telefónica del primer ministro que le daba su opinión: rodear la embajada, impedir la salida. Los ministros empezaban a llegar.

En el consejo, argumentaron a favor y en contra. Las horas pasaban. Era la medianoche del treintauno de Mayo. De pronto, Fujimori cortó el diálogo: ¡Y qué tanto problema! ¡Que se largue!

-Llaman al embajador -ordenó al ministro de relaciones exteriores. ¡Díganle que el gobierno dispone que el asilado salga de inmediato! ¡en este momento!, a la una de la mañana, en el avión militar que ha enviado su presidente.

El embajador, en bata, abrió la puerta. Despertó a García. Transmitió el mensaje. Había respondido que era absurdo salir a esa hora, que el gobierno debía otorgar el salvoconducto y que el medio a emplear para el viaje se decidiría después. Conversaron. García comprendió que la orden de palacio era un exabrupto, una decisión que en las próximas horas podría cambiar. Al entrar a la residencia la noche anterior, recordaba que su jefe, Haya de la Torre debió permanecer en la misma embajada cinco años y tres meses, de 1949 a 1954. Había previsto un plan de fuga si en los dos días siguientes no lo dejaban salir. Pero en la tarde anterior, desde la azotea vio como bloqueaban el parque trasero. Ya no había posibilidades ni techos vecinos por los que escapar. Decidieron aceptar, pero salir con las luces del alba. A las siete de la mañana, una caravana encabezada por el carro del embajador en el que él iba lo llevó al aeropuerto. Automóviles de la policía los seguían haciendo sonar incesantemente sus sirenas. Al doblar en la esquina de la embajada, una mujer parada en la acera, con el cabello pintado de rubio le gritó:

-¡Fuera mierda! La miró. ¡Fuera mierda! -volvió a gritar.

La reconoció al momento. Era la mujer de Echeopar, el contratista de obras públicas, él que ganaba las licitaciones de la Fuerza Aérea. La había visto en todas las reuniones empresariales, atenta, afectuosa, sonriente. También en algunas juramentaciones ministeriales. Su imagen lo acompañó hasta la puerta del avión.

FERREYROS LLEGO A LAS OCHO de la mañana. Frente a la embajada sólo había un grupo de curiosos. Le dijeron:

-Ya salió, hace una hora, en el carro del embajador.

-Qué pena -pensó el viejo-. Me hubiera gustado verlo por ultima vez. De repente se queda afuera varios años, y cuando vuelva, ya estaré muerto. No había nadie que pudiera llevarlo hasta el aeropuerto. Caminó dos cuadras y en la esquina encontró un vigilante en una pequeña caseta. Escuchaba una radio a transistores. El viejo le rogó que sintonizara Radioprogramas. Así se entero que en ese momento, el compañero Alan subía al pequeño reactor de la Fuerza Aérea Colombiana. El otro le habló:

-¡Qué tanto se preocupa por ese cojudo! Tremendo ratero que nos ha hecho tanto daño. Y Ferreyros comenzó sin darse cuenta su vieja argumentación, mil veces repetida. Pero el vigilante le hablaba del orden, de la autoridad, de la corrupción. Entonces el viejo le preguntó cuánto ganaba, si ahora tenía más trabajo que antes.

-Gano menos -dijo el otro-. Pero es parte del esfuerzo que todos tenemos que hacer hasta que lleguen los préstamos internacionales.

Y Ferreyros se fue aplastado por la ilusión del vigilante. «No tenemos nada que hacer por el momento -pensaba. Contra las ilusiones nada se puede. Lo que pasa es que nosotros no supimos vender una buena ilusión desde el gobierno, o es que quizás todas la ilusiones pasan. Tal vez, con el tiempo cambien las cosas». Ferreyros sintió que su confianza en el largo plazo lo estaba abandonando. Seguramente -como le había explicado a Sáenz-, un capítulo racional se había cerrado, una etapa de fe en las posibilidades de la acción colectiva. Pero ya no tenía tan claro que ahora se iniciara un capítulo nuevo. Había leído en alguna revista a un autor de apellido japonés que escribía sobre el fin de la historia. ¿Y fuera verdad -se preguntó -si éste era el fin de todos los capítulos?

-No puede ser -se respondió él mismo-, la historia no tiene fin: hay que seguir peleando. No puedo haber vivido setenta años para que escriban sobre mi tumba que fui un idiota. Todo tiene contradicciones -concluyó-. Se acordo que en sus primeros años de aprista había creído fervientemente en la dialéctica y en la contradicción de los sistemas sociales.

-La caída de la Unión Soviética no tiene nada que ver con nosotros -repitió-. Alguien tiene que defender a los pobres. Esto del liberalismo no es nuevo, traerá más injusticia, la crisis es mundial. Todo esto pasará -se hablaba

en voz alta-no tengas duda ferreyros -quería darse fuerzas-. Caminó a lo largo de la avenida Javier Prado, la calle elegante de Lima. Cruzó la vía expresa y llegó a pie a La Victoria. Sentía un cansancio enorme, estaba desanimado. Entonces vio un autobús morado, el que pasa por Alfonso Ugarte, y recordó:

-Hoy es lunes, tengo que ir al partido en la noche, hay reunión de los dirigentes de base. La idea le devolvió el entusiasmo.

IV

HABÍA SALIDO DEL CUARTEL temprano hacia la Escuela de Guerra para cumplir un encargo. viajaba en taxi porque el Volkswagen se negó a arrancar. Una inquietud repentina lo hizo llamar a su casa.

-¿Qué pasa gordo? -le preguntó su esposa-. Ha venido el mayor Rivas a buscarte, con dos personas.

Jiménez sintió de pronto, como si todas las luces se hubieran apagado. Pero era de día. No alcanzó a contestar. Tuvo miedo. Sabía para qué lo buscaban. Entonces era el coronel quien lo había entregado -pensó consternado-. Ahora se sabría lo del grupo Colina, al que ningún oficial, aparte de ellos debía conocer. ¡Qué bruto he sido! -se dijo- ¿Por qué confié en ese tipo? O tal vez fueron los de la revista. ¿Quién me mandó decir todo eso?

-Ya te llamaré más tarde -respondió-. Si vuelven a preguntar por mi, diles que llegaré en la noche.

Y colgó, dejando sin respuesta las preguntas que ella le iba a hacer. No podía ir a la casa de sus padres -pensó-. Tampoco a la casa de Teresa porque Rivas sabía lo de ella. Casi no tenía dinero para hacer un viaje o para intentar salir del país por la frontera del norte. Supo que su carrera había terminado y que su vida también podía acabar. Recordó a su hijo. Debía esconderse en algún sitio. Entonces decidió ir unas horas a la bicicletería en Barranco. El viejo Jiménez lo recibió sin sorpresa. El ya sabía que algo dramático estaba pasando en la vida de su hijo.

-Yo estoy aquí para apoyarte en cualquier decisión -le dijo cuando él terminó de contarle todo-. Pero en su alma se agitó moribundo el sueño de ver a su hijo comandar el ejército.

El viejo cerró la bicicletería como todas las tardes, a las siete de la noche. Le dejó todo su dinero y lo que tenía en la caja. «Mañana traeré ropa y algo más de plata» -le dijo. Jiménez le pidió que tranquilizara a su esposa y que no dijera nada a su madre. No tenía teléfono. Hubiera querido llamar a Rivas para amenazarlo. En la noche salió a buscar un teléfono público: todos estaban

malogrados, rotos. Cuando por fin encontró uno, eran las once. Le respondieron que el mayor no estaba en ese momento. ¡Claro, que tontería! Estaba buscándolo a él. Volvió y se preparó una cama con algunas sillas. Pero los pensamientos lo asaltaban impidiéndole descansar. Sentía que estaba en un punto sin retorno. Ellos ya lo sabían. Debía huir. Cerraba los ojos, quería descansar, olvidarse de todo.

Sintió unos ruidos en la puerta. Comprendió que estaba amaneciendo. Escuchó con atención: intentaban abrir. Se dio cuenta que no había estudiado hacia donde huir. Miró detrás del baño la pequeña escalera. Se puso el pantalón mientras corría hacia ella sin ruido. Subió hasta la azotea y se detuvo porque tenía varios caminos. No supo hacia donde ir. La pared le pareció altísima. Tuvo miedo de saltar. Por el momento era más fuerte el temor al vacío que el miedo a Rivas. Los que venían atrás lo ayudaron. El sintió como si lo hubieran golpeado con la punta de los dedos en la espalda: una, dos, tres veces. Contrajo el rostro, quiso voltear porque ya no podía saltar. Entonces miró hacia atrás y vio a Teresa que estaba lavando la ropa en la orilla del río, en la selva. Pero su cabeza sin pelo le recordó a vaporito y, cuando miró bien, sintiendo que los músculos jalaban su boca en todas direcciones, se dio cuenta que atrás estaba Rivas. Entonces algo lo golpeó en la frente, sobre el lado derecho y se hizo más negra la oscuridad. Cayó, doblándose poco a poco, pero seguía escuchando, voces, pasos. El siempre había creído que los muertos siguen oyendo las cosas largo tiempo y entonces comprendió que estaba muerto. Pero un minuto después, sintió un rayo pasar por su cabeza y supo que lo estaban rematando.

Allí se despertó, cubierto de sudor, aterrado. Hasta ese momento no había sentido el miedo que se tiene ante la muerte. Es que en el sueño o la vigilia, ese miedo es el mismo. El se sintió medio muerto. Debía huir. Caminó hacia la escalera, subió, miró hacia la calle: no había nadie. ¡Qué sueño tan terrible!

Cuando el viejo Jiménez volvió en la mañana no encontró a su hijo. Ninguna huella de él. Sólo en la tarde se dio cuenta que la puerta hacia la escalera estaba entreabierta. Dejó caer el atado de ropa. Por primera vez en tanto tiempo, sintió que no había sido un buen padre: siempre imponiéndole las cosas al muchacho. A esa hora, el ómnibus de Jiménez estaba llegando a Piura. Había tomado la vieja carretera, la que va por el pueblo de Olmos. Pasó Jayanca, Pacora, Illimo, y en Túcume, a lo lejos, vio las pirámides polvorientas. Siguió de largo, iba camino de Huaquillas, en el Ecuador. El sabría como pasar la frontera. Ese era otro problema. Al llegar a Olmos el ómnibus se detuvo. Era un descanso. En el bar del camino escuchó en la radio: Daniel López, alias camarada Raúl, miembro del comando senderista de la zona

central de Lima, ya estaba detenido: era responsable de la desaparición y presunta muerte de los estudiantes de La Cantuta.

Jiménez subió al ómnibus antes que los otros pasajeros. Quería llegar más rápido a la frontera.

V

EN EL MAURY, MAS TARDE, Ojo de Palta y La Muñeca conversaban sobre los últimos acontecimientos.

—Creo que ha sido un error permitir la salida de García -dijo La Muñeca-. Debieron negarle el salvoconducto y dejarlo encerrado en la embajada. Le hubieran reabierto su juicio para tenerlo allí, empapelado. Se hubiera quemado lentamente y al final, o el gobierno colombiano lo entregaba o él mismo hubiera salido.

—Es que no le quedaba otra cosa a Fujimori -dijo Ojo de Palta-. Todo comenzó cuando se les escapó de la casa. De lo contrario, hubieran podido darle el escarmiento que merece, y presentarlo enjaulado, vestido de presidario. Entonces ya verías si algún aprista se atrevía a defenderlo.

—No sé -dudó el otro-. Los políticos son medio locos. Allí tienes a Olivera y a la Flores, haciendo show. Dicen que defienden al parlamento.

—Esos son un grupo de vivos: hubieran matado a Caballo Loco con tal de figurar. ¡Que democracia ni que niño muerto! esos no creen en nada -se rió Ojo de Palta-. Lo que pasa es que se han quedado sin puesto. El otro día me llamaron varias veces. Seguramente quieren plata, pero no les respondí. No quiero ver más a esos payasos.

—¿Tú sabes si en el consejo de ministros de anoche, se tocó lo de las empresas publicas? -preguntó La Muñeca cambiando de tema-. Había recibido un largo informe sobre las que iban a ponerse en venta. Le interesaban las empresas mineras: era una deformación familiar. Ya tenía constituido un trust jurídico con empresarios chilenos para comprar la más importante.

—No -dijo Ojo de Palta-, lo que se vio es el caso de Clae. El se refería a la financiera paralela. Ofreciendo altos intereses había llegado ser el quinto banco en depósitos. ¡Más de trescientos millones en verdes! -pensó-. Tú sabes -continuó-, que el cholo Manrique quiso acercarse a los Fujimori. Pero el gobierno prefiere mantener sus buenas relaciones con la Asociación de la Banca. Ayer, en el consejo de Ministros se analizó que su cartera pesada ha crecido enormemente y que en caso de una quiebra, el escándalo hará mucho daño al gobierno.

Pensó en los cien millones que iban a enregarle para cubrir sus propias deudas en moneda nacional: ¡Qué suerte que no se le había ocurrido al gobierno usar ese crédito para el Clae, con el cuento de que mucha gente de la clase media tenía allí sus ahorros!

Ojo de Palta sabía que estaba listo el remate de la Química del Pacífico y que pronto saldría en venta el Banco Continental. Pero él había exigido que previamente se redujera el número de empleados a la mitad. Lo habían aceptado y en ese trámite estaban. Al final, por sus valores inmobiliarios y sus ganancias ese banco era lo único apetecible. Lo otro que saldría en venta: fábricas, empresas, refinadoras, eran mendrugos -se dijo. Además, por cada uno de ellos estaban pidiendo comisión. Por lo de Conchán, un millón puesto afuera, y así, etc.

«Pesetas, pesetas» -pensó-, la verdadera «carne» es la liquidez, el manejo del dinero. Fijar las tasas de interés sin bancos del estado, sin mutuales ni seguro social, sin Clae: ¡ese es el negocio! Al desaparecer todos esos, la suma adicional de nuevos recursos para los bancos era de cinco mil millones: es lo importante -concluyó-. Frente a eso, las comisiones que cobran estos japoneses son una limosna.

-¿Y qué han decidido sobre lo de Clae? -preguntó el otro.

-Lo que era necesario: que le van a dar un plazo perentorio y que lo intervendrán cuando se inicie la corrida de depósitos -respondió Ojo de Palta. Lo que pasa es que el gobierno tiene miedo al escándalo. Pero sin cerrar eso, no tendrá la confianza de las instituciones más serias ni la de los organismos internacionales. El sabía que no iba a llegar dinero del exterior, que el modelo no iba a funcionar: eran ilusiones construidas sobre el mito del crecimiento mundial. Al contrario, la desocupación y la crisis aumentaban en los países desarrollados. Por eso, por lo menos por ahora, la verdadera riqueza estaba en el control del dinero, y no en la producción.

-¿Y hasta cuándo soportará el país la recesión? -se animó a preguntar La Muñeca, que también lo intuía.

-No se -dijo el otro-. La gente está demostrando mucha capacidad de aguante. Y sobre todo tiene una ilusión. El golpe la ha ilusionado más. Lo que el gobierno necesita ahora, es que se le aparezca la virgen: que descubran un manto de petróleo o que nos llegue un crédito enorme.

-O que agarren a Abimael Guzmán.

-Sí, pues, algo así -siguió Ojo de Palta-, y con eso el modelo durará lo que el gobierno quiera. Claro que también sería bueno pedir la extradición de García. Es un tema que puede interesar todavía a la gente. Ahora que hay

jueces de toda la confianza de Montesinos creo que se le podría hacer un buen proceso.

-Y aunque no llegara a hacerse -sentenció el otro-. Ya le dimos un buen escarmiento a Caballo Loco.

VI

A LAS NUEVE DE LA NOCHE comenzó la reunión. Fue en el sector Primero, en el jirón Tayacaja, porque el local central estaba ocupado por el gobierno. Ferreyros había llegado temprano, y según su costumbre, se sentó en la primera fila. Se leyó un comunicado del Comité Ejecutivo Nacional: informaba sobre el asilo del expresidente García. El Secretario General de los abogados apristas explicó a los asistentes los alcances jurídicos de la medida. Recordó el asilo de Haya de la Torre en 1949. Después ofreció la palabra a los asistentes.

Habló el primero sobre la necesidad de mantener la unidad del partido: dijo que debería constituirse un comando de acción formado por los principales dirigentes. Otro lo interrumpió -se opuso- la unidad consistía en respetar la estructura interna: hay un comité elegido por el congreso y una subsecretaría general que debe asumir la dirección del partido. El tercero dijo que era necesaria la convocatoria de un congreso extraordinario: sería la ocasión de volver a analizar las acciones y los errores económicos del gobierno aprista.

Ferreyros pensó intervenir, pero no tuvo el ánimo suficiente. Desde la mañana repetía las palabras del guardián de la construcción. Fue un día de marchas y contramarchas. Quizás -pensó todo el día-, lo que el llamaba irracionalidad era una nueva razón que no alcanzaba a comprender. Tal vez todo eso de la economía social, la justicia, los subsidios, era un absurdo, aunque él hubiera creído en ello toda la vida.

-No compañeros -intervino otro orador-. Es cierto que los subsidios no son lo más acertado pero tampoco son lo peor. Peor aún es que la gente se muera de hambre. Durante nuestro gobierno, hubo muchos errores -aceptó-, pero por cinco años los más pobres tomaron leche. Era una leche en polvo, popular, subsidiada para ellos. En este momento -preguntó-, ¿qué toman? Es verdad que también se utilizó para helados y pasteles que no son prioritarios. Pero fueron cinco años con proteínas. igual fue con el consumo del pollo que creció cuatro veces -explicó-, y el uso de las medicinas que se multiplicó, porque se importaban con ese dolar diferencial que ahora tanto se critica.

Ferreyros aprobaba. Miró al del lado. Era Vespasiano Aranda, antiguo secretario del sector.

-¡Es verdad que hubo contrabando de remedios! -continuó el orador-. ¿Pero a cuántos campesinos llegó por vez primera vez un remedio para el dolor? Claro -argumentó-, dirán que todo eso duró solamente unos años. ¿Pero acaso existe una solución total y permanente para un país pobre? ¿Es que una generación que por cinco años, tomó leche, comió pollo, consumió medicinas no significa nada para nosotros? ¿Que eso provocó déficit? ¿inflación? Es verdad. Eso fue lo negativo, pero es peor dejar desamparada a la gente como ahora se hace, mientras se concentra toda la riqueza en un grupo de magnates. ¡Cuidado con el derrotismo compañeros! Yo mismo soy un crítico del gobierno. Pero una cosa es rectificar los errores y otra abandonar las convicciones. Hay miseria, injusticia. Y mientras existan habrá necesidad de hablar por los pobres. Me podrán llamar populista -advirtió-. No me avergüenza. Lo que me importa es que estoy al lado del pueblo.

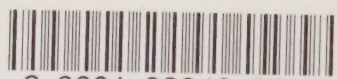
El orador terminó. Lo aplaudieron. Ferreyros estaba emocionado. La voz le era conocida. Volteó a mirar. Al fondo de la sala, en la penumbra, apretado entre los otros estaba el orador.

Lo reconoció. ¡No puede ser! -pensó.

Era Sáenz, el exdiputado.

El viejo dejó que el lado Aranda, le hablase. Lo escuchó lejano. No le respondió. Estaba pensando casi soñando que aún no había llegado el final del camino.

Impresión
Servicios Editoriales Didi de Arteta S.A.
Los Zorzales 130 - Of. 302 Urb. Corpac
Teléfono 425446



3 9001 03343 0797

1980
The University of Chicago Press
Chicago, Illinois 60607
London, England

*¿ Qué hay al otro lado de esa fachada formal
que es la política peruana?*

*En estos tiempos puede estar la muerte a manos
de un escuadrón como el responsable
de la matanza de La Cantuta. O el escuadrón
militar que buscó al expresidente Alan García
en su residencia de Chacarilla –según
él supuso– para liquidarlo.*

*Esta inopinada primera novela de Alan García
presenta la versión de lo que hay
detrás de esa fachada, la versión de uno de los
protagonistas del drama que acabó con
la democracia peruana.*

*El mundo de Maquiavelo no sólo trata
las utilitarias relaciones entre los medios y
los fines en la conspiración civil-militar
fujimoriana que produjo el golpe
de Estado de 1992. También retrata la frondosa
corte de los milagros por la que
desfilan personajes hechos de carne y hueso,
de negocios financieros y maniobras
políticas, que maquinan el destino del Perú
como la aventura solapada de un
grupo de personas.*

*La narración es agilísima, como
los movimientos de García por la supervivencia
en las nueve semanas que mediaron
entre su fuga nocturna y su asilo en la
embajada de Colombia.*



mosca azul editores